

**LOS INTELLECTUALES CRÍTICOS
Y LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN ARGENTINA
(1955-1973).**

**Historia intelectual, discursos políticos
y conceptualizaciones de la violencia en la Argentina
de los años sesenta-setenta**

PRÓLOGO

...Y de repente un martes de junio estaba sentado en el plaza Arenales leyendo un número de 1963 de la revista *Pasado y Presente*. Es cierto que leer a Gramsci, a Fanon o a Aricó cuarenta y cuatro años después y a doce mil kilómetros de Barcelona me resultaba por lo menos extraño. Aunque no todo era confusión, el tema de mi investigación era la violencia política y su contexto de producción en la Argentina de los sesenta-setenta, y la idea central era abordar el papel jugado por los intelectuales *críticos* o *contestatarios* entre los años 1955-1973, analizar cuáles fueron las condiciones de posibilidad y emergencia de sus discursos públicos sobre la cultura y la política, y cuál su concepción de la lucha armada como uno de los métodos o estrategias para la transformación social.

Pero si me detengo ahora a pensar por un momento en los motivos que me condujeron a Buenos Aires y a invertir cinco años de trabajo en el asunto, puedo identificar, por una parte, el anhelo por finalizar el programa de doctorado *Recuperación de la Memoria de América Latina* de la Universidad de Barcelona, el poder avanzar en mi recorrido disciplinar y en mi desarrollo como investigador. Un anhelo que desde el principio y durante todo el proceso de elaboración de este estudio fue especialmente estimulado por un *interés histórico*, un interés que puedo definir como el deseo de expresar mi testimonio y mi interpretación del pasado. Una interpretación que pretende sumarse a quienes apuestan por iluminar zonas oscuras de la memoria colectiva y comprender de ella esa porción que hace a la construcción de nuestra propia identidad individual.

Por otra parte, entre las motivaciones de este trabajo se encuentra el deseo de estudiar la violencia política en este período de la historia argentina, un período al que no considero un objeto exterior a mi persona, pues soy hijo de desaparecido por

razones políticas y los hijos de la generación desaparecida somos parte del problema, en el sentido de que la violencia constituye parte de nuestra propia existencia. En relación a ello, en su ensayo sobre violencia política José Pablo Feinmann comenta sobre el posicionamiento del investigador:

“La violencia ha sido el aire que ha respirado desde siempre. El *experimentador* sólo así podrá realizar su *crítica*, como parte del objeto con el cual forma una sola totalidad problemática. Cree haberlo elegido, pero ha sido elegido por él. En este preciso sentido: la Historia nos elige, no podemos no-ser parte de ella, pero, a la vez, es esta pertenencia la que nos permite comprenderla. O al menos ir más allá de sus opacidades”¹.

Por último y antes de entrar de lleno en el trabajo, quisiera agradecer a todos los que de diferentes modos hicieron posible este estudio. Gracias antes que nada a la Doctora Pilar García Jordán, por su compromiso, su consejo, comprensión y colaboración a lo largo de las diversas geografías que atravesé durante el proceso. Gracias a Marian por la inagotable paciencia ante los embates de mis obsesiones, a Ale Goldberg por los mates en Calders donde se gestaron, entre muchas otras, la idea de este trabajo. Gracias a Mónica –mi vieja- que no sólo me mantuvo actualizado con la bibliografía desde Córdoba, sino que compartió con migo la tristeza de ser sólo dos.

Gracias a la *Agencia de Gestión y Ayuda Universitaria y a la Investigación* (AGAUR) de la Generalitat de Catalunya que me otorgó una beca determinante en la realización del trabajo de campo en Argentina. Gracias a Héctor Schmucler por recibirme en su *Grupo de Estudios sobre la Memoria*, gracias a todos los entrevistados que me atendieron y colaboraron generosamente con sus testimonios, especialmente a León Rozitchner cuyas conversaciones y libros invadieron mi

¹ José Pablo Feinmann. *La Sangre Derramada. Violencia Política*. Ariel, Buenos Aires, 1999, p. 127.

perspectiva, también a Waldo Ansaldi y Susana Fiorito. Gracias a Susana Moyano de la Biblioteca José María Aricó y a Horacio Tarcus de CEDINCI, por su empeño en mantener sus archivos a disposición de los investigadores. Gracias a la Doctora Gabriela Dalla Corte, a Marianela Stagnaro, a María Paulinelli. Gracias.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	13
1. El estado de la cuestión.....	16
2. La perspectiva historiográfica propuesta para abordar el problema de estudio...	30
3. Metodología, fuentes y técnicas aplicadas a la investigación.....	32
4. Presentación y desarrollo introductorio del problema de estudio.....	41
5. Síntesis, estructura e hipótesis del trabajo.....	46
6. Cronología Política: cuadro de los principales hechos políticos.....	55
CAPITULO 1. EL ORDEN POSTPERONISTA: EL LUGAR DE LOS <i>EXPERTOS</i> Y LOS <i>INTELECTUALES</i> (pp. 63-134)	
1.1. La <i>Revolución Libertadora</i> de 1955 y el nuevo modelo social, económico y político del Estado postperonista.....	66
1.1.1. El pensamiento Desarrollista: Aramburu y el <i>Plan Prebisch</i>	70
1.1.2. ¿Hacia dónde va el país: desarrollo o retorno al coloniaje?.....	74
1.2. La modernización técnica y cultural del Estado postperonista: la universidad y el lugar de los intelectuales antiperonistas.....	78
1.2.1 Intelectuales reformistas, <i>expertos</i> o especialistas: los <i>economistas</i> . 83	
1.2.2. Los <i>sociólogos</i>	86
1.2.3. El pensamiento en manos de <i>expertos</i>	89
1.3. Los intelectuales marxistas, la crítica y la contestación al orden establecido. 93	
1.3.1. Los <i>psicólogos</i>	98
1.3.2. La psicología académica, la politizada y las editoriales.....	103

1.3.3. El existencialismo y el grupo <i>Contorno</i> : de la literatura al compromiso político.....	105
1.3.4. Clase media y peronismo: el principal objeto de estudio de la izquierda.....	110
1.3.5. Marxismo para aficionados, eruditos y los trabajos socio-históricos.....	115
1.3.6. La ruptura ideológico-liberal frente a la cuestión peronista.....	117
1.3.7. Un nuevo rostro para el peronismo.....	121
1.4. De izquierda, marxista y nacionalista: la <i>Izquierda Nacional</i>	123
1.4.1. Con Perón en el exilio, un lugar vacante para la vanguardia.....	127
1.4.2. ¿Qué interpretaba la juventud universitaria?.....	130

CAPITULO 2. PRIMER GOBIERNO CIVIL BAJO PROSCRIPCIÓN POLÍTICA. 1958-1962 (pp. 135-174).

2.1. Frondizi y la opción democrática hacia el desarrollo.....	137
2.1.1. La ley de universidades y de petróleo: la <i>traición</i> y el desencanto progresista.....	144
2.1.2. Financiación universitaria: <i>imperialista</i> o <i>nacional</i>	152
2.2. La urgencia inédita del desarrollo y las vías para lograrlo.....	155
2.2.1. Cuba, intelectuales y desarrollo: ¿cambio gradual o revolución?...	157
2.2.2. Fin del experimento Frondizi: los guardianes del antiperonismo y las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas.....	161
2.2.3. El choque de facciones militares: <i>Azules</i> y <i>Colorados</i>	170

CAPITULO 3. CRISIS Y RENOVACIÓN TEÓRICA DE LA IZQUIERDA: REVISTAS, LIBROS Y VIOLENCIA. 1959-1966 (pp 175-230).

3.1. Crisis en las tradiciones partidarias: renovación teórica y surgimiento de la <i>Nueva Izquierda</i>	177
3.1.1. <i>¿Reforma o Revolución?:</i> el debate que parte aguas.....	182
3.1.2. El marxismo histórico-humanista: Gramsci, los intelectuales y la cuestión nacional.....	186
3.2. La nueva intelectualidad y las publicaciones político-culturales.....	192
3.2.1. La revista <i>Contorno</i>	196
3.2.2. <i>Pasado y Presente</i>	198
3.2.3. Politización de los ámbitos culturales: la revolución libresca.....	201
3.2.4. <i>Casa de las Américas</i> y el boom editorial latinoamericano.....	206
3.3. Conceptualizaciones de la violencia.....	212
3.3.1. <i>Los Condenados de la Tierra</i> de Franz Fanon.....	213
3.3.2. <i>La Guerra de Guerrillas</i> : el valor de la moral, el ejemplo y la voluntad para el Che Guevara.....	219
3.3.3. <i>¿Revolución en la Revolución?:</i> Régis Debray.....	224
3.3.4. El Antiintelectualismo.....	227

CAPITULO 4. SEGUNDO GOBIERNO CIVIL BAJO PROSCRIPCIÓN POLÍTICA. 1962-1966 (pp 231-267).

4.1. Arturo Illia y el segundo intento civil bajo proscripción política.....	233
4.1.1. El sindicalismo burocrático: Augusto Vandor, centralismo y matonaje.....	236
4.1.2. <i>La Línea Dura</i> : Cooke y el peronismo revolucionario.....	239
4.2. El Golpe a Illia: fin del gobierno civil; fracaso de la transición a la democracia.....	246

4.2.1. El <i>onganiato</i> y la suspensión indefinida de la política (1966-1969).	251
4.2.2. La reacción cultural: cruzada moral y cristiana.....	258
4.2.3. Intervención a las universidades: <i>la noche de los bastones largos</i> (1966).....	262
4.2.4. Intelectuales, Estudiantes y Obreros, todos unidos contra la dictadura.	264

CAPÍTULO 5. CATÓLICOS POSCONCILIARES, MARXISMO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL (pp 269-310).

5.1. El Concilio Vaticano II: cambio teológico, litúrgico e institucional (1962-1965).	270
5.1.1. La Doctrina Social.....	272
5.1.2. El diálogo entre cristianos y marxistas.....	277
5.1.3. El Concilio en la Argentina.....	284
5.2. <i>Cristianismo y Revolución</i> (1966-1971).....	288
5.2.1. De <i>Cristianismo y Revolución</i> a Montoneros: de las palabras a los actos.....	293
5.2.2. Cristianismo, violencia y marxismo.....	298
5.2.3. Cristianos, marxistas y peronistas: los rasgos míticos del sacrificio.	303
5.2.4. Un <i>Hombre Nuevo</i> para la <i>Patria Socialista</i>	308

CAPITULO 6. LAS REVUELTAS POPULARES Y LA LUCHA SIN MEDIACIONES POR EL PODER. 1966-1973 (pp 311-360).

6.1. La nueva experiencia sindical: el caso de Córdoba.....	314
6.1.1. La CGT de los Argentinos: una alternativa a la burocracia.....	317

6.1.2. Obreros-estudiantes y los efectos el <i>Cordobazo</i>	321
6.1.3. Las lecturas políticas del <i>Cordobazo</i>	324
6.1.4. ¿Democracia sindical?.....	329
6.1.5. El Sindicato de Trabajadores de Fiat Córdoba (SITRAC): el testimonio de su ex Secretario General.....	331
6.2. La <i>vanguardia armada</i> , las masas y la efectividad política.....	334
6.2.1. La hora del pueblo.....	339
6.2.2. El <i>Viborazo</i> : Lanusse y una salida condicionada hacia la democracia.	343
6.2.3. <i>Cámpora al gobierno, Perón al poder</i>	350
6.2.4. Las <i>Formaciones Especiales</i> y su relación con el estratega.....	353
6.2.5. El retorno del Líder: Ezeiza y la lucha abierta dentro del peronismo.	356
A MODO DE CONCLUSIÓN	362
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CONSULTADAS	375
1) Publicaciones periódicas de la época.....	375
2). Fuentes Orales (Entrevistas y Conferencias).....	387
3). Bibliografía y artículos periodísticos de actualidad.....	390

INTRODUCCIÓN

El tema de este trabajo es la violencia política y su contexto de producción en la Argentina de los sesenta-setenta¹, y la idea central del estudio es abordar el papel jugado por los intelectuales *críticos* o *contestatarios* entre los años 1955-1973, analizar cuáles fueron las condiciones de posibilidad y emergencia de sus discursos públicos sobre la cultura y la política, y cuál su concepción de la violencia como método o estrategia para la transformación social.

La investigación está guiada por tres interrogantes fundamentales: 1- ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad y emergencia de los discursos públicos sobre la cultura y la política en los núcleos intelectuales de los sesenta-setenta?, 2- ¿cuáles fueron las concepciones de violencia y lucha armada que circularon en la época?, y 3- ¿qué lugar ocuparon estos repertorios en los ideales de transformación político-social propuestos por dichos intelectuales?.

El período histórico comprendido entre los años 1955 y 1973 constituyó uno de los más ricos del siglo XX en cuanto a producción, difusión y debate de ideas transformadoras. Pero en Argentina, paradójicamente, aquellos años de modernización cultural y desarrollo técnico coincidieron con una etapa de alta conflictividad social, proscripción política y autoritarismo. Dicha etapa tuvo un elemento determinante, la marginación del Partido Peronista del juego electoral. Este hecho, sumado a una imposibilidad general de canalizar las controversias políticas por vías democrático-institucionales, no demoró en generar nuevas formas de protesta y resistencia social.

Investigar acerca del papel jugado por los intelectuales críticos en la escena

¹ Si bien este trabajo se enmarca específicamente entre los años 1955 y 1973, en la Argentina es habitual referirse a los sesenta-setenta como una época que se cierra violentamente en 1976 con el golpe de Estado del general Videla. Cuando decimos sesenta-setenta estamos haciendo mención a ese período, que si bien diverso, se considera parte de un mismo proceso histórico-político.

política argentina de esos años -una escena que estuvo atravesada por una incesante violencia-, tiene una importancia directamente proporcional con los obstáculos que existen para lograrlo, puesto que las heridas todavía dolorosas del más terrible conflicto de la historia reciente del país, así como los recortes y juicios emitidos sobre el tema, encienden aún hoy acaloradas polémicas.

Antes de comenzar con el desarrollo del trabajo vale la pena aclarar que esta investigación no busca el descubrimiento de hechos históricos novedosos, ni pretende realizar juicios morales o valoraciones sobre los mismos. Por el contrario, su finalidad es plantear cinco hipótesis o variables explicativas y una serie de reflexiones como partes de una interpretación global del problema de estudio, dirigidas a comprender el fenómeno en su complejidad y desde sus raíces conceptuales.

En concreto, el **objetivo general** de esta investigación es contribuir, desde una perspectiva crítica, al conocimiento de la cultura política, los modelos de resolución de conflictos y el papel jugado por los intelectuales *críticos* o *contestatarios* en la Argentina de los sesenta-setenta. En cuanto a los **objetivos específicos** del trabajo, podemos enumerar los siguientes:

1. Reflexionar sobre la convergencia de los tres lenguajes políticos con mayor impacto en los núcleos intelectuales críticos de esos años: el *nacionalismo popular*, el *marxismo humanista* y el *cristianismo postconciliar*. Tres lenguajes que reflejan el aparato argumentativo y conceptual utilizado por los hombres de letras - historiadores, ensayistas, periodistas o escritores de la época-, y que no sólo dan cuenta de las particularidades del contexto de enunciación, sino que señalan cuáles eran las ideas guía de conciencia, actitud y conducta de los actores del período. Para lograr este fin se analizarán autores icono como Jean Paul Sartre o Antonio Gramsci,

textos de influencia como *Los Condenados de la Tierra* de Franz Fanon, o *¿Revolución en la Revolución?* de Régis Debray, entre otros; así como algunos hechos internacionales que marcaron la ruptura con las tradiciones políticas partidarias locales (la Revolución Cubana, el XX Congreso del Partido Comunista o el Concilio Vaticano II, sólo por nombrar algunos). Es decir, sucesos que tuvieron una influencia y una presencia insoslayable en el imaginario de los protagonistas de la escena.

2. Se desprende de lo expuesto el segundo de los objetivos específicos de esta investigación, que es analizar las *condiciones de posibilidad* que impulsaron en esos años a importantes porciones de la elite cultural argentina a politizarse: pensar, debatir e incluso, en algunos casos, poner en práctica ejercicios transgresores de la legalidad imperante y ejercer la *lucha armada como una de sus estrategias* de acceso al poder del Estado o para la consecución de sus objetivos políticos. Con este fin, la línea narrativa del trabajo atiende al recorrido del pensamiento político de dichos sujetos y al tránsito que muchos de ellos realizaron desde concepciones reformistas hacia iniciativas transformadoras de corte revolucionario.

En este sentido, el trabajo procura dar cuenta de los hechos más importantes de esos años y explorar de qué modo influyeron en el desplazamiento que acentuó la pérdida de las preocupaciones profesionales específicas y especializadas de los letrados, en favor de un proyecto político y una militancia, que según el caso, se volvió casi omnipresente. Este movimiento atañe, y denota también, una poderosa mutación en la función social que se atribuyeron los propios involucrados, el paso hacia nociones de intelectual *comprometido* u *orgánico* que, como veremos en el corpus del trabajo, se inclina en concordancia con un contexto que indefectible e invariablemente fue radicalizando sus posiciones ideológicas.

1. El estado de la cuestión

Uno de los motivos que me llevó a trabajar este tema fue la necesidad de aportar a una perspectiva histórica y sociopolítica alternativa a las dominantes, muchas de las cuales suelen caer en una suerte de *desconexión* histórica cuando analizan el proceso que desencadenó la trágica experiencia vivida en Argentina hacia mediados de los años setenta. La escasez de investigaciones que abordan específicamente el tema de los intelectuales, el contexto de producción de sus concepciones políticas y la lucha armada, así como la polémica que suscitan los trabajos que hoy circulan por los diferentes circuitos o canales de información, señalan claramente que el debate –aunque fragmentado- sigue vivo y que precisa de una mayor complejidad en su análisis. Mi sensación respecto a la mayor parte de la bibliografía que aborda el estudio de esta temática, es que parece haber sido concebida más como una batalla de quienes puján por hacerse con el patrimonio exclusivo de las interpretaciones de la historia (para repartirse culpas y responsabilidades), que como un relato en construcción que requiere del aporte edificante, sincero y honradamente crítico de todos.

Pero en concreto, ¿qué se ha escrito sobre el tema que nos convoca?. Frecuentemente, los trabajos sobre violencia política en Argentina han tenido como objeto fundamental el desarrollo y las consecuencias de la última dictadura militar (1976-1983). En ellos se han explorado el funcionamiento del Estado Terrorista, la violación de los Derechos Humanos, la represión ilegal y su efecto más terrible: los desaparecidos, los torturados, los encarcelados, los exiliados y los daños económicos que explican, en buena medida, la situación actual del país.

La extensa lucha política y jurídica liderada por los organismos de Derechos

Humanos, y dirigida a colocar los crímenes de lesa humanidad y la figura del desaparecido en el centro de la escena, ha influenciado en la producción bibliográfica de los últimos años. En este sentido, quisiera destacar aquí dos elementos que considero importantes: 1º)- Los organismos de Derechos Humanos, sosteniendo rigurosamente su actuación en leyes, reglamentaciones y estatutos nacionales e internacionales, ha logrado incorporar un límite moral y la dimensión ética como elemento ineludible de toda producción. Y 2º)- El anhelo de reparar el daño a las víctimas y, especialmente, la necesidad de limitar la impunidad de la que gozaron y gozan los responsables de la dictadura se ha convertido en el principal estímulo, pero a la vez, en el principal condicionante de una producción bibliográfica que frente al tema, en los últimos treinta años, no ha gozado de una coyuntura política favorable².

Pero ¿por qué el deseo de reparar el daño a las víctimas y acabar con la impunidad militar han sido un estímulo y a la vez un condicionante para las investigaciones sobre el tema?. La impunidad ha actuado específicamente en el campo político y jurídico, no obstante ha rebasado de diversas maneras al campo académico y literario, limitando también las críticas a las concepciones políticas y a la violencia ejercida por las organizaciones de izquierda... Y ¿esto por qué?. En mi opinión debido a tres causas principales: la primera, porque no ha sido políticamente rentable enfrentar la impunidad militar cuestionando la figura del desaparecido y el militante en tanto víctimas inocentes y desprovistas de intenciones moralmente reprobables. En este sentido, criticar la acción o la concepción de algunos sectores de

² Recordemos que durante el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) se dictaron las leyes anticonstitucionales de Punto Final y Obediencia Debida, con el fin de limitar los enjuiciamientos y las condenas de los implicados en las actividades terroristas de la dictadura. Y durante los gobiernos de Carlos Menem (1990-2000) se indultó a los pocos oficiales que cumplían condena por violación de Derechos Humanos. Ambos casos fueron duros reveses para las organizaciones de Familiares de Desaparecidos, Víctimas del Terrorismo de Estado y de Derechos Humanos que reclamaban se aplique rigurosamente la ley contra todos los responsables de tan diversos crímenes.

la izquierda radicalizada ha sido visto en muchas ocasiones como un modo de *hacerle el juego* a la derecha³. En segundo término, porque en todos estos años no hubo desde el campo contrario, es decir, desde la derecha y las Fuerzas Armadas, ni el más mínimo signo de arrepentimiento por todo lo ocurrido; especialmente, en lo referido a la violación de los Derechos Humanos⁴. Y en tercer lugar, porque en términos históricos se trata de hechos todavía recientes.

Estas son algunas de las razones por las cuales buena parte de los trabajos se han ocupado menos del período inmediatamente anterior (1955-1973), un período donde no sólo observamos el anudamiento de los conflictos, sino fundamentalmente la formación de un movimiento social cargado de ideas transformadoras. Es decir, un período donde debemos buscar muchas de las claves que nos permitan comprender lo ocurrido luego.

Ahora bien, dentro de la producción a la que nos referimos pueden encontrarse textos de diversa naturaleza: académicos, investigaciones o recopilaciones periodísticas, otros testimoniales o de carácter autobiográfico de ex militantes de organizaciones de la época que -con el tema de la memoria en auge- han servido para catalizar reflexiones actualizadas en diferentes formatos, que van desde el documental audiovisual hasta los textos de ficción. Sin embargo, es oportuno señalar que no todos los trabajos que circulan actualmente están sostenidos en fuentes documentales clásicas -lo que en ocasiones les resta validez o interés historiográfico-

³ O porque en muchos casos ha nacido un sentimiento de culpa frente a la trágica detención, tormento y desaparición seguida de muerte de tantos miles de personas, un sentimiento que a veces pareciera reforzado al revisar las concepciones políticas erróneas, un sentimiento encontrado que deviene en la idea -como se cantaba en algunas marchas de la época-: “la sangre derramada no será negociada”.

⁴ Respecto a las violaciones de los Derechos Humanos durante la última dictadura militar, el silencio y el encubrimiento han sido herméticos y lapidarios por parte de las Fuerzas Armadas. Tan sólo se recuerdan los casos de Adolfo Schilingo (ex militar) que denunció haber participado de por lo menos 30 *vuelos de la muerte* y haber arrojado a personas detenidas ilegalmente y todavía con vida al mar (declaraciones de las que luego se arrepentiría y negaría); y el caso del general Martín Balza, quien reconoció públicamente las violaciones a los Derechos Humanos perpetradas por las Fuerzas Armadas entre los años 1976-1983, y a causa de lo cual fue defenestrado por sus compañeros de armas.

, aunque no por eso dejan de ser un rico e interesante aporte auxiliar para comprender el fenómeno en toda su complejidad.

A continuación se presenta una breve reseña bibliográfica de los trabajos que tratan sobre el tema de esta investigación. Se citan algunos de los textos más destacados en la materia a partir de una división propia e informal por *géneros*. Veremos aquí cómo la cuestión de las raíces intelectuales, las condiciones de emergencia de los discursos políticos y el contexto de producción que justificó y legitimó en ellos el uso de la violencia –si bien mencionado- no ha sido un objeto específico ni prioritario de análisis. Asimismo, los textos que mencionaré en este sintético repaso, no son sólo aquellos que considero más destacados y familiarizados con el tema, sino los más útiles para encuadrar y nutrir el desarrollo de mi propia investigación.

- **Sobre relaciones político-económicas y corporación militar**

Las relaciones políticas de los sectores políticamente dominantes en el período 1955-1966 fueron abordadas por Guillermo O'Donnell en un breve trabajo titulado “Estado y Alianzas en la Argentina, 1955-1966”. *Desarrollo Económico*, 64. Buenos Aires (1977)⁵. Allí O'Donnell analizó con agudeza las relaciones establecidas con anterioridad al Golpe de Estado de Onganía, describiendo el entramado institucional en el que operaban los grupos más cercanos al poder para conseguir favores o prebendas por parte del Estado. Asimismo, poco más tarde el propio O'Donnell, y como una continuación extendida del trabajo antes mencionado, publicó *El Estado burocrático autoritario, 1966-1973*. Buenos Aires (1982):

⁵ El trabajo de O'Donnell retoma buena parte de las concepciones desarrolladas tiempo antes y en clave marxista por Juan Carlos Portantiero en el artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en Braun Oscar (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

Editorial de Belgrano; un libro de grandes aportes conceptuales y cuyo esquema de análisis resultó de mucha influencia para quienes se abocaban entonces a las lecturas del período dictatorial de Onganía, Levingston y Lanusse. En ese texto, el autor explica detalladamente la acción de sometimiento y disciplinamiento violento que aplicaron las Fuerzas Armadas desde la cúspide de un Estado militarizado contra los sectores asalariados disconformes que bloqueaban el amplio desarrollo de los intereses capitalistas, monopólicos y multinacionales⁶. Otro trabajo muy interesante y sólidamente sostenido en la misma línea es el de Alain Rouquié (1982), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, donde se señalan elementos novedosos y complejos respecto a las tradiciones ideológicas dentro de la corporación militar, una corporación que se consideró actor legítimo de las contiendas políticas y con derecho moral a intervenir. Para Rouquié la recurrente intromisión de las Fuerzas Armadas y la furiosa lucha facciosa dentro de la institución, fue una de las principales fuentes de violencia en la vida social argentina⁷. También Marcelo Cavarozzi se ha centrado en el tema a través de *Autoritarismo y democracia (1955-1966)*. Buenos Aires (2002): Eudeba; en el cual destaca la acción del Estado autoritario y el intento de militarización de la sociedad en favor de los polos monopólicos de la economía y los recortes de los derechos políticos y civiles⁸.

⁶ Más tarde O'Donnell publicará "La Irrenunciabilidad del Estado de Derecho", *Instituciones y Desarrollo*, N° 14 IIG, Barcelona, 2002; y *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Barcelona, Paidós, 1997.

⁷ Rouquié destaca hechos violentos fundacionales del período, como el bombardeo a Plaza de Mayo, los fusilamientos a militantes peronistas en José León Suárez, Lanús, el Plan CONINTES, etc.

⁸ Otros trabajos destacados son: Liliana De Riz (2000). *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós; Robert Potash (1981). *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. de Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Sudamericana; que tiene un segundo volumen titulado (1994) *De la caída de Frondizi a la restauración peronista*. Buenos Aires: Sudamericana; y Gregorio Sesler. *El Onganiato*. Samonta Editor, Buenos Aires, 1973.

- **Sobre políticas económicas**

Entre las investigaciones estrictamente económicas del período se destaca la de Pablo Gerchunoff y Lucas Llach (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Buenos Aires: Ariel Sociedad Económica, que atiende al devenir de la economía argentina en los últimos cien años señalando las cíclicas curvas ascendentes y descendentes dentro de la historia económica argentina y la influencia que han tenido en dichos ciclos las vicisitudes políticas internas por las que ha atravesado el país. Este trabajo está escrito en un lenguaje asequible y sólidamente sostenido en múltiples fuentes documentales. Por otra parte, resulta de gran interés el estudio de Raúl García Heras (2000). “La Argentina y los organismos financieros internacionales”. *El Trimestre Económico*, LXVII, N° 268. Buenos Aires, donde se analizan las coincidencias entre la implantación de las dictaduras y los intereses multinacionales por desmontar la resistencia hacia las políticas económicas liberales.

- **Sobre sindicalismo, proscripción y violencia**

Uno de los trabajos de investigación más sólidos que abordan la historia sindical argentina del período es el Daniel James (1990). *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana. James explora detenidamente el contexto en el que se desarrolla el llamado sindicalismo burocrático, a su juicio la principal experiencia peronista en este ámbito. El autor no olvida señalar las prácticas violentas como recurso habitual para mantener la cohesión interna en las bases obreras, la concentración de poder en una cúpula hermética y vertical donde primaron las redes clientelares, el amiguismo y la búsqueda de la eficacia y la supervivencia frente a un Estado autoritario y altamente represivo. Al texto de James habría que sumar los aportes de Mónica

Gordillo con *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1973*. Buenos Aires (2001): Sudamericana; *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa*. Córdoba (1999): Ferreyra Editor; y *Córdoba en los sesenta, La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba (1999): Talleres de Imprenta; todos libros muy bien sostenidos por diversas fuentes y donde Gordillo ha complejizado el análisis alrededor de las experiencias del sindicalismo clasista y combativo, reflexionando sobre sus relaciones con la burocracia, fundamentalmente, en el abordaje del caso de la ciudad de Córdoba. Vale recordar que dicha ciudad se convirtió en uno de los principales centros de los conflictos sindicales de la época⁹.

- **Sobre tradiciones ideológicas**

Uno de los trabajos más destacados, entre aquellos que se han centrado en el estudio de las tradiciones ideológicas y culturales de los años sesenta y setenta, es el de Carlos Altamirano (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas. Altamirano describe el proceso de radicalización de aquellos años por medio de un análisis de la emergencia de un discurso político de base nacional, surgido a partir de la combinación que se produce entre dos tradiciones: la liberal y la progresista de izquierda, y la reacción antiliberal de matriz católico integrista. En ambos casos la cuestión peronista se ubica en el centro del debate, generando diversas respuestas y acercamientos entre partes. Del mismo modo, Beatriz Sarlo y Altamirano han ahondado en el marco de comprensión con una síntesis muy útil para interpretar los documentos que recopilan y que dividen en dos tomos titulados

⁹ Otros textos destacados en el tema son los de Juan Carlos Torre (1983). *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*. Buenos Aires: CEAL. Más abocados a la cuestión peronista, podemos mencionar también los libros de Roberto Baschetti (1988). *Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970)*. Buenos Aires: Puntosur; y el de Samuel Amaral y Mariano Plotkin (comp.1993). *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro.

respectivamente: *La Batalla de las Ideas (1943-1973)*, y *Bajo el signo de las Masas (1943-1973)*. Buenos Aires (2001): Ariel Historia. En esta obra los autores se reparten la tarea de mostrar el tránsito recorrido por los discursos reformistas hacia posiciones revolucionarias, inscriptos en un contexto signado por la proscripción política, la movilización obrera, los ideales liberacionistas-tercermundistas y la modernización cultural y técnica.

En la misma línea, pero enfocada más bien en la introducción y el desarrollo de las modernas ciencias sociales, se encuentra el trabajo de Silvia Sigal (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del Sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI; que ha hecho un gran aporte al estudio de los grupos intelectuales más activos del período. De la misma manera hay que mencionar a Oscar Terán (1993). *Nuestros Años Sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto; quizás uno de los trabajos más citados sobre el tema¹⁰. Tanto Sigal como Terán son dos autores que han tomado de manera específica el desarrollo de un importante sector de las llamadas vanguardias o nuevas elites culturales –a la cual se han referido como franja crítica o Nueva Izquierda- y a la que han descripto más en el desarrollo de sus adscripciones ideológicas que en sus concepciones y participación política. El aporte más significativo de estos libros está dado por la mención a la autodenominada *Izquierda Nacional*, un grupo de intelectuales como Hernández Arregui, Puiggrós, Ramos, Rosa, etc., que se destacaron por intentar combinar pensamiento marxista con peronismo.

No obstante, y más allá de la genérica atención al caso de Cuba y su influencia en los militantes de la época, ninguno de los autores mencionados ha

¹⁰ Recientemente Oscar Terán ha publicado *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2006; que es un relato en primera persona de su experiencia y recorrido intelectual en la Argentina de los sesenta-setenta.

ahondado en su análisis respecto a la concepción de la violencia y la importante inclinación de estos grupos a pensar en la lucha armada como una de las estrategias posibles para conseguir objetivos políticos. Tampoco lo han hecho en relación a los motivos que la convirtieron en una opción considerada viable y legítima del proyecto de transformación social que proponían. Por otra parte, es significativo resaltar que estos estudios se han concentrado especialmente en las experiencias anteriores a 1969, e incluso casi siempre su mayor riqueza ha quedado limitada hasta 1966 y los efectos de la cancelación de espacios culturales y políticos luego del golpe de Onganía. Este hecho ha dejado un cierto vacío en el período 1969-1973, el período -sin dudas- más *caliente* de los setenta (anterior a la dictadura de Videla).

Otro trabajo sólidamente elaborado es el de Horacio Tarcus (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto; que recupera un espacio intermedio de la izquierda que emerge en los sesenta. De acuerdo a Tarcus, dicha emergencia estaría verificada en la postura crítica que asumieron algunos intelectuales trotskistas, quienes mantuvieron equidistancia no sólo de los errores y los dogmas de la izquierda tradicional (PC), sino que pudieron desmarcarse de la izquierda nacionalista y militarista. A través de la biografía de dos influyentes historiadores de la época como Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Tarcus señala detalladamente la influencia que tuvo el trotskismo en una parte del arco intelectual de esos años. Sin embargo, el autor no se detiene en el análisis de los hechos o corrientes de pensamiento que alimentaron las posturas militaristas.

- **Sobre ciencias sociales**

También se sumergen en este periodo, aunque más preocupados por los avatares académico intelectuales de la universidad y sus márgenes -y en especial las

ciencias sociales-, los trabajos de Claudio Suasnábar (2004). *Universidad e Intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones Manantial; Mariano Plotkin (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana; Federico Neiburg y Mariano Plotkin (2004). *Intelectuales y expertos*. Buenos Aires: Paidós; y Waldo Ansaldi (1992). “De historia y de sociología”. *Después de Germani*. Buenos Aires: Paidós. Todos ellos realizan un recuento de los aportes y las significaciones que tuvieron, sobre todo, la introducción de nuevos métodos cuantitativos en el estudio de los fenómenos sociales, la fragmentación del conocimiento en disciplinas especializadas, la departamentalización de la universidad y, en definitiva, el desarrollo de una nueva manera de entender el lugar y el rol de los intelectuales en un proyecto de universidad postperonista¹¹.

- **Sobre movimientos estéticos y culturales**

En cuanto al desarrollo del movimiento literario de esos años, Claudia Gilman, (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI; profundiza respecto a la vinculación de los escritores latinoamericanos (muchos de ellos argentinos) con Cuba a través de un análisis de la publicación *Casa de las Américas*. Resulta interesante la manera en que Gilman introduce la presencia de la dimensión política y la vanguardia armada en el seno de las polémicas artísticas y literarias, explorando con detenimiento el movimiento latinoamericanista de esos años, las características y los efectos del boom editorial del realismo mágico y la solidaridad e

¹¹ En este mismo registro, pero tomando buena nota de los condicionamientos que generaba en las elites intelectuales la inestabilidad institucional y la alternancia militar en el gobierno, podemos mencionar los trabajos de Torcuato Di Tella (h) (2003). “Gino Germani”. *Gino Germani, Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional*. Buenos Aires: Temas; Ángel Raquel (1992). *Rebeldes y domesticados: Los intelectuales frente al poder*. Buenos Aires: El Cielo por asalto; y el clásico libro de José Luis Romero (2005). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica.

identificación de los autores con Cuba y las ideas de izquierda hasta el año 1967. Año este último que marca el fin de la homogeneidad y las coincidencias en relación a la metodología guerrillera impulsada por el gobierno cubano a escala continental¹².

Por su parte Hernán Invernizzi y Judith Gociol (2003) con *Un golpe a los libros*. Buenos Aires: Eudeba, se sumergen en el análisis de las tareas de censura y persecución que las Fuerzas Armadas desataron contra el movimiento cultural de los años sesenta-setenta. Es digno de resaltar el trabajo de Invernizzi y Gociol, quienes abordan las políticas culturales implementadas por la dictadura de Onganía y Videla, tanto en sus mecanismos de control como en sus efectos¹³. Se trata de un trabajo muy rico en documentos ya que es uno de los pocos que existen sostenidos a partir de archivos oficiales de las Fuerzas Armadas¹⁴.

- **Sobre peronismo y peronismo revolucionario**

Entre los trabajos que se han abocado a la difícil tarea de historizar el peronismo y sus múltiples expresiones en los sesenta-setenta, encontramos el de Tulio Halperin Donghi (1995). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos

¹² Otros trabajos que abordan este período desde un enfoque similar son los de Nicolás Casullo (2004). *Pensar entre épocas*. Buenos Aires: Norma; y el de Nicolás Casullo, Ricardo Foster, Alejandro Kaufman (1999). *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba. Asimismo, vale mencionar los textos de Simón Feldman (1990). *La generación del sesenta*. Buenos Aires: Legasa; Fernando Ferreira (2000). *Una historia de la censura*. Buenos Aires: Norma. Sobre el compromiso político, la militancia y la tarea profesional periodístico-literaria de Rodolfo Walsh, Nilda Susana Redondo ha escrito *El compromiso político y la literatura, Rodolfo Walsh*, Ediciones Amerindia, Buenos Aires, 2001. Se trata de una tesis de maestría que realiza un repaso escrupuloso de uno de los íconos del compromiso crítico del periodismo de la época.

¹³ Resulta significativo mencionar el primer trabajo publicado sobre el funcionamiento del Estado de Terror en términos específicos, y que sirvió de apoyo para buena parte de las publicaciones que luego trabajarían sobre el período. El texto referido es *El estado terrorista argentino* (Argos Vergara, Barcelona, 1983) de Eduardo Luis Duhalde.

¹⁴ Este trabajo se realizó a partir de un grupo de archivos encontrados casualmente en la bóveda del Banco de la Nación Argentina en el año 2000. Al respecto, vale recordar que casi no existen archivos oficiales de los gobiernos dictatoriales, quienes cuidadosamente sellaron su impunidad destruyendo la documentación que los implicaba. En el trabajo de Invernizzi y Gociol se encuentran gran cantidad de memorandums, circulares y decretos firmados por los mandos militares responsables de las políticas culturales del país, en especial las referidas a medios de comunicación, bibliotecas públicas y editoriales. (unificar criterios de tipo y tamaño de letra también para las notas al pie, y justificar los márgenes)

Aires: Ariel. En este libro el autor coloca al movimiento peronista dentro de los movimientos de líder, una cualidad que Halperin Donghi caracteriza por su base plebiscitaria, sus dudosas convicciones democráticas y su alta desconfianza en el sistema electoral de competencia política. Para él, dichos rasgos se expresan en la violencia discursiva peronista, que además encerraría formas más contundentes. Por otra parte, y como novedad destacada, el texto señala que la proscripción habría sido una situación óptima para un peronismo que comenzaba a perder su mayoría, poniendo en riesgo no sólo el control de su principal y más efectiva herramienta de consenso: la administración del Estado; sino fundamentalmente consolidando la idea del agravio al *pueblo*, la ilegitimidad de otras fuerzas en el poder y la ficción democrática de otros años que los empujaría hacia la radicalización¹⁵.

Otro de los trabajos que me gustaría destacar aquí por su agudo, profundo y descarnado análisis es el de León Rozitchner (2000). *Perón entre la sangre y el tiempo*. Buenos Aires: Catálogos. Se trata de un libro compuesto por dos tomos en el cual el autor realiza un recorrido por las bases ideológicas, conceptuales y morales desarrolladas por el propio Perón -a través del análisis de sus escritos militares-; y donde a su vez revisa algunos de los que considera fallos interpretativos o errores políticos en los que cayó la juventud peronista y la izquierda militarizada de los sesenta-setenta. Rozitchner es el único autor, entre todos los mencionados, que ha intentado explicar desde sus raíces conceptuales y filosóficas parte de las expresiones

¹⁵ Otros trabajos destacados en el abordaje del Peronismo Revolucionario son: Roberto Baschetti (1988). *Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970)*. Buenos Aires: Puntosur; Silvia Sigal y Eliseo Verón (2004). *Perón o Muerte*. Buenos Aires: Eudeba; Ernesto Goldar (2004). *John William Cooke y el peronismo revolucionario*. Buenos Aires: Editores de América Latina; Ernesto Jauretche (1997). *Violencia y Política en los 70'. No dejes que te la cuenten*. Buenos Aires: Ediciones del pensamiento Nacional; Richard Gillespie (1987). *Soldados de Perón, Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo; Pablo Giussani (2003). *Montoneros, La Soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana; Miguel Bonasso (1997). *El presidente que no fue*. Buenos Aires: Planeta; Roberto C. Perdía (1997). *La otra historia*. Buenos Aires: Grupo Ágora; Pilar Calveiro (2005). *Política y/o Violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma; y Horacio Verbitsky (1985). *Ezeiza*. Buenos Aires: Contrapunto.

políticas y la subjetividad propia de aquellos años. Sin lugar a dudas exitosamente, Rozitchner nos persuade en su trabajo de la importancia que tenía la búsqueda de la eficacia en la izquierda marxista que se incorporó al peronismo desde la izquierda del partido. Asimismo, el autor describe los matices centrales del mito cristiano que habita en las estructuras de estos movimientos, su conversión al nacionalismo y su base de análisis marxista. Otros trabajos del mismo autor completan este recorrido: *El terror y la gracia*. Buenos Aires (2003): Norma; *Las desventuras del sujeto político*. Buenos Aires (1996): El Cielo por Asalto.

- **Sobre el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y otras organizaciones político-militares.**

De los trabajos sobre la existencia de otras organizaciones político-militares con gran relevancia en la escena de la época sobresalen los siguientes: Luis Mattini (2004). *Hombres y Mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Ediciones De la Campana, donde Mattini, -ex miembro del Buró Político y ex Secretario General del Partido luego del asesinato de Mario Roberto Santucho-, hace un recuento de muchas de los errores políticos cometidos en la época. Asimismo, Julio Santucho editó en 2004 *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Ediciones B, un trabajo que combina documentación de la organizaciones con el relato de la experiencia personal, casi siempre contada en primera persona. Se percibe en estos trabajos una notoria preocupación por la crítica de antiguas concepciones o errores políticos, pero sin dejar de reafirmar las ideas que no han perdido actualidad¹⁶.

¹⁶ Otros trabajos destacados sobre el tema son los de Gustavo Plis-Steremberg (2004). *Monte Chingolo*. Buenos Aires: Planeta; Roberto Pittaluga (2000). "La historiografía sobre el PRT-ERP". *El Rodaballo*, N°10. Buenos Aires; María Seoane (1991). *Todo o Nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires: Planeta; Gabriel Rot (2000). *Los orígenes*

A su vez, existen otros trabajos con mayor rigor investigativo, los cuales, de manera diversa, dan una explicación más acabada del contexto potencialmente propicio para la gestación de concepciones o expresiones violentas en la política. Por caso los libros de María Matilde Ollier (2005). *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Eduntref; María Matilde Ollier (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina; Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina; Marín Juan Carlos (1996). *Los hechos armados*. Buenos Aires: La Rosa Blindada; José Pablo Feinmann (1999). *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel. Todos ellos se han preocupado por situar y explicar las ideas y los métodos armados en un contexto nacional e internacional altamente represivo y dictatorial, colocando al peronismo y su ilegítimo apartamiento de la competencia política como la problemática central a resolver.

- **Sobre la influencia católica en la violencia política**

Con la finalidad de analizar diferentes aspectos de esta influencia católica en la militancia de la época podemos mencionar los trabajos de Beatriz Sarlo (2003). *La pasión y la Excepción*, Buenos Aires: Siglo XXI; el de Lucas Lanusse (2005). *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara; el de Gustavo Morello (2003). *Cristianismo y Revolución*. Córdoba: Thesys; Carlos Mugica (1973). *Peronismo y Cristianismo*. Buenos Aires: Merlín; Jorge A. Sonería (1986). *Iglesia y Nación*. Buenos Aires: Guadalupe; Claudia Touris (2005). “Neo-Integralismo,

perdidos de la guerrilla en la Argentina. Buenos Aires: El cielo por Asalto; y Daniel De Santis (2004). *A vencer o a Morir*. Buenos Aires Editorial Nuestra América.

denuncia profética y Revolución”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9. Buenos Aires: Universidad de Quilmes; Martha Cavilliotti (1972). “Helder Cámara, La crisis en la Iglesia en América Latina”. *Historia de América en siglo XX*, N° 32. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina; y José Pablo Martín (1992). *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe¹⁷. Todos ellos han sido muy reveladores respecto al importante peso que en esos años tuvieron las ideas cristianas y las nuevas reflexiones teológicas impulsadas por el Concilio Vaticano II, celebración que dio paso –por ejemplo- al desarrollo de la Teología de la Liberación o la organización del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM).

2. La perspectiva historiográfica propuesta para abordar el problema de estudio

Pensar la problemática de los intelectuales y las condiciones de emergencia y posibilidad de sus discursos públicos sobre la cultura y la política, nos remite a un ángulo historiográfico que otorga importancia tanto a los lenguajes como a las ideas políticas utilizadas por los actores de la época. Sin embargo, en este caso no nos referimos a un discurso o a un pensamiento doctrinario puro, pues ni en Argentina ni en el resto de los países latinoamericanos ha florecido todavía un pensamiento teórico original y vigoroso en materia política. Por el contrario, lo que se ha extendido con amplitud es la diversidad y peculiaridad de expresiones que no admiten el análisis aplicado por modelos teóricos estáticos, ideales o genéricos.

El agotamiento sufrido por los grandes paradigmas de pensamiento que en

¹⁷ El trabajo de Lucas Lanusse (2005). *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara, se sostiene por una importante cantidad de entrevistas a actores de la época, entre ellos varios de los fundadores de la organización político-militar Montoneros, y está enfocado especialmente a comentar la influencia de las ideas postconciliares en los orígenes de la agrupación.

distintos momentos de la segunda mitad siglo XX intentaron dar una explicación global del mundo social -paradigmas como el marxismo, el funcionalismo o el estructuralismo, y que creyeron posible aplicar un sistema conceptual unitario a todas las Ciencias Sociales-, se han derrumbado frente a los vertiginosos cambios de nuestro tiempo, permitiendo hoy dar paso a múltiples formas de interrogar el pasado y restar legitimidad a la idea de los campos fundamentales de estudio. Este agotamiento o crisis de los grandes paradigmas ha servido, entre otras cosas, para incorporar nuevas líneas historiográficas y renovar otras que habían quedado en desuso. Tal es el caso de la Historia Intelectual, un área en la que se ubica el presente trabajo.

Los aportes de José Gaos, Leopoldo Zea, Jaime Jaramillo Uribe, Arturo Ardao, Ricaurte Soler, entre otros autores, han enriquecido una larga tradición latinoamericana en la línea de la historia intelectual, una perspectiva donde los lenguajes políticos no son considerados un conjunto de ideas o conceptos inalterables, sino el modo característico de producirlos en un momento y un lugar determinados¹⁸. La Historia Intelectual utiliza los lenguajes políticos como una vía a través de la cual reconocer el sentido que los actores otorgan a sus acciones. Asimismo, interpretar la representación de los lenguajes políticos supone reconocer el contexto social en el que estos se encuentran inscriptos, e identificar los efectos que dichos lenguajes provocan en un ambiente social configurado por una gran

¹⁸ Al respecto, Elías José Palti en *Acerca de los lenguajes políticos en el siglo XIX latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica Argentina, Buenos Aires, 2006, ha trabajado en profundidad los aportes a la historia intelectual realizados por autores como Raymond Williams en *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, Oxford University Press, Nueva York, 1983; Quentin Skinner “A Reply to my Critics”, en James Tully, ed., *Meaning and Context. Quentin Skinner and His Critics*, Polity Press, Oxford, 1988; François-Xavier Guerra “El olvidado siglo XIX”, en V. Vázquez de Prada e Ignacio Olabarri, comps., *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica 1945-1988. Actas de las IV Conversaciones Internacionales de Historia* Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1989; John G. A. Pocock en *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*, The University of Chicago Press, Chicago, 1989; así como el repaso de la bibliografía del recientemente fallecido Reinhart Koselleck.

diversidad de significaciones y expresiones colectivas. El punto de vista que aquí se adopta da mucha importancia a dicha diversidad, por eso busca servirse de los aportes y la colaboración de estudios afines tales como la historia política, la económica, la social, la de la literatura latinoamericana, la sociología de la cultura y la historia de las ideas.

En este sentido, Carlos Altamirano ha señalado que la historia intelectual no tiene la ambición de convertirse en historia total pero, sin embargo, “no renuncia a una perspectiva globalizadora, ni a creer que para responder a sus preguntas y sus problemas bastan la luz que arrojan la historia económica o la historia social”¹⁹. Incluso –señala Altamirano- hay un área de investigación específica que conecta la historia intelectual con lo que podríamos llamar *historia de los intelectuales*, un área que coloca en el centro de su interés a las llamadas vanguardias o elites culturales. Es válido rescatar este área, pues sabemos que dichos grupos nunca han sido actores pasivos en el devenir de la historia latinoamericana, sino que, contrariamente, han tenido siempre una participación destacada como hombres de letras, doctores o literatos en el desarrollo de las problemáticas nacionales, el dominio de las ideas políticas, las ciencias o el arte.

3. Metodología, fuentes y técnicas aplicadas a la investigación

A propósito de lo expuesto con anterioridad, he considerado conveniente aplicar una metodología de trabajo sostenida fundamentalmente por tres diferentes tipos de fuentes:

- a). Publicaciones periódicas de la época: revistas y periódicos.
- b). Fuentes Orales: entrevistas y conferencias.

¹⁹ Carlos Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual”, *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9, Buenos Aires, 2005, p.11.

c). Bibliografía sobre violencia, Estado, nación, intelectuales, política, cultura, e historia Argentina, que incluye prensa de actualidad.

a). Publicaciones periódicas de la época: Las revistas y periódicos revisados fueron:

Antropología del Tercer Mundo,
Capricornio,
Centro,
C.I.A.S.
Centro de Investigación y Acción Social,
Chau,
Che,
Comunicación y Cultura,
Controversia,
Contorno,
Correo de CEFIL,
Cristianismo y Revolución,
Criterio,
Cuadernos de Crítica,
Cuadernos de Polémica,
Cuadernos de Cultura,
Cuestiones de Filosofía,
Debate,
Democracia Popular,
Desarrollo Económico,
Diógenes, Discusión,
El Descamisado,
El Escarabajo de Oro,
El Grillo de Papel,
El Popular,
El Obrero,
Envido,
Esto Es,
Espartaco,
Fichas de Investigación económica y social,
Gaceta Literaria,
Hoy en la Cultura,
Izquierda Nacional,
Kairós,
La Rosa Blindada,
Liberación,
Literatura y Sociedad,
Los Libros, Marcha,
Mar Dulce,

Nueva Conciencia,
No Transar,
Nueva Política,
Nueva Presencia,
Nuevos Aires,
Pasado y Presente,
Propósitos,
Pueblo Unido,
Qué Hacer,
Resumen de la actualidad Argentina,
Revista de Problemas del Tercer Mundo,
Revista de la Liberación,
Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES),
Revista Latinoamericana de Sociología del Centro de Investigaciones del Instituto Torcuato Di Tella,
Revista de la Universidad de Buenos Aires,
Situación,
Soluciones,
Socialismo de Vanguardia,
Trinchera de la Juventud Peronista,
Táctica,
Vanguardia Revolucionaria,
Voz Popular,
Ya.

Las publicaciones mencionadas han sido seleccionadas teniendo en cuenta dos criterios principales: por un lado el temporal: en su inmensa mayoría se publicaron entre 1955 y 1973. Y por otro, el temático-ideológico: todas ellas están dentro de las denominadas revistas político-culturales de los núcleos intelectuales críticos o contestatarios de la época. Dichas publicaciones tienen diversas procedencias, con frecuencia se trata de revistas vinculadas al ámbito universitario: publicaciones de institutos o grupos de investigación en ciencias sociales, revistas de centros u organizaciones estudiantiles. En su mayoría fueron creadas como medios de difusión, para presentar trabajos de investigación, traducciones de autores extranjeros, para comentar o difundir actividades y notas de opinión de la actualidad política y cultural. Asimismo, encontramos una buena cantidad identificadas explícitamente como órganos político-partidarios, aunque muchas veces resulta difícil distinguir unas de otras. Como he mencionado, los tópicos de interés de estas publicaciones pueden dividirse en dos grandes temas: política y cultura. Entre los temas políticos preferidos destacan segmentos de actualidad internacional y nacional. En el primero de los casos se tratan temas muy diversos, pero se repiten los conflictos de Vietnam, Argelia, Cuba, China y la Unión Soviética, así como los conflictos en universidades europeas y norteamericanas. En las cuestiones nacionales el protagonismo lo tuvo casi siempre la movilización obrera, la problemática peronista y sus derivados. En el caso de los temas culturales encontramos gran cantidad de traducciones de artículos, referencias bibliográficas, comentarios de libros de Sartre, Gramsci, Lefebvre, Marx, Fanon, Guevara, Debray, Althusser, entre otros, así como columnas de pintura, teatro, cine, etcétera.

Puede decirse que estas publicaciones se encontraban ubicadas a mitad de camino entre el acceso a la realidad a través de la actualidad informativa inmediata

que ofrecían las publicaciones diarias, y la reflexión detenida y laboriosa de los libros. Eso posibilitó que este formato se convirtiera en una vía ágil y explotada para la particular articulación entre política y cultura. Es decir, permitió ocupar un espacio visible en la intersección de las producciones culturales y el convulsionado campo de los procesos políticos que atravesaba el país.

En el análisis de las publicaciones se puede dar cuenta también, no sólo de la forma en que habitan las polémicas, los juicios y las opiniones, sino sobre todo de la manera en que se afianza y perfecciona una terminología y una serie de categorías conceptuales centrales en la construcción de una identidad colectiva y un imaginario político de época. Es mediante categorías conceptuales como imperialismo, clasismo, masa, nación, patria, pueblo, trabajadores, proletariado, reacción, revolución, socialismo, entre muchas otras, que se intentó explicar buena parte de los sucesos de la realidad nacional e internacional. Y es justamente a través de la construcción de esos discursos -de ese aparato argumentativo- donde he encontrado algunas de las claves del presente estudio.

Otra de las características comunes de estas publicaciones periódicas es que se desarrollaron con independencia de los medios masivos de comunicación y las instituciones oficiales del Estado. Incluso con frecuencia sirvieron como un espacio de consagración alternativo a los tradicionales periódicos o semanarios de grandes tiradas como *La Nación*, *La Opinión* o *Primera Plana*, por ejemplo. Por otro lado, su presencia en la escena sindical fue escasa y no tuvieron un papel protagónico en el sistema de partidos legalizados, aunque su actuación fue destacada en términos de irradiación ideológica en los principales medios culturales, especialmente en aquellos a los que accedía la clase media ilustrada que constituía la franja más amplia de su público receptor.

Asimismo, en muchas ocasiones la vida de las publicaciones fue efímera y actualmente es casi imposible determinar con exactitud los motivos por los cuales una u otra revista dejaba de publicarse. No obstante, en este sentido Susana Fiorito y León Rozitchner, quienes fueron importantes colaboradores en muchas de ellas, han mencionado en las entrevistas personales realizadas que algunos de los elementos que influyeron en la desaparición de muchas revistas fue la imposibilidad económica de sustentarlas, las divisiones políticas de los grupos y la persecución de la que fueron víctima, sobre todo a partir de 1966 por parte de la dictadura de Onganía.

De lo anterior se desprende también que hubo articulistas o colaboradores que participaban en más de una revista. He podido comprobar incluso que los miembros de los comités editoriales de muchas de ellas se mezclan y repiten en diferentes períodos y revistas. Todo lo cual nos induce a pensar que ser editor, periodista, investigador y militante no eran necesariamente actividades diferenciadas, y que además entre ellos no sólo había vínculos políticos o profesionales sino también de amistad.

Vale apuntar que las publicaciones referidas fueron consultadas en las siguientes entidades:

- Biblioteca José María Aricó
- Biblioteca de la Universidad Católica de Córdoba
- Centro de Documentación e Investigaciones de la Cultura de Izquierdas
- Biblioteca Nacional

Para analizar y establecer relaciones entre textos, y entre textos y contextos, me he valido del método comparativo y de conceptos de intertextualidad y de

hipertexto¹, así como también de conceptos de interdiscursividad, discursos hegemónicos y disidentes².

b). Fuentes orales:

Siguiendo a Ronald Fraser en *Recuérdalo tú, recuérdaselo a otros*³ y C. Molinero, M. Sala y J. Sobrequés en *Una Inmensa Prisión*⁴, considero que la utilización de fuentes orales es valiosa en la reconstrucción de hechos históricos de los cuales no consta documentación escrita o a la cual deliberadamente se nos niega el acceso. Su valía radica en que los testimonios de actores implicados en la temática nos permite identificar elementos e impresiones diversas, reflexiones, indicios, sospechas, sentimientos, etc., que muchas veces se pierden o no quedan registrados. Los testimonios orales utilizados en esta investigación han servido para combinar y reforzar el trabajo realizado sobre fuentes bibliográficas, publicaciones periódicas y otras fuentes auxiliares de información, permitiéndome trazar así un panorama más acabado del problema de estudio.

Las fuentes orales de este trabajo consisten en 10 entrevistas a actores de la época especialmente realizadas para esta investigación, y 10 conferencias de especialistas en el tema. Todas las entrevistas y conferencias fueron grabadas en cinta magnetofónica, luego desgrabadas, analizadas individualmente y apoyadas por notas de campo realizadas a mano. Las entrevistas fueron concertadas con anticipación y desarrolladas bajo la técnica de *Historia de Vida*. La selección de los entrevistados fue hecha a partir de criterios de *Informantes Clave* y la duración de

¹ Gérard Genette *Fiction et diction*, Paris: Seuil, coll 1991.

² Marc Angenot, *Interdiscursividades: De hegemonías y Disidencias*, Textos compilados por María.T.Dalmaso, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina, 1998.

³ Fraser Ronald, *Recuérdalo tú, recuérdaselo a otros*, Crítica, Barcelona, 1997.

⁴ Molinero C., Sala M. y Sobrequés J., *Una Inmensa Prisión*, Crítica, Barcelona, 2003.

cada entrevista no estuvo determinada previamente. En todos los casos, excepto las realizadas a Alberto Parisí e Ignacio Vélez Carreras -realizadas en un despacho universitario y en un bar respectivamente- las entrevistas se llevaron a cabo en la casa de los entrevistados, factor que posibilitó que pudieran extenderse a gusto sobre el tema abordado.

b.1. Relación de Entrevistados:

ANSALDI, Waldo: Doctor En Historia, Investigador de CONICET y profesor de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2 de septiembre de 2005.

FIORITO, Susana: Periodista, Directora de la Biblioteca Popular de Bella Vista, ex miembro del grupo *Contorno*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Nueva Política*, *No Transar*, *Liberación*. Córdoba, 12 de agosto.

GORDILLO, Mónica: Doctora en Historia, Decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora de CONICET, y Profesora titular de Historia Argentina Contemporánea. Córdoba, 22 de junio de 2005.

JOUBE, Héctor: Médico Psiquiatra. Fue uno de los integrantes del *Ejército Guerrillero del Pueblo* (EGP) a las ordenes de Jorge R. Masetti. Estuvo detenido y encarcelado un total de 9 años en prisiones de Salta, Resistencia y Rawson, entre abril de 1964 y mayo de 1972. Vivió 9 años de exilio en Francia entre los años 1975 y 1984. Córdoba, 23 de junio de 2005.

MASERA, Carlos: Obrero, ex Secretario General del Gremio SITRAC. Córdoba, 16 de julio de 2005.

PARISÍ, Alberto: Director de la Maestría en Ciencias Sociales y Profesor de la Escuela de Trabajo Social en la Universidad Nacional de Córdoba. Vivió diez años de exilio en México. Córdoba, 25 de julio de 2005.

RIVERA, Andrés: Escritor, *El Precio, En esta dulce tierra, La revolución es un sueño eterno, El amigo de Budelairé, El Farmer, Ese Manco Paz, etc.*. Córdoba, 27 de septiembre de 2005.

RODEIRO, Luis: Periodista: *La Voz del Interior, Revista La Intemperie*, Director del Diario *Córdoba*. Fue uno de los fundadores de la organización *Montoneros*. Publicó *Vení, volá, sentí...* y *Fantasías de Bandoneón. Una disidencia Montonera*. Exiliado en México entre 1976 y 1984. Córdoba, 29 de junio de 2005.

ROZITCHNER, León: Doctor en Filosofía en la Universidad de París. Investigador Principal de CONICET, Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de varias universidades fuera del país. Vivió diez años de exilio en Venezuela. Entre sus libros más conocidos: *Perón: entre la sangre y el tiempo; El terror y la gracia; La Cosa y la cruz, etc.*. Buenos Aires, 30 de agosto de 2005.

VÉLEZ CARRERAS, Ignacio: Abogado. Fue uno de los fundadores de la organización *Montoneros*. Buenos Aires, 3 de septiembre de 2005.

b.2. Relación de conferencias asistidas sobre el tema:

ANNINO, Antonio: “*La historiografía en el último cuarto de siglo XX*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba –Argentina-, 29 y 30 de septiembre de 2005.

BORÓN, Atilio: Feria del Libro 2005, Teatro Real, Córdoba, septiembre de 2005.

CASULLO, Nicolás: “*Política y Cultura en la Argentina de los años 60 y 70*”. Ciclo de Charlas: Violencias. En el Centro Cultural Rojas, Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 30 de septiembre de 2005.

GIARDINELLI, Mempo: Feria del Libro 2005. Biblioteca Córdoba, Córdoba, septiembre de 2005.

HALPERIN DONGHI, Tulio: “*La historiografía en el último cuarto de siglo XX*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba –Argentina-, 29 y 30 de septiembre de 2005.

PALTI, Elías: “*La nueva historia político-intelectual y sus bifurcaciones*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba, Argentina, 29 y 30 de septiembre de 2005.

PARISÍ, Alberto: “*Los Avatares de la Historia Latinoamericana, desde los planteos Liberacionistas*”. Jornadas Día del Trabajador Social, Ciencias Sociales y Pensamiento Latinoamericano, en la Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba, julio 2005.

PILATOWSKY, Mauricio: “*La Filosofía después de Auschwitz*”. Cátedra de Estudios Judíos, Decanato de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, agosto de 2005.

SÁBATO, Hilda: I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

SARLO, Beatriz: Conferencia para el *Taller de Estudios e Investigaciones Andino Amazónicas*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona, España, 6 de abril de 2006.

SEBRELI, Juan José: Conferencia: “La crisis argentina según J.J. Sebreli”, Universidad Siglo XXI, CPCEC, Córdoba, 19 junio de 2005.

TCACH, César: I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

TORRE, Juan Carlos: I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

c). **Bibliografía** sobre violencia, Estado, nación, intelectuales, política, cultura, e historia Argentina, que incluye prensa de actualidad: ver listado en Bibliografía.

4. Presentación y desarrollo introductorio del problema de estudio.

El papel de los intelectuales *críticos*⁵ y el desarrollo de los discursos, que constituyen el problema de estudio de este trabajo, se encuentran enmarcados en un período que va desde la caída del gobierno de Juan Domingo Perón, el 16 de junio de 1955, hasta la restitución de las elecciones libres de proscripciones, el 11 de marzo de 1973. Un paréntesis de dieciocho años en la historia argentina que tuvo como

⁵ La idea de intelectual crítico o contestario ha sido trabajada ampliamente por Oscar Terán en *Nuestros años sesenta*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1993. Sin embargo, podemos definir en términos generales un intelectual es aquel individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones trascendentales a un auditorio amplio de manera regular. Es decir, es un agente social con un capital simbólico reconocible, intereses específicos en juego y pretensiones de verdad en la esfera político-cultural donde se halla inserto. Esta definición no considera al intelectual como alguien controlado por la disciplina, sino como un innovador que se siente cómodo y se comunica con otros en diversos campos. La creatividad es esencial para esta definición, porque si bien puede ser el intelectual un crítico social o de otra índole, su crítica debe plantear nuevas perspectivas y no ser un mero ejercicio, académico. Finalmente, el elemento comunicativo, la expresión del producto cultural a un auditorio amplio (o más o menos amplio) señalan que el intelectual se da a conocer.

problemática central el conflicto entre peronistas y antiperonistas.

Los criterios utilizados para delimitar el período en 1973 son tres: 1º) 1973 es el año del fin de la proscripción política peronista y la apertura de un paréntesis en los conflictos abiertos en 1955, permitiendo, aunque débil y momentáneamente, el retorno a un gobierno electo por vía democrática; 2º) Los discursos políticos del período se conformaron hasta ese año; posteriormente, sus argumentos serán repetidos; 3º) La *Masacre de Ezeiza* marcó el paso del conflicto a un enfrentamiento intestino explícito dentro del propio movimiento peronista, donde no sólo podemos ver reproducidos casi los mismos antagonismos que se libraron fuera, sino que a partir de entonces se desarrollaron las primeras prácticas terroristas con participación directa tanto de funcionarios como de instituciones del Estado.

Este es el marco donde se desarrollaron los grupos críticos que incorporaron discursos y prácticas de contestación y protesta cargados de un profundo deseo de transformación social. De modo que, en ese espacio signado por la tensión entre corrientes de pensamiento político divergentes -en la brecha abierta por un ideario renovador que buscó manifestarse contra las tradiciones que pretendían restaurarse- se encuentra el objeto de estudio de esta investigación.

El derrocamiento del gobierno de Perón significó el comienzo de una nueva etapa histórica: por una parte, se constata a partir de aquí la creciente presencia de capitales multinacionales en sectores estratégicos de la economía; y por otra parte, se abrió un ciclo que condensó el proceso de naturalización del uso de la fuerza en la toma e implementación de decisiones políticas. Existe un consenso generalizado respecto a que el año 1955 marcó el comienzo de un nuevo ciclo histórico, donde los diferentes grupos antiperonistas que accedieron al poder del Estado y se identificaron con la llamada *Revolución Libertadora*, debieron ocupar cargos públicos y

sumergirse en un debate que diera contenido a los lineamientos generales del orden postperonista. No obstante, el debate en torno al nuevo perfil del gobierno no se redujo al interior de las instituciones sino que se amplió a los grandes círculos letrados. De esta manera, lo que comenzó siendo la definición de un *proceso de modernización cultural y económica urgente*, un acto destinado a superar el subdesarrollo y abandonar para siempre *la tiranía peronista*, se convirtió rápidamente en un debate acerca de la naturaleza del régimen derrocado y la manera más conveniente de incorporar al nuevo proceso a las masas trabajadoras todavía fieles al liderazgo de Perón.

Para los actores involucrados en dicho debate, el eje de las controversias pasaron a girar en torno a la definición de tres interrogantes fundamentales: 1) cuál era la naturaleza del peronismo; 2) cómo controlar a los sectores obreros movilizados prescindiendo de su líder; y 3) cómo desarrollar un proyecto de país *gobernable* que incorpore a dichos sectores. A pesar de esos esfuerzos, las diversas respuestas que surgieron ante estas cuestiones no consiguieron consenso y pronto emergieron a la superficie las profundas diferencias entre las facciones del bloque antiperonista. Diferencias que hasta entonces habían quedado contenidas tras el objetivo común y aglutinante de apartar a Perón del poder, pero una vez alcanzado este anhelo, quedaron nuevamente expuestas.

De esta manera, las dificultades para conciliar opiniones respecto al modelo de país deseado al interior del antiperonismo, sumado al sabotaje peronista que resistía su proscripción, hicieron que a lo largo de los siguientes dieciocho años ninguna alternativa fundada sobre la exclusión política lograra sostener una propuesta estable y legítima que diera cauce a una crisis de gobernabilidad, que se había convertido ya, en un dato crónico de la realidad argentina. Como veremos en el corpus de este

trabajo, ni las dictaduras militares presididas por Lonardi, Aramburu, Guido, Onganía, Levingston y Lanusse, ni los gobiernos civiles de Frondizi e Illia pudieron lograrlo.

Desde esta perspectiva, algunos analistas han definido este período de la historia argentina con la idea de *juego imposible*⁶, puesto que los grupos en disputa tenían la capacidad de vetar mutuamente los proyectos de su adversario, estancando la situación en un virtual empate político. También se lo ha denominado con el nombre de *parlamentarismo negro*⁷, no sólo porque fue un tiempo donde se mantuvo el ejercicio de la política por fuera de los canales democrático-institucionales a fuerza de represión -favoreciendo la confrontación como forma de acción directa: huelgas, movilizaciones, tomas de fábrica, de universidades, secuestros políticos, represalias a filiales de multinacionales, etc.-, sino porque terminó desacreditando el diálogo y la idea de democracia como sistema válido para la resolución de controversias.

El constante intervencionismo de las Fuerzas Armadas en el sistema político, la resistencia peronista y la creciente espiral de violencia, amén de constituirse en objeto de análisis y discusión por parte de los intelectuales de la época, se convirtió en una costumbre que hizo mella en la cultura política de toda la sociedad, misma que, imposibilitada de canalizar sus conflictos por vías formales, no demoró en conducir sus reclamos por vías irregulares. Esto generó nuevas prácticas de protesta, resistencia y contestación que empezaron a contar, cada vez más asiduamente, con repertorios insurreccionales, de violencia y de lucha armada.

⁶ Guillermo O'Donnell, "Un juego imposible. Competencia y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955-1966", en *Modernización y Autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

⁷ César Teach, "Golpes, proscripciones y partidos políticos", en *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp.22-24.

Por otro lado, es sabido que la participación y los discursos públicos sobre la cultura y la política de los núcleos intelectuales críticos de los sesenta-setenta fueron diversos, tanto en sus procedencias e influencias ideológicas como en sus propuestas políticas. Pero dejando de lado momentáneamente las diferencias, podemos decir que todos ellos compartieron la aspiración de que sus concepciones logran imponerse en un tiempo donde las elites ilustradas tradicionalmente habían estado envueltas en las disputas simbólicas. Disputas que en este caso se asemejaron cada vez más a un combate por los sentidos del orden, y donde el campo cultural por momentos pareció fundir sus límites con el político. Así, cultura y política, fueron dos dimensiones que se entrelazaron de manera íntima y compleja, en una relación que con el correr de los acontecimientos y la paulatina polarización de las posiciones, parecieron estrecharse en un único dominio donde los actores pusieron en juego sus tácticas y estrategias.

En cuanto a la franja de intelectuales críticos que conforman los principales sujetos de estudio de este trabajo, no sólo se mostraron poderosamente urgidos por participar de los rumbos que adoptaban las convulsionadas cultura y política nacionales, sino que se interesaron también en redefinir el vínculo entre esos dos mundos. Con el fin de encontrar el modo de hacer efectivos sus objetivos, dichos intelectuales emitieron públicamente sus convicciones mediante la conformación de grupos, partidos, organizaciones, reuniones, conferencias, clases magistrales, libros, periódicos y revistas. En el transcurso de estas páginas veremos que unos optaron por la vía reformista y otros por la revolucionaria, y analizaremos cómo, cuáles y de qué modo ciertas condiciones ideológicas, políticas e históricas, permitieron la emergencia y desarrollo de repertorios de lucha armada como parte de sus estrategias de acción.

5. Síntesis, estructura e hipótesis del trabajo

En lo que concierne a la estructura del trabajo, de modo general he optado por respetar o dar prioridad a la cronología de los sucesos. No obstante ello, a lo largo de estas páginas esa línea se verá desbordada por la superposición de hechos e ideas y, en ocasiones, también por cierta dificultad para identificar las fronteras precisas entre política y cultura, curso y discurso, realidad e imaginación.

El estudio presenta cinco hipótesis o variables explicativas expresadas a lo largo de seis capítulos. *La hipótesis del primer capítulo* -una línea argumental que atraviesa todo el trabajo- postula que uno de los rasgos diferenciales de los años sesenta-setenta fue el proceso de creciente politización de la cultura y la culturización de la política. Esto es, un tiempo donde no sólo se politizó el intelectual, el estudiante o todo aquel ámbito público donde tenían lugar las diversas expresiones del pensamiento y el arte, sino también un período donde se operó una profunda culturización de las prácticas políticas⁸. En este proceso se destaca un especial protagonismo e influencia del mundo de los libros y las ideas en el ámbito de la política. En efecto, hubo libros que tuvieron centralidad programática, pero también hubo de los que contribuyeron a la construcción de un contexto socio-cultural de ruptura con las tradiciones intelectuales, la transformación del vínculo entre obra y autor y entre autor y público.

Para sustentar esta hipótesis, el capítulo plantea en primer término una descripción general del arco intelectual, sus preocupaciones y sus posturas frente al nuevo proyecto político, social y económico que se abre con el gobierno postperonista de la llamada *Revolución Libertadora*. Para ello, se aborda el intenso

⁸ En opinión de Nicolás Casullo podríamos hablar no sólo de “politización cultural” o “culturización política” sino incluso de una cierta “estetización política”. Para ampliar, ver “Rebelión Cultural y política de los 60”, *Itinerarios de la modernidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

debate que desde 1955 se desarrolló en torno al pensamiento desarrollista, identificando sus promotores, sus críticos y, fundamentalmente, la disputa por la supremacía en el frente político e ideológico. El objetivo del apartado es caracterizar la formación y el papel jugado por los nuevos grupos intelectuales que se integran a las instituciones del Estado y que participan en la refundación y modernización universitaria. Esta primera parte del capítulo hace especial hincapié en el desempeño de los economistas y sociólogos, la introducción de los modernos métodos de aproximación de las ciencias sociales y las polémicas en torno a tres interrogantes centrales en la época: ¿cuál debía ser el rol de los intelectuales en la sociedad?, ¿debían ser funcionales al gobierno y su orden?, o ¿comprometidos con la transformación?

En segundo lugar, el capítulo analiza las corrientes de pensamiento de izquierda y filoperonistas en el ámbito del ensayo y las nuevas ciencias sociales críticas de la sociología científica o norteamericana. Se plantean las influencias de la doctrina del compromiso, especialmente la del existencialismo-sartreano y la paulatina sofisticación del pensamiento marxista como teoría crítica y de análisis de la realidad. En su última parte, el capítulo explora la articulación ideológica entre marxismo y peronismo realizada por la llamada *Izquierda Nacional*, su ideal de acción política en un marco de creciente politización cultural, y las lecturas que hizo de estas ideas la juventud universitaria de esos años.

La hipótesis del segundo capítulo sostiene, en primer lugar, que la permanente práctica política autoritaria aplicada por los grupos económicos dominantes - apoyados por la acción de las Fuerzas Armadas- fue permeable a la cultura política de toda la sociedad. Dicha práctica autoritaria determinó ciertas pautas de acción en las organizaciones sociales y populares, unas pautas que terminaron por desacreditar

el diálogo, la democracia y las instituciones representativas, en tanto instancias efectivas para resolver los conflictos y sostener aspiraciones de gobierno y control del Estado sin el uso de la fuerza.

En segundo lugar, esta hipótesis intenta poner de manifiesto la creciente inclinación insurreccional por parte de los sectores duros del peronismo, que justificaron su accionar no sólo por el derrocamiento violento del gobierno constitucional de Perón, sino también alentados por un antecedente que tuvo mucha importancia entonces y que supuso una línea de continuidad histórica en el atropello de los derechos civiles. Me refiero concretamente al golpe de estado del general Uriburu en 1930, un golpe que inauguró la llamada década infame (1930-1943) en la cual se desarrolló una práctica sistemática del fraude electoral. Este hecho, seguido de la proscripción peronista y la anulación de las elecciones provinciales de 1962 durante el gobierno de Frondizi, supuso la cancelación de los canales formales para llegar al gobierno. El objetivo de este apartado es señalar cómo dichas experiencias – para el sector excluido de la competencia electoral- parecían demostrar que había llegado la hora de aplicar métodos más contundentes y efectivos que permitieran imponer su voluntad.

El segundo capítulo fundamenta entonces esta idea, describiendo, en primer término, la llegada de Frondizi a la presidencia del país en 1958 a través de una fórmula que proscribió la participación del peronismo y sus candidatos. Aquí se señalan los motivos por los cuales esta gestión presidencial fue conocida popularmente como la *traición frondizista*, principalmente a partir de la promulgación de las leyes de petróleo y universidades.

En una segunda instancia, el capítulo se detiene en el permanente acecho de las Fuerzas Armadas al sistema político y a la creciente resistencia peronista ante el

intento de naturalizar su exclusión y aplicar cambios desfavorables para sus intereses en las políticas económicas del Estado. Por último, el capítulo ahonda en los motivos de la intervención militar al gobierno de Frondizi, la influencia de las doctrinas de Seguridad Nacional-Fronteras Ideológicas y el posterior enfrentamiento armado entre facciones militares –*Azules* y *Colorados*- por la supremacía del poder.

La hipótesis del tercer capítulo plantea que, independientemente de la clausura de los canales institucionales que condujeron a la agudización de algunas prácticas de resistencia, en algunos núcleos intelectuales había repertorios de lucha armada instalados por diversos accesos. Es decir, no obstante la influencia de poderosos catalizadores como la proscripción y el irrespeto por los derechos civiles y la democracia, es posible que la violencia como estrategia de acción política de todas maneras se hubiera manifestado desde algunos sectores de la izquierda. En la raíz de estas concepciones, el factor internacional quizás sea el más importante y movilizador: desde Cuba y las figuras del Che Guevara, Fidel Castro, Camilo Torres y el grito de guerra que significó la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS)⁹, pasando por China, Argelia o Vietnam, sólo por mencionar algunos ejemplos. Desde la perspectiva de esta hipótesis, para algunos sectores de la izquierda radicalizada, el lograr un espacio democrático real era un logro instrumental y pasajero; era, en todo caso, otra vía de acercamiento hacia el aclamado socialismo. Dicha tendencia no sólo puso en tela de juicio las formas tradicionales de organización política sino que buscó, además, una transformación del propio sistema democrático burgués, al que se juzgaba conveniente sólo a los

⁹ La OLAS fue un evento realizado del 31 de julio al 10 de agosto de 1967 en La Habana, dirigido por Régis Debray. El objetivo de este encuentro fue convertirse en el instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. La delegación argentina estuvo presidida por John William Cooke. Al término de la conferencia, la inmensa mayoría de los asistentes adhirieron al foquismo como el método para hacer efectivos los objetivos políticos que se proponían en sus respectivos países.

intereses de los más poderosos, y el cual reproducía una violencia que, si bien oculta, estaría anclada en las propias bases de la acumulación capitalista.

A lo largo del tercer capítulo se fundamenta la citada hipótesis, en primer término, describiendo la crisis que desde fines de los cincuenta sufren las formas partidarias de la izquierda tradicional y el progresismo. Se caracterizan aquí las críticas al dogmatismo stalinista y el auge de una importante renovación teórica dentro del marxismo. En este sentido, el apartado tiene como objetivo señalar la incidencia del discurso marxista histórico humanista de Gramsci -un autor que tuvo gran repercusión en la Argentina-, y que incorporó la cuestión nacional como eje principal de las controversias.

En un segundo momento, se indaga en el contexto cultural de enunciación política de la época, un contexto donde tuvieron gran relevancia el mundo de las editoriales, los libros, y las revistas político-culturales que funcionaron tanto como punto de encuentro de intelectuales, como el principal formato de acceso a la formación e información de la población.

La tercera y última parte del capítulo analiza los libros que tuvieron mayor peso en la conceptualización de la violencia y los repertorios de lucha armada de la época: *Los Condenados de la Tierra* de Franz Fanon, *La guerra de guerrillas* de Ernesto Guevara, y *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray. Tres libros -tres concepciones- que circularon en esos años y que motivaron los principios de una reacción antiintelectual.

La hipótesis del cuarto capítulo abunda en la intrusión institucional, el desprecio por la política y el juego democrático por parte de las Fuerzas Armadas, como condición catalizadora de pautas y formas de protesta social cada vez más intensas y directas en la etapa. Para sustentar esta hipótesis en este capítulo se

analiza, en primer término, el segundo intento de un gobierno civil por dar solución a la crisis de legitimidad y hegemonía abierto en 1955. Se describe aquí la llegada y caída del gobierno de Arturo Illia, una vez más a instancias de las Fuerzas Armadas. Se observa el papel desempeñado por los medios de comunicación liberales, Augusto Vandor y el sindicalismo burocrático; así como la emergencia de la *Línea Dura* (la línea opuesta), y la idea de John William Cooke de desarrollar un peronismo revolucionario solidario con los movimientos liberacionistas del Tercer Mundo.

En segundo término, se analiza la anulación de las elecciones parlamentarias de 1965 -donde nuevamente se impusieron representantes peronistas- y la posterior instauración de la dictadura presidida por Onganía, dictadura sujeta a objetivos y no a tiempos. Una dictadura caracterizada como cruzada en defensa del orden moral y cristiano, que -a juicio de Onganía- estaba amenazado por el populismo peronista, la infiltración marxista internacional y el libertinaje cultural. Por último, se describe la intervención a las universidades, las reacciones de la clase media ante los atropellos y el autoritarismo militar, y el comienzo de la radicalización del estudiantado que, ante la clausura total de los canales políticos, rápidamente se ve enfrentada al mismo enemigo que los sectores obreros combativos.

La hipótesis del quinto capítulo gira en torno al peso de los aspectos morales y míticos que se observan en la base de algunas prácticas políticas de la época. Para ello se señala la dimensión religiosa que cargó las prácticas seculares de muchos militantes y organizaciones, tanto católicas como marxistas. El objetivo de esta hipótesis está dirigido a describir los componentes autocráticos y de misticismo revolucionario, así como la proyección de una noción de acción, sacrificio y trascendencia individual a través de un proyecto colectivo superior. Asimismo, ahonda en concepciones y justificaciones de la *violencia justa*, o de una violencia

como respuesta a una violencia anterior. No obstante lo expuesto, es oportuno señalar que la capacidad explicativa de esta hipótesis está limitada a describir algunos rasgos morales, de identidad, de carácter y sobre todo de intensidad con la que se vivió la participación o militancia política. Es decir, esta variable proporciona los motivos que condujeron a los actores de la época a tomar sus decisiones políticas.

La hipótesis del quinto capítulo está fundamentada, en primer término, en los efectos producidos por las nuevas reflexiones teológicas, pastorales y litúrgicas que tuvieron lugar en la celebración del Concilio Vaticano II inaugurado por el Papa Juan XXIII en 1962 y clausurado por Paulo VI en 1965. El apartado se detiene en el desarrollo de un nuevo perfil doctrinario por parte de la Iglesia, un perfil más dialogante y sensible a las problemáticas sociales y el subdesarrollo. Se caracteriza la llamada Doctrina Social, el llamado diálogo entre católicos y marxistas, sus pensadores más destacados y sus polémicos efectos en el Episcopado y la comunidad católica argentina.

En segundo lugar, se analiza el cambio de perfil de la revista *Criterio* bajo la dirección de Jorge Mejía y, fundamentalmente, la experiencia de la revista católica renovadora *Cristianismo y Revolución*, de la cual se explora algunas de las ideas y concepciones de *violencia justa* expresadas por el grupo editor, un grupo que estuvo compuesto por algunos de los jóvenes que poco más tarde fundarán la organización político-militar Montoneros.

La hipótesis del sexto capítulo nos sitúa en una escena política polarizada, envuelta en un clima insurreccional donde comienzan a ganar cada vez mayor presencia las organizaciones armadas, que han interpretado las protestas del *Cordobazo* (1969) como los síntomas inequívocos de una escena prerrevolucionaria. Dicho diagnóstico lleva a que las organizaciones político-militares se sumerjan y

actúen dentro de una lógica binaria y concéntrica. El objetivo de este capítulo es observar cómo el opositor se convirtió en enemigo y el espacio de lo público en un campo de batalla. Asimismo, se focalizará en la manera en que esa lógica de campos opuestos llevó a considerar la competencia política como una cuestión de fuerzas materiales.

Para sostener esta hipótesis, en primer lugar se describe el devenir de las organizaciones sindicales denominadas clasistas y democráticas analizando el carácter de las revueltas populares que se desarrollaron en varias provincias argentinas como Tucumán, Corrientes, Santa Fe, Buenos Aires, Mendoza, entre otras –pero prestando especial atención a las de 1969 (*Cordobazo*) y 1971 (*Viborazo*) en Córdoba-, y que propiciaron la caída del gobierno dictatorial y la posterior salida democrática. En este sentido, el apartado se detiene en el caso del gremio SITRAC, donde se agrega el testimonio de su ex Secretario general: Carlos Masera.

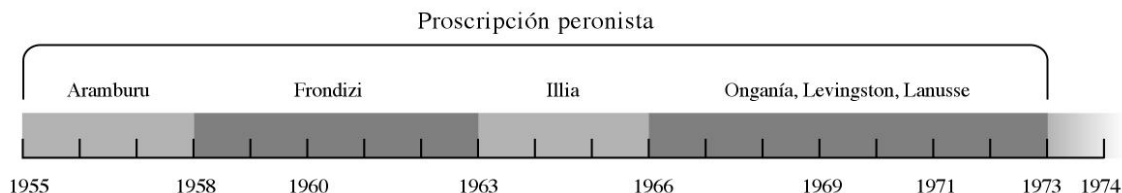
En segundo lugar, el capítulo analiza la experiencia obrero estudiantil y la puesta en práctica de nuevos repertorios de protesta, violencia y lucha armada. También se abordan algunos aspectos del papel de Perón y el general Lanusse en la disputa por el poder del Estado, en tanto personificaron los dos máximos representantes de la dicotomía peronismo-antiperonismo. Por último, el capítulo pone de relieve algunos aspectos de la relación entre la vanguardia armada peronista y el líder exiliado. Asimismo, se observa el esfuerzo dispar y con frecuencia espontáneo por superar la clausura y la corrupción de los canales ortodoxos de representación a través del reclamo y la contestación a las imposiciones del régimen, donde resalta una lógica de acción directa. Una lógica que, sin embargo, todavía hacía difícil suponer el trágico y terrorífico desenlace que tendría a partir de 1976.

Por último y como cierre, el trabajo propone a modo de conclusión destacar

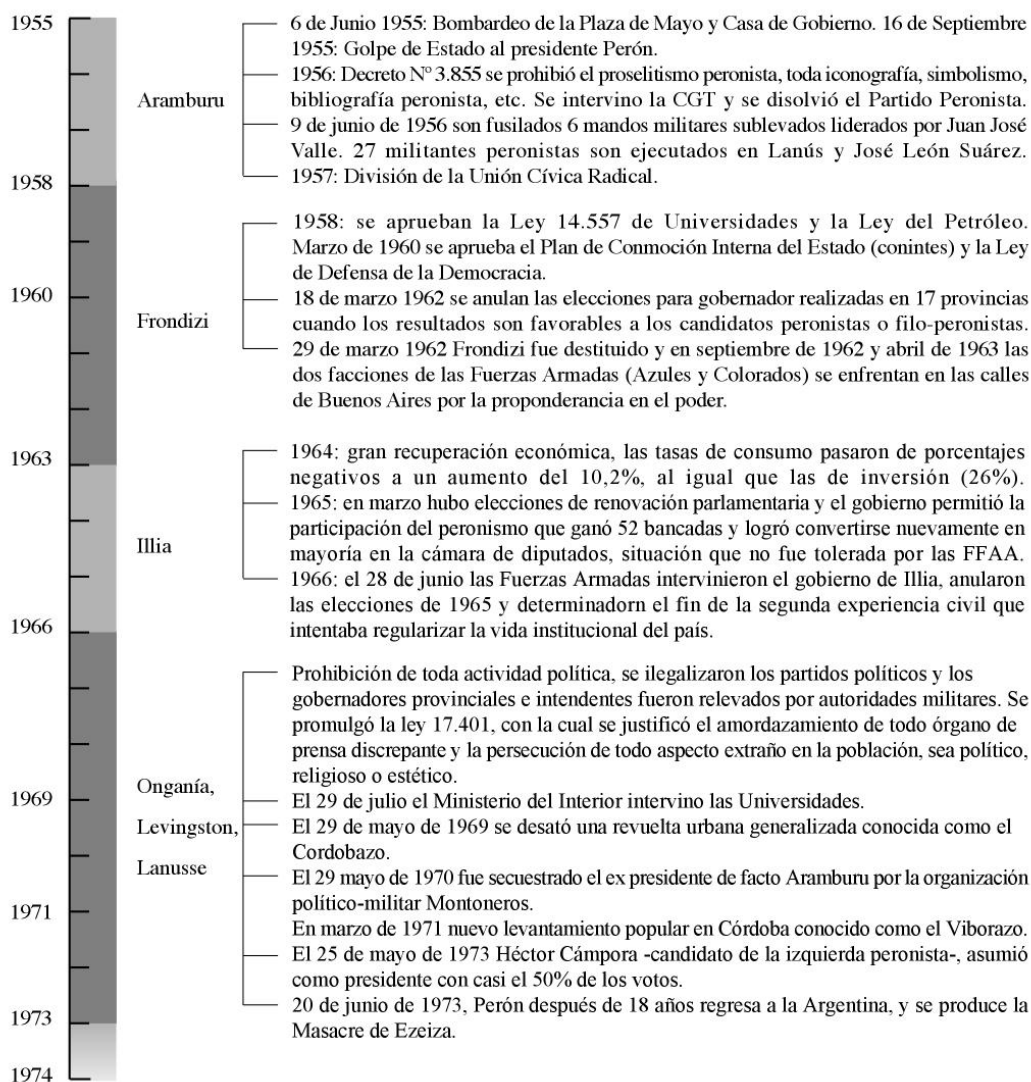
tres elementos: 1º) Mencionar la dificultad para identificar en aquellos años las fronteras precisas entre política y cultura, curso y discurso. 2º) Destacar sintéticamente las tres principales *condiciones* implicadas en la emergencia de las conceptualizaciones de la violencia y la lucha armada: las *nacionales*, las *internacionales*, y las *ideológico-intelectuales*. Y 3º) incluir algunos comentarios sobre los efectos y consecuencias políticas de la puesta en práctica de acciones armadas.

6. Cronología Política: cuadro de los principales hechos políticos

6. a)- Presidentes bajo el período de proscripción peronista 1955-1973



6. b)- Principales hechos políticos durante el período de proscripción peronista



6. c)- Síntesis de los principales hechos políticos por orden de gestión presidencial

1955-1958: Presidencia de Pedro Eugenio Aramburu

1955: el 6 de junio se produjo un alzamiento militar contra el gobierno peronista con un bombardeo a la Plaza de Mayo y Casa de Gobierno. El saldo fue de 300 manifestantes peronistas y transeúntes muertos. El 16 de septiembre se produjo el Golpe de Estado al presidente Perón y comenzó la llamada *Revolución Libertadora*.

1956: por decreto N° 3.855 se prohibió el proselitismo peronista, la simple mención del nombre de Perón, toda iconografía, música, simbolismo o bibliografía peronista en el ámbito público o privado. Se intervino la Confederación General del Trabajo (CGT), disolvió el Partido e inhabilitó para obtener empleos en la administración pública a sus afiliados y a quienes habían ocupado cargos sindicales durante su gobierno.

1956: el 9 de junio fusilan a seis militares sublevados liderados por el General Juan José Valle y ejecutan clandestinamente a dieciocho civiles en Lanús, al igual que un grupo de nueve obreros peronistas en un basurero de José León Suárez.

1957: la CGT realizó el primer Congreso Normalizador donde los sindicatos peronistas impusieron su abrumadora mayoría y conformaron las *62 Organizaciones*, dirigida por el metalúrgico Augusto Vandor. A partir de allí se erigió como la principal organización sindical del momento, su característica fue el verticalismo y la burocracia interna.

1957: La Unión Cívica Radical (UCR), el más antiguo y tradicional partido político argentino se dividió en dos: la UCR Intransigente (UCRI) y la UCR del Pueblo (UCRP), bajo las direcciones de Arturo Frondizi y Ricardo Balbín respectivamente.

1958: 28 de febrero, el gobierno de Aramburu repuso unilateralmente la Constitución de 1853 que había sido reformada durante el gobierno peronista.

1958-1962: Presidencia de Arturo Frondizi

1958: el 1° de mayo bajo la fórmula que proscribía a Perón y sus candidatos, Arturo Frondizi fue investido como nuevo presidente de la Argentina. En septiembre Frondizi derogó el artículo 28 del Decreto-ley de 1955 y estableció por la Ley 14.557 la posibilidad de crear universidades privadas con capacidad para expedir títulos oficiales (conflicto *laica o libre*). Lo mismo ocurrió con la Ley del Petróleo que

permitía a compañías norteamericanas la explotación de los recursos petrolíferos argentinos.

1959: el 1 de enero se produce la Revolución Cubana, con gran impacto ideológico en la Argentina y todo Latinoamérica. **1960:** Frondizi aprueba el Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES) y la Ley de Defensa de la Democracia, a través de las cuales las Fuerzas Armadas tuvieron potestad para perseguir y encarcelar a los militantes opositores, en su mayoría peronistas, pero también comunistas o todos aquellos considerados incómodos para los planes de desactivación de las protestas y la movilización social.

1962: 18 de marzo se realizaron elecciones para gobernador en diecisiete provincias –entre ellas Buenos Aires-, los comicios son favorables en su gran mayoría para los candidatos peronistas o filo-peronistas. Frondizi anuló las elecciones, pero no pudo evadir el Golpe de Estado de las Fuerzas Armadas antiperonistas. El 29 de marzo Frondizi fue destituido por las Fuerzas Armadas y José María Guido asumió la presidencia provisional del país entre abril de 1962 a octubre de 1963. En septiembre de 1962 y abril de 1963 se enfrentaron militarmente en las calles de Buenos Aires las facciones del Ejército (*Azules y Colorados*) por la preponderancia en el poder.

1963-1966: Presidencia de Arturo Illia

1963: el 12 de octubre también bajo un régimen de proscripción política fue elegido presidente Arturo Illia. **1964:** el gobierno obtuvo grandes logros económicos, las tasas de consumo pasaron de porcentajes negativos a un aumento del 10,2%, al igual que las de inversión (26%). La educación recibió un aporte inédito del 23,2% del presupuesto nacional, sin embargo, los problemas políticos no disminuyeron su intensidad y en mayo y junio de 1964 la CGT de Vandor hizo una demostración de fuerza con un plan de lucha donde 3.900.000 trabajadores coincidieron pacíficamente en la ocupación perfectamente sincronizada de once mil fábricas.

1965: en marzo hubo elecciones de renovación parlamentaria y el gobierno radical permitió la participación del peronismo que ganó cincuenta y dos bancadas y logró convertirse nuevamente en mayoría en la cámara de diputados; una situación que no fue tolerada por las Fuerzas Armadas antiperonistas. **1966:** el 28 de junio las Fuerzas Armadas intervinieron el gobierno de Illia, anularon las elecciones de 1965 y dieron

fin a la segunda experiencia civil que intentaba regularizar la vida institucional del país.

1966-1970: Presidencia de Juan Carlos Onganía

1966: comienza la autodenominada *Revolución Argentina* que antepuso a la Constitución Nacional un acta de prohibición de toda actividad política, los jueces de la Corte Suprema fueron cesados de sus cargos, se ilegalizaron todos los partidos políticos y se confiscaron sus bienes, los gobernadores provinciales e intendentes elegidos por vía electoral fueron relevados por autoridades militares, se clausuró el Congreso Nacional y las legislaturas provinciales. Es decir, se suprimió por decreto toda práctica política.

Adalberto Krieger Vasena se hizo cargo del Ministerio de Economía. Krieger Vasena, ex ministro de economía de Aramburu, era apoyado por una decena de empresas norteamericanas con las que renovó los contratos petroleros. Eliminó los controles de cambio y firmó un nuevo acuerdo con el FMI para gestionar empréstitos. Su política abandonó la protección arancelaria que Illia había proporcionado a las pequeñas y medianas empresas locales, el principal fundamento sobre el cual se había apoyado la rápida recuperación económica del país.

Promulgó la ley 17.401, conocida como la anticomunista, a través de la cual se justificó el amordazamiento de todo órgano de prensa discrepante y la persecución de todo aspecto extraño en la población, sea político, religioso o estético. El 29 de julio hizo efectivo el Decreto Ley 16.912 que intervenía las universidades, colocándolas bajo el área de control del Ministerio del Interior. El 7 de septiembre en Córdoba, durante una protesta estudiantil contra la intervención la policía hirió de muerte a Santiago Pampillón, un estudiante del segundo año de ingeniería y subdelegado obrero de la autopartista IKA.

1968: el 28 de marzo se fundó la CGT *de los Argentinos* (CGTA) encabezada por Raimundo Ongaro -un obrero gráfico, católico y peronista-, con la idea de conformar una alternativa al poder burocrático, vertical y centralizado del gobierno y las *62 Organizaciones*. **1969:** El 11 y 12 de enero de se reunieron en Unquillo, provincia de Córdoba, los sectores duros del sindicalismo peronista junto al ala revolucionaria del partido con el fin de establecer una línea de acción común e impulsar la coordinadora

de un frente político civil en contra de la dictadura y a favor de la recomposición constitucional.

El 15 de mayo durante una manifestación en la ciudad de Corrientes, la policía asesinó a balazos al estudiante Juan José Cabral, y en Rosario a Adolfo Bello y Luis Norberto Blanco. El 29 de mayo durante una huelga nacional fue asesinado en Córdoba Máximo Mena, obrero de IKA-Renault, una muerte que desató una revuelta urbana generalizada conocida como el *Cordobazo*. La nota distintiva de los sucesos de mayo de 1969 fue la participación masiva de universitarios junto a los obreros. El saldo del *Cordobazo* fue de treinta muertos, noventa y tres heridos y la posterior caída del gobierno de Onganía.

El 30 junio fue asesinado Augusto Vandor, líder del llamado sindicalismo burocrático o participacionista, por un comando que se integrará luego a las filas de Montoneros.

1970-1971: Presidencia de Roberto Marcelo Levingston

1970: el 29 mayo -día del Ejército Argentino y justo cuando se cumplía el primer aniversario de *Cordobazo*-, fue secuestrado el ex presidente de facto Aramburu por la organización político-militar Montoneros. El 8 de junio la Junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas dispuso el relevó del general Onganía de la presidencia y en agosto colocó en su sitio al general Roberto Marcelo Levingston, un hombre poco conocido cuyo mérito más destacado era haberse mantenido alejado de la escena pero cercano a los intereses norteamericanos.

El 27 de agosto de 1970 el comando *Emilio Maza* del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) asesinó a José Alonso, un hombre clave –como Vandor- en la articulación de las relaciones entre el sindicalismo burocrático, el gobierno y los sectores del peronismo más predispuestos a la negociación.

1971: en marzo de otro levantamiento popular nuevamente en Córdoba y conocido como el *Viborazo* terminó con el gobierno de Levingston tan sólo ocho meses después de su investidura. Esta revuelta tuvo características muy similares a las del *Cordobazo*, pero fue incluso más violenta y destructiva que la anterior. El *Viborazo* se destacó por ser la primer manifestación donde se pudo observar públicamente la presencia y la acción de organizaciones político-militares identificadas con banderas y pintadas. Entre ellas el ERP, FAL, FAR, FAP y Montoneros.

1971-1973: Presidencia Alejandro Agustín Lanusse

1971: el 2 de marzo la Junta de Comandantes colocó al general Lanusse al frente de la Junta y el Ejecutivo Nacional, quien se abocó inmediatamente a diseñar las maniobras de un escape decoroso para las Fuerzas Armadas, y llamó a convocatoria de elecciones generales para el 25 marzo de 1973. El gobierno de Lanusse propició el llamado Gran Acuerdo Nacional (GAN), una propuesta que consistía en que los militares permitirían la celebración de elecciones siempre y cuando Perón resignara su participación en los comicios. El 15 de junio Lanusse promulgó la ley 19.081 de Represión del Terrorismo.

1972: El 22 de agosto tuvo lugar una de las acciones homicidas de represalia más resonantes perpetradas por el gobierno militar, la llamada *Masacre de Trelew*, donde diecinueve presos luego de ser atrapados tras un fallido intento de fuga fueron acribillados a mansalva en la base aeronaval Almirante Zar de la provincia de Chubut.

En noviembre Perón selló el lanzamiento del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), una alianza que incluyó a todas las expresiones del peronismo (desde el lopezreguismo, pasando por la burocracia sindical y el montonerismo), hasta el desarrollismo frondizista y algunos partidos menores. La fórmula presidencial estuvo conformada por Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima.

1973: El 25 de mayo Cámpora asumió como presidente con casi el 50% de los votos. Al acto asistieron Salvador Allende y Osvaldo Dórticos, presidentes socialistas de Chile y Cuba respectivamente. El 20 de junio de 1973 finalmente Perón regresó a la Argentina, tres millones y medio de personas fueron a recibirlo al aeropuerto internacional de Ezeiza, pero lo que tenía que ser una fiesta se convirtió en un baño de sangre. Grupos civiles pertenecientes a la derecha peronista abrieron fuego contra cientos de manifestantes desarmados que intentaban ocupar las posiciones más cercanas al palco. Fue el comienzo de una guerra privada entre la izquierda y la derecha del propio partido.

El 13 de julio de 1973 y por orden de Perón asumió interinamente el cargo de presidente Raúl Lastiri, yerno de José López Rega, secretario personal de Perón y uno de los más conspicuos representantes de la derecha del partido. En septiembre de 1973 y en tiempo record, se realizaron nuevas elecciones. Con un 62% de los votos,

una ventaja que ningún candidato en la historia de los comicios presidenciales argentinos logró jamás, y dieciocho años después de su exilio, Perón era nuevamente presidente de la Argentina.

1974: El 1º de mayo en el histórico acto del día de los trabajadores en la Plaza de Mayo, la llamada *Tendencia Revolucionaria* encabezada por los Montoneros interrumpió el discurso de Perón mediante cánticos que señalaban la presencia en el balcón presidencial de los personajes más oscuros de la derecha del partido. Perón reaccionó, los llamó “imberbes, estúpidos”, y los echó de la plaza.

Perón murió el 20 de junio.

CAPITULO 1

EL ORDEN POSPERONISTA: EL LUGAR DE LOS *EXPERTOS* Y LOS *INTELECTUALES*

La línea argumental de este capítulo postula que uno de los rasgos diferenciales de los sesenta-setenta fue el proceso de creciente politización de la cultura y culturización de la política. Es decir, se trataría de un tiempo donde no sólo se politizó el intelectual, el estudiante o todo aquel ámbito público donde tenían lugar las diversas expresiones del pensamiento y el arte, sino también un período donde se operó una profunda culturización de las prácticas políticas¹. En este proceso se destaca un especial protagonismo e influencia del mundo de los libros y las ideas en el ámbito de la política. Un mundo de libros que Beatriz Sarlo recuerda como una transferencia desde “el mundo de las ideas, no porque toda la gente estuviera leyendo libros de Marx o Lenin todo el día, sino porque todos sabían que en función de cosas que decían esos libros y los temas que se discutían a partir de esos libros se establecían prácticas y programas revolucionarios”². Es decir, hubo libros que tuvieron centralidad programática, pero también hubo otros que hicieron a la construcción de un contexto socio-cultural de ruptura con las tradiciones intelectuales, la transformación del vínculo entre obra y autor y entre autor y público.

Para ello el capítulo se divide en cuatro partes. La primera hace una descripción general del arco intelectual, sus preocupaciones y sus posturas frente al

¹ En opinión de Nicolás Casullo podríamos hablar no sólo de politización cultural o culturización política sino incluso de una cierta estetización política. Ver “Rebelión Cultural y política de los 60”, *Itinerarios de la modernidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

² Beatriz Sarlo, conferencia, 06-04-2006, *Taller de Estudios e Investigaciones Andino Amazónicas*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona, España. En este sentido Sarlo agrega: “La política pasaba en gran medida por los libros, los congresos que realizaban los partidos eran grandes debates libresco. (...) Todos esos materiales están en las bibliotecas, no se destruyeron porque muchas personas los escondieron y los han puesto nuevamente en circulación en las bibliotecas especializadas. (...) Hacer justicia con la historia es darle a esos libros la centralidad que tenían”.

nuevo proyecto político, social y económico que se abre con el gobierno posperonista de la llamada *Revolución Libertadora*. Comienza por abordar el intenso debate que desde 1955 se desarrolló en torno al pensamiento desarrollista, identifica sus promotores, sus críticos y, fundamentalmente, la disputa por la supremacía en el frente político-ideológico. El objetivo del apartado es caracterizar la formación y el papel jugado por las nuevas elites intelectuales que se integran a las instituciones del Estado y que participan en la refundación y modernización universitaria. Para ello, la segunda parte del capítulo hace especial hincapié en el desempeño de los economistas y sociólogos, la introducción de los modernos métodos de aproximación de las ciencias sociales y las polémicas en torno a tres interrogantes centrales en la época: ¿cuál debía ser el rol de los intelectuales en la sociedad?, ¿debían ser funcionales al gobierno y su orden?, o ¿comprometidos con la transformación?. Veremos asimismo cómo dicho debate estuvo condicionado desde sus inicios por la problemática central de todo el período: ¿qué hacer con las masas peronistas movilizadas?, ¿deben ser integradas a un sistema democrático que ponga en riesgo los planes del nuevo gobierno? o ¿debe asegurarse el establecimiento del nuevo orden limitando los derechos políticos de la ciudadanía?.

En tercer lugar, el capítulo analiza las corrientes de pensamiento de izquierda y filoperonistas en el ámbito del ensayo y las nuevas ciencias sociales críticas de la sociología científica o norteamericana. Plantea las influencias de la doctrina del compromiso, especialmente la del existencialismo-sartreano y la paulatina sofisticación del pensamiento marxista como teoría crítica y de análisis de la realidad. Se describe también la ruptura del bloque intelectual-liberal frente a la cuestión peronista.

Por último, el capítulo explora la articulación ideológica entre marxismo y peronismo realizado por la llamada *Izquierda Nacional*, su ideal de acción política en un marco de creciente politización cultural, y las lecturas que hizo de estas ideas la juventud universitaria de esos años.

El contexto en el que se desarrollan los hechos está caracterizado por una profunda modernización cultural y un veloz desarrollo técnico, donde las elites culturales mantienen un importante rol en la puja por imponer una nueva legitimidad y hegemonía político-ideológica. La vocación política y la preocupación por el rumbo que adopta el país es una de las características más destacadas de los núcleos letrados de esos años. Dicha vocación destaca la emergencia y confrontación entre tres diferentes tipos, figuras o concepciones de intelectual: la del *experto* o especialista, la del *comprometido* o crítico, y por último la de intelectual *orgánico*, una figura –esta última- escasamente descripta y en la cual nos detendremos detalladamente en el capítulo tres.

Comenzaremos el Capítulo 1 describiendo el nuevo modelo social, económico y político impuesto por el Estado posperonista, en segundo lugar veremos la modernización técnica y cultural en la que se desarrollan los acontecimientos, la transformación universitaria que se operó y el nuevo rol que adoptan los expertos, en especial los economistas y sociólogos. En tercer término analizaremos la situación de los intelectuales marxistas, la crítica y la contestación al orden establecido y la ruptura ideológico-liberal frente a la cuestión peronista. Por último, describiremos la postura de la llamada *Izquierda Nacional*, el intento de articular marxismo con peronismo.

1.1. La *Revolución Libertadora* de 1955 y el nuevo modelo social, económico y político del Estado postperonista.

El 16 de junio de 1955, con el objetivo de asesinar al presidente Juan Domingo Perón una flota de aviones Gloster Meteor de la Marina y la Fuerza Aérea dejaron caer nueve toneladas de explosivos y dispararon sus ametralladoras sobre una concentración de simpatizantes peronistas en el área de la Plaza de Mayo. La aviación argentina, que nunca había participado de una guerra ni había realizado bombardeo alguno, hizo su bautismo de muerte contra su propia población. El bombardeo a la Plaza de Mayo fue una masacre y aunque no hay cifras oficiales se habla de trescientos muertos y más de mil heridos. Muchas de las víctimas fueron transeúntes desprevenidos, ancianos, mujeres y niños.

El acto respondía a una trama conspirativa que intentaba derrocar al gobierno electo, una intentona que finalmente tuvo éxito dos meses después -el 16 de septiembre- cuando un levantamiento en Córdoba encabezado por el general Lonardi y secundado por el general Aramburu, logró que Perón el día 20 se refugiara en la embajada de Paraguay y diera comienzo a su largo exilio. Las razones del descontento de los sectores que conspiraron para derrocar a Perón anidaban en el creciente enfrentamiento de Perón con la Iglesia Católica debido a la sanción de la ley de divorcio, el permiso que habilitaba prostíbulos, la decisión de abandonar el sostén del culto por parte del Estado y una creciente crisis económica que se combinaba con una alta distribución del ingreso. Entonces el 50% del producto bruto interno (PBI) estaba en manos de los sectores asalariados, una distribución que iba en

desmedro de los altos beneficios de la concentrada clase propietaria agrícola-ganadera argentina³.

El 23 de septiembre de 1955 Lonardi se hizo cargo del gobierno de la llamada *Revolución Libertadora*. Desde el balcón de la Casa de Gobierno anunció que no habría vencedores ni vencidos y aseguró que el proceso de normalización del país duraría el tiempo mínimo indispensable. Pero nada de lo que decía Lonardi ante una multitud clamorosa era cierto, en los hechos no sólo había vencedores y vencidos en ambos bandos, sino que, exceptuando gestiones fugaces, serían necesarias casi tres décadas para ver al país normalizado.

La satisfacción y las ansias de reparación o revancha entre los simpatizantes de la Revolución Libertadora eran exultantes. El antiperonismo por fin era gobierno y entre sus prioridades era urgente e indispensable poner en marcha una enérgica *desperonización* de todos los ámbitos de la sociedad, en especial de las instituciones del Estado que habían sufrido una suerte de mimesis con el partido peronista. Quienes habían sufrido el régimen depuesto no veían en él más que delincuencia, demagogia, opresión y engaño.

No obstante, el general Lonardi duró cincuenta días en el gobierno puesto que el 13 de noviembre de ese mismo año se produjo un nuevo golpe, esta vez *puertas adentro*. Con el beneplácito del vicepresidente Rojas, el general Pedro Eugenio Aramburu sin esperar siquiera a la renuncia de su antecesor, asumió la presidencia provisional y dio por tierra con el intento de cuajar una transición tolerante. La caída de Lonardi significaba que junto a él se alejaba todo el personal político proveniente del nacionalismo y la corriente católica antiliberal, dejando el camino despejado a

³ Nunca antes en la historia del país las clases asalariadas habían gozado de un PBI tan alto, ni nunca antes el Estado había propiciado una distribución de la riqueza tan conveniente para dichos sectores. No se han vuelto a alcanzar estos índices.

Aramburu y la fracción liberal que esperaba reponer cuanto antes el orden perdido con el peronismo⁴.

Aramburu conformó su gabinete con hombres del conservadurismo y del radicalismo, en especial abogados y empresarios. Muy pronto la posición del gobierno fue definida explícitamente como una prolongación de la línea de Mayo y Caseros, es decir, un retorno al liberalismo pero con una actitud conservadora en materia económica y social⁵. Aramburu accionó de inmediato las medidas que clarificaban su política exterior ratificando la carta de la Organización de Estados Americanos (OEA), y hacia el interior reponiendo la constitución de 1853 que había sido reformada durante el gobierno peronista. Paralelamente dictó el decreto 3.855 de 1956, que prohibía el proselitismo peronista, la simple mención del nombre de Perón, toda iconografía, música, simbolismo o bibliografía peronista en el ámbito público o privado. Intervino la Confederación General del Trabajo (CGT), disolvió el Partido, inhabilitó para obtener empleos en la administración pública a sus afiliados y a quienes habían ocupado cargos sindicales durante su gobierno. Como corolario, el 9 de junio de 1956, justo un año después del bombardeo a Plaza de Mayo y en nombre de la libertad se fusiló a seis militares sublevados liderados por el General

⁴ La irrupción de Aramburu apartó a una poderosa corriente católica antiliberal que había tenido un importante protagonismo en la desestabilización del régimen de Perón a partir de los enfrentamientos con la Iglesia en 1954-1955. Este hecho –que no ha sido del interés de los investigadores– será un precedente importante en el desarrollo de las posteriores pujas por el poder en el interior de las Fuerzas Armadas. Más adelante (Capítulo II) comentaremos cómo el desplazamiento de los nacionalistas aceleró el desgaste del frágil equilibrio dentro del bloque antiperonista, agudizó las diferencias y llevó, finalmente, en septiembre de 1962 y abril de 1963 a enfrentamientos armados entre militares Nacionalistas y Liberales (*Azules y Colorados*) por el control y la supremacía del poder.

⁵ La línea política de la llamada Revolución Libertadora fue muy bien descrita por José Luis Romero, en *Breve historia argentina*, Tierra Firme, Buenos Aires, 1996, pp.165-168. Romero señala que la historiografía liberal hizo de Mayo y Caseros sus principales hitos de la libertad y el progreso, entendiendo al primero como la revolución contra el despotismo colonial y al segundo como la rebelión contra un pasado restaurado. En abierta oposición con esta postura, el revisionismo convirtió a los caudillos –fundamentalmente Rosas–, en los hitos de su versión, en cuyo imaginario eran presentados como la reacción popular del interior contra el entreguismo porteño a los intereses imperialistas británicos.

Juan José Valle y se ejecutó clandestinamente a dieciocho civiles en Lanús, al igual que un grupo de nueve obreros peronistas en un basurero de José León Suárez. Al día siguiente, el 10 de junio, y después de 128 años sin crímenes políticos se implantó la Ley Marcial en la Argentina⁶.

Este último episodio popularizado como *Operación Masacre* y magníficamente documentado por Rodolfo Walsh, puso al descubierto que la violación de los derechos civiles y políticos más esenciales y la muerte por razones políticas serían desde entonces parte de la metodología represiva del régimen. El propio Walsh relataba en 1956:

“el 9 de junio se entrega el general Valle a cambio de que cese la matanza. Lo fusilan esa misma noche. Suman 27 ejecuciones en menos de 72 horas en seis lugares. Todas ellas están calificadas por el artículo 18 de la Constitución Nacional, vigente en ese momento”.

Para Walsh este género de violencia ponía al descubierto la verdadera sociedad argentina, una sociedad fatalmente escindida. Y agregaba:

“otra violencia menos espectacular y más perniciosa se instala en el país con Aramburu. Su gobierno modela la segunda década infame, aparecen los Alsogaray, los Krieger, los Verrier que van a anudar prolijamente los lazos de la dependencia desatados durante el gobierno de Perón”⁷.

Pero el esfuerzo de la gestión por retornar al orden anterior a 1946 pronto sufrirá los primeros desengaños y deberá asumir que la Argentina no era el mismo

⁶ El último crimen político hasta entonces era el de Dorrego (gobernador de la Provincia de Buenos Aires) a manos del General Juan Lavalle el 13 de diciembre de 1828. El asesinato de Valle y el bombardeo a Plaza de Mayo serán dos hitos que marcarán profundamente el imaginario peronista durante las próximas décadas. En aquellos años: “el país conoce la angustia de Susana Valle cuando se traslada a la residencia de Olivos para intentar ver al general Aramburu y pedirle por la vida de su padre. No puede hacerlo. La respuesta fue: El presidente duerme. Así los fusilados entran a ocupar un lugar privilegiado en la memoria popular”. De este modo lo recuerda los hechos el periodista Luis Rodeiro en un artículo titulado “Dos junios decisivos”, publicado en *La Voz del Interior*, Córdoba, 12/06/2005, p.F4.

⁷ Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Editorial Sol 90, Barcelona, 2001, p.135. La edición original es de Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1957.

país de la década del treinta. La irreversible modernización tecnológica y el profundo cambio operado tanto en las relaciones laborales como la nueva distribución nacional e internacional del trabajo habían multiplicado la complejidad de la economía. Lo mismo ocurría con las demandas de mayor distribución, participación y representación política de las organizaciones sindicales, que no se retrotraerían con docilidad a las condiciones materiales de veinte años atrás.

1.1.1. El pensamiento Desarrollista: Aramburu y el *Plan Prebisch*

Desde la crisis económica de 1929 y especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial las ideas liberales cayeron en el desprestigio en gran parte del mundo y dieron paso a nuevas formas de concebir la economía política. El desarrollismo o economía del desarrollo constituía una novedosa manera de interpretar la evolución económica moderna y se había convertido en un campo especializado de investigación y elaboración teórica internacionalmente reconocido. Sin embargo, el desarrollismo se introdujo en Argentina más que en políticas concretas como un compendio de ideas y acciones, como una alternativa reformista y progresista capaz de enfrentar los graves problemas que atravesaba Latinoamérica⁸.

Una de las primeras acciones del gobierno de Aramburu fue encargar la elaboración de un diagnóstico económico general de la Argentina a partir del cual el

⁸ Si bien *desarrollo* y *progreso* tienen algunos puntos en común, frecuentemente se las ha utilizado como sinónimos o como términos homólogos. El caso es que no corresponden a una misma tradición histórica ni intelectual, el desarrollismo económico en su concepción de Estado no es compatible con la idea liberal, que no acepta un Estado moderador de intereses y con fuertes resortes en el control de las inversiones, sino que auspicia un Estado promotor de la iniciativa individual y la libre competencia. En Argentina, el modelo agroexportador era considerado por los desarrollistas el paradigma del liberalismo fracasado. Aunque existen varias líneas de pensamiento, dos de los autores más influyentes en la perspectiva desarrollista latinoamericana fueron Walt Rostow y Albert Hirschman. Rostow realizó su PhD en Yale durante la Segunda Guerra Mundial. En 1960 se convirtió en diputado y su marcado anti-comunismo lo condujo a especializarse en temas de seguridad nacional y a ofrecer asistencia a J.F. Kennedy en 1961 y al presidente L. Johnson en 1966. Su trabajo más destacado es *The Stages of Economic Growth: A non-Communist Manifesto* (1960), Cambridge University Press, Cambridge. Por su parte, Hirschman publicó en castellano *La estrategia del desarrollo económico*, FCE, México (1961).

gobierno diseñaría su estrategia de acción. El elegido para realizar este diagnóstico fue Raúl Prebisch, un prestigioso economista argentino. Prebisch había sido colaborador de Alejandro Bunge, director de la *Revista de Economía Argentina*, docente de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, fundador de oficinas de investigación en la Sociedad Rural, Banco Nación y Banco Central. Sin embargo, era más conocido por su desempeño durante más de una década en distintos cargos de la función pública hasta que fue expulsado por el gobierno de Perón. Gran parte de la opinión pública identificaba a Prebisch, rápidamente y sin equívocos, como ex funcionario de los gobiernos conservadores vinculados a intereses británicos durante el período 1930-1943, un período conocido también como la *Década Infame*.

Entre 1950 y 1963 Prebisch presidió la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con sede en Santiago de Chile, organismo que recibía soporte del Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (que más tarde se convertiría en el Banco Mundial). Por esos años la CEPAL tenía entre sus finalidades articular la formación de dirigentes latinoamericanos, sobre todo economistas, en coherencia con la estrategia continental sostenida por la *Alianza para el Progreso* puesta en marcha por los Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría. Desde la CEPAL Prebisch se había encargado de promocionar el desarrollismo como la alternativa latinoamericana más conveniente ante un cuadro económico-social que era, a su juicio, desolador. Un diagnóstico que, con sus matices, casi todos los sectores políticos antiperonistas compartían.

El descubrimiento de que Argentina y, en general toda Latinoamérica, tenía difícil alcanzar el ritmo cada vez más acelerado de crecimiento económico que llevaban los Estados Unidos y Europa, colocó la cuestión del desarrollo en el centro

del debate. El tema fue adquiriendo un tono acuciante, casi dramático, pues la cuestión del desarrollo era una tarea que se definía impostergable, una tarea que se concebía según un paradigma apologético de la ciencia, del desarrollo tecnológico y bajo una idea absoluta de la razón positiva y lineal de la evolución social. Pero la influencia del desarrollismo no sólo se limitó al campo de la economía sino que se presentó e impuso como una lectura integral que abarcaba diversas variables: la social, la cultural y la política. El desarrollismo se convirtió así en el modelo hegemónico de pensamiento del período, un pensamiento que parecía rebelarse contra las prácticas que no habían logrado resolver los enigmas económicos crónicos del país, abriendo un amplio frente de discusión que se ordenó en torno a conceptos dicotómicos y binarios como *moderno-tradicional*, *desarrollo-subdesarrollo*, *centro-periferia* o *colonialismo-neocolonialismo*.

Prebisch era el máximo representante de una nueva elite técnica con importantes contactos internacionales y en la línea de someterse a los diagnósticos de los organismos auspiciantes de la CEPAL⁹. El prestigio que Prebisch había conseguido en buena parte del continente le permitió ocupar un lugar protagónico en la discusión que había sido el motivo último de las discrepancias de las pasadas dos décadas entre liberales y nacionalistas; una discusión caracterizada por la oposición entre dos imágenes de país: *Agroexportador* o *Industrial*. Prebisch ganó un espacio central en la discusión económica negando la vigencia de dicha dicotomía. En su opinión, estas variables no tenían motivos para ser mutuamente excluyentes. El desarrollismo explicado por Prebisch suponía la superación de esta oposición a la que encontraba anticuada, conflictiva y que entorpecía el nacimiento de lo nuevo. Desde su óptica,

⁹ Respecto a las corporaciones multinacionales que auspiciaban el proyecto desarrollista de la CEPAL ver Raúl García Heras, "La Argentina y los organismos financieros internacionales", *El Trimestre Económico*, LXVII, N°268, Buenos Aires, 2000.

un plan de tecnificación del agro e industrialización eran las medidas que permitirían al país salir del estancamiento y no sólo motorizar una serie de cambios económicos paulatinos e interconectados entre sí, sino también conseguir un orden social estable. Es decir, el desarrollismo suponía un original e inédito desplazamiento de un compendio de ideas y criterios eminentemente económicos al campo de las preocupaciones políticas, sociológicas e históricas.

El Informe de Prebisch puso el foco de las problemáticas económicas argentinas en el cambio desventajoso de divisas al que había llevado la política del peronismo, donde la producción agraria, principal fuente generadora de divisas, había quedado relegada. Prebisch aconsejó dar un poderoso estímulo a los precios y la modernización técnica rural, que de recuperar su antigua competitividad en el mercado internacional permitiría el equilibrio en la balanza de pagos y, por lo tanto, obtener las divisas que el gobierno y los empresarios necesitaban para comprar en el mercado internacional los insumos que pusieran en funcionamiento la industria nacional. Para Prebisch en esta tarea el actor principal era el Estado¹⁰. El propio Prebisch auguraba que:

“un programa de este tipo requiere investigación tecnológica y una reorganización total de los servicios, en el cual habrá que invertir esfuerzos y dinero, que serán bien invertidos. Eso deberá constituir uno de los capítulos fundamentales del programa. Si la Argentina no se incorpora a la tecnología moderna con gran vigor y no se pone a tono con esa tecnología para aumentar su productividad, será muy difícil el restablecimiento argentino. Se trata de una verdadera revolución técnica (...) eso demorará algún tiempo, pero deberá iniciarse cuanto antes”¹¹.

¹⁰ Las críticas desde la izquierda apuntaron a que bajo este ordenamiento la burguesía nacional no sería independiente sino que quedaba asociada en una relación de dependencia de los insumos y el desarrollo tecnológico de los países centrales. Uno de los primeros y más lúcidos trabajos al respecto es el de Silvio Frondizi, *La Realidad Argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Vol.1, Praxis, Buenos Aires, 1955.

¹¹ Raúl Prebisch, “Informe económico ante la Junta Consultiva Nacional”, *Diario de Sesiones de la Junta Consultiva Nacional*, Buenos Aires. 18 de noviembre de 1955, p.2. Extraído de Altamirano, Carlos (2001). *Bajo el signo de las masas*. Ariel Historia, Buenos Aires, p.255.

1.1.2. ¿Hacia dónde va el país: desarrollo o retorno al coloniaje?

El Informe Prebisch, que habría de popularizarse con el nombre de *Plan Prebisch*, se convirtió en el eje de un amplio debate que suscitó reacciones críticas desde diferentes sectores y en diversos aspectos. Así por ejemplo Oscar Alende escribió *Problemas fundamentales de la Revolución del 16 de septiembre*; José Liceaga *Apreciaciones sobre el Plan Prebisch* y Walter Beveraggi Allende *El dilema económico de la Revolución*, todos publicados en 1956. Pero el escrito que mayor repercusión tuvo en torno al polémico informe fue un folleto de Arturo Jauretche titulado *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje* en cuyas páginas el autor denunció un intento de hacer retroceder a la Argentina a la era agraria preperonista¹². Jauretche aseguraba que el informe de Prebisch no se ajustaba a la realidad sino que era fruto de una justificación imaginaria que tenía como objetivo la remodelación económica del Estado y recortar los beneficios obreros logrados por el gobierno peronista en su intento de industrialización. Jauretche señalaba que el plan de Prebisch pretendía el retorno a una economía basada en la producción y exportación de materias primas a costos reducidos gracias a una mano de obra abaratada por la desocupación y la miseria¹³. De este modo, Jauretche pronto se convirtió en la voz opositora y polémica más visible y activa contra las posturas de Prebisch y la *Revolución Libertadora*. En su folleto profetizaba que “la enorme masa de obreros y empleados tendrá que ajustar el cinturón a fin de salvar al país de una catástrofe que sólo existe en la inventiva de Prebisch”¹⁴.

¹² Jauretche escribió en *El Líder* y *El 45*, publicaciones que fueron clausuradas luego del bombardeo a la Plaza de Mayo. También formó parte de FORJA, una corriente revisionista entre los que se cuenta a Raúl Scalabrini Ortiz, Fermín Chávez, Ernesto Palacio o Elías Jiménez Vega, autores con los cuales John William Cooke y Juan José Hernández Arregui tuvieron vinculación a través del semanario *De Frente* y de quienes recibirán una poderosa influencia ideológico-intelectual.

¹³ Ver Arturo Jauretche, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje* (1955), Peña Lillo, Buenos Aires, 1984, p.53.

¹⁴ Jauretche, ob.cit., p.109.

Pero Jauretche no sólo criticaba que la variable de ajuste del modelo liberal de Aramburu fueran los trabajadores y que las políticas implementadas desde septiembre de 1955 en adelante fueran guiadas por lo que parecía una revancha de clase, sino en especial que en este proceso tuvieran una participación central los nuevos capitales extranjeros con condiciones leoninas de empréstito. En el discurso de Jauretche primaron los valores nacionales y populares, por eso instó a que los argentinos se preguntaran: ¿hacia dónde vamos?, pues pensaba que la política implementada por la *Revolución Libertadora* conducía a doblegar la nación ante el capitalismo extranjero¹⁵.

No obstante las críticas, el creciente atraso de la industria entre países desarrollados y subdesarrollados sumado a las persuasivas tesis desarrollistas propuestas por Prebisch, convencieron a gran parte de la opinión pública de la necesidad de introducir cambios rotundos e inmediatos en el ordenamiento de la economía. Dicha convicción condujo a la búsqueda de diversas alternativas de solución para los profundos problemas planteados y al auge de distintas versiones de la llamada Teoría de la Dependencia -que partía de un diagnóstico no demasiado alejado del propuesto por Prebisch-, favoreciendo la creencia de que el cambio de rumbo económico hacia el desarrollo autónomo e integral del país, en definitiva, sólo sería resultado de una transformación global de orden político. Es decir, torcer el rumbo del atraso pareció convertirse en una cuestión más política que económica. Y así, la política pasó a convertirse en la llave maestra de todas las soluciones.

Las teorizaciones y debates respecto a la dependencia económica y cultural de la Argentina en particular, y Latinoamérica y el Tercer Mundo en general,

¹⁵ En torno a la polémica Prebisch-Jauretche y el conflicto de imágenes de país deseado entre liberales y nacionalistas ver Carlos Altamirano, "Informe preliminar", *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 2001.

colocaron sus ejes en la naturaleza de las relaciones político-sociales establecidas entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas y en las condiciones necesarias para lograr el paso de una sociedad tradicional a una moderna. La idea central de esta concepción se basó en una hipótesis que establecía un esquema compuesto por dos variables mutuamente dependientes: los *dominados* y los *dominadores*. Desde esta perspectiva los cambios de estructura social que permitían el desarrollo -o que reproducían el subdesarrollo- estarían dadas por relaciones entre grupos, fuerzas y clases sociales que lograban imponer de manera estable formas de dominación o dependencia. Esta óptica postulaba que el dominio en las relaciones político-sociales eran las que permitían a los países centrales gozar de los beneficios económicos y mantener el subdesarrollo en la periferia. Sin embargo, esta teoría era de dependencia porque consideraba que los países desarrollados necesitaban de los subdesarrollados para mantener sus altos niveles de vida, y por lo tanto eso convertía a las naciones subdesarrolladas en términos imprescindibles para el sustento del orden. Asimismo, se reforzó la idea de que esta relación desventajosa para uno de los términos sólo se rompería acabando con la naturaleza de las relaciones establecidas e imponiendo la reciprocidad igualitaria. Pero para ello habría que romper primero los lazos imperialistas con los socios internos y desplegar una estructura político-económica adecuada al desarrollo autónomo¹⁶.

Hay que decir que en estos años las disidencias y los interrogantes respecto al desarrollo no parecían encontrarse en la necesidad de un cambio, es decir, todos los

¹⁶ Una investigación referencial de la época fue la realizada por Fernando Cardoso y Enzo Faletto titulada *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003. En la actualidad ya no se habla de dependencia sino de exclusión, es decir, en el ordenamiento actual -en la concepción actual- hay una importante porción de la humanidad que ya ni siquiera estaría bajo un régimen de explotación, sino que simplemente permanecería excluida de la órbita de los intereses del poder. Los excluidos, aparentemente, no tienen nada que ofrecer al sistema productivo, se encuentran al margen del sistema.

intelectuales comprometidos en esta discusión estaban de acuerdo en que era necesaria una transformación profunda del país, una transformación que integrara nuevamente la Argentina al grupo de las naciones más potentes del planeta. En lo que no se ponían de acuerdo era en cómo debía llevarse adelante el cambio, es decir, el problema no era el fin, sino los medios, la manera en que debía implementarse la transformación. A su vez, las limitaciones e imposibilidades de un país rezagado material y culturalmente respecto de los países industrializados imponía otra pregunta: ¿cuáles debían ser las prioridades del desarrollo y quiénes debían ser sus beneficiarios?. En resumen, seguían siendo las diferencias en el imaginario y la imagen mítica del país deseado las que dividían la opinión pública¹⁷.

Tulio Halperin Donghi ha señalado que a los ojos de los teóricos de la dependencia lo que impedía a Latinoamérica superar el subdesarrollo era su papel de subordinado en el orden capitalista mundial y, aunque no todos los impulsores de esa teoría veían en la revolución socialista la única vía de escape, todos coincidían en que era preciso introducir en ese orden modificaciones más hondas que los “retoques” hasta entonces invocados como necesarios por las corrientes reformistas latinoamericanas¹⁸.

En los sesenta-setenta muchos intelectuales latinoamericanos de izquierda creyeron que el capitalismo atravesaba por una crisis profunda, por una fase terminal que permitiría romper las cadenas que el imperialismo imponía a los países periféricos y los consagraba al subdesarrollo. Muchos de estos intelectuales pensaban

¹⁷ Desde la década del treinta se desarrollaron diversas representaciones dicotómicas o dualistas del ordenamiento socio-político de la Argentina, por caso *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Maella, plantea la hipótesis del país visible frente al país invisible. En 1943, “el hecho maldito del país burgués” como llamó Cooke a la inesperada aparición de las masas trabajadoras en la escena política, hará *visible* una de las formas y los actores hasta entonces olvidados o no reconocidos por las clases dirigentes de la época.

¹⁸ Ver Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires, 1994, p.536.

también que dichas cadenas podían ser rotas a través de una ola de guerras de liberación nacional. Fredric Jameson ha señalado que esa idea tan propia de los sesenta, esa convicción de creer que se estaba al borde del cataclismo capitalista era una completa simplificación imaginaria. Es posible, sostiene Jameson, que estuviera ocurriendo precisamente todo lo contrario. A juicio de este autor, los procesos de cambio en las estructuras del sistema productivo de la época conducían a un nuevo estado de penetración y expansión de la lógica del capital, un proceso de cambio y una lógica muchas veces incomprensible para los movimientos sociales e imprevisible para el desarrollo del pensamiento político y los intelectuales de entonces. Lo que plantea Jameson es que si bien a menudo los *sesenta-setenta* fueron imaginados como el período en el que el capital y el poder del primer mundo estaban en retirada, en realidad a lo que se asistía era a un nuevo estadio de la lógica capitalista. Es decir, los llamados *sesenta-setenta* sería el tiempo donde el capital sufría una de sus expansiones más dinámicas e innovadoras de todo el siglo XX. Desde esta perspectiva, no se trataría de un momento de retirada o crisis, sino de cambio, de modernización y equipamiento con una completa armadura de frescas y complejas producciones técnicas, nuevos medios de producción y una novedosa redistribución internacional del trabajo¹⁹.

1.2. La modernización técnica y cultural del Estado posperonista: la universidad y el lugar de los intelectuales antiperonistas

Durante los años que Perón estuvo en el gobierno los intelectuales con mayor visibilidad pública pertenecían a grupos diversos, que si estaban aglutinados por algún motivo era por su abierta oposición al régimen. Este más o menos amplio arco

¹⁹ Fredric Jameson, *Periodizar los 60'*, Alción, Córdoba, 1984, p.29.

de intelectuales antiperonistas albergó desde los liberales de *Sur*, pasando por los intelectuales cercanos al *Colegio Libre de Estudios Superiores*, hasta la nueva generación nucleada en *Amigos del Arte*, *Nuevo Teatro* o publicaciones como *Imago Mundi*, *Centro* o *Contorno*, y numerosos aunque efímeros grupos informales de estudio asociados alternativamente al radicalismo, al socialismo y el comunismo²⁰. Caracterizados más bien por perfil elitista y aristocratizante dichos núcleos eran sustentados por el esfuerzo privado de sus integrantes, en su mayoría mujeres y hombres pertenecientes a una clase social media o media alta, pero con baja representación partidaria y marginados de las organizaciones oficiales del Estado.

En un contexto de gran inestabilidad política y social, entre 1956 y 1961, el nuevo gobierno no sólo promovió un masivo relevo de funcionarios en la universidad sino que produjo el más importante reordenamiento institucional y legislativo de todo el período. La refundación de la universidad provocó el recambio e incorporación de contingentes completos de ex docentes desplazados e intelectuales antiperonistas de una nueva y pujante elite que nunca había ocupado funciones públicas. Dichas funciones cargaron de responsabilidad y expectativas a quienes debían convertirse ahora en los protagonistas del nuevo orden. Para los implicados era necesario crear y asumirse en una nueva realidad política, en un nuevo proyecto cultural. Pero la tarea emprendida por esta nueva elite letrada no tuvo el ánimo de la restauración de los claustros universitarios preperonistas, sino algo completamente diferente que podríamos colocar bajo la idea de *proceso de modernización* o renovación institucional, un proceso dirigido no sólo hacia aspectos de desarrollo

²⁰ En opinión de Gregorio Klimovsky, hacia 1966 esta clase de agrupamientos se habían desarrollado tanto que se podían contar más de dos mil grupos de estudio con un promedio de 8 a 10 personas cada uno. Ver “Grupos de Estudio y universidad de Catamarca”, en *Perspectiva Universitaria*, N° 11/12, I-IECSE, Buenos Aires, 1983, p.69-70.

técnico y teórico-metodológico, sino que se trató de la búsqueda de un nuevo y más activo rol social para la universidad.

Hay datos que demuestran el poderoso fomento que recibieron las ciencias y las artes por parte del Estado en estos años pues se fundaron el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, el de Tecnología Agropecuaria, el de Cinematografía, el de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el Fondo Nacional de las Artes, el Consejo Nacional de Desarrollo o el Consejo Federal de Inversiones, entre los más destacados. La investigación recibió un notable impulso, pues por primera vez los investigadores pudieron aspirar tanto a becas como a subsidios oficiales para su formación en el país o en el extranjero a través de CONICET, que materializó el intento de implantar normas de legitimidad interiores al campo científico, lo cual tenía como objetivo último –en su funcionamiento ideal- lograr consolidar la actividad de los investigadores con independencia de los gobiernos de turno. En los hechos, sin embargo, los sucesivos golpes de Estado intervinieron en las actividades de CONICET sin ningún tipo de reparo.

La refundación de la universidad posperonista respondió a un proyecto acorde con las necesidades adjudicadas por los nuevos huéspedes del poder, quienes bajo la óptica desarrollista habían otorgado un papel esencial al Estado. Dicho proyecto de Estado requería un nuevo complejo institucional diversificado en sus funciones con una mayor estratificación interna y la expansión de una burocracia *tecnificada* en todos los segmentos intermedios y altos de la administración. A priori, el reordenamiento universitario perseguía dos objetivos urgentes y principales: por una parte, la formación de funcionarios y especialistas que dieran contenido y dotaran de una mayor competitividad a las estructuras institucionales, y por otra, continuar con la intensa tarea de recambio de funcionarios –o *desperonización*- del Estado.

El proceso abierto en la universidad y otros organismos innovadores fue acompañado con diversas iniciativas que buscaban despertar el interés y la participación de la sociedad en dicho proceso y, en lo posible, ampliarlo. Este fue el sentido dado a la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba), que comenzó su actividad en junio de 1958. Su primer presidente José Bambini y su primer gerente el profesor de matemáticas y editor Boris Spivacow lanzaron el sello bajo el slogan *más libros para más gente*, una consigna que marcaba diferencias diametrales con la famosa máxima peronista *alpargatas si, libros no*. Eudeba editó entre 1959 y 1962 alrededor de 3.000.000 de ejemplares y distribuyó trabajos a bajo costo, consolidándose con éxito en un potente y accesible órgano de divulgación e intercambio científico, político y cultural. En pocos años Eudeba no sólo se transformó en la mayor editorial de habla hispana sino también en la mayor editorial universitaria del mundo. En 1964 ya había publicado más de 400 títulos y en 1966 festejó haber alcanzado los 10.000.000 de ejemplares editados. La inmensa tirada de Eudeba y otras editoriales de la época como el *Centro Editor de América Latina*, *Siglo Mundo* o *La Rosa Blindada*, nos indican la presencia de un público cada vez más amplio e interesado no sólo en las temáticas académicas, sino también en los rumbos políticos que adoptaba el país.

Por otra parte, se proyectó la construcción de una ciudad universitaria y se recalificó la actividad docente, una actividad que hasta entonces sólo había sido fuente de prestigio pero nunca de sustento, pues no existía remuneración adecuada ni concursos para las cátedras. En 1962 la universidad ya había incorporado en plantilla permanente a dos centenas de profesores y más de media centena de asistentes con dedicación exclusiva. Paralelamente y en consonancia con esta ampliación se fundaron nuevas carreras en Ciencias Sociales, como Ciencias Económicas,

Sociología, Psicología, Ciencias de la Educación, Ciencias Políticas, Ciencias de la Comunicación, entre las más populosas. La universidad y las ciencias, en especial las sociales, cobraron una notoriedad desconocida hasta entonces y esto no sólo incentivó el incremento de las matriculaciones universitarias, sino que implicó la conformación y emergencia de un nuevo colectivo social: los estudiantes universitarios, un colectivo que tendrá una intensa participación en el devenir político del período estudiado.

Pero el desarrollo de la universidad y la amplia incorporación de la clase media letrada no fue un fenómeno limitado a la Argentina, sino que se extendió a varios países de la región. Aquí las cifras hablan por sí mismas: en las universidades argentinas se pasó de 82.500 alumnos en 1950, a 180.780 en 1960 y 274.000 en 1970. En Brasil de 51.000 estudiantes universitarios en 1950 se ascendió a 97.000 en 1960 y 430.000 en 1970; y en México de 35.200 alumnos en los cincuenta a 76.900 y 247.600 en los sesenta y setenta respectivamente²¹. Si nos detenemos a pensar por un momento en que la Argentina contaba y cuenta con una población inferior en más de cien millones de personas a la de Brasil y México, resulta sencillo inferir comparativamente el elevado porcentaje de universitarios que tenía dicho colectivo en el país, una figura que ocuparía a partir de aquí un espacio de relevancia y donde, por cierto, se registró una inédita presencia femenina²².

²¹ B. Kleiner. *20 años de movimiento estudiantil reformista*. Platina, Buenos Aires, 1983, p.334. Citado en Silvia Sigal. *Intelectuales y poder en Argentina, la década del sesenta*. Siglo XXI, Argentina, 2002, p.78.

²² Por caso, la Universidad Nacional de Córdoba registra un incremento cinco veces mayor en la matriculación de mujeres, que de 5.244 inscriptas en 1964 pasa a 25.049 en 1974. Estas cifras sirven para pensar en la profunda transformación que se opera en pautas culturales de acceso al mundo del trabajo y del conocimiento por parte de las mujeres argentinas en los sesenta-setenta. Datos extraído de Melina Alzogaray y Ana Noguera, *Lo personal y lo político. Mujeres y militancia estudiantil de la Nueva Izquierda en Córdoba (1967-1976)*. Tesis de licenciatura inédita, Facultad de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2005, p.185.

1.2.1. Intelectuales reformistas, *expertos* o especialistas: los *economistas*

La nueva elite intelectual que más velozmente se integró a las organizaciones del Estado y participó activamente en el proceso de reordenamiento institucional posperonista estuvo compuesta en su inmensa mayoría por economistas. Esta nueva elite vino a ocupar los puestos demandados por la creciente infraestructura de un Estado burocrático centralizado que se preocupaba cada vez más enfáticamente de temas económicos, una tendencia que se da desde mediados de la década del cincuenta en muchos Estados occidentales, y como parte de un proceso modernizador donde tienen gran participación los nuevos métodos de abordaje de la realidad introducidos por las ciencias sociales.

En estos años la economía comienza a ser considerada una ciencia y, en coherencia con otras disciplinas clásicas ya instituidas, buscó cultivar una especificidad científico-académica que tuvo como correlato la creación de centros de investigación como el Instituto Torcuato Di Tella, el Instituto de Estudios Sociales, el Instituto para el desarrollo de Ejecutivos Argentinos, la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas, el Centro de Investigaciones de Administración Pública, entre otras. Como efectos de este auge la Universidad de Buenos Aires (UBA) organizó con regularidad cursos técnicos de economía destinados a crear cuerpos de funcionarios especializados. Muchos de estos cursos eran financiados por la CEPAL y dirigidos por Jorge Ahumada. Se dictaban en la Facultad de Ciencias Económicas como parte de una campaña que insistía en la necesidad de incorporar a la academia la carrera en economía.

Finalmente la licenciatura en Ciencias Económicas fue fundada en 1958 y funcionó junto con la carrera de Sociología. Inmediatamente después de su creación fue objeto de gran cantidad de convocatorias de becas para formación y

especialización en el extranjero. Las partidas presupuestarias para becarios provenían en su mayoría de organismos norteamericanos interesados en la formación de recursos humanos, en especial fundaciones como la Ford, Marc Block, Rockefeller o universidades como la de Chicago, Harvard o Columbia.

La aparición de nuevas publicaciones especializadas en la disciplina dan cuenta del creciente interés en materias económicas, así la *Revista de Desarrollo Económico* fundada en 1958, a poco de andar se convirtió en el principal vehículo de la literatura económica erudita y sociológica relativas al desarrollo. A través de esta revista se dieron a conocer muchos de los conceptos y tipificaciones internacionales actuales con las que se determina si un país pertenece o no al grupo de los desarrollados: índices o tasas *per cápita* de ingreso, de productividad o de industrialización; índices que en los sesenta hacían visible la introducción de métodos, herramientas y una jerga financiera que pronto excedió el campo de la economía para convertirse en parte del lenguaje cotidiano y coloquial de los argentinos. La nueva generación de economistas estuvo caracterizada por dos elementos, por un lado, tal vez se trató del colectivo intelectual ideológicamente más homogéneo del período y, por otro, fueron el grupo de técnicos especializados mejor vinculados a los polos económicos de influencia en el gobierno, y por lo tanto, con mayor acceso directo al poder del Estado.

La búsqueda de la especialización llevó en 1958 a que un grupo de amigos y estudiantes argentinos de postgrado en universidades norteamericanas, entre los que se encontraban Guido Di Tella, Enrique Oteiza, Federico Herschel y Javier Villanueva, fundaran el Instituto Torcuato Di Tella²³. En su origen el Instituto Di

²³ Torcuato Di Tella fue un poderoso empresario italiano radicado desde muy joven en Argentina que desarrollo diversos negocios: fabricación de automóviles, motocicletas, electrodomésticos y otras maquinarias. Fue proveedor del Estado y tuvo mucha influencia en los círculos empresariales

Tella se dividió internamente en tres centros con diferentes sedes: uno de ellos, quizás el más famoso por sus polémicas producciones fue el de Arte, otro el de Ciencias Sociales y, por último, el Centro de Investigaciones Económicas (CIE), que se erigió en el ámbito privilegiado de encuentro para los estudiosos de la economía y la configuración de las elites intelectuales vinculadas a esta disciplina.

El funcionamiento del instituto estuvo regido por modelos internos imitativos de las universidades norteamericanas y como tal alimentó el culto por la formación de postgrado en el extranjero, en especial doctorados (PhD) utilizados como fuente de diferenciación, autoridad y legitimidad. Como recuerdan Federico Neiburg y Mariano Plotkin, la primera memoria balance publicada por la institución (1960-1962) informó que el presupuesto total ascendía a poco más de 71 millones de pesos de la época, de los cuales la Fundación Di Tella había proporcionado aproximadamente un 70%. El resto incluía fondos provenientes de la Fundación Ford (20%), el CIF (5,6%), la Fundación Rockefeller o Brookings Institution, entre otras corporaciones privadas. A juicio de Neiburg y Plotkin cabe destacar la creciente importancia que tuvieron en el funcionamiento del Di Tella algunas agencias del gobierno de los Estados Unidos como el AID o el National Institute of Health, y otros organismos internacionales como el BID, tanto como fuente de financiamiento para proyectos puntuales como para inversiones en infraestructura²⁴. Gracias a este apoyo el Instituto Di Tella, que en 1958 había comenzado con sólo tres centros, en 1968 ya contaba con un total de nueve. Este veloz crecimiento fue consecuencia de su

argentinos. De conocida simpatía socialista fue un activo promotor de las investigaciones en economía y cultura. Luego de su muerte en 1947, el imperio empresarial Siam Di Tella quedó a cargo de un comité y de su hijo Guido Di Tella, principal promotor de la creación de un Instituto de Investigaciones sociales.

²⁴ Ver Federico Neiburg y Mariano Plotkin. "Los economistas. Instituto Torcuato Di Tella y las nuevas elites estatales en los años sesenta". En Federico Neiburg y Mariano Plotkin (compiladores). *Intelectuales y expertos*, Paidós, Buenos Aires, 2004, p.248.

caudalosa y controvertida financiación, una financiación que no pasó desapercibida para los sectores nacionalistas, que veían en el origen norteamericano de ese dinero el centro de sus cuestionamientos al Di Tella. Más adelante nos detendremos en la polémica en torno a si la financiación de la investigación debía ser nacional o extranjera y si el origen de los subsidios tenía incidencia en el desarrollo de las investigaciones y el conocimiento.

1.2.2. Los sociólogos

La creación en 1957 del Departamento y la carrera de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires institucionalizó la disciplina y reconoció oficialmente la autoridad de un nuevo método empírico. Este hecho marcó un antes y un después en el devenir del pensamiento social y su tradición, tanto en aspectos intelectuales como institucionales. En primer término porque la introducción de las ciencias sociales en la universidad generó una oferta alternativa a las carreras clásicas, y segundo, porque buscó homogeneizar bajo sus parámetros teórico-metodológicos el amplio proceso de modernización puesto en marcha en la universidad. La creación de la carrera de Sociología se inscribe dentro de este efecto general, aunque desde lo particular perseguía profesionalizar una actividad que en rigor ya se venía desarrollando informalmente y que estaba en deuda con una serie de nuevas categorías de análisis. Por otra parte, la sociología vino a reclamar un espacio específico de inserción en un mercado laboral en expansión que, a juicio de su director Gino Germani, estaba repleto de influencias político-ideológicas propias del ensayismo y que obstaculizaban las condiciones de *neutralidad* indispensables para la investigación.

En opinión de Torcuato Di Tella (hijo), el Departamento de Sociología fue una creación típica de la época:

“brilló intensamente durante diez años, produciendo escozores y malentendidos en los más diversos lugares, pero convirtiéndose en escuela de pensamiento crítico. Con esto consiguió enajenarse no sólo a la derecha más cerril sino también a una izquierda muy pronto influida por el modelo cubano y por las versiones radicalizadas del justicialismo”²⁵.

Asimismo, esta iniciativa era coherente -por una parte- con el profundo proceso de transformación que durante estos años implicó a las ciencias sociales en todo Occidente y -por otra- coincidente con el proyecto de modernización que buscaba incorporar las elites intelectuales antiperonistas a la universidad y a las ciencias modernas en el proceso de reorganización institucional posterior a 1955²⁶.

Los trabajos sociológicos abordados con herramientas y concepciones modernas tanto en la Argentina como en la mayor parte de los países latinoamericanos estuvieron precedidos por estudios concebidos bajo una cosmovisión naturalista de la sociedad y sus conflictos. Dicha cosmovisión habitualmente atribuía fundamentos biológicos a los hechos sociales y consideraba a la raza un factor determinante en la evolución. En Argentina esta mirada fue plasmada en buena cantidad de ensayos y obras literarias de autores como Domingo Sarmiento, Carlos Bunge, Lucas Ayarragaray o José Ingenieros, quienes hacia finales del siglo XIX se convirtieron en los rectores intelectuales del ordenamiento

²⁵ Torcuato Di Tella, “Gino Germani” (estudio preliminar), en Germani Gino, *Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional*, Temas, Buenos Aires, 2003, p.13.

²⁶ El auge de la Sociología queda probada con la creación de una serie de organismos internacionales que en esos años ganaron protagonismo en la articulación de la investigación, por caso, la International Sociological Association, la International Political Science Association, la Association Française de Science Politique, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, la Escuela Latinoamericana de Sociología, el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales, la Sección de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana como parte de la División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales de la UNESCO, que a su vez había lanzado ya en 1948 el Bulletin International des Sciences Sociales e International Political Science Abstracts y de Current Sociology.

político-social argentino, un pensamiento que podría ser resumido en la máxima *Civilización o Barbarie*²⁷. Autores como los mencionados estaban formados en una tradición positivista, antropológica y sociológico-biologicista europea, y no será hasta fines de 1950 y principios de 1960 que los modernos métodos de abordaje se introducirán tal como hoy los conocemos²⁸. Por lo tanto, como ha señalado Carlos Altamirano, podríamos decir que en la Argentina los modos de descripción e interpretación del mundo social que actualmente llamamos sociológicos no fueron producto de un desarrollo reflexivo propio, sino que se trató de una adopción y una adaptación a nuevas formas discursivas sobre la vida social²⁹.

No fue hasta 1960 cuando Germani fundó la Asociación Sociológica Argentina, que funcionó paralelamente a la tradicional Asociación Argentina de Sociología dirigida por Alfredo Poviña, que se hizo explícita la división entre una sociología *tradicional* y otra *moderna*³⁰. A partir de aquí es que Germani logró

²⁷ En Argentina quizás los textos más representativos en esta línea son *Facundo, Conflictos y armonías de las razas en América*, de Domingo Sarmiento; *Nuestra América*, de Carlos Bunge; *La anarquía argentina y el caudillismo*, de Lucas Ayarragaray; o *La evolución sociológica argentina y El hombre mediocre* de José Ingenieros, entre otros.

²⁸ Una generación que podríamos llamar intermedia es la de Alfredo Poviña, Enrique Martínez Paz, Raúl Orgaz, Isidoro Ruiz Moreno, Manuel Gálvez, José María y Francisco Ramos Mejía, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Rodolfo y Horacio Rivarola, José Nicolás Matienzo, Antonio Dellepiane, Miguel Cané, Leopoldo Maupas, Alfredo Colmo, entre otros, que fueron algunos de los primeros intelectuales surgidos bajo los nuevos aunque todavía frágiles cánones del pensamiento sociológico argentino. Todos ellos alternaban sus actividades profesionales privadas con tareas docentes -que eran fuente de prestigio pero no de dinero- en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, de Córdoba y La Plata. Es digno de destacar el caso de Ernesto Quesada (1858-1934) cuya vasta obra recientemente re-descubierta está siendo estudiada. Quesada fue profesor titular de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1905 y 1921, entre otros cargos docentes, políticos y diplomáticos. En su vasta obra escrita hay más de 600 títulos entre libros, artículos, folletos, discursos y artículos periodísticos, donde pueden encontrarse estudios sobre la obra de Comte, Spencer, Stuart Mill, Marx o Spengler, así como análisis sobre la universidad, el divorcio, el feminismo, el socialismo, la crisis social en contextos de transición política o el proceso de modernización de la estructura política y social argentina.

²⁹ Ver Carlos Altamirano "Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la *ciencia social* en la Argentina", en Neiburg Federico y Plotkin Mariano (compiladores), ob.cit., p.31.

³⁰ Hasta aquí los trabajos de investigación de corte sociológico se vincularon a temas como los trastornos causados por los contingentes inmigratorios, la modernización capitalista que sufría el país y luego el peronismo. Estos trabajos fueron abordados a partir de diversas perspectivas teóricas europeas a través de autores como Comte, Spencer, Buckle, Mills, Spengler, Durkheim, Weber, Simmel o Ward.

incorporar plenamente las perspectivas teóricas y de aproximación de autores norteamericanos como Talcott Parsons, Paul Lazarfeld o Robert Merton, estudiosos que agregaron métodos cuantitativos, técnicas de recolección y refinamiento de datos, el estudio de casos concretos a través de la encuesta, la observación participante y diferentes modelos matemáticos³¹.

1.2.3. El pensamiento en manos de *expertos*

Es importante resaltar que en estos años tiene lugar un poderoso proceso de modernización en las tradiciones del pensamiento, una modernización que excede a la introducción de los nuevos métodos científicos que hemos comentado y que queda patente en la disputa que sostienen tres diferentes concepciones o representaciones del intelectual: el *experto*, el *comprometido* y el *orgánico*³². La figura que hemos repasado hasta aquí es la del *intelectual experto* o especializado, una figura impulsada –en el caso del proyecto universitario posperonista- a ocupar los espacios institucionales centrales del período. Más adelante veremos cómo la idea sartreano-existencialista de *intelectual comprometido* fue más poderosa entre ensayistas, escritores y nuevas disciplinas sociales como la psicología, la pedagogía o ciencias de la comunicación, a *priori* más receptivas y susceptibles a la influencia de corrientes marxistas humanistas y a la paulatina radicalización política que vivía el país, donde también fue cobrando peso otra figura que más adelante analizaremos en detalle, la de *intelectual orgánico*.

³¹ Para más datos consultar Waldo Ansaldi, “De historia y de sociología”, *Después de Germani*, Paidós, Buenos Aires, 1992, pp.71-74. Silvia Sigal, ob.cit., pp.89-90. Carlos Altamirano “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la *ciencia social* en la Argentina”, en Neiburg Federico y Plotkin Mariano (compiladores), ob.cit., pp.35-37.

³² Si bien ninguna de estas figuras son excluyentes sino que en ocasiones se mezclan, a los fines expositivos vamos a clasificarlos por sus rasgos en diferentes categorías.

Pero lo que nos interesa destacar aquí de la nueva generación de científicos sociales que se integraron a la universidad luego de 1955, ya fueran economistas, sociólogos o historiadores, es su autoidentificación en tanto *elite intelectual* capacitada y *llamada* a ocupar el nuevo espacio abierto por el proceso de reordenamiento institucional. Dicha elite en un intento por convertirse en la referencia de las nuevas Ciencias Sociales buscó, por una parte, sustentar su autoridad científica en la introducción de modernas teorías y métodos de abordaje de los fenómenos sociales, y por otra, su autoridad política tras un *ideal* de conocimiento científico-académico, específico y profesional, supuestamente desprovisto de la incidencia ideológica del ensayo caracterizado -desde su perspectiva- por el idealismo y la lucha ideológica y no por el cálculo o la técnica.

Así lo asumía entonces Torcuato Di Tella en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* cuando decía:

“Una característica importante de una sociedad moderna es la existencia de una “*intelligentsia*”, *definida como un grupo o estrato social integrado por gente que se ocupa con dedicación plena a labores de investigación, enseñanza especializada, creación artística o científica, o a la especulación sobre temas filosóficos, políticos o sociales.* (...) ¿Por qué esto es importante? Porque mientras no exista una “*intelligentsia*” como grupo humano y social, estructurado, con una forma de vida propia, con suficiente tiempo y comodidad como para desempeñar su papel de laboratorio de ideas y conocimientos, la sociedad estará falta de uno de sus más estratégicos componentes”³³.

Desde la fundación de la carrera de Sociología el hombre emblemático en este campo fue sin duda su director Gino Germani, quien entre sus trabajos más reconocidos cuenta con *Estructura social de la Argentina* (1955) y *Política y*

³³ Torcuato S. Di Tella, “Tensiones sociales en los países de la periferia”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N°1 (enero-marzo) 1961, p.61-62. El destacado es mío.

sociedad en una época de transición (1962)³⁴. La tarea de Germani fue muy controvertida pues combinó aceptación y resistencia, sobre todo por el carácter y procedencia de sus enfoques y métodos, donde destacó su interés por la incorporación combinada de una visión histórico-interpretativa de aproximación macrocausal complementaria a los fenómenos sociales contemporáneos. Por otra parte, el grupo de intelectuales reunidos en torno a figuras como Germani o José Luis Romero buscó consolidarse como polo interno y externo de opinión, para esto colaboró coordinadamente en sus investigaciones y aunque las perspectivas no eran siempre las mismas, los objetos de estudio estaban familiarizados³⁵. En este sentido Beatriz Sarlo ha destacado que tanto Romero -a quien considera la figura carismática de esta generación-, como Tulio Halperin Donghi desde la carrera de historia estaban atentos a las investigaciones que se desarrollaron en el Instituto de Sociología, cuando no participaron en ellas³⁶.

En 1965 podemos ver los primeros resultados de este esfuerzo colectivo entre sociólogos e historiadores cuando Eudeba publicó *Argentina Sociedad de masas* de Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena³⁷, en el cual colaboraron Halperin Donghi, Oscar Cornblit, Ezequiel Gallo, Alfredo O'Connell, Guido Di Tella, Manuel Zymelman, Kalman Silvert, Roberto Cortés Conde, Silvia Sigal,

³⁴ Gino Germani nació en Roma y llegó a la Argentina con veintitrés años. Entre 1937 y 1945 trabajó como investigador, pero durante los años peronistas se alejó de la universidad. Tuvo también una reconocida trayectoria como traductor y editor, fue director de las colecciones *Ciencia y Sociedad* de la editorial Abril, y *Biblioteca de Psicología y Sociología* de Paidós, donde escribió y tradujo una importante serie de estudios preliminares de autores norteamericanos de gran notoriedad en la época, entre ellos: Lippmann, Laski, Fromm, Malinowski, Mead, Kleim, Hollischer, etc.

³⁵ La actividad investigativa de los nuevos sociólogos muestra una gran fluidez en temas diversos, aunque los tópicos más desarrollados fueron el proceso de urbanización, la estratificación y movilidad social de la población, la asimilación e impacto de los colectivos inmigrantes nacionales e internacionales y diferentes aspectos o problemáticas de la educación secundaria y universitaria.

³⁶ Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas*, Ariel, Buenos Aires, 2001, p.81

³⁷ Ya en 1958 Graciarena y Germani habían publicado un informe sobre el estado de la Sociología en Argentina titulado *Enseñanza e investigación de la sociología, ciencia política y economía* (Instituto de Sociología, N°3 Bs As.) donde concluían que el nivel de preparación específica en investigación de los profesores era deficiente, al igual que la infraestructura de la mayoría de las universidades nacionales.

Haydée Gorostegui, Susana Torrado y Gustavo Beyhaut. En dicho trabajo se repasaron temas de desarrollo económico, la democracia, la ideología, los partidos políticos y el proceso de modernización argentino bajo la óptica de las nuevas perspectivas metodológicas³⁸.

Alejandra Germani recuerda que había sectores de la derecha que acusaban a su padre de ser comunista, pues consideraban que la Sociología empírica era una amenaza y temían que la investigación de ciertos temas como la familia, la natalidad o las nuevas prácticas juveniles generaran desvíos en las tradiciones nacionales. Incluso –señala Alejandra- la misma Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) había preparado un informe especial sobre la peligrosidad ideológica de Germani, puesto que sus ideas eran consideradas atentatorias contra el ser nacional y deletéreas para la formación de los jóvenes³⁹.

El pensamiento sociológico de Germani fue contemporáneo al estructural funcionalismo practicado en los Estados Unidos, una coincidencia en la que Claudio Suesnábar ha reparado señalando que existía una fuerte vinculación con el desarrollismo cepaliano, y por tanto no le resulta extraño que muchos fundadores y primeros alumnos de la carrera de sociología sean, en los años posteriores, intelectuales de ese organismo⁴⁰. Germani contaba con colaboradores que provenían de distintas disciplinas como Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena, Norberto Rodríguez Bustamante, Ernesto Laclau, Cecilia Durruti, Ana María Bambini, Miguel Murmis, Francisco Marsal o Eliseo Verón. Aunque posteriormente algunos de sus

³⁸ Del mismo modo el trabajo de Torcuato Di Tella y Tulio Halperin Donghi no sólo ganó prestigio entre los estudiantes, sino que implantó novedosas modalidades inter-cátedras, que dio entre otros resultados *Los fragmentos del poder; de la oligarquía a la poliarquía argentina* (Jorge Álvarez, Bs.As.1969) un compilado donde se agregan trabajos de José Carlos Chiaramonte, Manuel Bejarano, Javier Villanueva, Darío Cantón, Francis Korn, Félix Pérez, Juan Taccone, Enrique Oteiza y Aldo Ferrer.

³⁹ Ver Alejandra Germani, “Algunos apuntes biográficos sobre la obra” en Gino Germani, ob.cit., p.21.

⁴⁰ Claudio Suesnábar, *Universidad e Intelectuales*, FLACSO Manantial, Buenos Aires, 2004, p.37.

más destacados discípulos, como Murmis, Marsal y Verón -más cercanos al marxismo- se inclinaron hacia posiciones críticas del pensamiento sociológico de su antiguo maestro.

Cabe señalar aquí que el agrupamiento realizado entre los letrados ha sido realizado a partir de las afinidades ideológicas y políticas, donde nos encontramos con dos principios dicotómicos diferenciadores, por lado el ser marxista o liberal, y por otro el ser peronista o antiperonista. Hasta aquí hemos repasado el caso de algunos de los más destacados miembros de los ámbitos institucionales y su participación en el proceso de modernización que buscaba incorporar las nuevas elites intelectuales antiperonistas a la universidad. Ahora veremos cuál era el caso, el lugar y las ideas de aquellos que mantenían una posición crítica frente a dicho proceso.

1.3. Los intelectuales marxistas, la crítica y la contestación al orden establecido

Justo cuando los nuevos métodos y las teorías de abordaje de la realidad social incorporadas por Germani habían ganado cierto espacio de legitimidad institucional comenzaron a surgir intensos cuestionamientos respecto a la validez de sus enfoques. Buena cantidad de los nuevos estudiantes e investigadores formados bajo esa perspectiva decían ver en ella una disciplina integrada a las concepciones y modelos modernizadores norteamericanos. Apuntaron que los esquemas propuestos para la aprehensión de la realidad eran dóciles y que estaban aplicados a temas con interpretaciones convenientes a los lineamientos del capital monopolista que los financiaba, y por lo tanto, espurios respecto de los intereses nacionales y de América Latina. La llamaron sociología oficial norteamericana, una sociología acrítica y funcionalista, reacia a tratar los conflictos sociales, esquivada a aplicar razones

dialécticas a temas o procesos intelectuales trascendentales donde participan opuestos –tesis y antítesis- que resuelven sus diferencias en una síntesis o en una etapa superior de sus conflictos.

La introducción de los nuevos métodos de investigación en las ciencias sociales significaron un verdadero cambio no sólo en las formas de interpretar la realidad, sino también los hechos del pasado reciente. La aplicación de nuevas categorías, conceptos, técnicas y herramientas, no sólo modificaron el modo de acceder a los fenómenos observados, sino también el lugar otorgado a los propios observadores. Esta situación marcó, por un lado, una ruptura con tradiciones intelectuales que sobrepasaban el ámbito universitario e institucional, y por otro, colisionaron con un ideario marxistas en pleno ascenso.

En un artículo de *Fichas de Investigación Económica y Social*, Milcíades Peña argumentó que Germani era un imitador compulsivo de la sociología profesional norteamericana, y que:

“educa a los futuros sociólogos en el estilo burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto, un estilo de investigación que es esencialmente antidemocrático y que no puede tener un *papel educativo liberador* para los investigadores sociales”⁴¹.

Hay que detenerse en el sentido que adoptaban las palabras de Peña para reconocer cuál era el objetivo de sus críticas y las de un importante grupo de intelectuales críticos. Peña dice *papel educativo liberador*, tres palabras claves que incorporan la idea de *función* social, la de *formación* intelectual y la de *liberación* como tres tiempos de un mismo movimiento. Se tachó a Germani de operador de la burguesía, de ser un investigador que utilizaba modelos interpretativos esquivos o de

⁴¹ Alfredo Dennis Parera (seudónimo de Milcíades Peña), “Gino Germani sobre C.W.Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año1, N°2 (julio), Buenos Aires, 1964, p.40. El destacado es mío.

ocultamiento de los conflictos reales, es decir, de los conflictos considerados en términos de lucha de clases. Conflictos que, a juicio de los promotores de esta óptica, concluyen más tarde o más temprano, inevitablemente en un proceso revolucionario y no en simples reformas.

Las posturas críticas combinaron análisis de base materialista dialéctica bajo perspectivas renovadas por el pensamiento de Gramsci, Camus o Sartre en Europa, Wright Mills, Paul Sweezy en Estados Unidos y Mariátegui o Gilberto Freyre en Latinoamérica. Se argumentó también que Germani, pese a sus pretensiones de imparcialidad repetía con ropaje científico las mismas ilusiones ideológicas que durante décadas circularon en el campo de la política, y que su actuación estaba integrada a una relación de dependencia respecto del pensamiento y las teorías desarrolladas en los países colonizadores que tenían como fin -conciente o inconscientemente- mantener la dominación sobre los colonizados.

Sirviéndose de esta perspectiva Eliseo Verón expresó entonces la naturaleza de este vínculo al decir:

“somos investigadores de una realidad de sometimiento que corremos el riesgo de ocultar bajo nuestros propios mecanismos conceptuales. No hay posibilidad alguna de recuperar la dimensión científica de la sociología, si nos negamos a construirla a través de su verificación histórica. Y esta será a la vez la verdad de los “científicos puros”: lejos de ser los dignos tecnólogos de la racionalización y la secularización de América Latina, se condenan a ser apenas la superfetación intelectual de un largo proceso de dominación”⁴².

La proliferación de esta clase de argumentos deja ver no sólo la emergencia de un importante sector de jóvenes intelectuales de izquierda sino también el auge de una nueva dicotomía planteada en términos binarios de *liberación* o *dominación*, una dicotomía que parecía encontrar explicaciones convincentes a los históricos

⁴² Eliseo Verón, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, Año 1, Nº2-3, Buenos Aires, 1962, p.40.

conflictos sociales de la Argentina en teóricos marxistas como Mills, Veblen o Mumford, y no en el estructural funcionalismo de Parsons, Lasarfeld o Merton. En este sentido, Samuel Schneider aseguraba en *Cuadernos de Cultura* que:

“Con Marx, la filosofía ha bajado de las nubes instalándose en el territorio de la realidad concreta. En las indagaciones de tantos intelectuales ansiosos de “renovar” o “completar” el marxismo puede advertirse la intención de invertir el tránsito. La ciencia no nace, por supuesto, con Marx. Pero *con él se introduce en todos los dominios del conocimiento*. Por vez primera la naturaleza, el hombre y la historia son explicados racionalmente; y el conocimiento racional permite a su turno *forjar las armas y los instrumentos para la transformación consciente del mundo*”⁴³.

Para Schneider, el socialismo aparecía en el horizonte cercano, en el horizonte posible, y ya no como una utopía o como el sueño generoso de un reformador genial sino como resultado del desarrollo de la ciencia, síntesis de la práctica, la comprobación y su posterior generalización teórica. Como vemos el marxismo adquiere en estos años un estatuto teórico muy convincente y respetado, y sus generalizaciones son formalmente aceptadas por la mayor parte del nuevo arco científico.

En efecto, a medida que nos adentramos en la década del sesenta observamos una creciente separación de los grupos que se disputan la legitimidad del saber dentro del ámbito académico, una disputa que no se circunscribe ya a cuestiones metodológicas sino fundamentalmente a concepciones políticas vinculadas a la función social que debe asumir la ciencia y el propio intelectual. Convivirán así, por un lado, la corriente intelectual de aquellos investigadores que buscan la máxima especialización profesional en su campo específico de aplicación –los expertos-, alineados tras el *ambicioso* ideal de la independencia absoluta de variables político-

⁴³ Samuel Schneider, “El partidismo y la creación intelectual”, *Cuadernos de Cultura*, Año XIV, Nº 46, (enero-febrero) 1964, p.79. El destacado es mío.

ideológicas, y que ocupan el centro del campo académico. Y por otro, una pujante generación de jóvenes intelectuales críticos escasamente incorporados a los espacios institucionales, pero que desde los márgenes de la universidad encontraron los medios de procurarse una opinión persuasiva en los ámbitos de la cultura y el pensamiento no oficiales. Dichos intelectuales consideraban que no sólo era imposible una independencia del campo de la política sino que pretenderlo era una actitud reaccionaria, ya que el rol de la ciencia y tanto más el de los intelectuales debía estar definido por su compromiso con la liberación de las condiciones de subdesarrollo impuestas por el imperialismo. Esta concepción llevó a que en 1963, y a pedido de los estudiantes, se abriera a cargo de Silvio Frondizi una cátedra paralela de Sociología Argentina Contemporánea en la propia carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Una iniciativa que demuestra el interés de una buena parte del estudiantado en articular sociología y marxismo.

En este sentido, nuevamente Schneider dirá que el rechazo de ciertos sectores acomodaticios hacia el marxismo es explicable porque:

“su aparición implicó en la historia del pensamiento *un viraje radical, una revolución*, (...) que interrumpía en el sagrado recinto filosófico con cosas muy concretas, como clases sociales y lucha de clases, hombres reales con nombre y apellido, intereses económicos, partidos políticos, es decir, la trama viva de la historia”⁴⁴.

Hay que señalar aquí el proceso de politización en el que estaban sumergidos los ámbitos del pensamiento y la cultura, o podríamos decir también la culturización a la que estaban sometidos los ámbitos de la política, especialmente con el aporte del marxismo.

⁴⁴ Samuel Schneider, ob.cit., p.79. El destacado es mío.

1.3.1. Los psicólogos

El psicoanálisis junto a otras disciplinas del campo de las ciencias sociales como la lingüística o la pedagogía no quedaron exentas del proceso que hemos venido describiendo. De hecho nacen en Argentina no sólo como una expresión crítica y un intento de indagar los supuestos constitutivos del pensamiento clásico de la modernidad, sino también de los conflictos y las problemáticas que afectaban a la realidad política, social y cultura del país⁴⁵. El psicoanálisis, entendido este no sólo como una teoría o técnica terapéutica sino como un discurso y una práctica de inspiración freudiana, buscó escuchar la voz profunda y diversa del inconsciente, la voz de lo obturado, de lo negado que se expresa y emerge de maneras alternativas y contradictorias en la sociedad y los individuos que la componen.

Desde sus inicios en la Argentina el psicoanálisis apostó por reconocer las diversas facetas de la racionalidad humana con la finalidad de dar cuenta, comprender e intentar crear condiciones favorables para la superación de trabas psíquicas que limitaran la emancipación del sujeto. Entre 1954, año del Primer Congreso Nacional de Psicología, y 1965, cuando tuvo lugar el segundo, podemos ver que de un colectivo reducido y de escasa organización se pasó a una profesión definida y dirigida a conquistar un estatuto teórico y científico reconocido por la academia dentro del ámbito de las psicoterapias, pero que nunca perdió sus vínculos con las ciencias sociales.

⁴⁵ Ricardo Foster sostiene que en estos años hay una necesidad de pensar lo que no había sido pensado, el mundo de las masas, sobre todo el peronismo y la dimensión de las conductas irracionales. La Modernidad y el proyecto de la Ilustración habían confiado en la razón para dar cuenta de todos los fenómenos políticos, sociales y económicos, “sin embargo hay conductas subjetivas contradictorias que emergen de manera provocativa y problemática y que comienzan a ser interrogadas, a ponerse en cuestión en tanto *verdades* y *sentidos* heredados e inalterables”: “Tradición crítica y Escuela de Frankfurt”, en R.Foster, N.Casullo, A..Kaufman, *Itinerarios de la modernidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, p.129.

El campo de la psicología originalmente estuvo integrado en su mayor parte por profesionales de disciplinas *familiarizadas* con la salud mental y se sustentó gracias al esfuerzo privado, persistente y autogestionado de grupos o estudiosos solitarios e independientes. Desde sus primeros pasos la psicología argentina disputó el espacio de legitimidad ocupado en solitario por la psiquiatría y sus conceptos de *salud mental*. En los primeros años se destaca el desempeño y la influencia de Marie Langer y Ángel Garma, dos analistas europeos exiliados por la Segunda Guerra Mundial y la España franquista respectivamente, que trabajaron intensamente con Enrique Pichon-Rivière, Antonio Caparrós, Jaime Bernstein, Telma Reca, Arnaldo Rascovsky y José Bleger, en su mayoría autodidactas que no eran ajenos a los aires críticos, polémicos y transformadores de la época. Por caso Bleger, ex militante del Partido Comunista y un afanoso buscador de las compatibilidades entre psicología y marxismo, introdujo bases materialistas y un acceso interdisciplinario a sus análisis. Es decir, vinculó su trabajo a una tradición de izquierda donde la atribulada realidad política y cultural argentina influían en el afiebrado intercambio y la incesante búsqueda de una legitimidad fundacional para la disciplina.

En 1958 Bleger publicó *Psicología y dialéctica materialista* (Paidós), un libro que no sólo le valió la expulsión del Partido Comunista por sus incómodas interpretaciones del marxismo, sino que con ese trabajo Bleger inauguró la polémica en torno al compromiso militante de los profesionales. En el libro se refería al caso de Georges Politzer, un psicólogo fusilado por los nazis en 1942 cuando formaba parte de las milicias civiles de la resistencia francesa. Dicho relato es posible que constituya la primera caracterización del psicólogo militante.

En 1964 editó *Psicología de la Conducta* (Eudeba) y en 1966 *Psicohigiene y psicología institucional* (Paidós). En opinión de Hugo Vezzetti, los trabajos de

Bleger buscaban orientar la vida y las relaciones conflictivas entre los seres humanos de un modo tal que se extendía desde los individuos a los grupos, las instituciones y la comunidad⁴⁶. Los trabajos de Bleger muestran un interés permanente por la renovación teórica y un intento por separarse del conductismo ligado a las ciencias naturales, introduciendo matices de la fenomenología francesa donde el hombre es el objeto central de estudio.

La formidable ebullición de la disciplina quedó evidenciada no sólo en la cantidad de gente que en las grandes ciudades argentinas se inclina hacia alguna clase de práctica psicoterapéutica (sobre todo el psicoanálisis), sino también en el gran interés que muestran las editoriales por este tema. La aparición de múltiples publicaciones periódicas especializadas como *Acta Psicológica*, *Cuadernos de Psicología Concreta*, *Revista de Psicoanálisis* o la *Revista Argentina de Psicología*, dan cuenta de este auge. Especialmente la *Revista Argentina de Psicología* dio buena cuenta en sus páginas de las discusiones teóricas de actualidad, muchas de ellas epistemológicas, filosóficas pero también políticas. Allí se polemizó respecto a cuál debía ser la función del conocimiento terapéutico y si este saber aplicado a la práctica profesional era eficaz en relación a un orden social que se deseaba transformar.

En la *Revista Argentina de Psicología* colaboraron Roberto Harari, Carlos Sastre, Ricardo Malfé, Hernán Kesselman, León Rozitchner, Oscar Masotta, León Ostrov, Juana Danis, Osvaldo Devries, entre otros⁴⁷. Sus artículos con frecuencia

⁴⁶ Ver Hugo Vezzetti, "Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional", en Neiburg Federico y Plotkin Mariano, (compiladores), ob.cit., p.300.

⁴⁷ Muchos jóvenes analistas participaban de las discusiones de la época aunque no figuren en el staff de las revistas, por caso habría que mencionar a Rafael Paz, Vicente Galli, Abel Feinstein, Germán García, Lía Rincón, Virginia Ungar, Eduardo Issaharoff, Luis Horstein, Elizabeth Taback, Rubén Zuckerfeld, Mario Aslan, Bruno Winograd, Julio Martota, Horacio Etchegoyen, Julio Moreno, entre otros.

suscitaron apasionadas polémicas que eran seguidas número tras número por los lectores. En la revista se pueden leer cuestionamientos dirigido a los psicoanalistas argentinos que hacían una aplicación lineal de los teóricos europeos y norteamericanos con los que trabajaban. Desde las páginas de la revista se señaló la incapacidad de hacer una lectura crítica de las corrientes de pensamiento y que no se desarrollaran instancias de traducción, interpretación y elaboración propia que permitieran la introducción de variables políticas y culturales nacionales, tanto en las perspectivas teóricas como en las técnicas empleadas.

Posiblemente la psicología argentina sea el único caso, dentro de las disciplinas mencionadas, en que los planteos acerca de la función crítica, transformadora y liberadora del conocimiento y el rol del profesional está presente desde su misma fundación. A esta característica hay que agregar la presencia permanente de la cuestión del *poder*, los estudios sobre sus mecanismos subjetivos, sus aplicaciones sociales y la capacidad emancipadora que se concedía al psicoanálisis. En este sentido se destaca la interpretación de Freud realizada por León Rozitchner, discípulo de Merleau-Ponty y con profundas lecturas del primer Marx y Sartre. Rozitchner aseguraba que:

“hubo lucha en el origen de la individualidad: *hubo vencedores y vencidos*, y la formación del sujeto es la descripción de ese proceso. Freud nos muestra la Psicología incluyéndola como ciencia histórica, es decir, constituyendo al individuo como el lugar donde se verifica y se debate el sentido de la historia”⁴⁸.

⁴⁸ León Rozitchner, *Freud y el problema del poder*, Losada, Buenos Aires, 1981, p.21. El destacado es mío. Las disquisiciones filosóficas más prolíficas en los trabajos de Rozitchner son *Persona y Comunidad* (1962), *Moral burguesa y revolución* (1963), *Ser Judío* (1967), *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), *Freud y el problema del poder* (1981), *Perón entre la sangre y el tiempo*; *La cosa y la cruz*; o *El terror y la gracia*; que se enfocaron en especial, aunque no únicamente, en desentrañar diferentes aspectos de la acción subjetiva del hombre en el medio social.

Rozitchner buscó comprender las condiciones de emergencia de una racionalidad revolucionaria en la construcción del sujeto, pero tenía una visión humanista del marxismo y de su combinación con el psicoanálisis, por eso fue opositor del estructuralismo lacaniano de Althusser que ganaría adeptos especialmente desde finales de la década del sesenta.

Por su parte, Oscar Masotta, primer comentarista de Lacan en la Argentina e influenciado por el estructuralismo de Levi-Strauss, aportó trabajos como *Conciencia y Estructura* (Pasado y Presente, Córdoba, 1965) y *El "pop-art"* (Columba, Buenos Aires, 1967)⁴⁹. Masotta, a diferencia de Rozitchner, se destacó por incorporar técnicas de análisis estructuralistas donde sumó, además de Lacan y Levi-Strauss, textos de Jakobson, Barthes y Eco. Masotta desarrolló allí ideas en torno al carácter antropocéntrico del marxismo, la imposibilidad de traducir el psicoanálisis a un código fenomenológico y fundamentó sus sospechas respecto a la posibilidad de que la voluntad colectiva organizada y consciente de los seres humanos pueda producir una transformación político-social⁵⁰.

No obstante las diferencias entre posturas, hay que destacar la complementariedad que buena parte de la comunidad de psicólogos encontraba entre psicología y marxismo. Es decir, hay que destacar en la construcción de la cultura intelectual de estos años una presencia combinada e ineludible de estos dos sistemas de ideas. El psicoanálisis formó parte del abanico de intereses de los intelectuales de

⁴⁹ En opinión de Beatriz Sarlo, si hay una personalidad prototípica de los sesenta dentro de este contingente de intelectuales, esa es la de Oscar Masotta, quien pasó "del sartrismo al estructuralismo, de la historia y del sujeto a la estructura, de Merleau-Ponty a Jaques Lacan. La movilidad de Masotta no tiene equivalente en el campo cultural. Eliseo Verón sería la figura afín en el de las ciencias sociales". B.Sarlo, ob.cit., p.94.

⁵⁰ Ver Oscar Masotta "Jacques Lacan o el inconsciente de los fundamentos de la filosofía", *Pasado y Presente*, N°9, Córdoba (abril-sept.)1965. Ver Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1993, pp.109-110.

los sesenta-setenta e incorporó a la vida cotidiana y su diversidad de problemáticas, no sólo muchas de sus concepciones, sino también de su lenguaje específico.

1.3.2. La psicología académica, la politizada y las editoriales

En el ámbito de la psicología también se produjo una dicotomía entre dos grandes posturas: la *tecnificada* y la *politizada*. Esta diferencia se aplicó a partir de criterios de especificidad en el campo donde debía desarrollarse la tarea intelectual. Los llamados *tecnicistas* abogaron por una psicología restringida a un campo de acción disciplinario específico e independiente de las influencias político-ideológicas del contexto, mientras que los analistas politizados -que eran una considerable mayoría- sostenían la imposibilidad de sustraerse de ella. La cuestión central en los primeros sesenta parece estar caracterizada por saber cuál es el lugar del compromiso político en el intelectual y su tarea profesional. Un cuestionamiento que con el correr de la década se fue desplazando hacia cuál debía ser la tarea profesional del intelectual revolucionario. Esta tendencia marcó una pérdida de centralidad en las discusiones propiamente psicológicas en favor de las político-ideológicas, una pérdida de especificidad que también hemos observado en la sociología. Dicha tendencia se fue agudizado y llegó a su máxima expresión en los primeros años del setenta cuando muchos intelectuales cayeron en la cuenta de su ineficacia para producir cambios concretos en la realidad a través del simple compromiso crítico y buscaron, en algunos casos, alternativas más radicales y contundentes.

Se consideró entonces que así como las teorías psicoanalíticas eran aptas para afrontar problemáticas individuales, éstas podían ser extensivas a comportamientos sociales. De este modo, desde la fenomenología de Husserl hasta el estructuralismo de Lévi-Stauss podía ser utilizado y combinado con el marxismo para explicar

conflictos sociales como los que suscitaba –por ejemplo- el peronismo y los movimientos de liberación nacional. Desde esta perspectiva la teoría psicoanalítica fue utilizada en ocasiones como una herramienta de comprensión general y sirvió en otras para fortalecer las argumentaciones de quienes creían en la necesidad de un cambio revolucionario de la sociedad. La articulación de la tarea profesional y el compromiso político se convirtió en el tópico central de las discusiones de la época dentro del colectivo. Por caso Antonio Caparrós aseguraba entonces que no era posible distinguir entre un psicólogo y un militante: “el psicólogo tiene que ser un militante que hace psicología”⁵¹.

Especialmente a partir del *Cordobazo* (1969) el compromiso político de los profesionales se convirtió en un eje ineludible de discusión. Para muchos ya no se podía seguir encerrados en la práctica profesional sin aportar de algún modo al cambio social. En este sentido Eduardo Pavlovsky nos recuerda que el psicoanálisis es un fenómeno cultural de amplia difusión entre los intelectuales argentinos, incluso recientemente ha comentado acerca de su propio recorrido en la materia. Pavlovsky asegura que:

“Sería difícil encontrar algún crítico de arte, novelista o poeta que no hubiera estado en análisis. Yo me recibí de médico a los 22 años y entré en la Asociación Psicoanalítica a los 24. Tres años después renuncié a la asociación –con el grupo Plataforma- que fue la primera ruptura institucional internacional y nacional por motivos ideológico-políticos. (...) Desde el *Cordobazo* en adelante, el psicoanálisis y la cultura fueron jugando el mismo partido”⁵².

Dicha disputa por la articulación profesional y el compromiso político se hizo extensiva a una competencia por la legitimidad del saber entre profesionales

⁵¹ Antonio Caparrós, en *Cuadernos de Psicología Concreta*, citado por Mariano Plotkin, *Freud en las pampas*, Sudamericana, 2003, Buenos Aires, p.301.

⁵² Eduardo Pavlovsky, “Memoria y balance de la patria psi”, *Revista Ñ*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.20.

establecidos en el ámbito académico-institucional y aquellos que desde sus márgenes pugnaban por abrirse un espacio y ganar las simpatías de un público que se amplió meteóricamente, no sólo en las universidades y los grupos de estudios, sino sobre todo en las librerías, donde un amplio sector de la clase media urbana se mantenía actualizada. En esa competencia la producción académica perdió ampliamente la partida por razones de método. Y no sólo en psicología sino en general en todos los géneros, pues las restricciones formales la volvieron más lenta, escasa y preocupada por reglas internas que por la búsqueda de una legitimidad exterior al ámbito donde se desarrollaban. Por el contrario, algunos trabajos menos ceñidos a las reglas instituidas alcanzaron circulación masiva, tuvieron una mayor llegada al público y por tanto una mayor aceptación en el mercado. De este modo las editoriales y sus políticas de venta se convirtieron en una especie de árbitro legitimador con normas propias. Fueron usuales los intentos por integrar teoría política con psicoanálisis e incorporar tópicos propios de la militancia revolucionaria como el tratamiento de la llamada violencia revolucionaria, el peronismo, los conflictos de clase, las guerras coloniales o el antiimperialismo, entre otros. Es decir, temas de actualidad y de gran interés por parte del público vinculado a la disciplina.

1.3.3. El existencialismo y el grupo *Contorno*: de la literatura al compromiso político

Como hemos señalado hasta aquí, en estos años hubo un poderoso proceso de transferencia discursiva entre política y cultura. Es decir, observamos un importante flujo de nuevas disciplinas, teorías e ideas que alimentan las preocupaciones políticas en los ámbitos del conocimiento, el pensamiento y el arte. Especialmente a partir de 1955, cuando los diversos núcleos letrados antiperonistas comienzan a tener un

mayor espacio de acción en la universidad y los circuitos editoriales, vemos un interés creciente por participar de los debates que se ocupan de las problemáticas que afectan al país. Unas problemáticas que tienen su centro en la necesidad de superar el subdesarrollo y solucionar la cuestión peronista, en encontrar la manera de desmovilizar y controlar a las masas trabajadoras fieles al liderato de Perón e integrarlas a un nuevo proyecto de país.

Tal como hemos comentado más arriba en este período el marxismo ocupa una posición protagónica en tanto teoría crítica y de análisis de los conflictos sociales. Hemos visto además el intento por articularla en el campo de la sociología o la psicología y el combate por imponer sus criterios en los márgenes de la academia, pues es considerada una de las doctrinas más avanzadas de la época y sus generalizaciones son respetadas en todo el arco científico. Sin embargo, el marxismo no es la única influencia que reciben los núcleos letrados de la época, sino que ésta se combina con diversas corrientes de pensamiento humanista que proponen explícitamente mantener una actitud de compromiso crítico frente a temas políticos, este fue el caso del existencialismo.

Uno de los grupos intelectuales más prolíficos de esos años fue el que integraban David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Rodolfo Kush, Ramón Alcalde y Susana Fiorito, quienes publicaron entre 1953 y 1959 la revista *Contorno*. Si bien todos ellos ya habían participado de otras publicaciones como *Verbum*, *Centro* o *Ciento y Una*, la experiencia y el perfil que asumen en *Contorno* marcó un antes y un después no sólo en sus propias producciones, sino en las del resto de toda una generación de intelectuales de la época. El propio Sebreli cuenta que:

“todo el grupo que hacíamos *Contorno* y yo en mi primera etapa como escritor, indudablemente, estuvimos profundamente influenciados por el existencialismo. Sartre fue quien dio sustento filosófico al compromiso público asumido por los escritores de izquierda en los sesenta, su estilo rebelde, antiburgués, era una marca ideológica ineludible para nosotros”⁵³.

Asimismo y por su parte, Abelardo Castillo asegura que:

“esa es una de las características de los sesenta, el paradigma de la época serían las ideas de los existencialistas franceses ateos, como Sartre, Camus, Beauvoir, donde el compromiso ideológico, el compromiso estético y la militancia eran más o menos la misma cosa”⁵⁴.

Lo dicho por Sebreli y Castillo parece evidente cuando se revisan las publicaciones de la época, donde vemos que se traducen gran cantidad de textos, artículos y entrevistas de un Sartre que se convierte en un icono indiscutido del pensamiento. Las revistas más prestigiosas de esos años repiten en sus páginas que la vida humana es la realidad radical y la razón histórica la razón suprema: “El hombre es primero un proyecto que se vive subjetivamente; nada existe antes que este proyecto; nada hay en un cielo inteligible, y el hombre será lo que ha proyectado ser”⁵⁵. La imagen de intelectual que forja Sartre en esta etapa está impreso claramente en *¿Qué es la literatura?*, un texto de cabecera para los jóvenes letrados de esos años. Allí Sartre caracteriza la figura del intelectual en tanto un hombre que no reduce su actividad al saber técnico o específico del especialista o experto, sino que apela a un sujeto que se convertiría en intelectual precisamente a partir de su compromiso con una función social, con el rol de portavoz de una conciencia

⁵³ Juan José Sebreli, conferencia: “La crisis argentina según J.J. Sebreli”, Universidad Siglo XXI, CPCEC, 19-06-2005, Córdoba, Argentina.

⁵⁴ Abelardo Castillo, entrevista de Fernando Piñero, *Tramas*, N°4, Volumen II, Córdoba, (no figura año) p.15.

⁵⁵ Hugo Rodríguez Alcalá, “Existencia y destino del hombre”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Quinta época, año 5, N°1, Buenos Aires (enero-marzo) 1960, p.21.

humanista y universal que se distingue más allá de las fronteras y las nacionalidades. Para Sartre y sus entusiastas, la posición de pensador crítico independiente era el lugar simbólico donde se funda la legitimidad política de los intelectuales. Desde esta perspectiva, esto es, en los signos de preocupación e indiferencia ante problemáticas sociopolíticas el intelectual demuestra su conciencia crítica, que es la sede del compromiso.

Sartre fue reconocido tanto por su crítica a la razón burguesa como a la razón dialéctica, de la cual deja constancia en *Materialismo y Revolución* y en *Crítica de la razón dialéctica*, en la cual hartado del stalinismo refiere a la experiencia soviética haciendo una clara distinción entre la dialéctica dogmática de la crítica constructiva. De hecho muchos lectores de la época se introdujeron al marxismo a través de la obra de Sartre, quien veía en el marxismo una nueva filosofía totalizadora del mundo moderno. En este sentido José Pablo Feinmann recuerda que entonces todos hablaban de existencialismo, pero *El ser y la nada* era un libro intransitable que, no sólo era difícil de comprender, sino que tampoco todos los interesados tenían posibilidades de acceder a las penumbrosas aulas de la calle Viamonte y estudiar los textos en su lengua original (francés) junto a Masotta, Sebreli, Rozitchner o Eliseo Verón⁵⁶. La complejidad de las reflexiones sartreanas se masificaron más bien con posterioridad a través de un folleto de carácter explicativo llamado *El*

⁵⁶ Ver José Pablo Feinmann, *La sangre derramada*, Ariel, Buenos Aires, 1998, p.48. Por otra parte, Feinmann se sorprende de la pérdida de actualidad que ha sufrido la obra de Sartre en los últimos años, y atribuye este hecho a que este autor es un referente filosófico de los temas más vehementes de la modernidad: el marxismo, la literatura comprometida, la idea de totalidad, en suma, el del mandato de transformación del mundo a partir de la praxis del sujeto libremente comprometido, y esto –dice Feinmann- en la actualidad significa *quedar pegado*. Asimismo, *quedar pegado* es una expresión coloquial propiamente argentina que puede utilizarse en varios sentidos, en este caso Feinmann se refiere con ella a la duda desprestigiante que actualmente despierta en muchas personas el hecho que alguien mencione teóricos que colaboraron en los sesenta-setenta a fortalecer una visión transformadora de la sociedad, que se asocia acrítica, compacta e injustamente a la radicalidad cuando no directamente al terrorismo. Posiblemente *La Náusea* sea el único libro de Sartre que no ha perdido actualidad ¿será porque con él no hay riesgos de *quedar pegados*?

existencialismo es un humanismo, un texto que era más accesible que *El ser y la nada*.

Pero volviendo ahora a la revista *Contorno*, podemos decir que se trató de un original proyecto cultural que en el inicio de sus seis años de existencia (1953-1959) partió de la crítica literaria para terminar más tarde en el análisis político. Situada desde un ideal típicamente sartreano -es decir, desde el mandato de transformación del mundo a partir de la praxis del sujeto libremente comprometido-, los editores de la revista comenzaron en los primeros números por replantearse la problemática de las relaciones entre literatura y sociedad en Roberto Arlt y la novela, o Martínez Estrada y el ensayo. Pero con el correr de las entregas la publicación se fue inclinando decididamente hacia las interpretaciones políticas, que despuntaron primero con breves cuestionamientos a la compleja relación entre los intelectuales y el mundo de la política, para terminar más tarde directamente sumergidos en análisis del peronismo y la gestión del entonces presidente Arturo Frondizi⁵⁷.

En el recorrido realizado por *Contorno* se observa un intento por resignificar hechos y figuras históricas a través de una renovada mirada sociológica y política. También fue novedoso su uso desacralizado, desenfadado y atrevido del lenguaje, tanto en temas culturales como políticos, donde se evidenció un combate contra la elite cultural reinante: los liberales de *Sur* y el suplemento literario de *La Nación*. Asimismo, su óptica modernizadora se distinguió por la independencia y la relativa marginalidad institucional y de las estructuras partidarias tradicionales. Si bien *Contorno* en un primer momento puede ser ubicada dentro del antiperonismo, su

⁵⁷ El grupo *Contorno* tuvo cierta cercanía con el gobierno de Frondizi, de hecho Ismael Viñas y Ramón Alcalde tuvieron cargos en su gobierno (Subdirector nacional de cultura y Ministro de educación de la provincia de Santa Fe, respectivamente). No obstante, luego de que Frondizi promulgara las leyes de petróleo y universidades en 1959, ambos renunciaron a los cargos y adoptaron una postura crítica ante el gobierno, sobre todo ante la exclusión del peronismo del juego electoral. Este tema lo trataremos con más detalle en el capítulo II.

postura crítica se dirigió más bien al desempeño de Perón en tanto líder, más que al movimiento de trabajadores que se identificaban con el peronismo.

Desde los sectores juveniles de izquierda el aporte de *Contorno* fue muy bien valorado. Por ejemplo, desde la editorial del primer número de la revista *Pasado y Presente* elogió la tarea de *Contorno*, considerada un intento serio y audaz por estructurar una nueva relación ideológica-moral con las problemáticas de la realidad nacional. Así lo creyó José Aricó, quien dijo:

“Ninguna como ella, entre sus contemporáneas, se caracterizó por un deseo igual de posesionarse de la realidad, por una búsqueda tan acuciante de las raíces de nuestros problemas. Fue quizás la revista más avanzada de lo que ha dado llamarse izquierda independiente argentina” (...) –en la búsqueda- “de crear puentes que permitan establecer un punto de pasaje entre el proletariado y los intelectuales, (...) en una corriente concreta que englobe clase obrera y capas medias”⁵⁸.

En las páginas de *Contorno* primero y *Pasado y Presente* después, los redactores se repiten la pregunta: ¿cuál debe ser la función social de los nuevos intelectuales argentinos?, una preocupación casi obsesiva de esta generación de mujeres y hombres que se inclinaron a reflexionar acerca de los avatares políticos del país en este particular período de la historia. En las páginas de dichas publicaciones circularon dos de los dilemas fundacionales de la *nueva izquierda*, estos son: por un lado, el divorcio existente entre la clase obrera -en su mayoría peronista- y los intelectuales marxistas. Y por otro, el sentimiento de impotencia e incluso de culpa ante la toma de conciencia de su ineficacia política en tanto intelectuales de origen pequeño burgués⁵⁹.

⁵⁸ José Aricó, “Editorial”, *Pasado y Presente*, Año 1, Nº 1, Córdoba, 1963, p.11. El destacado es mío.

⁵⁹ Las exigencias ideológico-morales del intelectual contestatario argentino y la paulatina nacionalización de sus preocupaciones político-sociales lo llevaron a problematizar sobre su lugar y la realidad contradictoria de su origen de clase en relación a las masas obreras no-marxistas y su líder

1.3.4. Clase media y peronismo: los principales objetos de estudio de la izquierda

Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Silvia Sigal y Oscar Terán coinciden en que la clase media o pequeña burguesía se convirtió hasta fines de la década del sesenta en un tema central para los estudios sociales del campo de la izquierda. Pronto la producción simbólica que hasta entonces se había obstinado en concebir al peronismo como un movimiento artificial y pasajero, comenzó a cambiar su perspectiva cuando vio que la fidelidad de los sectores obreros al liderato de Perón era inalterable pese al paso del tiempo y la proscripción. Esto venía a demostrar no sólo el desconocimiento del *país real* por parte de los grupos dominantes y los intelectuales que había apoyado la *Libertadora*, sino también el desinterés o desprecio que hasta entonces la mayoría de ellos había expresado hacia los sectores populares. La inesperada movilización de la clase obrera durante el gobierno peronista había significado el despliegue de una nueva realidad ideológica, política y socioeconómica para el conjunto de la sociedad, y en especial para la clase media, que con el correr de los años y el dificultoso establecimiento de una democracia sin restricciones, verá con claridad y sorpresa que el peronismo no era una ficción. Incluso que la magnitud de su arraigo emocional y en el imaginario de buena parte de la sociedad tenía una gravitación central en el devenir de la vida política nacional, una gravitación que no podía soslayarse mediante exclusiones forzadas.

Fundamentalmente entre 1955 y 1966 el extenso despliegue de una literatura interpretativa dirigida a revisar la actuación de la clase media en relación al fenómeno peronista será, para Carlos Altamirano, producto de un sentimiento de

natural: Perón, quien durante sus gobiernos había dado sobradas muestras de antipatía no sólo hacia los partidos marxistas sino también a todo núcleo intelectual, peor aún si era disidente.

mortificación y expiación. A su juicio, allí los letrados buscaban purgar las faltas cometidas contra el pueblo en 1943 y 1955, e incorporar bases marxistas a los análisis para unir su destino pequeño burgués al del proletariado⁶⁰. En este sentido, Noé Jitrick apunta que la producción de esa literatura “señalaba una especie de compulsión por entender eso que se llama realidad”⁶¹.

Pero que los intelectuales estuvieran interesados en reinterpretar la compleja relación entre clase media y peronismo -teniendo en cuenta su procedencia-, implica decir que los intelectuales de clase media buscaban ocupar una nueva posición frente al peronismo -o en todo caso-, no sólo buscaban reposicionarse, sino incluso reconceptualizar o reinventar positivamente lo que el peronismo había significado en tanto fenómeno de masas. En este sentido, hay que decir que mientras Perón estuvo en el gobierno el peronismo fue articulado desde la cúspide de manera monopólica y vertical por su líder. Pero una vez derrocado y exiliado Perón, la identidad y la línea política del partido pareció convertirse en una vacante susceptible de ser ocupada de diversos modos y desde diferentes sectores, tanto de izquierda como de derecha. Muchos veían o querían ver en el electorado peronista una masa amorfa que había quedado acéfala, huérfana y susceptible de adoptar y reconfigurar a conveniencia.

La enorme producción bibliográfica que comienza a circular en estos años son en buena medida expresiones de una disputa político-conceptual en la que se analiza y pone en juego, desde el exterior del partido, la naturaleza misma de las masas trabajadoras movilizadas e identificadas hasta allí con el peronismo. No era poca cosa lo que se estaba jugando en esa articulación ideológica, se trataba sin lugar a dudas del partido mayoritario, el grupo electoralmente determinante bajo

⁶⁰ Ver Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas, Buenos Aires, 2001, p.102-105.

⁶¹ Noé Jitrick, entrevista de N. Aguilera y S. Mandolessi, *Tramas*, ob.cit., p.41.

condiciones democráticas y el movimiento social que se revelaba como el punto nodal a desentrañar de los conflictos socio-políticos de la Argentina de entonces.

Por su parte, Oscar Terán agrega a esto que la recolocación del fenómeno peronista conllevó una redefinición de la franja crítica dentro del espectro político-cultural y conformó uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en el campo intelectual⁶². Pero la tarea de la revisión emprendida por los intelectuales no parecía estar dirigida solamente analizar su lugar de actuación en relación al peronismo, sino a la necesidad de reducir la notable distancia que los había separado del pueblo o el proletariado. Juan Carlos Portantiero en un artículo de *Cuadernos de Cultura* observó entonces que los sesenta se caracterizaban por el auge de una neoizquierda:

“este auge” –afirmaba Portantiero con cierto tono de desprecio- “se asienta sobre la situación particular de un sector de las capas medias (en especial las urbanas), a la que las incidencias de la política oligárquica y el reflejo de los cambios sociales que signan el presente de América y del mundo, aproximan a una primera adhesión sentimental hacia la izquierda real, hacia los fines revolucionarios del proletariado”⁶³.

No obstante, Portantiero tenía sus dudas frente a este fenómeno pues, a su juicio, el comportamiento de la clase media podía ser definido provisionalmente como una actitud mental. Y observó que sólo a veces dicha actitud finalmente se veía organizada políticamente. En esos años Portantiero todavía desarrollaba sus actividades políticas muy cerca de Héctor Pablo Agosti dentro de las filas de la Juventud Comunista. Sin embargo, Portantiero daba importancia a que se tratase de

⁶² Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1993, p.45. Terán agrega que “esta estructura de culpabilización resultó tanto más eficaz en la medida en que el peronismo también construyó un propio mito de origen que lo relataba cortando radicalmente con el pasado mediante la irrupción de esa fuerza regeneradora encarnada en los nuevos trabajadores provenientes del interior del país” (p.50).

⁶³ Juan Carlos Portantiero, “*Algunas variantes de la neoizquierda argentina*”, *Cuadernos de Cultura*, Año XI, N°50, Buenos Aires (noviembre-diciembre), 1960, p.59. El destacado es mío.

un grupo con conciencia de algunos supuestos fundamentales como la crisis de las estructuras oligárquicas y el fin del colonialismo:

“una actitud que supone, como dato auspicioso, la radicalización de sectores importantes de la intelectualidad y de las capas medias, pero al mismo tiempo contiene en su seno poderosos elementos negativos, en cuanto ella no incluye una quiebra de la ambigüedad con que los sectores sociales intermedios suelen moverse en la acción colectiva”⁶⁴.

Si bien Portantiero distinguía elementos auspiciosos también dudaba del compromiso permanente de la clase media argentina: ¿conocía tal vez su volatilidad, sus ambigüedades, su capacidad de acomodamiento y su propensión a los cambios?.

Asimismo, la amplia tarea de relectura del peronismo y sus efectos en la clase media hay que concebirlas en un ambiente cargado de intervenciones teóricas, de una atmósfera ideológica libresca y de permanente enfrentamiento discursivo. Se cuentan varios trabajos en los que se puede percibir nítidamente este clima, por ejemplo podemos mencionar los libros de Fermín Chávez *Civilización y Barbarie*, Ismael Viñas *Orden y Progreso*⁶⁵ y *Análisis del frondizismo*; los de David Viñas *Los años despiadados* y *Las malas costumbres*, el de Germán Rozenmacher *Cabecita negra*, o el de Juan José Sebreli *Buenos Aires, vida cotidiana y alineación*, un libro que vende más de cuarenta mil ejemplares en un año, una tirada que da cuenta del fenómeno *neozquierda* al que Portantiero hacía referencia.

En el primer capítulo del libro de Sebreli –por ejemplo– podemos ver caracterizado el ánimo que envuelve a esta clase de producciones, un ánimo que impugna el estilo de vida burgués y lo considera un modelo sin horizontes. Sebreli describe en su libro una mediocridad ociosa y una decadencia donde sólo destacan

⁶⁴ Portantiero, ob.cit., p.59.

⁶⁵ *Orden y Progreso* es un libro que retoma varios planteamientos de *La realidad Argentina e Historia de los partidos políticos*, de Silvio Frondizi y Rodolfo Puiggrós respectivamente. Ambos libros tienen un influjo importante en los análisis del peronismo que realiza posteriormente el grupo *Contorno*.

las angustias, el derroche y una frivolidad típicamente porteña. Y si bien Sebreli desprecia los caracteres de una vida alienada en el consumo y las apariencias, también se reconoce en ellos, sabe que sus imágenes infantiles provienen de ese espacio. Sebreli cuestiona lo que denomina la moral burguesa, una moral temerosa que a su juicio era adoptada también por la nueva sociología “caracterizada por la fetichización de la cifra matemática y la estadística”⁶⁶. Si bien trabajos como los de Sebreli buscaban con esto diferenciarse explícitamente de la sociología académica, sus fórmulas darán mucho que hablar a propios y ajenos, demostrando –por otra parte- que estar a los márgenes de las instituciones oficiales en modo alguno significaba estar aislado de las discusiones de la hora. Entre quienes criticaron con severidad el texto de Sebreli estaba Jorge Schvarzer, quien acusó a Sebreli de utilizar recetas marxistas y mezclarlas con categorías sociológicas de moda. Para Schvarzer, Sebreli se servía del marxismo para incrementar sus ventas más que para enriquecer su calidad intelectual:

“si alguien duda de la infalibilidad comercial de esta fórmula, que pase de inmediato a leer *Buenos Aires, vida cotidiana y alineación*”⁶⁷.

1.3.5. Marxismo para aficionados, eruditos y los trabajos socio-históricos

Sebreli, como otros autores que trabajan desde la *periferia* no instituida por la sociológica científica, serán objeto de críticas tanto desde dentro como desde fuera de la academia. Mientras unos no reconocían validez científica a esta clase de trabajos, otros decían que sólo reproducían un *estilo* de saber y un lenguaje típicamente marxista pero con un conocimiento y un desarrollo superficial de la teoría. Este último argumento fue utilizado por Eliseo Verón quien, como muchos

⁶⁶ Juan José Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Siglo XX, Buenos Aires, 1965, p.14.

⁶⁷ Jorge Sagastume (seudónimo de Jorge Schvarzer), “Buenos Aires, vida cotidiana y alineación”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año1, N°5 (marzo), Buenos Aires, 1965, p.62.

otros estudiosos de la época, comenzará a hacer una diferenciación entre un marxismo de aficionados y un marxismo verdadero. Verón reivindicó la validez del marxismo como teoría y práctica revolucionaria pero también como instrumento de análisis histórico y sociológico. La idea de los dos marxismos: uno preciso, erudito o profundo, y otro coloquial, aficionado o superficial, lo expresa en un artículo de *Cuestiones de Filosofía* donde asegura que:

“optamos por una perspectiva marxista de las ciencias sociales. Esta decisión lejos de ser una decisión política y “extrasociológica”, como lo pretenderá el sociólogo puro, es una decisión impuesta por la naturaleza misma de lo que llamamos ciencias sociales –desde un punto de vista general- y por el desarrollo actual de esas mismas ciencias sociales –desde un punto de vista más específico-”⁶⁸.

El *nosotros* utilizado por Verón incluye a toda la dirección de la revista: Marco Aurelio Galmarini, León Sigal, Jorge Lafforgue y Arthur Gianotti. Por su parte, Oscar Masotta había coincidido ya con esta idea desde la revista *Centro* donde afirmó que “el único cuerpo de doctrina que merece hoy el nombre de pensamiento es la filosofía marxista”⁶⁹.

En efecto, el florecimiento de trabajos socio-históricos, más allá de que fueran considerados científicos, ensayísticos o literarios, fue proporcional al desarrollo de un público masivo ávido de esta clase de literatura producida en un espacio no exclusivamente académico. Por otra parte, las polémicas desatadas alrededor del tema señalan, por un lado, una creciente y afebrada disputa por la legitimidad en el campo intelectual, una legitimidad que no estaba reducida a lograr la autoridad en la universidad. Y por otro, la profunda modificación que sufren las tradiciones intelectuales a propósito de los dos sucesos paradigmáticos que nos

⁶⁸ Eliseo Verón, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, Año1, N°2-3, Buenos Aires, 1962, p.13.

⁶⁹ Oscar Masotta, “La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache”, en *Revista Centro*, Tercer Trimestre, N°13, Buenos Aires, 1959, p.71.

introducen en la década del sesenta: la proscripción peronista y la Revolución Cubana. El primero de los hechos sumerge la coyuntura política local en una permanente inestabilidad institucional, en medio de un potente proceso de modernización y expansión de la oferta cultural. Y el segundo, cambia completamente la forma de concebir la acción político-ideológica del intelectual y sus aspiraciones de eficacia en el ámbito profesional. La distancia entre ambas tendencias intelectuales se ira ensanchando con el correr de la década. Una de ellas tuvo como ideal establecer una absoluta independencia entre el campo intelectual y el político, mientras que la otra pugnó por una tarea comprometida con la transformación revolucionaria de la sociedad.

Ese compromiso que van asumiendo muchos intelectuales de la época lo expresó David Viñas durante una entrevista realizada por Franco Moggi en 1961, quien le pregunta: ¿qué entiende por escritor comprometido?, ¿comprometido con qué?:

“Fundamentalmente, el compromiso es con la historia concreta, con la historia que nos rodea o que se nos cae encima. Se trata de escribir de problemas y no de tópicos. Se está comprometido si se escribe de problemas, si no se toma a la literatura como carrera. Es decir, que el compromiso se define de alguna manera por la negativa. Cuando me siento comprometido escribiendo algo es porque no tengo coartadas, porque no puedo dar un paso atrás. (...) El compromiso aparece cuando el espacio entre la realidad y la ficción se reduce al máximo. Hoy los grandes diarios prefieren que el escritor sea decorativo”⁷⁰.

1.3.6. La ruptura ideológico-liberal frente a la cuestión peronista

Hemos visto como durante los primeros años del gobierno posperonista una importante cantidad de publicaciones, revistas y libros dan cuenta del reacomodo de fuerzas y la inclinación de una importante porción de la producción destinada a

⁷⁰ David Viñas, entrevista titulada “Un cross a la mandíbula”, por Franco Moggi en *Che*, Año 1, Nº 7, Buenos Aires, 1961, p.20. El director de la revista era Pablo Giusani y en la redacción participaban Susana Lugones, Carlos Barbé, Julia Constenla, Francisco Urondo, Oscar Goutman y Víctor Torres..

revisar la *cuestión peronista*. De hecho, lo que observamos es una disputa por la legitimidad tanto en términos políticos como ideológico-intelectuales. Asimismo, las polémicas entre economistas, sociólogos, historiadores, psicólogos o ensayistas a las que nos hemos referido más arriba, no son más que expresiones de dicha disputa, una disputa donde la naturaleza del peronismo se reveló entre los intelectuales como uno de los puntos nodales a desentrañar de la realidad argentina.

Como comentamos en la primera parte del capítulo fue Arturo Jauretche quien desde 1955 ocupó el lugar central en la enunciación crítica y la denuncia de los destinos propiciados por la llamada *Revolución Libertadora*. Recordemos además que su actuación le costó no sólo ser víctima de la censura sino también un permanente acecho policial, una posterior detención, investigación patrimonial, incautación de algunos bienes y, finalmente, el exilio a Uruguay⁷¹. En 1957 y motivado por las reflexiones derivadas de un intercambio de cartas que estableció con Ernesto Sábato, Jauretche publicó *Los Profetas del odio*. Las comunicaciones entre Sábato y Jauretche se habían iniciado a propósito del beneplácito que generaron en Jauretche algunas observaciones realizadas por el primero en *El Otro Rostro del Peronismo* (1956), un libro en el cual Sábato realizó las primeras reflexiones críticas a la Revolución Libertadora desde las propias filas del antiperonismo⁷². Si bien el trabajo de Sábato no cedió en la impugnación intransigente del liderazgo de Perón y las características antidemocráticas de su gobierno, dejó deslizar allí un

⁷¹ Como señalamos anteriormente Jauretche publicó un famoso folleto titulado *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, una crítica al diagnóstico económico de Prebisch y al intento de la Revolución Libertadora por retornar al orden liberal preperonista, en desmedro de los beneficios alcanzados por la clase trabajadora.

⁷² *El otro rostro del peronismo* estaba subtítuloado *Carta abierta a Mario Amadeo*, en respuesta al libro *Ayer, Hoy, Mañana* de Amadeo. Sábato destacaba en su trabajo la relación entre peronismo y resentimiento, el peronismo como nuevo capítulo del divorcio entre elites y pueblo, tópico proveniente del imaginario nacionalista e introducido por Amadeo en el debate; y el peronismo como hecho con causantes y responsabilidades individuales y colectivas concretas.

reconocimiento a la legitimidad del clamor de justicia social por parte de las multitudes trabajadoras.

Para Sábato era justo y necesario valorar positivamente del peronismo aquella actitud que, más allá del paternalismo o la dádiva, daba a los trabajadores el orgullo de gozar de derechos políticos y el reconocimiento cultural. El planteo de *El Otro Rostro del Peronismo* se complementó luego con una carta abierta al presidente Aramburu donde denunció la persecución y la torturas a militantes peronistas. Obviamente, ni el texto ni la carta de Sábato pasaron desapercibidos para sus colegas liberales, a los que estaba unido desde hacía muchos años por fuertes vínculos profesionales y de amistad... Las respuestas a Sábato no se hicieron esperar.

Reconocer ese *otro rostro* en el peronismo, es decir, reconocer algunas cualidades positivas en el peronismo -en aquellos tiempos de fuertes antagonismos e interpretaciones binarias- era igual a ser peronista. Exponer sus opiniones le valieron a Sábato, por ejemplo, una encendida polémica con Borges en tres sucesivos números de la revista *Ficción*. Borges no toleró que Sábato fragmentara el sentido que *Sur* había dado al peronismo. Para los círculos intelectuales liberales el peronismo era la *chusma*, una pesadilla constituida súbita y violentamente por hordas de hombres sudorosos y ruidosos que invadían la Plaza de Mayo y refrescaban sus pies en las fuentes⁷³. No reconocían en el peronismo una parte de la familia argentina, tampoco reconocían en el peronismo una expresión política y mucho menos una expresión cultural. A juicio de la intelectualidad liberal el peronismo era

⁷³ El grupo *Sur* consideraba que el peronismo había desarrollado una especie de Estado policial que estaba indisolublemente ligado a la ficción y el engaño. A sus ojos, la década peronista había sido una década oprobiosa e irracional donde libertades básicas como la de expresión habían sido sistemáticamente pisoteadas. Veían en el peronismo un fenómeno de rasgos totalitarios y fascistas. Entendían el peronismo como un fascismo criollo. Se argumentó entonces contra las simpatías que el GOU había mostrado con el eje durante la Segunda Guerra, la demagogia y el corporativismo sindical mimetizado con el Estado. Este esquema, sin embargo, perdía de vista la importancia del profundo proceso demográfico, económico y social por el que había atravesado el país desde 1930.

una *anomalía* en la tradición democrática argentina. Desde su perspectiva, el complejo entramado social que encarnaba el movimiento peronista se enfrentaba frontalmente a las expresiones políticas tradicionales. Y dicho conflicto podía ser reducido a una simple y esquemática dicotomía entre *fascismo* vs. *tradición democrática*. Es decir, la conceptualización que desarrollaron los intelectuales liberales planteaba una oposición lineal entre un fascismo criollo encabezado por el general Perón y una supuesta tradición democrática. Por cierto, una tradición democrática imaginaria, o en el mejor de los casos deseada, ya que no es posible constatarle algún sustento histórico en la Argentina⁷⁴.

En definitiva lo que reclamaba Sábato era una mayor comprensión hacia las condiciones de posibilidad que habían permitido la emergencia política de las masas trabajadoras con independencia de la actuación de su líder, pero sin caer en simplificaciones maniqueas o en la lisa y llana discriminación social. Quizás el aspecto más valioso de las opiniones de Sábato radican en la firme intención de hacer inteligible un hecho social que era infinitamente más complejo y permanente que una pesadilla. La polémica desatada por *El Otro Rostro del Peronismo* no podía disimular las disidencias y marcaron las primeras grietas en el frente antiperonista que había construido la tradicional intelectualidad liberal⁷⁵.

A propósito de lo dicho, David Viñas acusó a Sábato de mantener una posición de falsa independencia, pues le recordó su pertenencia al grupo de Ocampo,

⁷⁴ Dicha tradición democrática sólo podía encontrar sustento en las creaciones ficcionales (o tal vez desvaríos) de algún gran escritor. No ocurre lo mismo, sin embargo, con las inclinaciones aristocráticas, excluyentes y de ejercicio del poder directo sin consultas ni mediaciones electorales.

⁷⁵ *Sur* pierde su hegemonía intelectual en temas literarios y políticos sobre todo a partir de la división que impone la Revolución Cubana en el grupo editor. Martínez Estrada, Sábato y Bianco no adherirán a las críticas dirigidas a Cuba en el tema del “paredón” como violatorio de los derechos humanos, al contrario, se unirán activamente al proyecto de la revista oficial del gobierno cubano *Casa de las Américas*. Por otro lado, y ante la intencionalidad de Estados Unidos en Bahía de Cochinos en 1961, Ocampo, Borges, Mallea, Bioy Casares y Mujica Lainez, entre otros, firmarán una declaración a favor de la invasión norteamericana.

principal sustento de *Sur* e intelectual icono del régimen contra el cual ahora él estaba disparando. En sus críticas Viñas dejó ver que no reconocía a Sábato como parte de la izquierda y le reclamó compromiso y consecuencia con sus ideas, lo instó a adoptar una actitud de superación de lo existente. Viñas se refirió a Sábato diciendo: “hoy, un escritor argentino no puede ser un rebelde, ni tener demasiados amigos ni ser un francotirador como Sábato, ¡que me dejen de joder con los rebeldes!. Hay que superar a los francotiradores, hay que elegir los enemigos”⁷⁶... A estas declaraciones le siguió la respuesta de Sábato quien, invocando la contraseña ideológica de la época, se defendió de Viñas identificándose con Sartre, al cual recordó “por su admirable valor intelectual, por su indomable independencia de criterio”. Por último, Sábato aseguró que “eso es lo que debe hacer un auténtico intelectual libre”, y se refirió a Sartre como el escritor que “*se ha comprometido cada vez más con la realidad*, no ha temido ser vituperado, casi siempre por la derecha, pero a veces también por la izquierda, por sus posiciones”. Para Sábato ese era el prototipo del escritor del siglo XX, “*el escritor con manos sucias*”⁷⁷.

1.3.7. Un nuevo rostro para el peronismo

Ciertas coincidencias conceptuales en el análisis de *El otro rostro del peronismo* emparentaron virtualmente a Sábato con Jauretche, en especial la idea compartida de divorcio histórico entre pueblo y elite ilustrada y el enfoque general de las condiciones de posibilidad que permitieron la emergencia del peronismo⁷⁸.

⁷⁶ David Viñas, entrevista, ob.cit., p.20.

⁷⁷ Ernesto Sábato, entrevista titulada “¿Para qué sirve un intelectual?”, por Franco Moggi en *Che*, Año 1, Nº 8, Buenos Aires, 1961, p.21. El destacado es mío.

⁷⁸ La idea de divorcio entre elites ilustradas y pueblo coincidía con la crítica que el revisionismo nacionalista caracterizó como el drama histórico argentino, donde héroes intelectuales como Echeverría, Sarmiento o Alberdi, no habían visto los aspectos positivos de la actuación de caudillos como Artigas, López o Quiroga.

Hay que prestar mucha atención a esta afirmación, puesto que marca un vuelco en la perspectiva de los intelectuales liberales respecto del peronismo. *Ese otro rostro que Sabato vio en el peronismo* lo emparentó virtualmente con Jauretche. Es decir, dos tradiciones ideológicas diferentes, dos corrientes intelectuales disímiles y dos procedencias históricamente enfrentadas se encontraban ahora muy cercanas frente a una misma problemática.

Los Profetas del Odio de Jauretche es un libro escrito en un lenguaje sencillo dedicado casi en su integridad a dirigir una batería de críticas a tres de los íconos intelectuales más importantes de la época: Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges y Julio Irazusta, a quienes recriminó con dureza ser parte de lo que peyorativamente denomina *intelligentsia*, es decir, un grupo de hombres cultos formados por un amplio espectro de periodistas, profesores, artistas, escritores y políticos, que dieron la espalda al pueblo y a los pensadores nacionales⁷⁹. En el texto Jauretche juzga que estos ilustres hombres se consideran intelectuales porque leyeron unos cuantos libros, pero en realidad lo único que han logrado es desviarse del curso natural de la nación. Jauretche se detuvo también en el carácter colonizado y el formalismo academicista que desfigura la inteligencia práctica y el orden natural de estos hombres, una alineación cultural que -a su juicio- explica la recurrente incompreensión del país auténtico, es decir, del país peronista. Las descalificaciones de Jauretche fueron los primeros gestos de un antiintelectualismo que prenderá con fuerza hacia finales de los sesenta y que buscará resolver en la acción directa sus ambiciones de eficacia política. Desde la perspectiva actual, la obra de Jauretche es

⁷⁹ Nótese la diferencia de valoración que hace Torcuato Di Tella respecto a las funciones de la *Intelligentsia* comparadas con las de Jauretche. Por otra parte, no obstante las severas críticas que Jauretche dedica a Ezequiel Martínez Estrada, este es junto a Sabato uno de los pocos intelectuales que buscó diferenciarse del más cerril antiperonismo y no reducir el proceso político peronista a un simple acto de demagogia. Así, en 1956 escribe *Cuadrante del Pampero* y *Qué es esto*.

un clásico destinado a ocupar un lugar destacado en las bibliotecas del ensayo político argentino, no por su redundancia en el sentido común y las frases populares, sino por su alta aceptación en las librerías, pues en sólo dos ediciones de *Los Profetas del Odio* alcanzó una tirada de 250.000 ejemplares⁸⁰.

Jauretche es uno de los primeros y más productivos intelectuales que coloca a la clase media letrada en el ojo del huracán de libros que se escriben al respecto en los diez años que precedieron el golpe a Perón. En su visión de los hechos, el conflicto que Perón mantuvo con la clase media estuvo limitado sólo a una parte, justamente a *medio pelo* de la clase media, es decir, con el sector pseudo aristocrático de la clase y no con la pequeña burguesía. Como era su costumbre, en el texto apeló no sólo a un lenguaje accesible al lector medio, sino también reivindicó la validez de la observación y la experiencia propia en el análisis de los hechos sociales, una perspectiva que contravenía la tendencia de los *especialistas* modernizadores y sus métodos sociológicos científicos⁸¹.

En medio de una creciente notoriedad mediática fruto de su éxito editorial en 1967 publicó *La yapa* que agotó cinco ediciones en un año. Con ello no sólo queremos señalar la aceptación de los lectores a las tesis de Jauretche sino,

⁸⁰ A su regreso a Buenos Aires en 1958 Jauretche publicó *Ejército y Política. La Patria grande y la Patria chica*, una continuación de la tarea periodística desarrollada en la revista *Qué* dirigida por Rogelio Frigerio, a la que se incorporó durante un breve período. En 1960 escribe *Política nacional y revisionismo* y en 1961 *Prosa de hacha y tiza*; y *FORJA y la década infame*. Luego de un lapso en el que detiene su producción a causa de dos fallidos intentos de incorporarse a la política pura y dura, en 1966 publica *El medio Pelo en la Sociedad Argentina*, un libro que agota nueve ediciones en menos de un año. El texto, subtítulo con ironía *Apuntes para una sociología nacional*, desplegó un abrupto análisis de las prácticas políticas de la burguesía argentina a lo largo de la historia, sus sucesivos fracasos y la polarización de la sociedad a partir de la irrupción de Perón y las masas obreras a la vida política en 1943. En este punto, Jauretche desmiente que hubiera un enfrentamiento entre los obreros peronistas y la clase media en su totalidad.

⁸¹ Arturo Jauretche quizás opta por el ensayo no porque no tuviera capacidades para utilizar los modelos modernos de observación sociológica, sino porque no participaba del circuito académico instituido, y porque sobre todo en temas políticos el ensayo le permitía una mayor libertad, digresión y compromiso explícito que la investigación y el periodismo. Esta práctica del autor marcó una tendencia en el ensayo político, una mixtura que fue bien recogida por el público y se convirtió a lo largo de los años sesenta-setenta en una práctica muy extendida y con grandes tiradas.

fundamentalmente, la recurrente necesidad del público a repasar los efectos que el peronismo había causado en una sociedad que se reconocía envuelta en un proceso de profunda transformación y que buscaba ansiosa un nuevo proyecto político.

1.4. De izquierda, marxista y nacionalista: la *Izquierda Nacional*

Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos son dos de los autores más representativos de la denominada *Izquierda Nacional*⁸². Si bien la procedencia política y la edad de estos autores es muy diferente, fueron dos de los más activos intelectuales marxistas en la búsqueda de una interpretación alternativa del peronismo. Su trabajo intentó establecer un vínculo entre las corrientes de izquierda marxista con sectores del nacionalismo peronista e impugnar el papel que habían cumplido tanto la izquierda tradicional como la dirigencia verticalista, antidemocrática y burocratizada peronista. Desde la óptica de estos autores el pecado principal de la izquierda tradicional fue, por una parte, no haber observado el advenimiento de la nueva burguesía industrial y la extensa clase obrera que esta comportaba, y por otra, evadir en sus análisis la importancia de las particularidades *nacionales* y apoyar al régimen de la *Revolución Libertadora*.

Rodolfo Puiggrós nació en 1906 y fue uno de los principales intelectuales enrolados en la izquierda peronista. Durante las décadas del treinta y cuarenta publicó textos clásicos de la historia argentina como *Rosas el pequeño*, *Los Enciclopedistas* y *De la colonia a la revolución*. Dirigió la revista de teoría marxista *Argumentos* hasta mediados de los años treinta y a mediados de 1940 fundó el Movimiento Obrero Comunista, donde empezó a mostrar claras simpatías con el gobierno de Perón. Sus diferencias de concepción respecto al peronismo le valieron

⁸² *Izquierda nacional* es una autodenominación, aunque varios analistas también han identificado este núcleo como de autores del *nacionalismo marxista*, *marxismo nacional* o *izquierda antiliberal*.

en 1946 la expulsión del Partido Comunista⁸³. Así, a partir de 1947, expresó sus ideas en el periódico *Clase Obrera* y desde 1953 prestó apoyo explícito al gobierno de Perón desde la revista *Argentina Hoy*⁸⁴.

Luego del Golpe de Estado de 1955 Puiggrós se vio forzado a pasar a la clandestinidad y en 1961 se radicó en México. Regresó a la Argentina en 1968 y en 1973, durante el gobierno de Héctor J. Cámpora, fue nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires, pero poco después fue perseguido y amenazado por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y decidió exiliarse nuevamente en México. En 1976 su hijo Sergio, que era integrante de la organización Montoneros, fue secuestrado, torturado y desaparecido por la dictadura de Videla. Rodolfo Puiggrós ingresó como militante a la organización Montoneros en 1977, y su actividad se centró exclusivamente en denunciar internacionalmente las violaciones a los derechos humanos por parte de la dictadura y sus cómplices. Falleció durante un viaje a La Habana en 1980.

Por su parte Ramos, que era mucho más joven que Puiggrós, provenía de círculos trotskistas de poca influencia. Ambos creyeron que unirse al peronismo era de alguna manera una circunstancia histórica necesaria, pues a esa forma organizativa respondían las masas. Veían en el derrocamiento a Perón una contrarrevolución que detenía momentáneamente el movimiento popular destinado a transitar la etapa que concluía con la liberación nacional y el quiebre con la

⁸³ El PC buscó trazar una alternativa entre la dicotomía Peronismo-Antiperonismo, mientras que Puiggrós consideraba que los campos debían dividirse en Proimperialistas-Antiimperialistas. Puiggrós creía que el peronismo era un movimiento de la burguesía nacional que buscaba su desarrollo independiente.

⁸⁴ *Argentina Hoy* era una publicación del Instituto de Estudios Económicos y Sociales donde se reunían, entre otros, conspicuos militantes socialistas y comunistas que se veían poderosamente atraídos por la eficaz convocatoria con la que Perón lideraba a las masas obreras. Una eficacia, una aceptación y una representatividad popular que ningún partido de izquierda había logrado jamás. Perón era –en este sentido– un ejemplo a imitar por la izquierda, puesto que él había logrado que lo siguieran e incluso que lo adorasen.

dominación colonial del imperialismo. En su opinión, el peronismo se inscribía en el gran relato marxista, era la expresión antiimperialista de un movimiento de liberación nacional que se hallaba en un tramo del camino que había comenzado en las montoneras, continuado en la política criolla y la plebe yrigoyenista⁸⁵.

Para ambos autores la secuencia histórica colocaba al peronismo en un camino irreversible de nacionalización de la conciencia obrera frente a la dominación oligárquico-imperialista. Así se desprende de *Historia crítica de los partidos argentinos* (1956), la obra más renombrada de Puiggrós. Pero también puede reconocerse esta interpretación en *El proletariado en la revolución nacional* (1958), y en los trabajos de Ramos: *América Latina: un país; Crisis y resurrección de la Literatura Argentina y Revolución y contrarrevolución en la Argentina* de 1949, 1954 y 1957 respectivamente. A estos libros hay que agregar *Nacionalismo y Peronismo; Imperialismo y Cultura* (ambos de 1957) y *La formación de la conciencia nacional* (1960) escritos por Juan José Hernández Arregui, como el grupo de textos que cobraron más notoriedad en los ámbitos universitarios y se convirtieron en la referencia del revisionismo que sobrevino tras el derrocamiento de Perón⁸⁶.

Si bien los autores mencionados fueron los ideólogos que mejor sistematizaron el llamado *socialismo nacional*, el personaje original y emblemático de la corriente fue John William Cooke, quien escribió *Peronismo y Revolución* y publicó una polémica correspondencia con Perón. Cooke recibió una fuerte inspiración cubana en el desarrollo de sus tesis sobre el peronismo revolucionario,

⁸⁵ Ramos en su interpretación de la historia señala que los héroes de las masas han sido lapidados por la oligarquía, donde caudillos y montoneros fueron degradados a la condición de delincuentes o ladrones de ganado. Siguiendo esta línea interpretativa, la organización político militar peronista más importante de los *setenta* se fundará bajo el nombre *Montoneros*, reivindicando precisamente las formaciones “del pueblo en armas” de la primera fase de la secuencia descripta por Ramos hacia la liberación nacional.

⁸⁶ Bajo el seudónimo Víctor Almagro, Hernández Arregui también escribió en 1959 *De Octubre a Septiembre*.

expresión que devenía a su vez de las experiencias insurreccionales del peronismo de la *Resistencia*. Sobre la figura de Cooke volveremos más adelante.

Podemos decir que a diferencia de la concepción liberal donde la dicotomía se planteaba entre fascismo vs. democracia, en la *Izquierda Nacional* los términos se definían entre *nación* vs. *antinación* o *patria* vs. *antipatria*, es decir -y para usar las expresiones de la época-, los problemas a resolver estaban dados entre los argentinos que querían el desarrollo autónomo y la liberación nacional y aquellos que se aliaban con el imperialismo. En el esquema de Puiggrós y Ramos, el liberalismo era un operador ideológico del imperialismo que contaba con diversos órganos, entre ellos la prensa, la oligarquía, las elites intelectuales liberales y todo aquello que contribuía a la desnacionalización económica y la repetición de las relaciones de dominación establecidas.

En este punto Horacio Tarcus ha señalado que ambos esquemas, tanto el liberal como el nacionalista acuden a una explicación extrínseca de los procesos sociales, sólo que con signos valorativos inversos. Es decir, para Puiggrós y Ramos lo importado era la democracia de estilo europeo y sus sistema de privilegios, el saqueo simbólico y material. No obstante, la lectura nacional-peronista también enfrentaba secularmente unidades orgánicamente preconstituidas como *Nación* o *Pueblo*⁸⁷.

1.4.1. Con Perón en el exilio, un lugar vacante para la vanguardia

Tanto Puiggrós como Ramos se ubicaron dentro del llamado nuevo marxismo, una corriente que se consideró parte del pensamiento nacional enfrentada al liberalismo y al científicismo de la sociología norteamericana. No obstante, hay

⁸⁷ Ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996, p.139.

que decir que el marxismo con el que estos autores fundamentaban sus interpretaciones no era un compendio doctrinario homogéneo. Al respecto Carlos Altamirano ha subrayado que este discurso de izquierda mezcló argumentos de Lenin sobre imperialismo y Trotsky sobre semi-colonia y bonapartismo (lo que Altamirano denomina un neomarxismo de y para intelectuales), bajo la sugestión de la obra de Sartre y Gramsci –para resumir en dos nombres un haz más amplio de referencias-, una variedad del marxismo que tendría un papel activo en la crítica a la izquierda tradicional⁸⁸.

Lucas Lanusse también analizó esta parte del recorrido de los autores y ha juzgado que la postura intelectual de los marxistas filo peronistas asignó un lugar legítimo en el progreso de la humanidad al movimiento peronista, y en contra de lo que afirmaba la izquierda tradicional o los sectores liberales, el peronismo dejó de pertenecer a la familia de los movimientos fascistas⁸⁹. Puiggrós y Ramos consagraron no pocos esfuerzos teóricos al rechazo de todo análisis que atribuyera caracteres fascistas al régimen encabezado por Perón entre 1946 y 1955. Una de las tesis más usadas para respaldar sus argumentos fue la de considerar al fascismo un fenómeno típico y propio del capitalismo avanzado y de una sociedad con vocación imperial, situación que, a su juicio, no podía atribuírsele a la Argentina. Puiggrós y Ramos más bien veían en Perón una expresión del nacionalismo militar autoritario opuesto tanto al liberalismo como al comunismo, es decir, opuesto a lo que consideraban las dos formas existentes de imperialismo. Siguiendo esta línea interpretativa, el mérito y singularidad de Perón no estaba dado sólo por su *tercerismo*, sino porque había buscado sustentar su poder en el apoyo de las masas obreras. El hecho que lo diferenciaba de los socialistas y los comunistas argentinos

⁸⁸ Carlos Altamirano, ob.cit., p.67.

⁸⁹ Lucas Lanusse, *Montoneros, El mito de los doce*, Ediciones B, Buenos Aires, 2005, p.61.

era que Perón había conseguido que las masas le *cedieran* su conducción política. El razonamiento o comportamiento deslumbrado de gran parte de la izquierda marxista ante el liderazgo contrastado de Perón fue motivado precisamente por su eficacia frente a las masas. Es decir, a diferencia de los líderes de la izquierda, Perón sí que era apoyado y seguido por las mayorías. Y su discurso y su acción eran eficaces. Veremos luego cómo gran cantidad de militantes de la izquierda marxista ingresaron al peronismo por la izquierda donde buscaron plegarse a esa eficacia, aprovecharse de ella, e intentar imprimir desde adentro del movimiento rasgos de una dinámica política diferente, en ocasiones creyendo verdaderamente que Perón era un líder revolucionario. Muchos nunca sospecharon la trampa en la que caerían más adelante.

Puiggrós y Ramos intentaron considerar a Perón con independencia del peronismo y las masas populares, pues éstas estaban allí antes y seguirían allí luego de Perón. Esta disociación entre el líder, Perón, y la masa eminentemente peronista, era una operación política e ideológicamente rentable a los fines de la *Izquierda Nacional*. Nuevamente la disputa por el patrimonio simbólico-identitario brilló en estas articulaciones. Desde la perspectiva de la *Izquierda Nacional* el sitio que Perón había dejado vacante con su exilio podía/debía ser ocupado por un partido revolucionario capaz de señalar el camino de la liberación a la clase obrera. Este era el punto central a resolver. En esta lectura, la pieza faltante era precisamente la vanguardia o el partido revolucionario ocupara el lugar de Perón y que liderara con eficacia la transformación, una transformación que teórica y virtualmente se desprendía o había sido descifrada de los propios intereses obreros. En este deseo de *creerse/sentirse/convertirse* en los potenciales esclarecedores de la naturaleza del *pueblo* es donde coincidieron aquellas elites letradas nacionalistas y marxistas que apostaron por el vanguardismo.

Ahora bien, Puiggrós y Ramos no fueron hasta mediados del sesenta una más de las diversas lecturas alternativas que se postulaban del peronismo. De hecho no abandonarían su marginalidad hasta los últimos años del sesenta y principios del setenta, cuando sus concepciones se convertirán en un esquema interpretativo con relevancia política gracias al peso relativo que adquirió en una importante porción de la juventud universitaria. En los setenta Puiggrós y Ramos eran ya intelectuales adultos convertidos en influyentes teóricos de la joven izquierda revolucionaria peronista, una generación que mostró inclinaciones ideológicas nacionales populistas que, agudizadas por la proscripción y en combinación con sectores católicos posconciliares radicalizará sus posiciones y gravitará en algunas expresiones político-militares, especialmente Montoneros. Podemos decir que en buena parte del bagaje teórico-intelectual de las formaciones político-militares peronistas, que tendrán su máxima expansión entre 1972 y 1973, se reconoce claramente el influjo de estos intelectuales argentinos que debatían de este y otros temas desde hacía ya dos décadas⁹⁰.

Junto a Puiggrós y Ramos hay que agregar a Juan José Hernández Arregui, José María Rosa, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, entre otros, que también habrían de formar parte del proceso de revisión histórica que denunciará la historia oficial como la versión de los triunfadores de Caseros, Pavón y el genocidio indígena. No obstante, no hay que exagerar la coherencia y la homogeneidad en su corpus ideológico, pues lo que estos

⁹⁰ El hecho de que estos intelectuales discutieran sobre estos asuntos muchos años antes es significativo para pensar el desarrollo y movimiento de estas ideas, ideas que no se incorporaron ni súbita ni espontáneamente. Si nos detenemos en los años de publicación -aproximadamente de 1954 a 1961- de los libros de Ramos, Puiggrós, Hernández Arregui (y Arturo Jauretche que no era marxista), podemos ver que el proceso de cuestionamiento, revisión y crítica no comienza en los sesenta y mucho menos en los setenta sino antes, y que tampoco es patrimonio exclusivo de una generación, sino que en rigor se trata de, por lo menos, dos grandes grupos generacionales difusamente diferenciables, pero que podríamos agrupar: 1º) el que ronda los 30 años de edad en 1946 y, 2º) el que ronda los 20 en 1966 y que no conoció a Perón ni el peronismo anterior a 1955.

hombres tuvieron en común fue su intento de incorporar el apoyo crítico del marxismo al análisis del peronismo. Y si bien sus procedencias son diversas: comunistas, troskistas o peronistas, a principios de los setenta confluyeron en una misma visión del peronismo y, en especial, del rol militante y comprometido con la transformación social que debían asumir los intelectuales argentinos.

1.4.2. ¿Qué interpretaba la juventud universitaria?

En el libro *Tiempo Pasado* Beatriz Sarlo reconoce la masiva difusión de los relatos históricos de Puiggrós y Ramos a quienes otorga un fuerte poder de construcción imaginaria y política en la época. Sarlo se refiere a estos críticos de la denominada Revolución Libertadora como *las espadas del nacionalismo marxista* y sugiere que los lectores más asiduos y permeables de estos trabajos eran “esos jóvenes, hijos de la generación para la que el 17 de octubre fue un trauma y una fecha fundadora”⁹¹. Jóvenes que, a su entender, hablaron abiertamente del pasado de sus padres y juzgaron que habían sido participantes equivocados o espectadores que no comprendían los sucesos ni a Perón. Sarlo considera que esta generación buscó corregir políticamente el modo en que sus padres vivieron el primer gobierno peronista; los acusaron de no haberse volcado con intensidad hacia lo público o de no haber captado la verdadera naturaleza del movimiento de masas.

Por su parte, Roberto Baschetti se refiere a este fenómeno como un conflicto generacional agudo, donde muchos jóvenes de padres antiperonistas acérrimos ven que se habla de democracia pero el peronismo sigue proscrito, que en 1962 y 1965 ganan los candidatos peronistas y las elecciones son anuladas de un sablazo. Según

⁹¹ Beatriz Sarlo, *Tiempo Pasado*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2005, p.144.

Baschetti dichos jóvenes “visualizan otra realidad en el peronismo, ven que con el peronismo había trabajo, vivienda y educación para todos”⁹².

Habría que recordar también (como lo haremos detalladamente más adelante) que los hijos de esos viejos demócratas que asociaban el peronismo con *los negros*, los villeros y el aluvión zoológico, comienzan a modificar su perspectiva frente al peronismo porque ven en él una fuerza capaz de generar transformaciones, una fuerza no siempre positiva pero una fuerza de cambio al fin. Este viraje de perspectiva tiene un punto cumbre marcado por el golpe militar de Onganía en junio de 1966. Es decir, podemos inferir que uno de los elementos que inclinó la simpatía de esta capa de la juventud letrada hacia el peronismo fue la creciente intensidad represiva desatada por la dictadura, sobre todo la intervención militar de las universidades, la ilegalización de sindicatos combativos, la clausura total de la práctica política y de todos los partidos, la persecución de toda expresión cultural moderna, disidente y una larga lista de etcéteras. Estos fueron los principales elementos que condujeron a las capas medias letradas a reconsiderar sus alternativas políticas y, en muchísimos casos, ver positivamente al peronismo y radicalizar sus posiciones.

Por su parte, Ernesto Jauretche ha analizado las diversas interpretaciones del período y desautoriza la postura de Sarlo afirmando que su punto de vista es subsidiario de la *Teoría de los Dos Demonios* y que construye nuevos “ismos” (el juvenilismo de Sarlo, dice Jauretche) para explicar el proceso juvenil de los *sesenta-setenta*. En opinión de Ernesto Jauretche, la versión de Sarlo continúa desarrollando

⁹² Roberto Baschetti, *Documentos 1970-1973*, Vol.1, Campana de Palo, Buenos Aires, 2004, p.11. A continuación Baschetti recuerda (p.13) cuando Perón fue reelecto en 1952 dijo: “La primera elección la gané con los hombres, ésta la gané con las mujeres (que por primera vez votaban en Argentina), la próxima... la próxima la ganaré con los niños”. Veinte años después la profecía parecía volverse tangible.

un curioso proceso de invisibilidad del principal y único justificativo de los acontecimientos ocurridos en la década del 70: el peronismo, que a su juicio lucha por la liberación⁹³. Jauretche, que despunta en sus interpretaciones la reedición del esquema *nación-antinación*, opina que en las explicaciones de Sarlo no se destacan las responsabilidades del autoritarismo y la violenta represión que proscribía las mayorías con anuencia de los partidos políticos legales. El autor señala también que en ese supuesto juvenilismo no se mencionan los intereses económicos concretos que buscaron acabar con las demandas de nacionalización de la industria y redistribución de la riqueza. Jauretche observa que la violencia en contra del régimen se ha intentado limitar desde el *establishment* cultural como un fenómeno estudiantil, porteño y clasemediero promovido desde la prolija conciencia de clase inculcada por las organizaciones marxistas de la época. Asimismo, Jauretche reivindica la experiencia de Montoneros, no por su guevarismo sino por formar parte y estar subordinada al histórico movimiento peronista.

Si bien Sarlo señala con lucidez que el discurso de las que ella denomina *espadas del nacionalismo marxista* sólo era comprensible para un público letrado que no reparaba especialmente en la intolerancia política de Perón⁹⁴, la autora no destaca en sus reflexiones que ese público eminentemente universitario al que influenció Puiggrós y Ramos era, con seguridad, uno de los colectivos mejor informados de los derechos políticos que la democracia representativa burguesa

⁹³ Ernesto Jauretche, *Violencia política en los 70`. No dejes que te la cuenten*, Ediciones del pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997, p.7.

⁹⁴ “Perón concebía a los partidos políticos como formaciones históricas transitorias y destinadas a desaparecer, en contraste con otros modelos de agrupamiento como la familia y el sindicato, a los que atribuye la solidez y la permanencia inherentes a toda expresión esencial de la condición humana. Partidos y sindicatos no son expresiones paralelas y recíprocamente compatibles en una sociedad libre, sino momentos casi antagónicos de un proceso que condena a los primeros a ser reemplazados, violenta o paulatinamente, por los segundos. En este sentido, la comunidad organizada de Perón, encara a los sindicatos como componentes esenciales de sí misma, mientras tolera malamente a los partidos como residuos de un superado *ancien régime*”: Pablo Giussani, *Montoneros, La soberbia armada*, Sudamericana, Argentina, 2003, p.184.

adjudica a la ciudadanía. Por eso –suponemos o asumimos- que cuestionó antes que la actuación de sus padres la cancelación de sus libertades y derechos políticos, así como el de los gobiernos electos en condiciones ilegítimas cuando no se trataba lisa y llanamente de dictaduras⁹⁵. En este punto también Carlos Altamirano se ha preguntado: ¿por qué los jóvenes de la época habrían de ser insensibles a una ilustración tan abundante de la distancia entre el país legal y el país de hecho?⁹⁶... ¿Era la actitud que sus padres habían asumido frente al peronismo el principal motivo de que los jóvenes cuestionaran el orden político-social establecido?.

Desde una perspectiva actual -lo que se extrae de las interpretaciones pocas veces homogénea del público universitario al que se refiere Sarlo en *Tiempo Pasado* y *La batalla de las ideas*-, es que aquella juventud letrada no parece haber restado importancia a que el gobierno constitucional de Perón fuera derrocado violentamente en nombre de una libertad y una democracia que nunca llegaron, ni que la proscripción forzada por las Fuerzas Armadas a lo largo de casi dos décadas fuera el problema central. Estos hechos, a su vez, no parecen ser el resultado de una construcción imaginaria inducida por el revisionismo marxista sino una línea interpretativa confirmada por la anulación de las elecciones provinciales de 1962 bajo gobierno de Frondizi, y las parlamentarias de 1965 con Illia en la presidencia. Dos elecciones donde triunfaron los candidatos peronistas y que dejaban claro a esa juventud hija de los antiguos demócratas que, desde el antiperonismo, las respuestas eran frontal y taxativamente de desprecio a la democracia y los derechos políticos de la mayoría de la ciudadanía.

⁹⁵ Respecto a la ilegitimidad de los gobiernos posteriores a 1955 a esta altura de los acontecimientos ya no hay discusiones, lo que habría que distinguir más bien entre las diferentes organizaciones de base marxista cuál era el carácter de la democracia que se proponía, que no era (en muchos casos) la democracia capitalista burguesa.

⁹⁶ Carlos Altamirano, ob.cit., p.87.

No obstante lo dicho, esto no niega el carácter compacto del discurso de autores como Puiggrós y Ramos que apostaron por revisar las equivocaciones de la generación anterior desde un paradigma plagado de falsas certezas y con un *sentido progresivo y garantido de la historia*, sin ser capaces de entender completamente su propio presente y, de resultar factible, los cambios de perspectivas en el futuro⁹⁷.

⁹⁷ Cuando digo sentido progresivo y garantido de la historia me remito y adhiero a una idea expresada por José Pablo Feinmann, un sentido y una certeza que ha sido esencial en la cultura política de la izquierda. Según Feinmann a esto se le puede llamar utopía: “hay algo que aguarda en el futuro, algo por lo que habrá que pelear pero, asimismo, algo que no podrá sino realizarse. La utopía de la cultura política de la izquierda fue –siempre– una utopía garantida: ella era sin más, el sentido de la historia, nada podría impedir su realización porque la historia existía y se desarrollaba para que esa realización fuese posible”. Ver *La Sangre Derramada*, Ariel, Buenos Aires, 1999, p.277.

CAPITULO 2

PRIMER GOBIERNO CIVIL BAJO PROSCRIPCIÓN POLÍTICA (1958-1962)

La línea argumental del segundo capítulo sostiene, en primer lugar, que la permanente práctica autoritaria en la toma de decisiones políticas por parte de los grupos dominantes y su posterior aplicación apoyada por la acción de las Fuerzas Armadas, fue permeable a la cultura política de toda la sociedad. Dicha práctica autoritaria y aplicación violentas habrían determinado ciertas pautas de acción en las organizaciones sociales y populares, unas pautas que terminaron por desacreditar el diálogo, la democracia y las instituciones representativas en tanto instancias efectivas para resolver los conflictos y sostener aspiraciones de gobierno y control del Estado sin el uso de la fuerza.

En segundo lugar, el capítulo busca poner de manifiesto la creciente inclinación insurreccional por parte de los sectores duros del peronismo, que justificaron su accionar no sólo por el derrocamiento violento del gobierno constitucional de Perón en 1955, sino también alentados por un antecedente que tuvo mucha importancia entonces y que supuso una línea de continuidad histórica en el atropello de los derechos civiles, esto es el golpe de estado del general Uriburu en 1930, un golpe que inauguró la llamada década infame (1930-1943) donde se desarrolló una práctica sistemática del fraude electoral. Este hecho, seguido por la proscripción peronista y la anulación de las elecciones provinciales de 1962 durante el gobierno de Frondizi, supusieron la cancelación de los canales formales para llegar al gobierno. El objetivo del capítulo es señalar cómo dichas experiencias –para el sector excluido de la competencia electoral- parecían demostrar que había llegado la hora de aplicar métodos más contundentes y efectivos que permitieran imponer su

voluntad.

El capítulo fundamenta estas ideas describiendo, en primer término, la llegada de Arturo Frondizi a la presidencia del país en 1958 y cómo la proscripción no sólo cubrió de ilegitimidad su proyecto desarrollista, sino que alimentó la resistencia de los sectores medios y obreros peronistas que no aceptaron con docilidad ni el intento de normalizar su exclusión, ni la implementación de políticas económicas regresivas para sus intereses sectoriales. El apartado se detiene también en los motivos por los cuales esta gestión presidencial fue conocida popularmente como la *traición frondizista*, principalmente a partir de la promulgación de las leyes de petróleo y universidades.

En la segunda parte, el capítulo caracteriza el permanente acecho de las Fuerzas Armadas al sistema político y el peso que tuvieron en su accionar las doctrinas de *Seguridad Nacional* y *Fronteras Ideológicas*, especialmente a partir de 1959 como efectos de la Revolución Cubana. Por último, se analiza el golpe de Estado militar contra el gobierno de Frondizi -un golpe que fue consecuencia del triunfo electoral de candidatos peronista en las elecciones provinciales de 1962-, y el posterior enfrentamiento armado entre facciones militares (*Azules* y *Colorados*) por la supremacía del poder en septiembre de 1962 y abril de 1963.

Comenzaremos entonces el Capítulo 2 con la descripción del proyecto desarrollista de Frondizi. En segundo lugar analizaremos los motivos de la urgencia inédita que había en las capas medias y los círculos intelectuales por lograr un cambio, una transformación, ya sea gradual o revolucionaria. Por último, exploraremos la acción de las Fuerzas Armadas, su acérrimo antiperonismo y anticomunismo regidos por las *Doctrinas de Seguridad Nacional* y *Fronteras Ideológicas*.

2.1. Frondizi y la opción democrática hacia el desarrollo

Una vez proscripto el peronismo el gobierno de Aramburu estimuló la participación de los partidos políticos tradicionales que apoyaron el golpe de 1955. Intentó darles participación en el dificultoso proceso de reordenamiento político, económico y social que perseguía la *Revolución Libertadora*, puesto que habían perdido presencia e iniciativa en la década anterior. Una de las acciones destinadas a generar acuerdos fue la creación de la Junta Consultiva, un órgano que estaba destinado a reunir a los partidos en una convención que dispusiera reformas en la Constitución Justicialista vigente. Fue en el marco de las reuniones de esta Junta Consultiva -con opinión pero sin decisión- que tuvo lugar la división de la Unión Cívica Radical (UCR), uno de los hechos políticos más relevantes de estos años¹. La tradicional UCR quedó partida en dos: la UCR Intransigente (UCRI) y la UCR del Pueblo (UCRP), bajo las direcciones de Arturo Frondizi y Ricardo Balbín respectivamente. Esta división no sólo señaló las dificultades para alcanzar acuerdos en el principal partido político no proscripto, sino que el ala encabezada por Frondizi sustentó la ruptura en posiciones enfrentadas al gobierno, acusándolo de imponer decisiones económicas antipopulares y de no legalizar la participación política del peronismo².

Por su parte, el gobierno de Aramburu se mostró favorable a que la CGT realizara una reestructuración interna que permitiera un recambio en la antigua

¹ Unión Cívica Radical: partido político de larga tradición democrático-reformista. Fue fundada en el año 1891, y entre sus más destacados dirigentes históricos podemos mencionar a Leandro N. Alem, Hipólito Yrigoyen, Marcelo T. De Alvear, Deodoro Roca, Lisandro de la Torre, Pelagio Luna, José Lencinas, Ángel Gallardo, Tomás A. Le Bretón, José Luis Cantilo, Felipe Senillosa, Bernardo de Irigoyen, entre otros. En sus más de cien años de historia sus dirigentes han presidido el país durante un total de 27 años.

² En el discurso de división pronunciado por Frondizi están los elementos que identifican un rostro positivo en el peronismo, un rostro del que habían escrito Sábato y Jauretche en ese *otro rostro del peronismo*. Frondizi sabía bien que una porción tan importante de la sociedad argentina no podía quedar al margen de la vida política del país tal como si no existiese y se lanzó en busca de su apoyo.

dirigencia con el fin de lograr un mayor margen de negociación entre la corporación obrera oficial y el nuevo gobierno. Así, en 1957 la CGT realizó el primer Congreso Normalizador donde los sindicatos peronistas impusieron su abrumadora mayoría para conformar *Las 62 Organizaciones*, que se erigió como la principal organización sindical del momento. El verticalismo y la densa burocracia interna que primó en *Las 62* permitió aplicar el máximo pragmatismo a la hora de las negociaciones. El metalúrgico Augusto Vandor fue la figura principal de esta nueva *burocracia*, que renovó la influencia del sindicalismo en el terreno político aplicando sistemáticamente la máxima estratégica *golpear para negociar*. Vandor, conocido como el “Lobo”, a principios de la década del cincuenta había sido suboficial de la marina, con 27 años ingresó como matricero en Philips y en 1956 ya era una figura de peso en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)³.

Las 62 era la clara expresión de un cambio de actitud por parte de la dirigencia sindical que, en los dos años transcurridos desde el golpe a Perón, vio crecer las dificultades para sostener una lucha frontal e intransigente contra el régimen de Aramburu y buscó acomodarse a las condiciones impuestas por el gobierno. No obstante, la lógica participacionista que primó en la dirigencia de *Las 62* no significó en modo alguno que dicha actitud negociadora fuera bien vista o aceptada por unanimidad, ni dentro del movimiento peronista en particular, ni por la clase obrera en general. Y no era aceptada fundamentalmente por dos motivos: primero, porque el verticalismo que se impuso fue en desmedro de la representatividad y la democracia en las bases obreras, y segundo, porque Vandor al

³ *Las 62 Organizaciones* estaba encabezada por la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), que nació el 20 de abril de 1943 como una organización que agrupaba a todos los trabajadores del metal. Su primer Secretario General fue Nicolás Guiliani. A partir de 1954 Augusto Timoteo Vandor comenzó una carrera de ascenso que pronto lo convirtió en su máximo líder, concentrando en su persona todas las resortes del poder sindical.

negociar y asumir compromisos con el régimen lo estaba reconociendo y postergaba la aspiración de la mayoría: la regularización democrática y el retorno de Perón al país y a la presidencia.

De este modo, los opositores a las prácticas burocráticas vandoristas comenzaron a cuestionar no sólo los mecanismos autoritarios del funcionamiento sindical y a reivindicar una verdadera fidelidad a Perón como principal elemento de cohesión, sino que comenzaron también, cada vez con más frecuencia, a identificarse con posiciones independientes. Dentro del peronismo se fue consolidando una oposición interna denominada *Línea Dura*, una corriente del movimiento que resaltaba valores de lealtad al líder y resistencia contra la dictadura. Esta corriente de resistencia se definió en términos morales, eran intransigentes, no negociaban, no claudicaban, no traicionaban sus ideales, por eso se decían *Duros*. Dicha resistencia estaba compuesta por diversos elementos, muchos de ellos delegados, obreros y militantes peronistas de diferente extracción ideológica, es decir, había tanta gente de derecha como de izquierda del partido.

El escritor Andrés Rivera se ha referido a esto señalando que:

“Basta citar que aquí, en los suburbios de la ciudad de Córdoba se instaló Fiat, la fábrica de automóviles más grande de América Latina, donde nacieron luego el SITRAC y el SITRAM⁴ como organismos sindicales independientes de una burocracia peronista que *juraba dar la vida por Perón*, aunque todavía no se sabe que ninguno muriera por Perón. Varios burócratas de la talla de Vandor dirimieron sus diferencias a punta de pistola, con la misma dinámica de los *Gangsters*”⁵.

⁴ SITRAC Y SITRAM eran el Sindicato de Trabajadores de Fiat Córdoba y el Sindicato de Trabajadores de Materfer respectivamente. Fueron sindicatos independientes que lograron en los primeros años del setenta apartar del gremio a la dirigencia burocrática vandorista y colocar en su lugar una dirigencia democrática.

⁵ Andrés Rivera, testimonio al autor, 07-10-05, Córdoba, Argentina... Y agrega: “No se conoció, desde la inauguración de esa burocracia, que uno de esos burócratas no tuviera por lo menos una casa propia, un coche propio y que no paseara su trasero por algunos lugares de veraneo como Mar del Plata o Punta del Este, en silencio, pero en los restaurantes”.

Rodolfo Walsh condensó en una frase las ideas que proponía el vandorismo: “El que molesta en la fábrica, molesta a la UOM; y el que molesta a la UOM, molesta a la fábrica”⁶. Como era previsible, la dirigencia de la *Línea Dura* del sindicalismo peronista quedó apartada de *Las 62 Organizaciones*. Para los *Duros* hombres como Vandor eran una mezcla de gángster con siniestros conspiradores y traidores del espíritu de la *Resistencia*. Las formas concretas que asumirá la *Línea Dura* del peronismo lo trataremos con más amplitud en el capítulo 4, en especial el papel jugado por John William Cooke en la concepción político-ideológica de un peronismo revolucionario en tanto movimiento de liberación nacional, popular y de izquierda.

Volviendo ahora a la división de la UCR y la reforma de la constitución, en julio de 1957 hubo elecciones en la convención organizada para consultar la reforma, y los resultados pronto revelaron cuál era el ánimo del electorado. Si bien las elecciones se llevaron a cabo con el sistema *D'hont* de representación proporcional con la idea de minimizar el peso de las fuerzas filo peronistas, los votos en blanco constituyeron la primer minoría puesto que Perón llamó a votar en blanco con el fin de deslegitimar la consulta. Tras los votos en blanco, el segundo lugar lo ocupó Balbín -que era el candidato más conveniente para los intereses de Aramburu-, y en tercera posición quedó Frondizi.

Puesto que la diferencia de porcentajes entre Balbín y Frondizi no era significativa, la disputa por el destino de los votos en blanco se convirtió en el elemento decisivo. Frondizi rápidamente vio la oportunidad de diferenciarse del gobierno de cara a las próximas presidenciales previstas para el 28 de febrero de 1958 y tomó la decisión de abandonar la convención, denunciar su finalidad

⁶ Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997, p.147. Primera Edición: Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1969.

taxativamente consultiva y dejar reducido a los criterios militares la anulación de la Constitución Justicialista vigente⁷.

Arturo Frondizi, correntino de nacimiento y abogado de profesión, era el representante político más destacado de la línea latinoamericanista y democrática de la llamada intransigencia radical. En 1948 dirigió la revista *Cursos y Conferencias*, una publicación dependiente del Colegio Libre de Estudios Superiores fundado en 1930 por personalidades del ámbito cultural con diversa filiación política⁸. Allí Frondizi estableció los vínculos con el entramado intelectual que colaboró en su ascenso a la presidencia, Francisco y José Luis Romero, Ricardo Ortiz, Roberto Giusti, Alejandro Korn, Luis Reissig, Aníbal Ponce, Jorge Romero Brest, entre otros⁹. En 1954 publicó *Petróleo y Política* y en 1957 un folleto titulado *Industria argentina y desarrollo nacional*. En ambos textos Frondizi presentó un conjunto de postulados típicamente desarrollistas. Allí sostenía que la industrialización, los empresarios y un Estado fuerte que dirigiera las inversiones con criterios de necesidad hacia los sectores estratégicos eran los elementos centrales que encauzarían el desarrollo del país. En sus textos se encargó de resaltar que:

“la Argentina posee todo lo necesario para ser un país grande y próspero, que asegure a su pueblo un muy alto nivel de vida. Podemos alcanzar lo que lograron Estados Unidos y Canadá con recursos naturales como los nuestros y lo que Gran Bretaña, Suiza o Japón, con menos territorio y menos recursos naturales que nosotros”¹⁰.

⁷ Finalmente el gobierno de Aramburu en solitario anuló la Constitución Justicialista vigente y repuso la constitución de 1853.

⁸ El Colegio Libre de Estudios Superiores y la revista *Imago Mundi*, durante los gobiernos de Perón fueron núcleos intelectuales de una prolífica actividad y concentró a algunos de los más creativos y prominentes representantes de las alternativas antiperonistas.

⁹ Muy cerca de Arturo Frondizi estarán sus dos hermanos Risieri y Silvio. Cuando Arturo llegó a la presidencia Risieri tuvo su oportunidad como rector de la universidad de Buenos Aires, mientras que Silvio Frondizi tomó un rumbo político diferente, convirtiéndose en uno de los referentes intelectuales de la izquierda, fundador del primer MIR en Latinoamérica y autor de varios libros. Silvio Frondizi fue asesinado por la *Triple A* en 1974 ejerciendo como abogado defensor de presos políticos. Una biografía detallada del caso en Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milciades Peña*, El cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

¹⁰ Arturo Frondizi, “Industria argentina y desarrollo nacional”, *Qué*, Buenos Aires, 1957, p.21.

En *Petróleo y Política*, su libro más famoso, reivindicó la urgente necesidad de nacionalizar la explotación petrolífera como una de las bases para sustentar el desarrollo del país. Las ideas de Frondizi fueron la referencia más destacada para gran parte del espectro político e intelectual que confiaba encontrar una alternativa de integración democrática para el electorado peronista excluido por la *Libertadora*, y Frondizi fue quien despertó las mejores expectativas de los sectores progresistas y de izquierda que se volcaron masivamente en su apoyo.

Alrededor de su candidatura presidencial Frondizi conformó un frente nacional y popular donde resaltó los puntos de convergencia entre clase media y clase obrera a través de un discurso amplio de corte desarrollista, pero con un pronunciado dejo populista que buscaba recoger las aspiraciones de esas vastas capas de la población que se plegaban difusamente al discurso de la *liberación nacional*. Frondizi se diferenció de los esquemas liberales predominantes en los partidos tradicionales y de ese modo logró alinear tras la UCRI a amplios y diversos sectores del electorado. No resulta inexplicable que desde Perón hasta el Partido Comunista optaran por apoyar a Frondizi, sobre todo si lo comparamos con el continuismo liberal presentado en las propuestas de Balbín.

En un discurso ante la Convención Nacional de la UCRI en la provincia de Tucumán y con motivo de ser proclamado oficialmente candidato a presidente, Frondizi sostuvo:

“no queremos un Estado impasible frente al poder del privilegio, sino un Estado que cree las posibilidades de desarrollo de todas las iniciativas que quieran servir a los intereses de la República”¹¹.

¹¹ Arturo Frondizi, discurso de 12 de noviembre de 1956, extraído de Del Mazo Gabriel, *El radicalismo. El movimiento de intransigencia y renovación*, Ed. Gure, Buenos Aires, 1957, p.351.

Embarcado ya en la carrera hacia la presidencia y dentro del núcleo más cercano de sus colaboradores fue cobrando influencia un hombre ajeno al radicalismo, Rogelio Frigerio, quien pronto se convirtió en el hombre fuerte de la candidatura y constituyó el principal órgano de promoción alrededor de una publicación que él mismo dirigía: la revista *Qué* –con una tirada de 150 mil ejemplares-, fue una publicación donde se aglutinaron una diversidad de sectores de izquierda minoritarios y escasamente representados por el resto de las propuestas. La revista les ofreció un lugar donde hacer escuchar sus opiniones.

Finalmente, Frondizi alcanzó el gobierno con mayoría absoluta, aunque la ventaja decisiva no la aportó la UCRI o alguno de sus aliados circunstanciales, sino que provino del peronismo. El apoyo fue fruto de una negociación secreta en la que participaron Frigerio, el delegado personal de Perón en la Argentina -John William Cooke- y el propio Perón¹². Los términos del pacto estaban sujetos a ciertas condiciones, el peronismo apoyaba a Frondizi a cambio de la legalización del justicialismo y la supresión de los obstáculos para la consolidación de la CGT. Supuestamente una vez que Frondizi tuviera el poder realizaría una apertura democrática total, pero nunca pudo cumplir su parte del trato, ya que las Fuerzas Armadas se lo impedirían. Y a la postre el precio de ese pacto le causará estragos insuperables.

No obstante, la victoria fue rotunda: 4.070.875 votos (44%) frente a los 2.618.058 de la UCRP (28%) del balbinismo¹³. Frondizi fue investido presidente el 1º de mayo de 1958 porque supo capitalizar la impopularidad e incapacidad política y

¹² Luego Perón denunció públicamente el acuerdo secreto y logró aislar al gobierno no sólo del apoyo sindical leal a su liderazgo, sino del apoyo de sectores antiperonista recalcitrantes. Nunca, ni Frondizi ni Frigerio, reconocerán haber realizado tal pacto con Perón.

¹³ Datos extraídos de Osvaldo Pepe, “El presidente que miró al futuro”, *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.8.

de gestión económica de la *Revolución Libertadora*, aunque para esto debió cuidarse de no romper relaciones con los militares, que eran los únicos que podían franquearle las puertas del poder¹⁴. Frondizi era un líder joven, con carisma, al que la opinión pública consideraba un hombre de letras pero que sabía conjugar todas las cualidades del estratega que precisaba el país para modificar la difícil situación en la que se encontraba. En él se depositaron grandes expectativas, una cantidad proporcional a las fracciones que conformaban su frente político y, quizás por eso, las Fuerzas Armadas sometieron a una agobiante vigilancia al nuevo gobierno.

La gestión estuvo a prueba desde antes de comenzar a gobernar, una prueba que significaba también una evaluación detallada del funcionamiento del primer intento civil por resolver la crisis política abierta en 1955. Las Fuerzas Armadas esperaban obtener resultados satisfactorios del modelo electoral proscriptivo puesto en práctica, donde todas las fuerzas políticas tenían permitida la participación electoral, excepto la más cuantiosa, cómo no, el peronismo.

2.1.1. La ley de universidades y de petróleo: la *traición* y el desencanto progresista

Pero los primeros desencantos respecto de la gestión presidencial no vinieron desde el peronismo sino de las múltiples fuerzas que se habían alineado tras la propuesta desarrollista de la UCRI. El motivo: el incumplimiento de las promesas preelectorales. Lo que se conoce como la *traición frondizista* fue en parte resultado de un conocimiento parcial e incompleto por parte del electorado de las tesis desarrollistas, es decir, de aquellos aspectos teóricos no publicitados durante la

¹⁴ Las Fuerzas Armadas terminarían siendo no sólo los únicos capaces de franquear las puertas del acceso a los huéspedes del poder, sino también los encargados de desecharlos. Así fue en 1955, 1962, 1966 y 1976.

campaña y que, sin embargo, el gobierno puso en práctica a poco de asumir sus funciones. Osvaldo Pradayrol ha señalado que durante la campaña electoral el principal problema de las tesis desarrollistas quedaron ocultas tras la denuncia de la dependencia y la apología del desarrollo. Lo que Frondizi no explicó fue cómo pensaba financiar el desarrollo¹⁵.

Las medidas económicas tomadas por Frondizi condujeron a la confusión ideológica y discursiva, a que fuera acusado de comunista cínico por la derecha y traidor proimperialista por la izquierda. Por ejemplo, David Viñas mostró públicamente su sorpresa frente a las decisiones presidenciales, dijo sentirse parte de *la generación traicionada* sólo siete meses después de haber definido a Frondizi como “la síntesis de libros y alpargatas, y de unitarios y federales”¹⁶.

Si bien los primeros meses del gobierno mostraron una acelerada expansión que logró hacer efectiva la prometida suba de salarios, esto fue posible gracias a una caudalosa entrada de capitales extranjeros especialmente norteamericanos en sectores estratégicos de la economía como la industria petrolera. Sin embargo, en poco tiempo, una trepidante inflación y la naturaleza multinacional de los capitales que financiaban los cambios llevaron al gobierno a optar por modalidades ortodoxas.

En septiembre de 1958, cinco meses después de las elecciones que lo llevaron a la presidencia, el todavía flamante gobierno decidió derogar el artículo 28 del Decreto-ley de 1955 y establecer, por la Ley 14.557, la posibilidad de crear universidades privadas con capacidad para expedir títulos oficiales. Si bien la nueva disposición contemplaba que la habilitación para el ejercicio profesional debía ser otorgada por el Estado Nacional y las universidades privadas no podrían recibir

¹⁵ Osvaldo Pradayrol, “Frondizi. Desarrollismo y crisis en Argentina”, *Historia de América*, Centro Editor de América Latina, N°37, Buenos Aires, 1985, p.173.

¹⁶ David Viñas, *Dar la cara*, Ediciones Jancana, Buenos Aires, 1962, p.54.

recursos estatales, la ley se encontraba claramente enfrentada con el histórico perfil laico de la Universidad, con las elites intelectuales y con las agrupaciones estudiantiles que habían apoyado a Frondizi en el primer proceso electoral posperonista.

Las reacciones de desagrado fueron mayúsculas en todo el arco político que sustentaba al gobierno. León Rozitchner nos cuenta que:

“los que conformábamos el grupo de *Contorno* teníamos una cierta cercanía con el frondizismo, pero los únicos de este grupo que tuvieron cargos en el gobierno de Frondizi fueron Ismael Viñas que se desempeñó como subdirector nacional de Cultura y Ramón Alcalde que lo hizo como ministro de Educación de Silvestre Begnis en Santa Fe. No obstante esta situación, yo recuerdo que en 1958 fuimos a ver al presidente Frondizi a la calle Rio Bamba, donde estaba la sede de su partido, y el propio Ramón Alcalde cuestionó airadamente las posturas que estaba asumiendo el gobierno. Esta postura crítica se mantuvo desde la candidatura y tal es así que luego tanto Alcalde como Viñas renunciaron a los cargos que tenían en el gobierno. Esto significa que en realidad nunca hubo una completa alineación con el gobierno, sino más bien una participación crítica de nuestro grupo, que buscó la posibilidad de una salida democrática a la Revolución Libertadora”¹⁷.

El 19 de septiembre de 1958 el gobierno soportó una protesta de más de 300.000 personas que alcanzó su punto más alto al provocar las renuncias del ministro de Educación Atilio Dell’Oro Miami, promotor de la Ley, y la de José Luis Romero, interventor de la universidad, máximo funcionario contrario a la medida y la personalidad más destacada del ámbito que había impulsado la candidatura del presidente. El conflicto fue denominado *laica o libre* e identificó a los dos grupos en disputa con los colores morado y verde. La discusión de *laica o libre* se centró fundamentalmente en dos puntos: por un lado, dicha ley permitiría a la Iglesia una incidencia material y simbólica directa en un área crucial para la sociedad a la que no

¹⁷ León Rozitchner, testimonio al autor, 30 de agosto de 2005, Buenos Aires, Argentina.

había tenido acceso anteriormente: la educación superior, donde se encargaría de imprimir una mentalidad católica apostólica en la formación de los futuros dirigentes del país. Y por otro, esta ley pondría fin a la tradición universitaria universalista - pública, gratuita, irrestricta y neutral-, tanto en términos filosóficos como religiosos¹⁸.

Para sus detractores, la ley de universidades amenazaba los fundamentos básicos de la igualdad de oportunidades, un valor primordial en el imaginario de prestigio y movilidad social de la clase media argentina, y quizás por eso, en definitiva, lo que ponía en juego no era sólo la gestión institucional del acceso al conocimiento, sino un principio básico del orden liberal. De este modo, en un contexto caracterizado por el reordenamiento general luego de nueve años de gobierno peronista, la universidad, ese histórico bastión liberal se convirtió en un campo de batalla donde todas las fracciones buscaban adueñarse de los frágiles espacios institucionales susceptibles a las intervenciones y vaivenes gubernamentales. La universidad, como cualquier otra institución del Estado, reproducía en su interior la pugna de intereses por el poder que se desarrollaba en un sistema más amplio de relaciones políticas.

En la discusión *laica o libre* observamos la germinación de los primeros elementos que conforman una nueva imagen de país, el reformismo ya no sólo lidiaba con sus tensiones ideológicas en torno al proyecto universitario, sino que ahora se dividía entre católicos y laicos, donde grupos humanistas con importante presencia en Buenos Aires, La Plata y Córdoba, repartirán simpatías con una

¹⁸ El 9 de septiembre de 1958 en la Facultad de Ingeniería, Risieri Frondizi dio un discurso donde mostró su total desacuerdo con las políticas educativas que implementaba el gobierno presidido por su hermano Arturo. Risieri Frondizi era entonces uno de los flamantes rectores de la Universidad de Buenos Aires y afirmaba que “la escuela verdaderamente abierta a todos no puede ser sino la escuela del Estado; si no existieran escuelas oficiales, la cultura sería un privilegio de algunos pocos, sea en razón de su fortuna o como consecuencia de pertenecer a una religión determinada”.

creciente postura pro marxista que planteaba una nueva dicotomía: *reforma o revolución*¹⁹. Es decir, a partir de este conflicto se vislumbró en la pujante generación de jóvenes que participaba de los debates universitarios una nueva opción de cambio que no remitía al clásico antagonismo entre Liberales y Nacionalistas o Laicos vs. Cristianos, sino una alternativa que buscó abrir un espacio diferente donde la universidad pudiera desarrollar un nuevo rol social en oposición al modelo tradicional de formación de elites dirigentes y propiciar un cambio, una transformación del sistema que consideraban agotado, y que cada vez se tornaba más discriminador y excluyente.

Muchos letrados se sentían con la altura moral de reclamar cambios en las funciones sociales de la universidad. Tal fue el caso de José Luis Romero cuando todavía era interventor de la Universidad de Buenos Aires y justificó sus opiniones y acciones políticas como una extensión natural de su tarea intelectual, es decir, Romero consideraba que su formación cultural universal era un principio de autoridad para sus intervenciones. Decía entonces:

“Este trabajo estaba a merced de quien quisiera hacerse cargo de él y resultó que intempestivamente *un grupo particularmente capacitado para ello asumió un día la responsabilidad de cumplirlo*, movido acaso por cierto sentir ético que hay subyacente en el fondo de esa preocupación de la Universidad por los problemas sociales. (...) Yo diría que en la medida que la universidad trascienda sus claustros y tome contacto con la sociedad, puede promover la transformación que interesa sustancialmente a la comunidad nacional”²⁰.

¹⁹ Hasta aquí los tópicos de las discusiones que dividían las opiniones en la cuestión universitaria no habían cambiado mucho respecto de la Reforma de Córdoba en 1918: cuando laicismo vs. catolicismo y liberalismo vs. nacionalismo habían partido aguas, y donde estar a favor o en contra de estos postulados definía la identidad del ciudadano y lo aglutinaba en grupos.

²⁰ En las palabras de Romero podemos ver nuevamente esta autoidentificación como parte de la elite intelectual que se siente “particularmente capacitada” y con la responsabilidad histórica de resolver el destino del país. José Luis, Romero *Presentación y programa*, Jornadas de Extensión Universitaria, Imprenta Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1958, p.39-40. El destacado es mío.

Por su parte, Ismael Viñas declaraba reiteradamente ante los medios de comunicación que la universidad debía comprometerse con el desarrollo social y cultural de la Argentina. Lo que decía Viñas a la luz pública era que la universidad debía asumir la misión de transformarse, es decir, dejar de ser un órgano de reproducción del sistema de privilegios, sino ser un elemento transformador de la sociedad²¹. Esta idea, esta aspiración, comenzó a tomar forma más concreta con el correr de la década. Sin embargo, esta imagen, la imagen de universidad a la que refiere Viñas, no es todavía más que un puñado de interrogantes: ¿qué función debe asumir la universidad en nuestra sociedad?, ¿debe ser un agente de cambio, o debe repetir y fortalecer los mecanismos de dominación actual?, ¿debe desentenderse de las problemáticas sociales, políticas e ideológicas de la época?, ¿quién debe ser el destinatario de la nueva universidad?. En fin, ¿qué significa compromiso con la transformación de la sociedad?, ¿hay diferencias entre el *deber ser* de la universidad y el rol de sus intelectuales?.

Muchos núcleos intelectuales de izquierda muy pronto creyeron encontrar la respuesta a estos interrogantes sintetizados en la idea de la transformación radical del sistema: *La Revolución*. Y esta palabra resonó cada vez con más fuerza, frecuencia y convencimiento no sólo en los pasillos de la universidad. Llegados a ese punto, para quienes daban por hecho el imperativo del cambio y decían asumir un compromiso moral con su ejecución, los interrogantes comenzaron a dirigirse más bien hacia cuáles debían ser las acciones que convertirían sus deseos en realidad, es decir,

²¹ Ismael Viñas además de ser uno de los fundadores de la revista *Contorno*, fue militante del movimiento reformista universitario entre 1945 y 1950, encargado de la Oficina Universitaria de la Unión Cívica Radical en 1955 y Secretario General de la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1956 durante la intervención de dicha institución por la Revolución Libertadora. En 1958 se desempeñó como subdirector de cultura de la nación hasta su abierta ruptura con el gobierno de Frondizi y posterior paso al campo revolucionario al fundar el Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), que logró rápidamente hacerse de la dirección de varios centros de estudiantes y desarrollar círculos de influencia en facultades de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Rosario, Santa Fe, Jujuy, Entre Ríos, Mendoza, Santiago del Estero y San Juan.

comenzaron a preguntarse ¿cuál es el método más efectivo para lograr la transformación?. Una pregunta en cuya respuesta comienza a acechar la contundencia de lo real y la poderosa e inesperada eficacia de la Revolución Cubana a partir de 1959.

La Ley de Universidades y su homóloga de Petróleo significaron para muchos de los intelectuales, universitarios, sectores progresistas y de izquierda de clase media, las pruebas fehacientes de la traición a las promesas preelectorales de Frondizi. De este modo, a las banderas moradas de la educación pública, laica y gratuita, se sumaron las reivindicaciones por mantener el monopolio nacional en la explotación petrolífera, el principal postulado con el que Frondizi había conformado el frente político que lo había llevado a la victoria y el núcleo de su libro más famoso, recordemos, *Petróleo y Política*.

En junio de 1959 Frondizi incorporó como ministro de Economía al ingeniero Álvaro Alsogaray, icono de la ortodoxia liberal y enemigo declarado de Frigerio. Este gesto del presidente señaló las diferencias que había en el interior de la cartera de gobierno. Alsogaray aplicó un programa estabilizador sustentado en la restricción crediticia, la reducción del déficit fiscal, congelamiento de salarios, devaluación y anulación de subsidios. El costo social del giro aplicado por Alsogaray devino en el cierre de industrias nacionales y un creciente desempleo. El inesperado giro de los acontecimientos y la desilusión generada en los sectores de izquierda que habían apostado por la salida democrática se tradujo no sólo en desconfianza hacia las reglas de juego implementadas por la *Revolución Libertadora* -una burla democrática-, sino que devino en una crisis que propició la conformación de una serie de nuevos agrupamientos políticos que comenzaron a plantearse objetivos más radicales. Al respecto Susana Fiorito señala que:

“Cuando Frondizi firmó los contratos de petróleo con las compañías extranjeras rompí con el frondizismo y fundamos un partido que se llamaba Movimiento de Liberación Nacional (MALENA) con Ismael Viñas (...). La desilusión que viví con la experiencia de Frondizi yo creo que me vacunó en contra de las potenciales soluciones que ofrecía el capitalismo. Para los que estuvimos en el ala izquierda del frondizismo –y que no éramos desarrollistas, sino que luchábamos contra el desarrollismo- nos quitó toda esperanza de encontrar soluciones dentro del esquema burgués, aunque hablo por mí, no quiero hablar por los demás”²².

Frondizi intentó defender el sentido de sus acciones explicando que en los contratos de locación contraídos con empresas como la Standard Oil, no eran una entrega de los recursos naturales a los capitales multinacionales norteamericanos, sino que había que distinguir allí la participación compartida en un programa de desarrollo capitalista con objetivos dirigidos por el gobierno. En opinión del presidente, sólo con la colaboración del capital extranjero se podía resolver el problema del petróleo que tanto pesaba sobre la economía.

De estos hechos Héctor Jouve recuerda:

“Yo voté a Frondizi, pero la Ley de universidades, la del petróleo y el plan CONINTES²³, me empezaron a desencantar. Además la Revolución Cubana tuvo un impacto muy fuerte (...). La Revolución Cubana fue un soplo de aire fresco, todos comenzamos a preguntarnos a dónde llegaríamos con nuestras charlas, 50 años de charla y el oportunismo del Partido Comunista o del Frente Democrático Nacional no nos conducirían a ningún lado... Y los cubanos nos mostraban que aquello era posible (...). Ahora bien, el discurso desarrollista de Frondizi, no era lo que hay ahora, era un intento de incorporación de capitales con la intención de alcanzar un mayor desarrollo capitalista, pero en ese momento sólo se observó la traición. Sin embargo, después del golpe a Frondizi la enseñanza fundamental para mí fue que el poder lo tenían otros, no lo tenía Frondizi, ni los partidos políticos, el poder lo

²² Susana Fiorito, testimonio al autor, 12-08-2005, Córdoba, Argentina.

²³ Plan de Comoción del Estado, fue aprobado en 1959 por Frondizi, con este plan se flexibilizaron las condiciones jurídicas para detener a activistas sospechosos, es decir, se flexibilizaron las condiciones para encarcelar y reprimir a los peronistas, comunistas o filocomunistas que resistían las medidas de privatización de compañías estatales. El Plan CONINTES se puso en acción luego de los incidentes en la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, en cuyo plan de represión se movilizaron tropas de la marina.

tenían otros, el poder lo tenían las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas eran el factor determinante”²⁴.

2.1.2. Financiación universitaria: *imperialista o nacional*

La compra de petróleo representaba el 25% del total de las importaciones del país, una sangría de trescientos millones de dólares anuales que el gobierno de Frondizi pretendió sufragar con un plan de estabilización que consistía en la gestión de diversos préstamos extranjeros que ascendían a 329 millones de dólares. Los entes prestamistas eran el FMI, El Tesoro de los Estados Unidos y el Eximbank entre otras compañías privadas.

Que el desarrollo del país requería de la explotación adecuada de sus reservas petrolíferas y de una universidad *competitiva* a la altura de los centros de investigación internacionales –como era la pretensión del gobierno y la sociedad en general-, nunca estuvo en tela de juicio. Lo que generaba controversias era quiénes serían sus principales beneficiarios y cómo se lograría financiar el astronómico presupuesto que implicaba sostener el nuevo complejo institucional que se había puesto en marcha con el fin de llevar a cabo el ambicioso proyecto de desarrollo y modernización. La Ley de Universidades había demostrado, por un lado, la fuerte resistencia que había en la sociedad ante políticas de privatización y desnacionalización, concretamente en el ámbito universitario por parte de los miembros de los cuadros bajos, medios y de militancia estudiantil resistían abrir el juego al sector privado. Y, por otro, esta experiencia había enseñado también cuál era la voluntad del presidente frente a la financiación externa.

²⁴ Héctor Jouve, testimonio al autor, 23-06-05, Córdoba, Argentina. El destacado es mío. Héctor Jouve: Médico Psiquiatra, ex integrante del *Ejército Guerrillero del Pueblo* (EGP) a las órdenes del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti en Salta (1964), vinculado con la guerrilla del *Che* Guevara en Bolivia. Luego de la incursión foquista Jouve estuvo preso un total de 9 años en penitenciarias de Salta, Resistencia y Rawson, entre abril de 1964 y mayo de 1972, y luego vivió 9 años de exilio en Francia.

En 1959 Frondizi firmó un nuevo acuerdo de asistencia técnica con Estados Unidos que siguió alimentando la dinámica de protesta practicada contra la Ley de Universidades, un tema que agregó elementos a las profundas divisiones que vivía el campo reformista. Respecto a la financiación universitaria había diversas posturas. Estaban quienes no concebían recibir subsidios del extranjero y quienes se mostraban favorables a estas ayudas. El primer grupo estaba representado por el grueso de los estudiantes y agrupaciones de izquierda que habían ganado un gran ímpetu y cohesión tras proclamas de independencia antiimperialista. Dichos sectores habían visto fortalecidos sus argumentos por una serie de sucesos internacionales entre los que se cuenta la Revolución Cubana. A su juicio, la cuestión del financiamiento a través de fundaciones como Marc Bloch, Ford o Rockefeller, significaba negociar con los operadores del imperialismo que lograrían intervenir los campos de aplicación y la dirección de las investigaciones, y por lo tanto, condicionar el *auténtico y libre* desarrollo nacional.

De las críticas contra el acuerdo de asistencia técnica no se libraban los incipientes centros privados que destinaban grandes fortunas a su desarrollo, como fue el caso del Instituto Di Tella, considerado por dichos sectores como una institución aristocratizante, elitista y extravagante en lo económico, social y cultural respectivamente²⁵. Carlos Altamirano ha destacado que en especial en las ciencias sociales existía la idea generalizada entre los militantes que los resultados de los

²⁵ Silvia Sigal señala que las críticas hacia las actividades del Di Tella se articulaban cómodamente al modo de pensamiento del progresismo antiimperialista tradicional: el dinero americano acarrearía, a mediano o largo plazo, la sumisión de la ciencia, la tecnología y la enseñanza superior argentinas a los designios de los Estados Unidos o de grupos de poder americanos”. Ob.cit., p.82.

proyectos realizados con subsidios del extranjero podían ser utilizados por los organismos de espionaje norteamericanos²⁶.

Por su parte, el segundo grupo que participaba de los debates de financiación estaba compuesto en buen número por autoridades y funcionarios entre los que se contaban personalidades como José Luis Romero, Gino Germani o Bernardo Houssay, quienes desde antes de 1955 habían trabado relaciones con grupos antiperonistas que una vez establecida la *Revolución Libertadora* fueron impulsados a puestos de dirección institucional. Si bien este grupo era menos intransigente frente a la financiación extranjera contenía en su interior muchos matices. En términos generales su postura respecto a la discusión de la financiación extranjera fue que estos eran temas ideológicos que no hacían más que demorar el proceso modernizador del cual ellos mismos se consideraban inspiradores y responsables. Obviamente tampoco había consenso en este punto y la respuesta desde el estudiantado y la militancia de izquierda fue acusarlos de tecnócratas.

Houssay, quizás el primer inspirador de la creación de un organismo estatal de investigación no quería saber nada de intervenciones políticas o ideológicas en el desarrollo del campo de la investigación, pues, a su juicio, estaba absolutamente claro que sin apoyo económico sostenido no había posibilidades de progreso científico. Houssay sostenía que:

“La investigación científica pura es la madre de la investigación aplicada en la tecnología, la sanidad y la producción. Cuando se secan las fuentes de ese manantial pronto se estancan, languidecen y mueren la ciencia aplicada y las técnicas”²⁷.

²⁶ Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 2001, p.73.

²⁷ Bernardo Houssay, *Cursos y Conferencias*, Año XVI, N° 183, Córdoba, 29/03/1947, p.20.

Para Houssay el ideal de financiación estaba dado por el gobierno argentino y las fundaciones norteamericanas poniendo dinero para investigación sin intrusiones en las decisiones técnicas, ni reclamos políticos. Por su parte y a diferencia de Houssay, José Luis Romero veía un vínculo *básico* entre la producción de conocimientos y su función social. Romero creía que el dinero recibido tanto del gobierno como de organismos internacionales era útil para fomentar y dirigir actividades adecuadas para el desarrollo integral del país. Lo importante para Romero era a dónde se destinaban los recursos y no de dónde venían.

Desde la izquierda se argumentó que la cuestión presupuestaria de la universidad no podía ser desligada de una reforma económica y un cambio en el orden del mundo económico. En su opinión, el programa de transformación de las estructuras económicas era, precisamente, la manera concreta de realizar una reforma intelectual y moral. Así lo expresaba –por ejemplo- la editorial de la revista *Qué Hacer* cuando decía:

“el perentorio reclamo de mayores recursos aparece, así, vacío de todo contenido; se piden recursos para la subsistencia y no para la transformación. El movimiento estudiantil no se detiene a pensar que con mayores o menores recursos el contenido y la tendencia de la universidad no cambian. No comprende que las imperfecciones de la misma no se deben, esencialmente, a la escasez de fondos y que, por tanto, la abundancia no los corregiría. La Universidad necesita antes que mayor presupuesto, un cambio en su tendencia general. Cuando la Universidad exponga ante el pueblo su concepto sobre el país y su programa de transformaciones que pongan a la misma al servicio de su desarrollo histórico-social, entonces nosotros también exigiremos mayor presupuesto”²⁸.

2.2. La urgencia inédita del desarrollo y las vías para lograrlo

Sólo siete meses después de asumir el poder, Frondizi ya había aprobado todas las leyes y acuerdos que lo empujarían al fracaso. Algunos historiadores se han

²⁸ Editorial “Actualidad”, *Qué Hacer, Por la Nación y el Socialismo*, Año 1, Nº 4, Buenos Aires (julio-agosto) 1964, p.23.

preguntado acerca de los motivos que llevaron a su gobierno a actuar con tanta urgencia. Entre las razones que considero más importantes me gustaría destacar, por un lado, un aspecto político dado por la volatilidad del apoyo y la necesidad de utilizar lo antes posible el grueso de su crédito electoral en las medidas que intuía más desgastantes. Y por otro, el motivo económico: Frondizi y Frigerio se habían planteado la meta desarrollista de la industrialización inmediata y, en los rubros básicos, esta ambición requería de un volumen de inversiones que sólo podía financiarse mediante el empréstito internacional. Asimismo, para el desarrollismo frondizista la cuestión agropecuaria no era prioritaria, desarrollarse significaba desarrollar las manufacturas hasta transformarse en una economía enteramente industrializada. En la óptica de los teóricos desarrollistas Rosenstein-Rodan, Nurske, Myrdal, o Gerschnkron, perspectiva en la cual se enmarcaba el gobierno, el problema del agro no podía desligarse del problema general del atraso tecnológico. Estas ideas, claro, no gozaban de la simpatía de los sectores terratenientes que generaban la mayor cantidad de divisas, y que contaban además con la posibilidad real no de vetar *políticamente* las iniciativas del gobierno, sino de derrocarlo por la fuerza.

Fue la falta de voluntad política de la oposición combinada con esa urgencia con la que se vivió la necesidad de un cambio la que limitó las opciones de encontrar una salida alternativa. Carlos Altamirano ha denominado este factor como aceleración inédita del tiempo histórico²⁹. Un factor que imprimía un movimiento sin reposo, pleno de inminencias y de descubrimientos científicos, inventos e innovaciones tecnológicas que afectaban al mundo entero, tanto en términos de fuerzas productivas como en las relaciones humanas e intercambios culturales, posibilitando desde la conquista del espacio exterior, la luna, Marte, hasta reducir el

²⁹ Carlos Altamirano, ob.cit., p.65.

tiempo de trabajo mediante la automatización. En la visión desarrollista, esta velocidad propia de los tiempos modernos y los países más avanzados, parecía ser la fórmula urgente a aplicar frente al subdesarrollo. Para Frondizi y los suyos no era sólo cuestión de alcanzar el amplio desarrollo industrial previsto, sino que debía alcanzarse rápido y en todos los frentes al mismo tiempo.

Por otra parte, las expectativas económicas creadas por el imaginario desarrollista fueron contradictorias con los modelos aplicados para convertirlo en realidad. Las políticas económicas chocaron frontalmente con las concepciones y las ambiciones sociales de la época, con un sentido común propio de una población que había visto en el Estado paternal y providencial peronista las soluciones corporativas más directas. Pero los problemas no eran sólo cuestión de percepción, pues en 1959 se logró el récord histórico de 129,5% de inflación minorista y la caída de un 6,5% en el producto bruto interno respecto al año anterior. Y si bien en el bienio 1960-1961 la economía se dinamizó precisamente gracias a las inversiones extranjeras, los términos en que el gobierno quiso implementar el desarrollismo no se correspondía con las posibilidades materiales reales del país y mucho menos con su coyuntura político-ideológica, donde una mayoría rechazaba rotundamente la participación de capitales extranjeros o la reducción tajante de sus beneficios sectoriales, identificándose con un discurso nacionalista y popular.

2.2.1. Cuba, intelectuales y desarrollo: ¿cambio gradual o revolución?

En efecto, sólo siete meses después de que Frondizi asumió la presidencia y dio curso a sus polémicas decisiones se produjo, en la misma tónica de cambio urgente, uno de los hechos paradigmáticos del período: la Revolución Cubana, una experiencia que marcó un antes y un después en el modo de concebir la práctica

política en todo el continente. Sin embargo, las primeras conclusiones que sacó el gobierno respecto al hecho cubano serán en clave desarrollista. Cuba, si bien todavía no había dado el giro hacia el comunismo, parecía confirmar que el desarrollo de los países atrasados era un proceso que no podía ser ni demorado ni detenido, y si no se lo conducía por la vía democrática, llegaría violentamente.

En los núcleos marxistas argentinos la poderosa influencia ejercida por la Revolución Cubana afectó profundamente a las tradicionales tesis del cambio revolucionario. La gesta cubana cambió para siempre la idea que se tenía en Latinoamérica respecto al valor de la práctica política y la acción subjetiva en el desarrollo del denominado proceso revolucionario. La experiencia cubana abrió un gran debate, en especial en los núcleos intelectuales que veían caer estrepitosamente algunos de los dogmas inmanentes del marxismo oficial soviético. La irrupción castrista agregó la idea de contingencia histórica en las determinaciones objetivas del relato marxista clásico, es decir, se incorporó el factor subjetivo (la guerrilla castrista) como un elemento de incertidumbre capaz de acelerar los plazos revolucionarios³⁰.

La Revolución Cubana delineó una nueva identidad donde una insurgencia joven, optimista, voluntariosa y creativa, parecía abandonar las ortodoxias e intentaba conciliar dos términos históricamente divorciados: *Intelectuales* y *Pueblo*. Las repercusiones de la Revolución Cubana tuvieron efectos inmediatos en el imaginario político latinoamericano, las lecturas de matriz marxista e histórico humanista del caso cubano se consideraban –en términos generales- transmutables al argentino, donde con gran naturalidad se dio cabida al deseo largamente reclamado

³⁰ Una compleja y detallada exposición de estas y otros temas se pueden encontrar en Elías Palti, *Verdades y saberes del marxismo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005. En su libro Palti hace un recorrido de lo que llama la crisis final del marxismo como tradición política desde un punto de vista histórico intelectual, esto es –dice Palti-, “en tanto fenómeno cultural”.

por muchos letrados de redimir las diferencias entre cultura y política. Con una gran naturalidad se diluyó discursivamente el límite entre práctica intelectual y práctica política. Es decir, la relación entre campo intelectual y político pareció estrecharse cada vez más, tanto que intelectual, intelectual *comprometido* e intelectual *orgánico* frecuentemente se mixturaron en un ejercicio de superposición semántica, en una práctica que devino en una poderosa apropiación de sentidos a favor de una idea genérica de intelectual *de izquierda*³¹.

A partir de 1959 la inmensa mayoría de los eventos y actividades organizadas en la universidad harán referencia –cuando no directamente darán apoyo- a la construcción imaginaria de una opción latinoamericanista rescatada por los hechos de Cuba. Así, por caso, entre el 20 y 27 de septiembre de 1959 la Universidad de Buenos Aires patrocinó en la Facultad de Ciencias Médicas la Tercera Asamblea General de la Unión de Universidades de América Latina, donde participaron delegaciones de 68 universidades asociadas o invitadas, e instituciones internacionales. Durante la asamblea se consideró un amplio temario cuyo estudio estuvo a cargo de seis comisiones que produjeron extensos informes. Los temas propuestos, así como parte de las conclusiones de la asamblea fueron publicados por la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (RUBA). Estos fueron, por un lado, determinar la función social de las universidades Latinoamericanas, donde se destacaron ideales de paz, de independencia, integración cultural, económica y política de América Latina, y por otro, un planeamiento de la educación universitaria integral para toda América Latina:

(...) Bolívar, San Martín y José Martí nos acompañan en esta exaltación de la libertad y de la unión iberoamericana. En las arterias de nuestra América la sangre bolivariana late en ímpetu de libertad.

³¹ Y como bien sabemos no todos los intelectuales son de izquierda, mucho menos marxistas. Incluso con frecuencia quienes lo fueron han optado luego por otras alternativas.

(...) Ser culto es el único modo de ser libre, ser libre es el único modo de ser culto, (...) un compromiso que otorga dignidad a nuestra existencia, a la de nuestros hijos, y a la de los hijos de los hijos”³².

La *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, entre otras publicaciones, daba buena cuenta de esta clase de actividades y de la presencia ineludible de un interés en los claustros por conocer y discutir acerca de las diversas opciones que asumía el desarrollo y la transformación social. Se dedicó muchísima tinta al asunto cubano y, como de costumbre, no se ahorró en polémicas. Tal fue el caso de un artículo de Jorge Graciarena titulado “Dos alternativas políticas del desarrollo: Cambio gradual o Revolución”, donde el autor planteaba:

“ya no existe, como en todo el siglo XIX y buena parte del XX, una sola alternativa política o modelo ideológico para el desarrollo. Hay por lo menos dos, que suponen diferencias básicas en cuanto a la manera de realizar el desarrollo y a sus consecuencias. (...) *El desarrollo implica dos alternativas extremas: cambio gradual o revolución*; cuando el estancamiento es prolongado y la tensión interna se vuelve más intensa en una sociedad en desintegración, la probabilidad de un cambio revolucionario es mucho más alta; esta probabilidad parece estar ahora, en el mundo subdesarrollado, con tendencia a elevarse, lo que determina una serie de reajustes a nivel político”³³.

El artículo de Graciarena básicamente presenta las dos opciones que en esos años se consideraban respuestas posibles al estancamiento y el subdesarrollo. Tanto la revolucionaria como la gradual (bajo formas democráticas), serían -a su juicio- respuestas a la miseria. El desarrollo era el fin que perseguían ambos métodos y, bajo esta óptica, tanto la violencia revolucionaria como la democracia serían respuestas legitimadas por la necesidad primaria de lograr ciertas condiciones políticas aptas para el desarrollo.

³² *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Quinta época, año 4, N° 3 (julio-septiembre) 1959, p.472.

³³ Jorge Graciarena, “Dos alternativas políticas del desarrollo: Cambio gradual o Revolución”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N° 1 (enero-marzo) 1961, p.18. El destacado es mío.

Asimismo, Manuel Sadosky veía en el desarrollo la opción que acabaría con la pobreza y las desigualdades. En su opinión el desarrollo permitiría el advenimiento de un mundo más armónico en el que la tecnología no tendrá “el aspecto casi monstruoso que hoy nos presenta cuando, mientras un hombre gira en torno al planeta en un vehículo espacial, prodigio del ingenio y del poder humanos, otros hombres trabajan la tierra con medios apenas diferentes a los más primitivos”³⁴.

2.2.2. Fin del experimento Frondizi: los guardianes del antiperonismo y las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas

La caída del gobierno de Frondizi mantuvo cierta coherencia con el modo en que había logrado su ascenso. Como explicamos antes, la llegada de Frondizi a la presidencia no fue resultado de un proceso democrático normal, sino que fue fruto de un modelo de proscripción política que no era novedoso puesto que ya había sido utilizado en 1931 en perjuicio de la fórmula radical Alvear-Güemes. En esta oportunidad dejó apartado al peronismo de la contienda electoral y cubrió al gobierno con la sombra de la ilegitimidad mientras ocupó la Casa Rosada³⁵.

El acoso al que fue sometido Frondizi por parte de las Fuerzas Armadas estuvo motivado desde el primer día por el temor que generaba que el presidente intentara realizar maniobras tendientes a la reincorporación política del peronismo, incluso bajo nuevas formas organizativas. Durante toda su gestión la mayor parte de las energías de Frondizi debieron dedicarse a mantener el poder, y si lo logró durante cuatro años no fue porque consiguiera labrar un proyecto de base sólida donde

³⁴ Manuel Sadosky, “Problemas actuales de la ciencia y de la técnica”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N° 2 (abril-junio), 1961, p.217.

³⁵ Sobrevuela aquí la experiencia de la llamada década infame (1930-1943) donde se desarrollan procesos electorales fraudulentos que dan sustento a ese imaginario colectivo que encuentra una clara línea de continuidad histórica entre aquellos gobiernos antipopulares y los que ahora estamos repasando.

sustentarse, sino más bien porque sus acciones vasculares lograron periódicamente contentar las exigencias de los distintos factores de poder que amenazaban su continuidad. Por su parte, los sectores liberales antiperonistas críticos del gobierno, si bien eran minoría, eran una minoría muy poderosa, pues contaban con celosos guardianes en las filas de las Fuerzas Armadas, financiaban los medios masivos de comunicación más influyentes y habían subvencionado la carrera profesional de la mayoría de los técnicos y economistas más renombrados del país. De hecho, habían logrado ya colocar a Roberto Aleman y Álvaro Alsogaray en el Ministerio de Economía³⁶.

Por otro lado, La Revolución Cubana no es un dato menor en la crisis final de la gestión presidencial, no sólo porque generó un contexto internacional adverso para la política exterior del gobierno, sino porque el desarrollo de cualquier opción democrática que no fuera complaciente con las consideraciones de las Fuerzas Armadas estaba en peligro de ser desbaratada. Desde 1959 las Fuerzas Armadas vieron en Cuba un nuevo argumento para renovar su tradicional anticomunismo y justificar su acecho al sistema político. Los altos mandos argentinos fueron susceptibles a las teorías alentadas por Estados Unidos que veían en la revolución de Castro el peligro comunista a pocas millas de Miami. En especial el gobierno de John F. Kennedy –plenamente ceñido a la dinámica de la Guerra Fría– alentó una política continental a partir de dos teorías que prendieron con vigor en las corporaciones castrenses latinoamericanas: las doctrinas de *Seguridad Nacional* y de

³⁶ Álvaro Alsogaray contaba con el beneplácito de los sectores liberales de las Fuerzas Armadas a través del apoyo de su hermano, el general Julio Alsogaray. La familia Alsogaray defendía entonces importantes intereses privados especialmente en la decaída industria azucarera de las provincias de Jujuy y Tucumán. Precisamente en Tucumán Mario Roberto Santucho (Licenciado en Economía por la Universidad de Tucumán) participaba en esos años con el FRIP de la organización sindical y la resistencia activa de los campesinos tucumanos ante el desguace de los ingenios azucareros donde se abalanza brutalmente la represión del gobierno.

*Fronteras Ideológicas*³⁷. Según la primera de las doctrinas, la de Seguridad Nacional, la tarea de las Fuerzas armadas debía ser defender la legalidad constitucional del país hasta un cierto límite. Este límite lo marcaba la amenaza comunista que ponía en peligro el estilo de vida occidental y cristiano propio de la tradición y las costumbres de la nación. Y la segunda, referida a las llamadas Fronteras Ideológicas, sostenía que dicha tradición y costumbres occidentales eran un conjunto de valores y creencias que se veían amenazadas no sólo por fuerzas armadas invasoras sino, fundamentalmente, por individuos y organizaciones políticas interiores del propio país que pretendían subvertir dichos valores, es decir, se trataría de personas u organizaciones que buscaban corromper las versiones oficiales, los sentidos instituidos en nuestro país, por caso: la propiedad privada, la familia y la religión³⁸.

Las Doctrinas de *Seguridad Nacional* y *Fronteras Ideológicas* no tenían la virtud de colocar a las Fuerzas Armadas en el lugar de garantes de un proceso político institucionalizado, democrático o consensual, sino todo lo contrario. Desarrollaron un papel autárquico, autoritario y auto asumido de guardianes de la civilización occidental, capitalista y cristiana en esta parte del continente. Las Fuerzas Armadas adoptaron el rol del guardián que asegura la construcción de un proyecto nacional privado, homogeneizante y a salvo de cualquier descontento amenazador de la ciudadanía. Dichas doctrinas colocaban a las Fuerzas Armadas un escalón por encima de la sociedad civil, es decir, las ponía por encima de una sociedad a la que no consideraban adulta ni preparada para conducir su destino por

³⁷ Eduardo Luis Duhalde ha señalado que el origen de estas doctrinas aparece esbozado embrionariamente en la Declaración de Caracas de 1954, pero “será necesario esperar la derrota de los ejércitos colonialistas franceses en Dien Bien Phu, la victoria de la revolución en Cuba y la nueva perspectiva kennediana sobre la misión y tareas de los Estados Unidos en América y en el mundo, para comprobar un giro sustancial en la política militar norteamericana hacia América Latina”. En *El estado terrorista argentino*, Argos Vergara, Barcelona, 1983, p.33.

³⁸ El alineamiento tras ambas doctrinas fueron ratificadas por el general Juan Carlos Onganía durante un discurso en la academia militar de West Point en 1965, cuando buscaba el aval de los Estados Unidos para desbancar al presidente Illia y ocupar su sitio a partir de 1966.

vías democráticas. Desde esta perspectiva, las Fuerzas Armadas creyeron ser depositarios de una misión de protectorado de los *verdaderos* intereses de la nación, más aún, creyeron ser los únicos capaces de conducir a la nación hasta un lugar seguro y conveniente incluso –y especialmente- a pesar del deseo contrario de un sector claramente mayoritario de la sociedad³⁹.

En este sentido Horacio Verbitsky sostiene que las publicaciones del Vicariato castrense fueron decisivas en la preparación ideológica de la generación de oficiales que a partir de 1976 dirigirán la llamada *Guerra Sucia*. En su opinión, la doctrina de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas tal como se aplicaría en la Argentina sería incomprensible sin su fundamento dogmático: la dialéctica *amigo-enemigo*. Una dialéctica que reprodujo en su núcleo central el conflicto teológico entre el *Bien* y el *Mal*. De ese veneno –asegura Verbitsky- surgen las justificaciones de la violencia redentora, la efusión de sangre que purifica y el repudio a las instituciones republicanas. Ya en 1961 la Capellanía General del ejército consideraba que la autoridad era de derecho divino y planteaba la oposición de la doctrina católica con la de Rosseau, que fincaba el origen de la autoridad en el pueblo soberano⁴⁰.

A pocos meses del triunfo de Fidel Castro, Frondizi manifestó ante el Congreso de los Estados Unidos su interpretación de la Revolución Cubana: era un efecto directo de la miseria y, en su opinión, la seguridad –tanto nacional como ideológica- estarían garantizadas en el continente en la medida que se atacaran las causas del subdesarrollo y el hambre. Esta postura intermedia o independiente en

³⁹ Además de los claros signos de autoritarismo y paternalismo que hay en la implementación lineal de estas doctrinas, cabe preguntarse ¿qué es una nación y quiénes estarían autorizados a decidir quienes son parte de ella?

⁴⁰ Ver Horacio Verbitsky, “La cruz y la espada”, *Página 12*, domingo 18 de junio 2006, Buenos Aires, p11.

materia de política exterior fue ratificada por el propio presidente en 1962 durante una conferencia de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Punta del Este, donde el gobierno argentino se mostró contrario a la exclusión de Cuba del sistema interamericano. Para el gobierno norteamericano esto era intolerable. A criterio de Frondizi había que trabajar sobre las causas y no sobre las consecuencias de la pobreza, por eso la cuestión del desarrollo seguía siendo prioritaria sobre la seguridad. No obstante, o precisamente por ese criterio, Frondizi fue acusado en repetidas oportunidades de gestar condiciones positivas para la infiltración marxista en su gabinete. Estas acusaciones se vertían principalmente en referencia a Frigerio y su pasado de izquierda, que no sólo despertaba la ira militar sino la resistencia en las propias filas radicales, donde se lo veía como un extraño y un arribista. Hay que decir que la victoria cubana suscitó notorias simpatías no sólo en algunos representantes del gobierno, sino también en buena parte de la población. Esto quedó demostrado en la victoria del candidato socialista Alfredo Palacios en los comicios para el senado por Capital Federal, un acontecimiento interpretado por las Fuerzas Armadas como una señal inequívoca del avance del *virus comunista* en el país.

Pero, por encima de todo, la cuestión central en estos años, el problema más complejo de resolver seguía siendo qué hacer con las masas peronistas y su permanente movilización y resistencia a permanecer excluidas del juego electoral y aceptar silenciosos el exilio de su líder. No obstante, el antiguo temor del grupo liberal, aquel temor a que dichos sectores populares pudieran inclinarse hacia el comunismo siguió funcionando eficazmente como la excusa de su accionar. Pero lo que verdaderamente mayor repulsión les causaba era la identidad peronista que

profesaba la mayoría y la fidelidad que mantenían hacia Perón⁴¹. La solución liberal ante el reclamo de las masas trabajadoras fue la exclusión y la represión sin miramientos.

Los paros y movilizaciones eran una noticia constante de estos años, se perdieron más de seis millones de horas de trabajo producto de las luchas sindicales y las universitarias fueron quizás las únicas donde (todavía) no había violencia. Las huelgas desatadas en sectores de la carne y el petróleo fueron reprimidas implacable e inmediatamente, incluso se movilizaron fuerzas de la marina para contestarlas. Si bien Frondizi había cumplido algunas de sus promesas con el sindicalismo peronista, como promulgar la Ley de Asociaciones Profesionales que daba una gran capacidad de concentración de decisiones y maniobra a la cúpula sindical, la oposición en su contra fue creciendo sin pausas.

De hecho entre mayo de 1958 y junio de 1961 se produjeron más de mil actos de violencia por parte de la *Resistencia Peronista*. Entre ellas, a propósito de un plan de privatización, el 19 y 20 de enero de 1959 los gremios realizaron la toma del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre, que fue desalojado por más de dos mil soldados apoyados por cuatro tanques y que tuvo por saldo casi cien detenidos, varias docenas de heridos y más de cinco mil despidos⁴². Desoyendo la amenaza represiva del gobierno, el 23 y 24 de septiembre del mismo año (1959) y el 7, 8 y 9 de noviembre de 1961, los sindicatos volvieron a realizar huelgas generales. En tanto, en febrero de 1960, una explosión provocada en los depósitos de combustible

⁴¹ Nadie pensar que Perón era comunista, todos sabían que durante sus gobiernos siempre persiguió al comunismo.

⁴² La toma del Lisandro de La Torre fue conducida por Sebastián Borro, John William Cooke y Gustavo Rearte, una huelga a la que Frondizi llamará “huelga revolucionaria”. La proscripción, la permanente represión y el ejemplo cubano conducirán pronto a la maduración de ideas en torno a la organización de milicias civiles que Cooke intentará implementar a partir de 1963.

de Shell-Mex en Córdoba habían tenido un saldo de nueve muertos y dos decenas de heridos.

En síntesis, el gobierno nacional estaba acorralado, por un lado, por las Fuerzas Armadas que exigían medidas inmediatas para desactivar la reorganización peronista y el desarrollo marxista y, por el otro, por el creciente sabotaje de la resistencia peronista que presionaba sobre el débil sistema político para detener los cambios en la orientación económica del Estado e impedir la normalización de su exclusión política. En este marco, un gobierno cada vez más frágil y socavado en sus apoyos fue sacrificando uno a uno sus colaboradores. Finalmente, en marzo de 1960 cedió ante las demandas militares y aprobó el denominado Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES) y la Ley de Defensa de la Democracia. A través de estas medidas las Fuerzas Armadas tuvieron la potestad para perseguir y encarcelar a los miles de militantes opositores, en su mayoría peronistas, pero también comunistas o todos aquellos considerados incómodos para los planes de desactivación de las protestas. Estas medidas afectaron también las actividades de imprentas como *Stilcograf* y publicaciones periódicas como *Centro*, *Airón*, *El Grillo de Papel* y *Gaceta Literaria*, vulnerando las mismas libertades de expresión que tanto habían echado en falta los intelectuales liberales durante los gobiernos peronistas⁴³.

En marzo de 1961, el general Carlos Toranzo Montero fue pasado a retiro luego de un par de intentonas golpistas; este gesto de la Plana Mayor parecía dar el oxígeno necesario para que el gobierno celebrara las elecciones que había

⁴³ Ernesto Giudici comentaba desde *Cuadernos de Cultura*: “La ya crónica crisis estructural argentina –crisis de la estructura terrateniente ligada a la dependencia económica del imperialismo-, sostenida y agravada por la violencia reaccionaria culmina ahora en el frondizismo”. Ernesto Giudici, “Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo”, *Cuadernos de Cultura*, Año XI, N°50, Buenos Aires (noviembre-diciembre) 1960, p.11.

programado el año entrante en buena parte de las provincias argentinas. Pero en agosto, Ernesto *Che* Guevara, representante del gobierno cubano en el extranjero visitó Buenos Aires, se reunió con Frondizi y el clima político se volvió tormentoso. En los diarios *La Nación* y especialmente *La Prensa* resplandeció un proverbial anticomunismo y algunos redactores se preguntaron cuánto duraría el gobierno.

Las elecciones para Capital Federal y diecisiete provincias estaban programadas para el 18 de marzo de 1962 y Frondizi había prometido que en ellas se levantaría la proscripción de los candidatos peronistas. Si bien a esta altura Perón era un opositor declarado y ya había denunciado el pacto secreto incumplido de 1958, todo hacía pensar que Frondizi buscaría nuevamente quedarse con una porción de votos peronistas que le dieran el triunfo, tal como había sucedido en las presidenciales. Aunque su hipótesis finalmente no se cumplió tenía su razón de ser, puesto que en las elecciones adelantadas de Santa Fe, Catamarca, La Rioja, San Luis y Formosa, había conseguido triunfos alentadores que alimentaban sus expectativas. En cualquier caso, lo que no calculó Frondizi, es que ninguna de las dos alternativas eran vistas con simpatía por los sectores liberales de las Fuerzas Armadas.

Por su parte, Perón confió en la *Línea Dura* de su movimiento para los comicios a gobernador en la provincia de Buenos Aires y decidió colocar como candidato a Andrés Framini, un importante dirigente del gremio textil aunque un personaje de segunda línea en el partido y cuya trayectoria aparecía explícitamente asociada con los sectores más radicalizados del peronismo. Optar por Framini significaba optar por uno de los sectores más golpeados por las medidas económicas implementadas por Frondizi, un sector que desde 1955 sólo había sufrido recesión y desempleo. El claro viraje a la izquierda por parte del líder exiliado provocó una alianza coyuntural entre el peronismo, el Partido Comunista, el Socialismo de

Vanguardia y otros grupos menores de izquierda, algunos de los cuales aportaban un furioso castrismo. Perón utilizó alternativamente a los sectores más radicalizados del movimiento para mostrarse como el único hombre capaz de controlar los extremos. Perón golpeaba a sus opositores alimentando la izquierda. Con Framini Perón pretendió que tanto la derecha peronista como la de los sectores liberales vieran en su liderazgo un guardaespaldas capacitado para controlar las inclinaciones hacia el castrismo.

Esta alianza, francamente irritante para las Fuerzas Armadas, fue promovida por Perón que especulaba con la posibilidad de que las elecciones no fueran reconocidas y, ante esa duda, prefirió enviar a la derrota a los sectores de izquierda del movimiento. Y sus cálculos eran acertados. La victoria de los candidatos peronistas en ocho de las catorce gobernaciones en juego –si bien en Buenos Aires ganó por un apretado margen de cien mil votos- fue el desencadenante del golpe militar que derrocó a Frondizi. Cuanto más avanzaba el peronismo, más altos eran los niveles de repulsa en el *establishment* y las Fuerzas Armadas.

Lo que una vez más quedaba demostrado en estos comicios era, por una parte, que con elecciones libres y democráticas el peronismo era acreedor del apoyo mayoritario del electorado y, por otra, que los sectores antiperonistas para mantener el poder estaban dispuestos a intervenir militarmente si era preciso. Luego de anular las elecciones y ordenar la intervención federal inmediata de todas las provincias donde había ganado el peronismo, el 29 de marzo de 1962 Frondizi fue destituido por las Fuerzas Armadas, arrestado y recluido en la isla Martín García.

También Framini fue detenido momentos antes de dirigir un discurso en un plenario de la CGT en La Plata como nuevo gobernador electo de Buenos Aires. No sólo entre el público presente se multiplicó la bronca por la burla y los atropellos,

sino que se extendió la idea del engaño y la farsa democrática. La pregunta más repetida entre los presentes al acto fue: ¿de qué modo se ha de lograr el respeto a los representantes políticos peronistas elegidos por el voto de las mayorías?.

2.2.3. El choque de facciones militares: *Azules y Colorados*

Luego de la caída de Frondizi, José María Guido asumió la presidencia provisional del país, de abril de 1962 a octubre de 1963, colocando nuevamente a las Fuerzas Armadas en el centro visible de la escena política argentina. Sus primeras medidas fueron anular las elecciones de marzo y disponer el nombramiento de Rodolfo Martínez en el Ministerio del Interior, el encargado de llevar adelante las intervenciones federales de las provincias donde habían ganado los candidatos peronistas⁴⁴. En el ministerio de Economía se mantuvo por un tiempo Álvaro Alzogaray, que luego fue reemplazado por José Alfredo Martínez de Hoz, el nuevo ariete encargado de dirigir los lineamientos económicos del país⁴⁵.

A partir de aquí se agudizó la persecución de militantes peronistas, socialistas, comunistas y también de cualquier otra expresión política, ideológica o religiosa que no fuera del color de la restauración. Entre ellas podemos destacar la detención de Ernesto Sábato o, como recuerda César Tcach, los múltiples atentados sufridos por la comunidad judía provocados por grupos de extrema derecha como

⁴⁴ Uno de los asesores del nuevo ministro del Interior era el periodista Mariano Grondona

⁴⁵ José Alfredo Martínez de Hoz nació en Buenos Aires en el seno de una familia de larga tradición terrateniente. Las relaciones que estableció en los diversos cargos que ocupó en el gobierno de la llamada *Revolución Libertadora* le abrieron a partir de 1964 la posibilidad de convertirse en presidente de Petrosur, la acería Acindar, miembro del directorio de la Compañía Italo Argentina de Electricidad, de la Pan American Airways, de ITT, asesor de Westinghouse Electric Company, presidente del Centro Azucarero de Jujuy y Salta, etc. En opinión de María Seoane Martínez de Hoz apostó por un modelo de país que enterrara las chimeneas de las grandes industrias locales para siempre a cambio de la internacionalización de la economía con sesgo agroexportador, apertura irrestricta al comercio exterior, drástica concentración de la riqueza y reducción del crédito a pequeñas y medianas empresas, y endeudamiento externo. El plan era para un país con diez millones de habitantes; sobraba la tercera parte y, sobre todo, los obreros industriales. Ver María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p.25.

Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista. Una de sus expresiones más impactantes fue el rapto de la estudiante Graciela Sirota, a quien le tatuaron una esvástica en uno de sus senos⁴⁶.

Haber retomado el control del gobierno, como ocurriera en 1955, no disimuló las pujas internas en las Fuerzas Armadas por la supremacía del poder, al contrario, las agudizó. En un proceso de creciente disfunción institucional, politización e intervencionismo, las facciones de las Fuerzas Armadas quedaron explícitamente divididas en dos bandos identificados como: *Azules* y *Colorados*, los colores de los juegos de guerra⁴⁷. Los *Azules* o *Legalistas*, no consideraban oportuno que las Fuerzas Armadas asumieran la dirección del país, sino que debían colaborar en la paulatina normalización del sistema político y sus instituciones. Por su parte, los *Colorados*, consideraban que la extinción del peronismo era una tarea suprema en la que era necesario emplear todos los recursos disponibles, incluida la dictadura.

Esta nueva expresión de la lucha interior por la supremacía en el poder fue quizás una de las demostraciones paradigmáticas de falta de acuerdo y cohesión en las Armas de todo el período; sobre todo cuando la población asistió impotente a los combates en las calles del centro de la ciudad de Buenos Aires -que se desarrollaron en septiembre de 1962 y abril de 1963-, y que tuvieron como saldo una veintena de muertos, más de cien heridos y por vencedor militar al bando *Azul*. Y digo vencedor militar porque, en términos políticos, el triunfo fue *Colorado*. Al respecto, *Cuadernos de Cultura* sostenía que:

“No solo quiebran las bases económicas, se desmoronan también violentamente las superestructuras políticas e ideológicas. El castigo

⁴⁶ ver César Tcach, ob.cit., p.39.

⁴⁷ Respecto a las disfunciones institucionales de las Fuerzas Armadas ver Guillermo O'Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Barcelona, Paidós, 1997, o Ricardo Forte, *Fuerzas armadas, cultura, política y seguridad interna*, Biblioteca de Signos, Università Degli Studi Di Torino, México, 2003.

despiadado de los hechos muestra la falsedad del nacionalismo y la *inoperancia del planteo abstracto de la democracia*⁴⁸.

Los acuerdos alcanzados luego de los enfrentamientos fueron conocidos a través del comunicado número 200 del 6 de abril de 1963. Siete meses después de comenzar el conflicto armado se expuso escuetamente a la población las coincidencias logradas entre *Azules* y *Colorados* respecto a dos temas: primero, el compromiso de buscar una solución política a las controversias, y segundo, ante cualquier alternativa -electoral o no-, mantener a rajatabla la exclusión peronista. Para aclarar algunos de los interrogantes que rodearon los hechos el periodista Mariano Grondona desde su columna política en *Primera Plana* sentenció que “el capítulo cerrado el 16 de septiembre de 1955 no aceptará reapertura”⁴⁹.

Con el general Onganía ahora como comandante en jefe del Ejército, las Fuerzas Armadas pretendían que la vida del país retornara, como si el experimento Frondizi no hubiera existido, al mismo punto donde arrancó en 1955. Pero todo lo ocurrido, desde la elección de Frondizi en 1958 hasta los enfrentamientos militares mencionados, significó un nuevo precedente del cariz autoritario castrense y reveló no sólo su intención de mantener el Estado de excepción de manera indefinida y permanente a través de la militarización del sistema político, sino la aplicación de una lógica dicotómica *Amigo/Enemigo* que imponía su voluntad de poder por la fuerza en el momento que lo considerase conveniente.

Esta experiencia fue interpretada por buena parte de la generación surgida a la política inmediatamente después de la caída de Perón como una auténtica debacle del pensamiento desarrollista y del Estado de derecho. Una prueba, o un síntoma, que a

⁴⁸ Editorial “Los deberes de la inteligencia”, *Cuadernos de Cultura*, Año XIII, N°63, Buenos Aires (mayo-junio) 1963, p. 1. El destacado es mío.

⁴⁹ Mariano Grondona, “Perón: todavía las duras y agresivas razones”, *Primera Plana*, N° 76, 21-04-1964, p.8.

juicio de Horacio Crespo mostraba que la burguesía nacional era impotente para corregir el rumbo, para afianzar un proyecto de país moderno, económicamente dinámico y socialmente integrado⁵⁰. Para la juventud que se incorporaba entonces a la política, el fracaso, la desilusión y la *traición* frondizista sirvieron para vaciar a la democracia de gran parte de sus significados positivos. Sirvió también para demostrar que las Fuerzas Armadas eran quienes tenían la última palabra en los conflictos y que la política era viable mientras no incomodara sus planes. Asimismo, una importante porción de esa juventud proyectó con gran optimismo en el ideal socialista y sus horizontes la ilusión urgente de realizar las tareas inconclusas que se habían prometido: superar el subdesarrollo, la miseria y el hambre, y lograr que fueran respetados los derechos civiles y políticos de la mayoría.

Sin duda la nueva remoción violenta del gobierno y los enfrentamientos intestinos en las Fuerzas Armadas fueron experiencias permeables a la cultura política argentina; amplios sectores de la sociedad interpretaron no sólo como un fracaso del modelo de pensamiento económico e inoperancia de la proscripción impuesta por la *Revolución Libertadora*, sino también como el desprecio y atropello más absoluto de las reglas del juego político, los mecanismos democráticos y derechos civiles básicos.

Por su parte, la izquierda marxista de diversa extracción parecía confirmar con la violencia del régimen que la falsedad caricaturesca de la democracia quedaba otra vez al descubierto. Desde su óptica, la violencia militar venía a demostrar que el orden burgués no sólo era una falsa ilusión de acuerdo y consenso, sino que su autoridad se fundaba exclusivamente en el uso monopólico y contundente de la fuerza.

⁵⁰ Horacio Crespo, "Prologo", en Gustavo Morello, *Cristianismo y Revolución*, Thesys, Córdoba, 2003, p.16.

Por último, la proscripción del peronismo no tuvo el efecto esperado por el régimen y no logró apartar de la escena política al peronismo. Al contrario, ayudó a consolidar la fidelidad de las masas al liderazgo de Perón, a fortalecer algunos de sus mitos y a colocar el tema en el centro de la discusión. No eran pocos los que ante el fracaso de las propuestas desarrollistas y la falta de alternativas políticas veían cada vez con mayor simpatía conducir un potencial giro de los sectores populares hacia las ideas revolucionarias que habían cobrado auge en Latinoamérica en los últimos años. Poco a poco *Intelligentsia* y *Pueblo* empezaron a ser objeto de elaboraciones teóricas e imaginarias. Maduró así entre muchos intelectuales militantes el deseo de organizar un bloque político conjunto, aglutinado a partir de un mismo eje: la identificación del régimen militar y más concretamente de las Fuerzas Armadas como el enemigo a derrotar.

CAPITULO 3

CRISIS Y RENOVACIÓN TEÓRICA DE LA IZQUIERDA: REVISTAS, LIBROS Y VIOLENCIA (1959-1966)

La línea argumental de este capítulo tiene como objetivo central mostrar que si bien los diferentes Golpes de Estado condujeron a una clausura institucional permanente y, a partir de 1955, llevaron a la agudización de prácticas violentas, de resistencia e insurrección, observamos que los repertorios de lucha armada se fueron instalando por diversos accesos. Es decir, con independencia de poderosos catalizadores como la proscripción, el irrespeto de las Fuerzas Armadas por los derechos civiles y la democracia; la violencia como estrategia de acción política era considerada desde algunos núcleos intelectuales de izquierda como una vía legítima y eficaz para la consecución de objetivos políticos. En la raíz de esta concepción quizás la influencia internacional fue el factor más importante y movilizador de la época. En estos años la violencia, los diversos repertorios de lucha armada existentes, tenían una presencia a escala planetaria. De esto dan constancia experiencias como la de Cuba y las figuras del Che Guevara, Fidel Castro, Camilo Torres y el grito de guerra que significó la OLAS, pasando por China, Argelia o Vietnam, hasta los asesinatos de los hermanos Kennedy, Martín Luther King o Salvador Allende.

Podríamos conjeturar que -para algunos sectores de la izquierda radicalizada-, lograr un espacio democrático real era un logro instrumental y pasajero, era, en todo caso, otra vía de acercamiento hacia el aclamado socialismo. Dicha tendencia no sólo habría puesto en tela de juicio las formas tradicionales de organización política sino que buscó, además, una transformación total del propio sistema democrático

burgués, al que juzgaban conveniente sólo a los intereses de los más poderosos y el cual reproducía una violencia que, si bien oculta, estaría anclada en las propias bases de la acumulación capitalista.

Para fundamentar lo expuesto el capítulo hace una descripción de los cambios de perspectivas de la época, la renovación teórica que desde fines de la década del cincuenta sufren las formas partidarias de la izquierda tradicional y el progresismo. Una renovación que estuvo caracterizada por las críticas al dogmatismo stalinista del Partido Comunista y el auge de nuevas interpretaciones del marxismo en un contexto de modernización cultural donde el mundo editorial tenía gran relevancia. Para ello dividimos el capítulo en tres partes: la primera analiza la crisis del centralismo del Partido Comunista Soviético y su combinación -en el plano nacional- con el fracaso de las formaciones de izquierda y el progresismo que se aliaron electoralmente a favor de la *Revolución Libertadora*. El apartado hace hincapié en la emergencia, recuperación y desarrollo de nuevas interpretaciones alternativas al marxismo ortodoxo, donde se destaca -en la Argentina- el auge del marxismo histórico-humanista, y en especial la introducción de las ideas de Antonio Gramsci y la cuestión nacional como problemática central.

En la segunda parte, el capítulo se detiene en el contexto socio-cultural de enunciación política de esos años. Asimismo, explora en las principales formas y medios de acceso a la información de la población, donde caracteriza la relevancia de los libros, el *boom* editorial latinoamericano y las revistas político-culturales de la época no sólo como punto de intercambio, discusión y encuentro de intelectuales, sino también como órganos de irradiación ideológica y formación de opinión pública. Asimismo, se analizan tres revistas consideradas icono del período: *Contorno*; *Pasado y Presente*; y *Casa de las Américas*.

En la tercera y última parte del capítulo se analizan tres textos que tuvieron gran peso en la conceptualización de la violencia y los repertorios de lucha armada de la época, estos son: *Los Condenados de la Tierra* de Franz Fanon, *La guerra de guerrillas* de Ernesto Guevara, y *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray. Tres libros -tres concepciones- que circularon en estos años y que motivaron los principios de una reacción antiintelectual.

Comenzaremos entonces el Capítulo 3 analizando la crisis de las tradiciones partidarias de izquierda y progresista en tanto dos de las más importantes motivaciones de la emergencia de la llamada *Nueva Izquierda*. En segundo lugar, describiremos las representaciones de la intelectualidad y su rol social, y recorreremos el mundo de las revistas político-culturales y el *boom* editorial latinoamericano. Por último, analizaremos las conceptualizaciones de la violencia, especialmente los libros de Franz Fanon, Ernesto Guevara y Régis Debray, así como los principios de una reacción antiintelectual.

3.1. Crisis en las tradiciones partidarias: renovación teórica y surgimiento de la *Nueva Izquierda*

Tanto los gobiernos de China y la ex Yugoslavia desde 1948 como Corea del Norte y Vietnam a partir de 1950, comenzaron a cuestionar con insistencia el férreo y centralizado tutelaje ejercido por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). De este modo, el bloque comunista que luego de la Segunda Guerra Mundial se había expandido a más de una docena de países -con más de mil millones de habitantes- comenzó a sufrir los resquebrajamientos de un cisma soterrado con efectos cada vez más difíciles de contener desde Moscú.

En este marco, en febrero de 1956, durante la celebración del XX Congreso Internacional del PCUS tomó estado público el caso de los *Gulags* perpetrado por el régimen stalinista de la URSS. En el evento, Nikita Jruschov, Secretario General del partido dio a conocer su célebre *Informe Secreto* desencadenando formalmente un proceso de autocrítica en el cual las autoridades soviéticas se vieron obligadas a reconocer muchos de los errores cometidos por el Estado policiaco soviético: el culto a la personalidad, la verticalidad, la burocracia y las escasas posibilidades de disenso en el interior del partido. Si bien la invasión a Hungría en 1959 paralizó momentáneamente dicho proceso, la autocrítica retomó fuerza en 1961 durante el XXII Congreso del partido, donde la idea alrededor de una recomposición del centralismo internacional del PCUS quedó definitivamente descartada.

Este proceso se dio en un marco histórico general que afectó especialmente al mundo de las ideas, el pensamiento y la cultura, donde la visión trágica y decadente del mundo de la posguerra generó cuestionamientos en torno a la existencia y un vacío de sentidos donde, no sólo las nociones de progreso ilimitado del capitalismo liberal quedaron desacreditadas, sino también los mecanismos aplicados por el Estado comunista ruso. En el campo de la izquierda occidental la crisis soviética se vivió *-a priori-* con una mezcla entre preocupación y vergüenza, puesto que se trataba del fracaso de la primer y mayor experiencia conocida hasta entonces con basamento en premisas socialistas de lucha por la igualdad y en oposición al capitalismo. Además, se trataba de la organización partidaria con mayor presencia orgánica en la Argentina y Latinoamérica. La importancia de dicha crisis no radicaba simplemente en las pruebas de la decadencia del ideal soviético y su hegemonía ideológico-intelectual en el continente, sino que esta crisis, fundamentalmente, lo

que ponía era fin al patrimonio oficial y exclusivo de las interpretaciones del marxismo.

Los años sesenta se inauguran en un espacio de transición y de crítica a los modelos y las tradiciones políticas establecidas, se trata de un espacio de transición donde el marxismo ocupa uno de los pivotes intelectuales de mayor influencia en los discursos contestatarios de la época -y donde el conflicto chino-soviético, los movimientos de descolonización en Asia y África, y el deslumbramiento de las bases ante el éxito de la Revolución Cubana-, eran fenómenos que parecían exigir un ajuste teórico de sus esquemas, unos esquemas que parecían haber quedado desactualizados ante los efectos de dichos sucesos¹. Creció así la necesidad de revisar los dogmas de una ortodoxia que, a los ojos de la nueva generación militante argentina y por acción del desvío stalinista, no permitía encontrar nuevos cursos críticos.

En este sentido, Waldo Ansaldi considera que:

“los sesenta son años de renovación en las lecturas del marxismo, años donde surgen nuevas posiciones, por un lado se recuperan pensadores olvidados o denostados por el stalinismo como Gramsci, Lukács, Korsch, Rosa Luxemburgo, Bujarin, Grossman, Bernstein, Kautsky, Pannekoek, Bauer, Chayanov o Ver Borjov. Y por otro, se suman los aportes del Partido Comunista francés con la aparición de Lefebvre o Sartre, además de la capacidad de innovación introducida por Karel Kosik en el socialismo checo, y sobre todo el *aggiornamento* de lo que después se llamará el Eurocomunismo”².

Junto al interés por realizar una auténtica crítica marxista del marxismo se agregó el auge de la Escuela de Frankfurt que dio lugar a una intensa relectura de las obras clásicas de Engels, Lenin, Trotsky, Mao Tse Tung y el primer Marx. En el caso

¹ Recordemos que los trabajos de Marx y Engels son de 1845, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* de Lenin de 1916, *Programa de Transición* de Trotsky de 1938, es decir, todos eran textos anteriores a la Segunda Guerra Mundial y las diversas experiencias que la posguerra había desatado en las colonias europeas en Asia, África y América Latina, así como desconocedoras del desarrollo industrial en algunos países periféricos. Las fórmulas marxistas aplicadas en los llamados países del socialismo real estaban guiadas por lecturas ortodoxas y dogmáticas que eran reticentes al cambio y las nuevas perspectivas teóricas.

² Waldo Ansaldi, entrevista del autor, 02-09-2005, Buenos Aires, Argentina.

de este último, se descubrió y potenció su carácter humanista e historicista así como su relación con la filosofía de Hegel.

Al mismo tiempo, en la Argentina sólo una vez consumada la digresión y fracturas en el frente de partidos que brindaron su apoyo al golpe de la llamada *Revolución Libertadora* (UCR, PC, PS) y la posterior desilusión del proyecto desarrollista emprendido por Frondizi, es cuando buena parte de las nuevas generaciones letradas mostrarán un particular interés por las diversas articulaciones del discurso crítico del marxismo. Recordemos que las disidencias en el bloque antiperonista se registran a partir de 1957 con la división de la UCR entre Balbín (UCR del Pueblo) y Frondizi (UCR Intransigente), dando señales de que la crisis ideológica, de representación partidaria y la inestabilidad político-institucional también había agudizado las diferencias en el progresismo. Por su parte, el viejo Partido Socialista (PS) sufrió en 1958 una primer división entre PS Democrático y PS Argentino, liderados por Américo Ghioldi y Alfredo Palacios respectivamente. Una división que en 1963 registró nuevas fracturas entre PSA de Vanguardia y Movimiento de Liberación Nacional, entre cuyos dirigentes figuran algunos componentes del grupo *Contorno*³. Los motivos de las divisiones eran diversas según las particularidades del caso, pero todas tenían en común la crisis en las tradiciones partidaria y la problemática de exclusión política de las masas trabajadoras que se identificaban con el peronismo. La proscripción era un hecho omnipresente, por una parte era difícil sostener motivos válidos para apoyar la exclusión de gran parte de las masas

³ A su vez, de una de las escisiones del PS surge Vanguardia Comunista de orientación maoísta, al igual que el PC Revolucionario (PCR). Por otro lado, el trotskismo tampoco quedó ajeno a la crisis y en 1965 el grupo de Nahuel Moreno abandonó el *entrismo* para fundar junto con el FRIP de los hermanos Santucho al Partido Revolucionario del Pueblo (PRT), que posteriormente se dividirá en dos. Estas organizaciones -sumadas a las distintas y caudalosas vertientes de la juventud peronistas y movimientos cristianos post Concilio Vaticano II- dan forma al mapa político de la nueva izquierda en los sesenta-setenta.

trabajadoras, pero por otro y al mismo tiempo, la cooptación que Perón había hecho de la representación política era intensamente cuestionada.

Con anterioridad la Argentina no había ofrecido una coyuntura favorable para el desarrollo de la cultura marxista, y el conocimiento de la teoría y los textos habían quedado casi siempre reducida a la tarea solitaria de estudiosos independientes o autodidactas. Sólo el PC mantuvo en sus revistas *Nueva Era* y *Cuadernos de Cultura* los dos únicos órganos de difusión permanente. No obstante, a partir de los primeros sesenta el marxismo se convirtió en una doctrina muy extendida contraria a la deshumanización capitalista del mundo, a la explotación del hombre por el hombre, a la destrucción del planeta, al subdesarrollo y a la concentración económica de los capitales multinacionales. Para entonces, la atracción que ejerció el marxismo como teoría explicativa de los conflictos sociales y el curso de la historia rompió su aislamiento. Partiendo de los núcleos intelectuales y partidarios originarios rebalsó hacia amplios sectores de la sociedad, sobre todo de la clase media letrada, que alternativamente profundizó en sus complejidades y sofisticación teórica. El nuevo alcance del marxismo quedó expuesto en 1963, por ejemplo, cuando *Marx y su concepto del hombre* de Eric Fromm integró la lista de *best sellers* del semanario *Primera Plana*, o en las novedosas lecturas del evangelio en clave existencialista que en esos años proliferó en la comunidad cristiana argentina y que recogió la experiencia de algunos intelectual franceses como Calvez, Chambre, Mounier, Theilhard de Chardin o Pierre Bigo, que buscaron con anterioridad incluso al Concilio Vaticano II (1962) y la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) potenciales compatibilidades doctrinales entre cristianismo y marxismo, desde un conclave humanista historicista. En la Argentina esta tarea fue encarnada – fundamentalmente- por el filósofo Conrado Eggers Lan, las revistas *Criterio* en la

etapa dirigida por Jorge Mejía, y *Cristianismo y Revolución*, que dirigió hasta su muerte Juan García Elorrio⁴.

En este sentido, y siguiendo la línea interpretativa propuesta por Oscar Terán, será precisamente dicho humanismo historicista uno de los rasgos centrales de la cultura de la época. El marxismo constituyó un género del *humanismo*, un humanismo entendido como concepción *moderna* del sujeto en tanto portador y árbitro de sus propios significados y prácticas. Dicha impronta habría permitido un fluido intercambio entre la corriente existencialista y el materialismo histórico, en cuyas derivaciones y deslizamientos -concluye Terán- será posible detectar una variación desde las concepciones de *intelectual comprometido* hacia las de *intelectual orgánico*⁵.

3.1.1. ¿Reforma o Revolución?: el debate que parte aguas

Uno de los grandes ejes de discusión que retomaron los núcleos intelectuales de izquierda desde fines de los cincuenta y principios de los sesenta se dio en torno a un interrogante central en su identidad histórica: ¿cuáles eran las vías más adecuadas para lograr la transformación social?. Las conclusiones diversas a las que condujo el debate conocido como *Reforma o Revolución* representó un punto de articulación

⁴ La tarea de compatibilidad entre cristianismo y marxismo no tuvo pocos inconvenientes, sabemos que Eggers Lan fue cuestionado tanto por los sectores tradicionales de la Iglesia -especialmente por el cardenal Caggiano o Julio Meinville-, como por parte de la nueva izquierda marxista. Por ejemplo, León Rozitchner acusó en la revista *Pasado y Presente* ("Marxismo o Cristianismo". N°3, 1964) a Eggers Lan de aprovechar el marxismo como instrumento político, de ser un confucionista moralizante y un reduccionista de las bases filosóficas materialistas del marxismo. La respuesta de Egger Lan no se hizo esperar y se tituló "Respuesta a la derecha marxista" (*Pasado y Presente*. N°4, 1964). Por su parte Oscar Masotta, menos severo que Rozitchner observó en *Discusión* (N°2, 1963) el personalismo que dificultaba esta clase de expresiones cristianas. Nos detendremos detalladamente en esta discusión en el Capítulo 5 de este trabajo.

⁵ Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1993, pp.19-20. Terán se pregunta ¿No había proclamado el propio Sartre que el existencialismo era un humanismo?, y señala que la noción de revolución va marcando el pasaje desde un humanismo de signo trágico hacia otro confiadamente optimista en la capacidad de transformación de las estructuras despóticas que pesan sobre los hombres.

básico en el *ser* de las nuevas organizaciones políticas y político-militares de izquierda que tendrían su máximo desarrollo en los primeros años de 1970.

Las referencias intelectuales en esta controversia eran Eduard Bernstein⁶ y Rosa Luxemburgo⁷. El primero fue uno de los teóricos más destacados del reformismo, quien había refutado las premisas básicas del socialismo científico, negado que el capitalismo llevara en su seno los gérmenes de su propia destrucción y afirmado que no había motivos para pensar que este sistema no se mantuviese para siempre. Bernstein puso en dudas incluso la base materialista dialéctica de análisis y llegó a la conclusión de que la revolución era innecesaria, que se podía llegar al socialismo mediante la reforma gradual del sistema capitalista, y por tanto rechazó el marxismo revolucionario. Por su parte, Luxemburgo publicó en 1900 y 1908 dos artículos bajo el título “*Reforma o Revolución*” donde alarmaba de la existencia de movimientos reformistas que “responden al oportunismo dilatorio de una dirigencia acomodaticia” que –a su juicio- minaba los principios del internacionalismo proletario y el marxismo revolucionario⁸.

Reforma o Revolución fue una discusión que en Argentina enfrentó a dos corrientes, dos concepciones que compartían la creencia de que el socialismo sería un orden o un sistema más justo y equitativo que el capitalismo. Las discrepancias de dichas corrientes estaban dadas respecto cuál era el camino más adecuado y eficaz para conseguir la implantación del socialismo. En esos años las opciones parecían estar claramente identificadas, por una parte, la del cambio paulatino a través del

⁶ Eduard Bernstein (Alemania 1850-1923) teórico revisionista del socialismo evolutivo, publicó entre 1897 y 1898 en *Neue Zeit* órgano del PSD dirigido por Karl Kautsky, artículos polémicos que fueron reproducidos parcialmente en Argentina por *Cuadernos de Cultura* desde finales de los 50`.

⁷ Rosa Luxemburgo (Polonia 1871-1907), doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Zurich en 1897, una rareza para la época tanto por su edad como por ser mujer. Fue una teórica marxista muy controvertida y una de las fundadoras del Partido Socialista Polaco. Fue asesinada por la policía alemana.

⁸ Rosa Luxemburgo, “Reforma o Revolución”, *Obras Escogidas*, Pluma, Buenos Aires, 1976, pp.45-48.

posibilismo, la trabajosa competencia política y la reforma gradual, y por otra, la opción revolucionaria, el rápido y efectivo golpe de mano recientemente logrado en Latinoamérica por la experiencia cubana.

En esta polémica participó, entre muchos otros, Jorge Giroussens desde la revista *Gaceta Literaria*, quien argumentó reproduciendo parte del discurso que el 2 de mayo de 1959 pronunció Fidel Castro en Buenos Aires durante la VI sesión plenaria de la Asamblea Económica de los “21”. Las palabras del líder cubano explicaban:

“hay revolución porque los pueblos de América no quieren ni libertad sin pan, ni pan sin libertad. (...) Hay revolución porque hay tiranía, hay revolución porque hay injusticia, hay y habrá revolución, mientras una sombra amenace nuestros derechos y nuestra libertad”⁹.

El debate *Reforma o Revolución* estuvo acompañado -y no sólo en la Argentina-, por un profundo cuestionamiento al potencial de la *democracia burguesa* en tanto sistema de gobernabilidad justo. Críticas, por cierto, que no eran patrimonio exclusivo de esta década sino que habían nacido ya en los años veinte, cuando desde la izquierda se atribuyó a la democracia síntomas de agotamiento y un carácter sistémico concebido en beneficio del orden burgués y, por tanto, imposibilitado para permitir la transformación socialista¹⁰. Sin embargo, las reservas respecto a la efectividad de la democracia no estuvieron circunscriptas a la izquierda, al contrario, el conservadurismo acumulaba ya en su historial una importante trayectoria práctico-ideológica de desprecio a la voluntad de las mayorías, pues veía en la democracia

⁹ Jorge Giroussens, “La Revolución Cubana”, *Gaceta Literaria*, Año 4, N° 21 (septiembre) 1960, p.18.

¹⁰ Muchos artistas e intelectuales latinoamericanos poderosamente influidos por la Revolución Rusa y Mexicana adoptaron ya desde 1920 un claro perfil militante que señalaba las contradicciones y desequilibrios de la democracia burguesa, por caso Xavier Guerrero, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Leopoldo Zea (México); Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella (Cuba); José Carlos Mariátegui, César Vallejo y Salazar Bondy (Perú). Ver Waldo Ansaldi y Patricia Funes, “Viviendo una hora latinoamericana”, *Cuadernos del CISH*, N° 4, Centro de Investigaciones Socio Históricas, Universidad Nacional de La Plata, 1998, pp.13-35.

representativa y las elecciones libres el camino más rápido y directo hacia la *propagación* del comunismo o la anarquía obrera¹¹.

Reforma o Revolución era un debate inserto en un contexto internacional donde las colonias europeas en Asia y África pujaban por su independencia. Y un contexto nacional que, luego del derrocamiento de Perón y el reordenamiento institucional del Estado, revitalizó la discusión. La Ley 14.557 de Universidades promulgada por el gobierno de Frondizi (conflicto conocido como *laica o libre*) colaboró también para esto, no sólo porque reavivó antiguas divisiones en el reformismo entre laicos y cristianos que procedían de los ecos de la Reforma Universitaria de 1918 nacida en Córdoba, sino porque permitió agregar nuevas oposiciones a esta discusión. De este modo, *Reforma*, *antireforma* y ahora también *revolución*, eran categorías de una discusión que en el ámbito académico reverdecían y agudizaban antiguas divisiones de un sector de la intelectualidad declaradamente progresista.

El debate *Reforma o Revolución* mostró no sólo la profundidad alcanzada por la revisión institucional y conceptual durante los primeros años del posperonismo, sino también con que fuerza se habían incorporado al análisis de la realidad variables introducidas por los modernos métodos de las ciencias sociales y el marxismo, que dirimían su valor y legitimidad en una superposición de campos, uno público (institucional) y otro privado (o restringido a la práctica intelectual individual o partidaria). Paralelamente, en uno y otro espacio la discusión asumió un tono de

¹¹ Carlés, Ibarguren y Lugones (el “poeta nacional”) son tres fieles exponentes filosófico-intelectuales de la derecha antidemocrática argentina, que extendió sus ideales de poder concibiendo al opositor político como un mal parasitario que se *propaga* y *subvierte* la pureza esencial del *todo* (ya sea en términos de raza, credo, nación, etc.), y que identificó en las clases populares mayoritariamente trabajadoras y sus diversas formas de representación político-sindical una práctica subversiva del orden y las bases de su dominio.

denuncia que buscaba explícitamente el desenmascaramiento de dogmas, obteniendo como resultado –en ambos casos- la fragmentación de *lo dado* por las tradiciones¹².

3.1.2. El marxismo histórico-humanista: Gramsci, los intelectuales y la cuestión nacional

Como dijimos al principio, el proceso de autocrítica en el PC comenzó como un intento de ampliar los márgenes de democratización del partido e instaurar un orden organizativo policéntrico que permitiera su actualización teórica y una mayor flexibilidad ante las críticas constructivas. Alentado en especial desde posiciones elaboradas por intelectuales del PC Italiano -donde se destaca la tarea de Palmiro Togliatti-, se propuso terminar con el centralismo de la URSS. La discusión de autores como Lukács, Korsch o Luxemburgo, entre otros mencionados más arriba, abrieron paso a lecturas políticas diversas a partir de variables histórico-culturales no habituales hasta entonces para la izquierda clásica. Lecturas novedosas que en su ejercicio e intercambio cobraron notable importancia instalándose en todo el arco político de la izquierda y un progresismo reformista fragmentado, atento y receptivo a toda clase de nuevas propuestas.

De estas lecturas quizás la más preciada en la Argentina fue la de Antonio Gramsci, que dejó notar la poderosa influencia que había tenido en el país la cultura marxista italiana de posguerra con autores como Colletti, Badaloni, Della Volpe o Luporini, y donde Rodolfo Mondolfo con Renato Treves -pensadores del *Risorgimento* perseguidos por el fascismo mussoliano-, tradujeron y difundieron obras de Benedetto Croce o Francesco De Santis apoyados activamente en la

¹² La intelectualidad marxista apeló en este proceso a la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (Ediciones Nuevas, Buenos Aires, 1965), donde se señalaba que la crítica era una forma de denuncia útil como medio para movilizar la praxis transformadora, en tanto representaría una expresión de toma de conciencia de la opresión a la cual los hombres están sometidos por el capitalismo.

Argentina, entre otros, por Carlos Astrada y Héctor Raurich¹³. Cabe señalar que en el imaginario del PCA Gramsci era considerado un ejemplo indiscutido de moral revolucionaria, un mártir, una figura heroica que ni siquiera el confinamiento carcelario que lo condujo a la muerte había menguado su compromiso y su militancia. Sin embargo, hasta entonces no era valorado por sus aportes teóricos. Su pensamiento no había sido relevante y quizás por eso su promoción fue muy escasa hasta principios de 1960. De hecho las primeras noticias de Gramsci en la Argentina no llegaron por las vías del PC, sino que fueron proporcionadas por Ernesto Sábato, quien en 1947 escribió una irrelevante reseña bibliográfica de las Cartas de Gramsci en la revista *Realidad*. Por ende, no es hasta 1950 cuando la editorial Lautaro publicó una escasa tirada de *Cartas desde la Cárcel* y en 1951, año del centenario de la muerte de Esteban Echeverría, que Héctor Pablo Agosti -un veterano dirigente del PC- dio a conocer *Echeverría* (Editorial Futuro), un texto donde utilizó para su análisis un modelo teórico gramsciano¹⁴. Finalmente, en 1953 *Sur* publicó algunas cartas y *Cuadernos de Cultura* una conferencia dictada por Togliatti en Italia donde hacía referencia a Gramsci. Tras un espacio más o menos silencioso de casi diez años, en 1963 serán especialmente los intelectuales de *Pasado y Presente* los encargados de recuperar con fuerza gran parte de sus esquemas teóricos.

Ahora bien, ¿cuáles fueron los principales aportes de Gramsci a la lectura que los intelectuales argentinos hacían de la realidad?: Gramsci concebía que la sociedad

¹³ Rodolfo Mondolfo publicó *Ciencia de la Lógica de Hegel* (1956), *Marx y marxismo* (1960) y *El humanismo de Marx* (1964). Mondolfo fue un teórico de reconocimiento internacional, fue discípulo de Antonio Labriola contemporáneo de Gramsci y responsable del acercamiento de sus textos a la Argentina. Por su parte Carlos Astrada (UNC) completó sus estudios en Alemania donde conoció a Scheler, Hartmann, Husserl, Heidegger. Publicó *Humanismo y dialéctica de la libertad* (1960), *Dialéctica y positivismo lógico* (1961), *Fenomenología y praxis* (1967), *Dialéctica e historia* (1969) entre otros textos.

¹⁴ Editoriales como Lautaro, Anteo Argumentos, Arandú, Capricornio, Cartago, Fundamentos, Futuro, Patenón, Platina, Proteo, Procyón, Problemas, Raigal, entre otras, fueron las encargadas de traducir y dar a conocer los textos marxistas y los clásicos del pensamiento científico y filosófico de la época.

era un producto formado históricamente y como tal debía ser investigada y aprehendida mediante la articulación de cuatro componentes esenciales: la *economía*, la *historia*, la *política* y la *filosofía*¹⁵. Para Gramsci estos cuatro elementos conformaban una unidad orgánica anudada dialécticamente en una complejidad que sólo el estudio detallado y profundo podía desentrañar. El marcado interés histórico de Gramsci tenía motivaciones políticas, pues consideró que el conocimiento del pasado era una ayuda estratégica e indispensable para el desarrollo consciente de las fuerzas sociales revolucionarias en el presente (de allí que se identifique a Gramsci como el iniciador de una teoría marxista de la política). Si bien *economía*, *historia*, *política* y *filosofía* conformarían un todo homogéneo donde la economía sería el fenómeno central, Gramsci observó que la estructura económica no determina la acción política con independencia de otras actividades espirituales y prácticas. Desde su perspectiva, sería más bien la interpretación que se hace de la relación entre economía y acción política la que gobierna el sentido de las llamadas leyes del bloque histórico.

Por otra parte, la recepción del pensamiento de Gramsci en los núcleos intelectuales argentinos estuvo mediada en buena parte por la originalidad y funcionalidad de conceptos como el de *hegemonía*, que otorgaba una importancia fundamental al rol de los intelectuales y la cultura en el proceso de transformación social. Un rol que a su juicio se daba a través de una tarea ligada *orgánicamente* al desarrollo de la organización política revolucionaria. De allí la idea de *intelectual orgánico*. En este sentido, si bien Gramsci reconoció que los intelectuales constituían una capa de la burguesía que colaboraba activamente en el fortalecimiento y la coherencia de la hegemonía ideológico-cultural burguesa, consideró que éstos a su

¹⁵ En Gramsci esta presente la idea del todo es política, incluso con filosofía se refiere a la única filosofía que concibe, la de la praxis, la de la historia en acción, la de la vida misma.

vez tenían la capacidad de mantener una autonomía relativa que les permitía convertirse en constructores, organizadores y persuasores constantes de las transformaciones del ámbito político social. Theodor Geiger ha señalado que desde el punto de vista de la estratificación por clase, los intelectuales pertenecerían a todas y a la vez a ninguna; a su juicio permanecerían socialmente en *libre suspenso*, “si es que se quiere describir la situación mediante una expresión engañosa”¹⁶.

Gramsci planteaba explícitamente que el intelectual debía asumir roles de dirigente pero con un espíritu diferente al de los clásicos caudillos políticos que se confiaban preferentemente de la oratoria y la emoción. Por el contrario, sostenía que el conocimiento de los problemas específicos de la producción y la técnica eran muy importantes, pues eran herramientas complementarias de una visión general histórico-humanista de la realidad, un enlace activo con la vida práctica que motoriza el cambio revolucionario. Citando sus propias palabras respecto a la tarea del intelectual, decía:

“que una masa de hombres sea inducida a pensar sobre el presente real con cohesión y dentro de una cierta unidad, es un hecho filosófico más importante y original que la revelación de una nueva verdad por el genio filosófico”¹⁷.

Otro de los elementos de gran importantes en el esquema ideológico de este asunto fue la llamada *cuestión nacional*. La incorporación crítica de pensadores histórico-humanistas dieron la posibilidad a los intelectuales argentinos de ampliar los esquemas conceptuales a través de los cuales concebir los conflictos sociales en términos nacionales, cosa que no ocurría con anterioridad en las organizaciones de la

¹⁶ Ver Theodor Geiger, “La estructura social de la *Intelligentzia*”, en *Los intelectuales políticos, Cuadernos de Investigación Social*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, p.115.

¹⁷ Antonio Gramsci *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, Barcelona, 1974, p.64.

izquierda clásica¹⁸. Quizás este sea uno de los elementos más importantes que la *nueva izquierda intelectual* recogió de la lectura de Gramsci en los primeros años de la década del sesenta. Gramsci ofreció gran parte de las herramientas teóricas para analizar la convulsionada realidad política en clave nacional-popular, sobre todo aplicadas a la irresoluta proscripción peronista, el fracaso de la propuesta desarrollista y las opciones de conformar un frente que terminara con el histórico divorcio entre clase obrera e intelectuales.

José Aricó¹⁹, quizás el principal animador de la inserción y la difusión de las ideas de Gramsci en Argentina y América Latina, ha comentado al respecto:

“la discusión acerca de la vigencia del gramscismo, tuvo en nosotros un efecto de liberación muy fuerte, nos ayudó a observar fenómenos que antes, en el pensamiento marxista, estaban soslayados. Por ejemplo el problema de los intelectuales, de la cultura, de la relación del Estado, nación y sociedad, la función del partido político en el seno de un bloque de fuerzas populares, etcétera. No es que tales problemas no se pensarán, sino que se pensaban desde una perspectiva que no nos obligaba a descubrir nuestra propia realidad nacional”²⁰.

Conviene señalar que hasta que se produjo la renovación teórica y la franca introducción de las ideas humanistas en los primeros años de la década del sesenta, los intelectuales comunistas no sustentaban sus análisis políticos en variables histórico-nacionales. La teoría de la hegemonía de Gramsci dio un novedoso protagonismo a una hipotética unidad nacional de las clases dirigentes en el Estado, con el fin de convertirlo en el centro de constitución de un aparato hegemónico que

¹⁸ Si bien la nueva izquierda tuvo entre sus características principales la ruptura con las organizaciones de la izquierda tradicional, esto no significa que no haya mantenido ciertas líneas de continuidad subsidiarias de su tradición ideológico-conceptual y organizativa, matices que se reprodujeron sistemáticamente en las nuevas organizaciones.

¹⁹ José María Aricó nació en 1931, en Villa María, Córdoba. Expulsado del PCA en 1963, fue uno de los protagonistas intelectuales de mayor significación y trascendencia del marxismo en la Argentina, escribió *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, *Marx y América Latina*, *La cola del Diablo*, y *La hipótesis de Justo*. Fue un destacado protagonista de publicaciones como *Pasado y Presente*, *Controversia*, *La Ciudad Futura* o *Punto de Vista*.

²⁰ José Aricó, *Entrevistas (1974-1991)*, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1999, p.18.

asegurase la implantación del socialismo. Gramsci pensó que esto sólo era posible a partir de la reconstrucción de la historia política de las clases, del reconocimiento de sus formas de conciencia, de sus propios modos de organización y de la relación entre intelectuales y clases populares, una relación que -en el caso de los países latinoamericanos- estaba limitada y mediatizada por la condición de dependencia, hecho que no era menor a la hora del análisis. No obstante, para el autor las relaciones de dependencia estarían construidas históricamente y, por lo tanto, eran susceptibles al cambio.

Implícita o explícitamente la nueva izquierda argentina fue atravesada por una lectura nacional-popular, que si bien adoptó particularidades organizativas según los casos, de un modo u otro se convirtió en pieza esencial de su andamiaje teórico-filosófico. La introducción del pensamiento de Gramsci brindó a las jóvenes generaciones dos elementos esenciales: primero, las herramientas teóricas para repensar el proceso histórico argentino, fundamentalmente, para el abordaje de la cuestión peronista y construir un puente que estrechara las relaciones entre izquierda marxista y nacionalismo popular. Y, segundo, para fundar una nueva lectura de los vínculos entre el campo de la cultura y la política que permitiera repensar la históricamente conflictiva relación entre *intelectuales* y *pueblo*.

Las rígidas estructuras partidarias tradicionales no resistirían ni el embate de estas concepciones ni el creciente tono denunciante y contestatario de sus interlocutores. En el caso de la dirigencia del PC Argentino (PCA) y su principal órgano de difusión *Cuadernos de Cultura*, la respuesta al auge de estas perspectivas fue la negación cuando no la expulsión directa de los cuadros críticos que se gestaban en las filas de la juventud. Al respecto Héctor Jouve nos relata su experiencia:

“cuando se descubren los crímenes del stalinismo acá fue como si no hubiera pasado nada, como si el stalinismo no hubiera afectado al partido en Argentina, como si stalinismo fuera solamente el ejercido directamente por Stalin. Como militante del PCA yo tenía la sensación que si desde la cúpula se bajaba un ladrillo el resto de la organización lo aceptaba sin ninguna discusión o modificación, quien confrontaba o discutía con insistencia una posición era tachado de infiltrado del enemigo, o se lo culpaba de ser agente de la CIA²¹. (...) Pero debo reconocer que en el PC aprendí muchas cosas, la militancia me dio herramientas políticas, un sentido de organización y de lucha política. Creo que lo que más me molestaba era esa especie de rutina burocrática donde te querían mostrar que la luna era cuadrada. No había instancias de discusión y desde esa perspectiva tampoco había posibilidades de pensar la realidad desde lo nacional, pues en su concepción no existían distinciones significativas entre los países latinoamericanos”²².

3.2. La nueva intelectualidad y las publicaciones político-culturales

En un detallado trabajo que recupera el aporte a la cultura de izquierda por parte de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Horacio Tarcus señala que intelectuales como José Aricó, Ernesto Laclau, Carlos Astrada, Héctor Raurich, Liborio Justo, Angélica Mendoza, José Boglich, Esteban Rey, Abel Alexis Lattendorf, D. Hurtado de Mendoza, Nahuel Moreno, Rodolfo Ghioldi, entre otros ya mencionados anteriormente, son intelectuales argentinos que conforman parte del diverso arco ideológico de la izquierda en los sesenta. Tarcus asegura que dichos intelectuales liberan sus potencialidades creativas cuando, no sin dificultades y costos graves, logran romper con las estructuras políticas que los constriñen. La ruptura y creación

²¹ La posterior derrota del stalinismo, paradójicamente, fue vista como un triunfo de la verdadera causa revolucionaria. Con optimismo se alentaron desde la nueva izquierda interpretaciones que daban a las denuncias un sentido de convalidación de las *verdades* del marxismo. Interpretaciones que buscaban consolidar la idea de que los dogmas estalinistas podían ser limitados a una gestión y sus distorsiones, o bien ser superados por un acto de constricción intelectual. En resumen, se asumía que el marxismo tenía variantes que aún podían dar cuenta de la realidad social y sus conflictos.

²² Héctor Jouve, testimonio al autor, 23-06-05, Córdoba, Argentina. Héctor Jouve: Médico Psiquiatra, integró el *Ejército Guerrillero del Pueblo* (EGP) en 1964 a las órdenes del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti vinculado con la guerrilla del *Che* Guevara en Bolivia. Luego de ser detenido en una incursión foquista en la provincia de Salta Jouve estuvo preso un total de 9 años en penitenciarías de Salta, Resistencia y Rawson, entre abril de 1964 y mayo de 1972, y luego vivió 9 años de exilio en Francia.

de partidos a medida, la fundación de revistas y editoriales independientes (o la entrega solitaria al estudio) “son consecuencia de los deseos de libertad y la gesta incómoda de una generación que buscó pensar las contradicciones de su tiempo”²³.

La aparición de gran cantidad de publicaciones político-culturales desde mediados de los cincuenta y primeros años del sesenta convirtió rápidamente el formato *revista* en el principal punto de encuentro y medio de expresión e intercambio de ideas de una red intelectual crítica o contestataria que buscó definir los rasgos de su identidad, y que deliberadamente generó opinión y controversias tanto hacia adentro como hacia afuera de su propio campo intelectual²⁴. En aquellos años el consumo de diarios por habitante no sólo era mayor que en la actualidad sino que la prensa escrita era la principal fuente de acceso a la información y formación del ciudadano, pues la televisión u otros formatos digitales no existían o no tenían la hegemonía que hoy detentan. Asimismo, las revistas se hallaban ubicadas a mitad de camino entre el acceso a la realidad a través de la actualidad informativa que ofrecían los diarios y la articulación detenida y laboriosa de los libros. Esto permitió que las revistas se convirtieran en una vía muy frecuente y explotada de articulación entre

²³ Horacio Tarcus, ob.cit., pp.25-27. Tarcus aclara que S. Frondizi y M. Peña convergen con la nueva izquierda entre 1956-1966, pues los unifica el mismo espíritu crítico respecto a la izquierda tradicional y la vocación por el conocimiento de la realidad argentina. No obstante, considera que la visión trágica de la política y de la historia en estos intelectuales los coloca en un lugar intermedio y equidistante tanto del optimismo de la nueva izquierda como de la tradicional. Agrega que la historia relatada por Milcíades Peña formó a tres generaciones de militantes, incluso sus textos fueron incluidos en los cursos de formación del PRT.

²⁴ Podemos mencionar una larga lista de publicaciones periódicas de la época, así: *Antropología del Tercer Mundo*, *Capricornio*, *Centro de Investigación y Acción Social*, *Centro*, *Comunicación y Cultura*, *Contorno*, *Controversia*, *Cristianismo y Revolución*, *Cuestiones de Filosofía*, *Cuadernos de Polémica*, *Cuadernos de Crítica*, *Cuadernos de Cultura*, *Debate*, *Democracia Popular*, *Diógenes*, *Discusión*, *Chau*, *Che*, *Envido*, *El Descamisado*, *El Escarabajo de Oro*, *El Grillo de Papel*, *Estrategia*, *Esto Es*, *El Obrero*, *El Popular*, *Espartaco*, *Fichas de Investigación Económica y Social*, *Gaceta Literaria*, *Hoy en la Cultura*, *Izquierda Nacional*, *Kairós*, *La Rosa Blindada*, *Liberación*, *Literatura y Sociedad*, *Los Libros*, *Marcha*, *Mar Dulce*, *No Transar*, *Nuevos Aires*, *Nueva Conciencia*, *Nueva Expresión*, *Nueva Política*, *Nueva Presencia*, *Pasado y Presente*, *Plática*, *Propósitos*, *Pueblo Unido*, *Qué Hacer*, *Revista de la Liberación*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Situación*, *Soluciones*, *Socialismo de Vanguardia*, *Táctica*, *Trinchera de la Juventud Peronista*, *Vanguardia Revolucionaria*, *Voz Popular*, *Ya*, entre otras.

política y cultura. Es decir, esta clase de publicaciones lograron ocupar un espacio visible allí donde se producía la intersección entre las producciones culturales y el convulsionado campo de los procesos políticos. Por otra parte, dichas publicaciones se convirtieron en uno de los pocos medios públicos donde había márgenes para reflexionar sobre la cuestión peronista con amplitud de juicios y opiniones.

Se afianzó y perfeccionó también aquí un lenguaje, una terminología y unas categorías conceptuales propias de la época, así palabras como clasismo, imperialismo, masa, nación, patria, pueblo, proletariado, reacción, revolución, socialismo, vanguardia, lucha armada, entre muchas otras, explicaban buena parte de los sucesos de la realidad y encontraban su lugar en las páginas. Las revistas político-culturales tuvieron una participación central en la construcción del imaginario político de los intelectuales del período. Claudia Gilman ha analizado el espacio que ocuparon estas publicaciones y sus hacedores en el campo político-cultural argentino, y ha observado con acierto que en las revistas confluyeron, por un lado, la recuperación del horizonte del modernismo estético; por otro, un espacio de consagración alternativo a las instituciones tradicionales e instancias oficiales. Y, finalmente, “la construcción de un lugar de enunciación y práctica para el intelectual comprometido políticamente”²⁵.

En efecto, la existencia a veces marginal y efímera de las revistas se desarrolló paralela e independientemente de la acción de medios masivos de comunicación como los diarios *La Nación*, *La Opinión* o el semanario *Primera Plana* y otras instituciones oficiales. Asimismo, su presencia en la escena sindical es escasa y no representa un papel protagónico en el sistema de partidos legalizados. Sin embargo, su actuación es destacada en términos de irradiación ideológica en

²⁵ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p.78.

todos los medios culturales, sobre todo en aquellos a los que accede la clase media ilustrada (fundamentalmente urbana) donde se encuentra el público más receptivo a esta propuesta.

Por otra parte, tanto las revistas como el público a las que se dirigen, aparecen asociados con fuerza al concepto de *nueva generación*, una expresión que señala la oposición respecto a generaciones anteriores y la ruptura con un *viejo orden*. Es difícil encontrar revistas político-culturales que en estos años no aludan explícitamente a la cuestión generacional como relevo histórico y que no caractericen y asuman su independencia, culturización y radicalidad política. Dicho relevo generacional tiene antecedentes y correlato en revistas internacionales como *Monthly Review*, *New Left Review*, *Temps Modernes*, *Arguments*, *Socialisme ou Barbarie* que se desarrollan en Nueva York, Londres y París.

La idea de *generación* como criterio de diferenciación, significación e identidad de las nuevas elites cultivadas argentinas de los sesenta-setenta, es una idea que ha sido utilizada por Carlos Altamirano. Una idea que resulta muy útil para recuperar lo que Altamirano denomina *condición de joven como marca de distinción*, una distinción que a su juicio subraya algo de inconformismo y heterodoxia en el polo emergente de la izquierda argentina asociada a esta promoción generacional, que, en rigor, es más de una. Altamirano señala que dicho inconformismo y heterodoxia no dejarán de exponer y aún de dramatizar un espíritu de escisión respecto de la dirección intelectual y política de los mayores²⁶.

²⁶ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas, Buenos Aires, 2001, p.57. Altamirano aclara que el concepto de generación tiene fronteras inciertas, considera asimismo que si bien se trata de una categoría de análisis aproximativa, es un instrumento útil para aclarar estratificaciones de la sensibilidad, divergencias de posiciones y disputas en el espacio de la *intelligentsia*.

La idea de *nueva generación* remite también a una negación de los referentes, a una sensación de disconformidad, a un sentido crítico con el orden establecido y las opciones tradicionales de representación política. Tanto es así que en la editorial del primer número de la revista *Pasado y Presente* Aricó dejó patente esta nueva manera de identificación cuando decía:

“Basta observar con un mínimo de atención esa amplia escala de hombres que van desde los 25 a los 35 años (...) para comprender que tienen algo en común. (...) Una generación que no reconoce maestros no por impulsos de simplista negatividad, sino por el hecho real de que en nuestro país las clases dominantes han perdido la capacidad de atraer culturalmente a sus jóvenes mientras el proletariado y su conciencia organizada no logran conquistar aún la hegemonía que se traduzca en una coherente dirección intelectual y moral. Es preciso partir de esa dolorosa realidad para comprenderla en su raíz y transformarla”²⁷.

3.2.1. La revista *Contorno*

En la Argentina esta clase de publicaciones habían vivido una experiencia fundacional con *Contorno*. De ella participaban David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Rodolfo Kush, Ramón Alcalde y Susana Fiorito. *Contorno* no sólo había sido la primera revista en identificarse como expresión de una generación sin maestros, sino que fue la primera que reivindicó una retórica juvenil como marca identitaria. Su recorrido fue paradigmática de la tendencia evolutiva que adoptarán buena parte de las publicaciones que le siguieron. A lo largo de sus seis años de existencia (1953-1959) conformaron un original proyecto que tuvo como eje algunos de los debates centrales desarrollados a lo largo de todos los *sesenta-setenta*, como por ejemplo la puja antiimperialista, la originalidad y la dependencia cultural, la transformación

²⁷ Aricó José María, “Editorial”, *Pasado y Presente*, Año 1, N° 1 (abril-junio), Córdoba, 1963, p.1.

social (la Revolución) y el compromiso intelectual, la cuestión peronista y su proscripción política.

El tránsito de *Contorno* fue de la crítica literaria hasta la mixtura con el análisis político, un desplazamiento que también se constituyó en la principal característica de *Nueva Expresión*, *Gaceta Literaria*, *El Grillo de Papel*, entre otras de las publicaciones que irrumpieron en un período histórico signado por los efectos político-culturales de la ascensión y caída del peronismo (anteriores a la Revolución Cubana) y bajo una reconocida influencia del compromiso intelectual sartreano-existencialista²⁸. *Contorno* comenzó su andadura planteando problemáticas entre literatura y sociedad, para terminar poco más tarde en duros análisis políticos.

Durante una entrevista personal Susana Fiorito nos comentó al respecto:

“en *Contorno* se reunía un grupo de intelectuales que provenían de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, fue fundada como una revista puramente literaria y sin embargo *terminó en sus últimos números haciendo análisis del peronismo y análisis del frondizismo*”²⁹.

Los integrantes de *Contorno* no se identificaban con la elite intelectual reinante -*Sur* y el suplemento literario de *La Nación*- y se lanzaron a la búsqueda de una nueva identidad, una nueva representatividad, un nuevo rol y un nuevo compromiso literario, cultural y político. Entoces, Ismael Viñas se lamentaba:

“No encontramos ejemplos: los que tenían la inteligencia se han burlado, han fracasado, se han entregado o han huido. Los que tenían buena fe y coraje han carecido de inteligencia”³⁰.

²⁸ De la influencia existencialista en los integrantes del grupo *Contorno* ver Capítulo 1.

²⁹ Susana Fiorito, entrevista del autor, 12-08-2005, Córdoba, Argentina. Susana Fiorito: Periodista, *Contorno*, *Marcha*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Nueva Política*, *No Transar*, *Liberación*, etc. En las últimas entregas de la revista *Contorno* colaboraron Verón, Troiani, Pandolfi y Halpering Donghi.

Por su parte, Horacio Tarcus señala que *Contorno* sería la expresión del ala izquierda del Partido Socialista Argentino, donde coloca también a “los discolos compañeros de ruta del *Escarabajo de Oro*”: ob.cit., p.155.

³⁰ Ismael Viñas, “La tradición de los hombres honestos”, *Contorno*, Año 1, N°1, 1953, p.12, Edición Digital facsimilar CEDINCI, Buenos Aires, 2005.

Silvia Sigal entiende que la experiencia de *Contorno* fue un puente entre dos generaciones y que encarna una nueva misión para los intelectuales³¹. Una misión que consistió -tras la Revolución Cubana- en convertirse en un puente generacional, en un puente que buscó reducir la distancia entre *Intelectuales* y *Pueblo*.

3.2.2. *Pasado y Presente*

Otra de las publicaciones icono del período fue *Pasado y Presente*, quizás la revista que expresó con mayor sofisticación y riqueza teórica las posturas marxistas de la nueva izquierda que surgió ligada al cuestionamiento y la crisis de la izquierda tradicional. Su aparición fue posterior a la Revolución Cubana y a la llamada *traición* frondizista, y, al igual que *Contorno*, en su recorrido también podemos identificar una tendencia generacional que va desde la teoría del compromiso hacia la idea de intelectualidad orgánica.

Del proyecto inaugural que tuvo lugar en Córdoba participaron Oscar del Barco, Aníbal Arcondo, José Aricó, Héctor Schmucler, Samuel Kieczkovsky y Juan Carlos Portantiero; grupo al que se integraron luego Juan Carlos Torre, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis Prieto y Carlos Giordano. En su primer número la revista presentó una larga editorial donde definió con detalle los objetivos que perseguía:

“*Pasado y Presente* aspira a convertirse en una nueva expresión de la izquierda real argentina, parte de la aceptación del marxismo como la filosofía del mundo actual y asume los deberes que esa aceptación le plantea. Será por ello una revista “comprometida” con todas las fuerzas que hoy se proponen la transformación revolucionaria de nuestra realidad”³².

³¹ Silvia Sigal, *Intelectuales y Poder en Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p.109.

³² José Aricó, “Editorial”, *Pasado y Presente*, Año 1, N°1 (abril-junio), Córdoba, 1963, p.8.

Ricardo Videla, en un artículo de la revista *Izquierda Nacional* –dirigida por Jorge Abelardo Ramos-, saludó el advenimiento de *Pasado y Presente*, pues consideró que esta expresión disidente de los cuadros intelectuales de la juventud comunista venía a sumarse a la lucha nacional y popular encarnada por el peronismo. Es claro que Videla valoraba el aporte de la intelectualidad marxista para que acompañe los pasos de la izquierda peronista en formación. Por eso aseguraba que:

“El surgimiento de una corriente intelectual de inspiración gramsciana en la Argentina forma parte de un proceso de esclarecimiento que divide a la intelectualidad marxista. (...) Antonio Gramsci planteó la formación de una voluntad nacional popular y señaló el divorcio entre los intelectuales y el pueblo-nación, esto constituyó una de las betas más ricas de su pensamiento”³³.

La vida de *Pasado y Presente* se puede dividir en dos etapas, en la primera, de abril de 1963 a septiembre de 1965 la publicación se auto-define como una revista de *Ideología y Cultura* que se propone realizar una crítica cultural y política de la realidad. Su estrategia de intervención dio un papel fundamental al desarrollo de la cultura y las ideas en la gestación de transformaciones políticas y sociales, por lo que es explícita aunque no únicamente gramsciana. Sus editores ubican la tarea de la revista en la intersección de una circunstancia histórica marcada por la ruptura y el cambio, pero donde la nueva generación no sólo no reconoce maestros –como lo hiciera *Contorno*- sino que se siente dispuesta a construir nuevos referentes, a ser un actor activo de la transformación social. Esa es la interpretación que sus redactores hacían de la realidad, así podemos verlo escrito en la revista cuando dicen:

“Hoy los hombres quieren “hacer” historia y comprender que para ello es preciso no sólo armarse de voluntad de lucha sino también de plena responsabilidad histórica, abandonando los mitos, los fetiches, los ídolos, las mistificaciones en que se coagula la trama viva de la acción

³³ Ricardo Videla, “Gramsci y los Gramscianos”, *Izquierda Nacional*, Año II, N°4, Buenos Aires, 1963, p. 22.

humana. Nunca como ahora es tan valedero el lema gramsciano de que decir la verdad es ser revolucionario”³⁴.

En los artículos de la publicación se alternan relecturas de trabajos como *Historia y conciencia de clase* de Luckács con la obra temprana de Marx, donde se rescató especialmente la perspectiva filosófica de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Si bien la matriz ideológica de la revista se mantuvo a lo largo de su existencia, con el correr de las entregas podemos observar un desplazamiento hacia interpretaciones influenciadas por el estructuralismo de Althusser en *La filosofía como arma de la revolución*, un trabajo que impugnó algunos de los deslices humanistas del joven Marx, y apreció más el valor de las estructuras.

En una breve segunda etapa, de junio a diciembre de 1973 con sede en Buenos Aires y con Cámpora en el gobierno, *Pasado y Presente* “ocupará un lugar visible, en una relación complicada, pero próxima, al lado de la organización armada Montoneros”³⁵, buscando establecer un vínculo entre izquierda marxista y peronismo. No obstante, al respecto hay que decir que su influencia político-organizativa parece haber sido escasa frente a su peso ideológico, puesto que para entonces *Pasado y Presente* se había convertido en una conocida editorial llamada *Cuadernos de Pasado y Presente* que publicó noventa y ocho títulos y participó de la fundación de Siglo XXI Argentina Editores, editorial que luego se extendió a México durante los años de exilio del grupo tras el Golpe de Estado de 1976³⁶.

³⁴ José Aricó, “El Stalinismo y la responsabilidad de la Izquierda”, *Pasado y Presente*, Año 1, N° 2-3 (jul-dic.), Córdoba, 1963, pág.196.

³⁵ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p.21.

³⁶ *Cuadernos de Pasado y Presente* se convirtió en una editorial clave del proceso de renovación crítica del clásico pensamiento marxista posterior al XX Congreso del PCUS en todo Latinoamérica. En marzo de 1968 nacen los legendarios cuadernos, más tarde nace la editorial Signos y luego Siglo XXI Argentina.

Tanto *Contorno* como *Pasado y Presente* fueron experiencias destacadas, pero no excepcionales, pues formaron parte de un vasto campo editorial en el cual participaron diferentes colecciones como la *Rosa Blindada*, *Centro Editor de América Latina* o *Siglo Mundo*, sellos que son el relato de una época signada por una cultura profundamente libresca que transitaba la modernización socioeconómica y un proceso de gran politización cultural donde el peronismo proscripto, el discurso nacional-populista y la militarización de las organizaciones comenzarían a ocupar un espacio cada vez más destacado, como veremos en detalle más adelante .

3.2.3. Politización de los ámbitos culturales: la revolución libresca

Un rasgo diferencial de los llamados *sesenta-setenta* fue el proceso de creciente politización de la sociedad y en especial el de los ámbitos culturales que conformó y frecuentaba la clase media letrada argentina. Una politización que se desarrolló en el espacio público en tanto escenario privilegiado de intercambio. Pero en opinión de Nicolás Casullo no solamente se trató de un tiempo de profunda politización de la cultura, sino de una profunda culturización de la política, es decir:

“no solamente se politizó el intelectual o se politizó el estudiante, o aquel mundo que formaba parte del campo de la cultura y que renegó de su simple ser cultural y se adscribió a una política, sino que la política alcanzó un grado de culturización tal, que también podríamos decir –en algún sentido- de estetización, que solamente así puede explicar muchas variables que se dieron en el campo de la revolución en los años 60 y 70”³⁷.

Este proceso de politización al que refiere Casullo operó una profunda mutación en buena parte de las imágenes tradicionales del letrado, donde la imagen aristocrática y elitista del *ser intelectual* entró en crisis bajo las influencias

³⁷ Nicolás Casullo, Ciclo de conferencias *Política y Cultura en la Argentina de los años 60 y 70*, Centro Cultural Rojas, Buenos Aires, Argentina, 30-08-2005.

existencialistas que planteaban persuasivos interrogantes respecto a la rebeldía, la existencia y la transformación social, y que condicionaban no sólo la comprensión de la obra literaria, periodística o científica, sino que afectaron, fundamentalmente el lugar que ocupaba el intelectual: sea escritor, periodista o científico.

Los *sesenta-setenta* fueron años en los que se reconoce un especial protagonismo del mundo de los libros y las ideas. En este sentido Beatriz Sarlo recuerda que:

“era un mundo de ideas no porque toda la gente estuviera leyendo libros de Marx o Lenin todo el día, sino porque todos sabían que en función de cosas que decían esos libros y los temas que se discutían a partir de esos libros se establecían prácticas y programas revolucionarios. No todos los obreros radicalizados de la Argentina leían a Trotsky, a Mao, o Giap, pero todos sabían que había libros. La política pasaba en gran medida por los libros, los congresos que realizaban los partidos eran grandes debates librescos”³⁸.

Hubo libros que tuvieron mayor centralidad, libros alrededor de los cuales se desencadenaron prácticas políticas precisas. También hubo muchos otros que hicieron a la construcción de un imaginario o de un contexto en el que se desarrollaron las ideas de compromiso con la transformación³⁹.

El desarrollo de este imaginario podemos verlo, por ejemplo, en la trayectoria de la obra de Cortázar. En ella es posible resumir la parábola realizada por una importante porción del espectro intelectual argentino y latinoamericano de aquellos años. Cortázar va de *Casa Tomada* a *El Libro de Manuel*, es decir, transita los

³⁸ Beatriz Sarlo, conferencia en el *Taller de Estudios e Investigaciones Andino Amazónicas*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona, España, 06-04-2006. En este sentido Sarlo agrega: “todos esos materiales están en las bibliotecas porque no se destruyeron, porque muchas personas los escondieron y los han puesto nuevamente en circulación en las bibliotecas especializadas, (...) y hacer justicia con la historia es darle a esos libros la centralidad que tenían”.

³⁹ Todas las organizaciones políticas de la época tenían pensadores de referencia a los cuales accedían mediante libros o diferentes publicaciones. La cultura libresca se manifestaba también en la insistencia sobre la formación teórica, hecho que no convertía a los militantes en eruditos, pero señalaba un ideal y un prestigio

sesenta-setenta subido en un paulatino e irrefrenable proceso de politización. El propio Cortázar observó entonces:

“en mis primeros cuentos era el joven liberal antiperonista, bastante exquisito, totalmente alejado del destino de América Latina e incluso de mi propio pueblo, mientras paralelamente, hace ya unos diez años, fui escribiendo otro tipo de cosas: cartas abiertas, manifiestos, polémicas que constituyen un trabajo de militancia ideológica. Será cuando me nació el deseo de escribir mi último libro, *El Libro de Manuel*”⁴⁰.

Esta nueva concepción, este ideario de compromiso con lo político o con la militancia ideológica –como la llamó Cortázar- fue parte de la identidad intelectual de aquellos años, una identidad que se inscribe dentro de las llamadas filosofías del movimiento, de las filosofías de la modernidad, de las que entienden que la historia es un devenir de cambios, una materia en permanente movimiento y no algo estático y monolítico⁴¹.

También Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* se refiere a estos cambios de concepción en la época y a la figura del intelectual como la conciencia crítica del pueblo. Decía:

“Nuestro concepto de lo que es un intelectual ha cambiado a través de los siglos. Ahora, los intelectuales se relacionan estrechamente con las ideologías, la crítica, y en años recientes se han vuelto más y más políticos. Incluso los artistas, que a menudo no desean involucrarse en estas cuestiones, se han vuelto más políticos. Las opiniones políticas han reemplazado a la religión, y algunos escritores, que no han sido

⁴⁰ Julio Cortázar, entrevista de Joaquín Soler Serrano, “Grandes personajes a fondo”, Televisión Española, Madrid, 1977. Cortázar incluso dice durante esta entrevista haber abandonado casi por completo sus tareas intelectuales a causa del tiempo que le demandaban sus ocupaciones políticas.

⁴¹ Si bien no es tarea de este trabajo, con el género musical ocurre algo muy similar, artistas como Armando Tejada Gómez, Oscar Matus, Mercedes Sosa, Tito Francia, Ramón Ayala, Víctor Heredia, César Isella, Los Trovadores, Quinteto Tiempo, Horacio Guarany e incluso ya antes Atahualpa Yupanqui, entre otros músicos argentinos (sin contar a muchos otros cantautores latinoamericanos), dieron forma a lo que se conoció como la *Nueva Canción* o *Canción con Fundamento*, caracterizada por distintas formas de música y letras de protesta. Estos artistas atravesaron, tanto como la literatura, el teatro, la plástica y otras expresiones culturales, una parábola de politización similar a la que se ha descrito en el texto (y serán víctimas más tarde de la misma violencia represiva).

políticos, también han sido víctimas de la represión política y la censura⁴².

Otro caso paradigmático es el de Gabriel García Márquez, quien manifestó explícitamente su simpatía con la causa revolucionaria. Desde el triunfo mismo de la Revolución Cubana García Márquez viajó asiduamente a la isla como periodista invitado por Fidel Castro, con quien sostendrá una amistad que hará pública trabajando en La Habana para la agencia Prensa Latina, que fundó, entre otros, Rodolfo Walsh. En este sentido, Matilde Sánchez ha señalado que la actuación de los escritores latinoamericanos respecto de la causa cubana y el llamado *boom* latinoamericano pueden ser considerados el punto de máximo de combinación y acuerdo entre los lectores, la crítica y el mercado⁴³.

En estos años hay un notable auge de *lo social* y lo sociológico, un auge que se expresó y hasta pareció mezclarse con lo literario. Esta inclinación imprimió variaciones en el registro literario específico y en la relación del escritor con los temas históricos o filosóficos. No es casual que en estos años la literatura comience a ser objeto de teorizaciones sociológicas en todo Occidente, en tanto objeto ideológico o producto social. Así Theodor Adorno, Walter Benjamín, Mijail Bachtin, Roland Barthes, Rymond Williams, Michael Foucault, Tiniánov Jakobson, Jurij Lotman, Georg Lukács, o Pierre Zima, entre otros, enriquecieron las discusiones e influenciaron los estudios literarios aplicando a sus esquemas de análisis variables propias de la estructura social. Estos son años donde se producen importantes innovaciones en el campo de la investigación literaria especializada, donde los discursos ajenos a la literatura serían asimilados por el discurso ficcional en un intercambio activo con las significaciones ideológicas de quienes lo producen. Desde

⁴² Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Life and Thought in Mexico, Nueva York, 1961, p.151.

⁴³ Matilde Sánchez, "Un linaje de Brillantes novelistas", *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.106.

esta perspectiva se observa que en los textos literarios hay una confrontación de múltiples discursos: filosóficos, religiosos, políticos, económicos, etc., que limitan, disputan, asedian o potencian determinados rasgos en las representaciones estéticas. Determinar que un libro es literario sería, desde esta óptica, simplemente reconocer o identificar el predominio de una función discursiva sobre muchas otras que conforman un texto.

Los nuevos estudios literarios comienzan en estos años a considerar el lenguaje como un sistema vivo no-estable, donde se destaca la asunción del punto de vista, las condiciones de producción dentro de la narración, la existencia de funciones dominantes y funciones subordinadas. Es decir, rastros estéticos legibles en el texto que serían efectos de un orden de producción simbólico-literaria hegemónico y determinado, un orden que ha mutado a lo largo del tiempo y que se supone cambiará en el futuro. Eso es lo que inferían muchas de las más diversas y citadas investigaciones que analizaban las rupturas estéticas en la literatura del pasado. Los analistas impusieron a partir de entonces una noción de sistema a través de parentescos, de descendencias y de epígonos que permitían definir rasgos principales, rasgos alternativos, modificación de tradiciones, e incluso la construcción de una nueva hegemonía literaria⁴⁴.

Dicha influencia germinó y se robusteció en el discurso *ideologizado* de buena parte de los intelectuales de la época; así lo expresa en 1961 el escritor argentino Ernesto Sábato, quien durante una entrevista le preguntan:

-“¿Se considera usted revolucionario?”-: “Por supuesto. (...) ¿Qué es un intelectual para mí?. Un hombre de ideas y de libros. ¿Para qué sirve?. Entre otras cosas, como se ha visto, para convulsionar el mundo (como lo prueban dos libros: El Evangelio y el Manifiesto Comunista) y para levantar las manos con alpargatas. ¿Qué papel se

⁴⁴ Respecto al desarrollo de la investigación literaria ver Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura y Sociedad*, Hachete, Buenos Aires, 1983.

debe desempeñar el día que se arme?. Luchar por las ideas que antes defendió en el papel, luchar, si es necesario, con el fusil en la mano. Porque, atención, no llamo intelectual a cualquier rata de biblioteca, ni a cualquier poetita por el simple hecho de haber perpetrado un librito. No: estoy hablando de los intelectuales que escriben con sangre, no con tinta, y que por lo tanto, son capaces de derramarla cuando se trata de defender sus ideas. Intelectuales, en fin, como Marx, como Lenin, como Martí, como Sarmiento, como nuestro José Hernández y como el Miguel Hernández de allá. Intelectuales como Saint-Exupery y como Malraux, como Schweitzer y como Camus”⁴⁵.

En esta cita Sábato da su definición de intelectual en tanto hombre de libros e ideas. Esta concepción encierra un fecundo sentido de época, el mandato del compromiso moral, un espíritu de intransigencia, fidelidad y acción consecuente con lo que se piensa.

3.2.4. Casa de las Américas y el boom editorial latinoamericano

Otra de las publicaciones más destacadas del período fue *Casa de las Américas*, cuyo primer número fue lanzado en mayo-junio de 1960 desde La Habana. La revista bimensual *Casa de las Américas* era un órgano dependiente del Centro Revolucionario de la Cultura Latinoamericana y tuvo como máximos responsables a Antón Arrufat y Fasto Masó. La revista fue creada con el objetivo primordial de tejer una red político-ideológica que diera contención a la joven Revolución Cubana y permitiera reforzar una identidad continental en la comunidad intelectual latinoamericana⁴⁶. *Casa de las Américas*, que tuvo originalmente como director y vice a Haydée Santamaria y Alberto Robaina respectivamente, propuso convertirse no sólo en el eje articulador de la diversidad de líneas intelectuales latinoamericanas

⁴⁵ Ernesto Sábato, entrevista titulada “¿Para qué sirve un intelectual?”, por Franco Moggi en *Che*, Año 1, N° 8, Buenos Aires, 1961, p.21.

⁴⁶ El proyecto *Casa de las Américas* buscó revitalizar un imaginario latinoamericano en tanto espacio de pertenencia común a todos los países que integraban el continente y reflatar esa línea de continuidad histórica que tenía su precedente último y más significativo en las campañas libertadoras supranacionales de Simón Bolívar y José de San Martín.

de izquierda, sino que aspiró también a establecer un lugar de encuentro permanente para escritores, periodistas y hombres de letras. Abrir un espacio de intercambio, de promoción y de mediación ideológica que se tradujese en una práctica intelectual y una política editorial clara y homogénea hacia el público en general⁴⁷.

En su primera entrega *Casa de las Américas* incluyó textos de Ezequiel Martínez Estrada, los cubanos Virgilio Piñera y Arrufat, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el colombiano Luis Enrique Valencia y el mexicano Carlos Fuentes. Los temas tratados por la revista eran diversos, aunque los culturales y políticos fueron los protagonistas. Es clara y constante la intención de resaltar las similitudes en las experiencias y expectativas -tanto estéticas como políticas- de los autores, así como también las dolencias, miserias y luchas sociales comunes a los distintos países latinoamericanos. El éxito de *Casa de las Américas* fue inmediato en los círculos intelectuales, muchos escritores latinoamericanos ganaron reconocimiento internacional a través de *Casa de las Américas*. De hecho todos aquellos que constituirían el eufórico *boom* literario de los sesenta colaboraron con la revista, así por caso: Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Juan Gelman, Francisco Urondo, Octavio Paz, Pablo Neruda, José María Argüedas, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ángel Rama, entre otros –a su hora- fueron entusiastas participantes de esta propuesta. Escritores como Eros Ferrán Bortolato, Bryce Echenique, José Danoso, Alberto Duque o Jorge Onetti, hasta entonces consagrados al olvido y

⁴⁷ La revista uruguaya *Marcha* fue la pionera en el intento de desarrollar una articulación ideológico-intelectual latinoamericana. De hecho *Marcha* estuvo muy vinculada a *Casa de las Américas*, puesto que “a través de veinticinco años (...) reconoce este objeto y busca constituirlo en lema de una lucha. Ya en su primer número de 1939 *Marcha* había proclamado su vocación latinoamericanista en las intervenciones de su director, Carlos Quijano (y luego Ángel Rama), en las cuales la definición de la identidad se hacía en términos antiimperialistas y terceristas”. Ver Claudia Gilman, ob.cit., p.79. Por otra parte, Jorge Onetti (entrevista realizada por J.S.Serrano: “Grandes personajes a fondo”, TVE, Madrid, 1976) recuerda la importancia de la red de apoyo material y humano de la gente de *Marcha*, puesta a disposición de la iniciativa cubana.

dedicados a tareas diversas para poder subsistir, cobraron visibilidad gracias este fenómeno. En parte gracias a la relevancia que *Casa de las Américas* dio a sus trabajos, Mario Vargas Llosa a los treinta y un años de edad recibió en 1967 el Premio Rómulo Gallegos. El discurso que dio en Caracas con motivos del evento se tituló *La literatura es fuego*. En esa intervención recordó palabras de Sartre y Camus: “las palabras son actos” –dijo-, “La literatura significa inconformismo y rebelión, la razón de ser de un escritor es la protesta, la contradicción y la crítica”⁴⁸. En ese discurso proclamó también su solidaridad con las causas de izquierda y con el socialismo internacional⁴⁹.

En el número cinco de *Casa de las Américas* se integró al consejo de redacción Martínez Estrada, que participó de la revista hasta su muerte; igualmente ocurrió con el mexicano Juan José Arreola y el paraguayo Elvio Romero. En el número 13-14 hicieron lo propio Julio Cortázar y José María Emmanuel Carballo. A partir del número 26 se sumó Sebastián Salazar Bondy y en el número 30 la dirección de la revista (polémica de por medio) pasó a manos de Roberto Fernández Retamar. Con el tiempo y en sucesivas entregas se sumaron al comité de redacción el haitiano René Depestre, Jorge Zalamea, David Viñas, Mario Benedetti y los cubanos Lisandro Otero y Edmundo Desnoes.

Durante estos años *Siempre*, *Revista de la Universidad*, *Revista Mexicana de Literatura* (México), *La Bufanda del Sol* (Ecuador), *Amaru* (Perú), *Marcha* (Uruguay), *El Escarabajo de Oro*, luego *El Grillo de Papel* y *La Rosa Blindada*, *Nuevos Aires* o *Tiempos Modernos* (Argentina), entre muchas otras publicaciones,

⁴⁸ Cita extraída de Paul Brito, “Mario Vargas Llosa y el fuego de la literatura”, *El Hispano*, Año III, Nº23, Barcelona, noviembre 2005, p.31.

⁴⁹ No obstante, en 1971 Vargas Llosa renunció al comité de la revista *Casa de las Américas* e hizo públicas sus críticas a Fidel Castro. Desde entonces su distanciamiento con la izquierda y el progresismo fue cada vez mayor. Hasta verse, paradójicamente, comprometido en 1989 como candidato presidencial de la más acérrima derecha peruana.

reforzaron sus suplementos y abrieron sus columnas a los nuevos autores y mantuvieron relaciones de proximidad con *Casa de las Américas*. Los viajes a la isla, la fluida relación y la red de préstamos y colaboración que mantenían las revistas no sólo reforzó la idea de Latinoamérica como la Patria Grande, sino que la solidaridad con Cuba aglutinó a los solitarios y aislados núcleos intelectuales en activos centros de intercambio e influencia cultural y política.

En este sentido *Gaceta Literaria* publicó en una de sus editoriales:

“Una serena voluntad hace que los pintores, los escritores, los cineastas, los actores, los músicos –en fin, todos los que han hecho algo por la belleza de los hombres- alcen su voz por Cuba, y ofrezcan, sin grandes gestos, su propia vida para defenderla. No es poco: para un creador la vida no es sólo la edad de los huesos sino la magia del tiempo hecha conciencia que no es poco. Y todo eso está junto a Cuba y estará en ella si es necesario. Serenamente, porque la serenidad es el coraje de la inteligencia”⁵⁰.

El ideal revolucionario se convirtió en el paradigma alrededor del cual se reunió la nueva generación latinoamericana de escritores y *Casa de las Américas*, como órgano asociativo, era un importante responsable de su articulación ideológica. En 1961 durante un reportaje Franco Moggi le preguntó a David Viñas: “sin eufemismos ni inútil modestia, ¿para qué escribe usted?” y Viñas respondió:

“Uno escribe para vengarse. Para vengarse de los farsantes, de los alcahuetes, de los que hacen “carrera literaria”, de los hijos de puta, de los hombres de mi generación que encuentran argumentos astutos para justificar la entrega. He tenido además una experiencia que vino a completar todo esto: el problema latinoamericano, que en un primer momento era un poco retórico, de juegos florales. Creo que hoy se puede ir a una etapa “continentalista” pues ya el planteo continental no es telúrico ni vago, sino bien preciso. Hoy el escritor en América Latina se dirige a un público concreto”⁵¹.

⁵⁰ “Editorial” (sin firma), *Gaceta Literaria*, Año 4, N° 21, Buenos Aires, 1960, p.1.

⁵¹ David Viñas, entrevista titulada “Un cross a la mandíbula” por Franco Moggi en *Che*, Año 1, N° 7, Buenos Aires, 1961, p.20. El director de la revista era Pablo Giusani y en la redacción participaban Susana Lugones, Carlos Barbé, Julia Constenla, Francisco Urondo, Oscar Goutman y Victor Torres.

El ideal revolucionario que aglutinó a la generación de intelectuales que hemos mencionado, en la Argentina fue contemporáneo con los años de mayor crecimiento editorial de todo el período. Entre 1962 y los primeros años de la década del setenta, si bien tuvo sus particularidades, la explosión del libro argentino estuvo en consonancia con el llamado *boom* latinoamericano e incluso fue uno de sus protagonistas más destacados. En estos años la venta y distribución de libros no se limitó a las librerías sino que se extendió a circuitos no habituales como kioscos de diarios y disqueras, y aunque mantuvo la tradicional línea de los *best sellers* norteamericanos el signo de los catálogos se nacionalizó. Dicho *boom*, su estética desenfadada, imaginativa y visceral atrajo la atención de lectores de todo el planeta y generó cifras de venta desconocidas para las editoriales, que a mediados de la década se habían convertido ya en una industria considerable.

A su vez, la popularidad de los escritores incrementó su prestigio social y dio cuenta del auge de la cultura del libro que se vivía. Por primera vez la larga lista de intelectuales que colaboraban asiduamente con *Casa de las Américas* eran solicitados por medios periodísticos no específicamente culturales o especializados, se les dedicaban portadas y se los invitaba a participar de programas radiales y televisivos para opinar de temas diversos. La industria del libro era pujante y los oficios relacionados con ella gozaban de un reconocimiento social, así traductores, correctores, imprenteros, vendedores y distribuidores tenían su lugar en el mercado laboral. Quizás el caso paradigmático de la época fue Eudeba, recordemos que comenzó su actividad en junio de 1958, y que ya para 1962 había publicado alrededor de 3.000.000 de ejemplares, en 1964 más de 400 títulos y en 1966 alcanzó los 10.000.000 de ejemplares editados, convirtiéndose no sólo en la mayor editorial de habla hispana y en la mayor editorial universitaria del mundo, sino también en un

potente y accesible órgano de divulgación e intercambio científico, político y cultural. Como lo han señalado Hernán Invernizzi y Judith Gociol, el último pico de dicha industria fue en 1974, con casi 50 millones de ejemplares impresos y un tiraje promedio de más de 10.000 ejemplares. Todo fue para peor a partir de entonces: 41 millones en 1975, 31 millones en 1976, 17 millones en 1979⁵².

La acción de ahogamiento y persecución político-ideológica comenzó con el golpe del general Juan Carlos Onganía en 1966, una dictadura culturalmente retrógrada cuyo proceso se extendió hasta 1973 y que implementó medidas de prohibición y censura de obras con leyes como la 16.970/66 -de Defensa Nacional- y la 17.401 -de Represión y Prevención de las Actividades Comunistas-, acciones que serían complementadas por el terrorismo de Estado y la desaparición de personas a partir de 1976.

No obstante y por último, hay que señalar que el ideal revolucionario que aglutinó a esta generación de intelectuales latinoamericanos (y latinoamericanistas) alrededor de la Revolución Cubana y *Casa de las Américas* como su órgano más oficioso, vivió una fuerte crisis de cohesión hacia finales de la década del sesenta. Quizás el evento que marcó oficialmente un rompe aguas en el interior del grupo fue la primer Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), un evento realizado del 31 de julio al 10 de agosto de 1967 en La Habana y dirigido por Régis Debray. El objetivo de la OLAS fue convertirse en el instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. Allí la dirigencia cubana logró imponer su definición de lo que era una vanguardia y cuáles debían ser las líneas prioritarias de acción de todas las organizaciones o grupos considerados revolucionarios. Una vanguardia revolucionaria sería a partir de

⁵² Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *Un golpe a los libros*, Eudeba, Buenos Aires, 2003, p.58.

entonces una vanguardia armada, y un intelectual revolucionario un intelectual al servicio de la vanguardia política, es decir, un intelectual *orgánico*. Ante esta taxativa definición por parte de la conducción cubana, una importante porción de letrados que mantenía posiciones críticas -o que defendían el espíritu crítico del pensamiento libre como su basamento de acción intelectual- chocó frontalmente con las exigencias de disciplinamiento que se requería desde la isla.

La OLAS fue el evento que marcó claramente la opción entre intelectual *crítico* e intelectual *orgánico*, es decir, fue el evento que exigió el paso de una explícita aunque laxa adhesión a los ideales cubanos, hacia un compromiso político estricto con dichos ideales. Hubo quienes optaron por conservar su independencia de los rígidos lineamientos políticos de la dirección política y hubo quienes apoyaron las convicciones revolucionarias y los imperativos político práctico-contingentes por sobre las tareas específicamente intelectuales. Quienes se comprometieron con los requerimientos de la proclamada vanguardia revolucionaria cubana pero continuaron desarrollando actividades artístico-culturales, es decir, quienes siguieron escribiendo solidariamente con la lucha político-militar, apuntaron sus críticas al intelectualismo como práctica burguesa, dispararon contra el elitismo y la consagración personal a través del mercado editorial y cuestionaron desde qué se escribía hasta cómo se escribía, y definieron cuáles eran los géneros que contribuían más y mejor a la causa revolucionaria.

3.3. Conceptualizaciones de la violencia

Hubo tres libros que tuvieron una temprana y decisiva influencia en las conceptualizaciones de la violencia y la lucha armada en los intelectuales y las organizaciones político-militares argentinas de los *sesenta-setenta*: *Los Condenados*

de la Tierra (1961) de Franz Fanon; *La Guerra de Guerrillas* (1960) de Ernesto Guevara; y *¿Revolución en la Revolución?* (1962) de Régis Debray. La importancia de estos textos estuvo dado, fundamentalmente, por la línea interpretativo-conceptual que desarrollaron de la lucha armada como método principal de acción por parte de las organizaciones revolucionarias en los entonces llamados procesos de *liberación nacional* en países del Tercer Mundo.

Si bien los análisis de Fanon, Guevara y Debray abordaron la cuestión de la violencia revolucionaria desde orígenes y referencias diferentes, los autores coincidieron en tres puntos esenciales: en primer lugar, se revelaron ante el sufrimiento de los hombres, no toleraron las desigualdades, la pobreza, la miseria, el hambre y el abuso de los poderosos. En segundo lugar, vieron un proceso de continuidad en los alzamientos armados por la independencia que vivían algunos países del Tercer Mundo, en especial las colonias que poseían británicos, franceses, belgas y holandeses en África y Asia. Y en tercer lugar, los tres autores realizaron una novedosa racionalización de la violencia no sólo como método principal y más efectivo de acción en la consecución de objetivos políticos, sino también como un proceso de liberación catártica de la subjetividad, la moral y la conciencia sometida del hombre.

3.3.1. Los Condenados de la Tierra de Franz Fanon

Los Condenados de la Tierra de Fanon, introdujo conceptos como los de centro, periferia y neocolonialismo, aunque tal vez su aporte teórico más significativo fue aplicar un desplazamiento conceptual de la clásica tesis marxista del *Manifiesto Comunista*. La contradicción principal del sistema capitalista planteada desde el marxismo clásico estaba definida en términos de clases, es decir, entre la

Burguesía y el Proletariado. Fanon creía que esta contradicción no era central en el caso de los países sometidos del Tercer Mundo, sino que dicha contradicción principal, antagónica e irreductible del sistema capitalista debía concebirse entre *naciones opresoras y naciones oprimidas*, es decir, entre metrópolis y colonias, entre *imperialismo y nación*. En el esquema de Fanon los conflictos de clase ocupaban un segundo plano. Este giro conceptual suponía la posibilidad de que los intereses de las burguesías nacionales fueran compatibles con las del proletariado o el campesinado. En este sentido, las elites dirigentes nacionales estaban en condiciones de conformar un bloque común con su propio pueblo y establecer un nuevo orden. Para Fanon, había que derrotar a los ejércitos de ocupación de las metrópolis y la acción de los socios internos que las metrópolis alimentaban en los países subdesarrollados y dependientes. Es decir, no sólo colocó la cuestión nacional en el centro del debate sino que adjudicó la resolución del conflicto a la violencia popular, a la violencia en manos del pueblo oprimido. Conseguir la libertad, lograr la independencia -terminar con la dominación- era para Fanon una responsabilidad del pueblo, nada ni nadie podía relevarlo de esa tarea⁵³.

Fanon complementó su análisis con dimensiones que combinaron aspectos históricos, políticos e incluso morales y psicológicos, dimensiones que se combinaron en una argumentación que racionalizó y reivindicó explícitamente el uso de la violencia como método fundamental de resolución de la contradicción. Desde su perspectiva la intensidad represiva evidenciaba que la violencia del explotador no

⁵³ En estos años Gillo Pontecorvo dirigió “La batalla de Argel”, una película que mostraba el desarrollo del conflicto argelino y la acción represiva del ejército francés, entre otras barbaridades, los métodos de tortura aplicados contra los milicianos civiles. Esta película que desarrolló claramente la perspectiva de Fanon, fue un film muy visto en la Argentina. Otra de las películas icono de la época que se planteó desde esta óptica fue “La hora de los Hornos” de Fernando Pino Solanas y Octavio Gettino, título que hacía referencia a las palabras del Che Guevara en el *Mensaje a los pueblos del mundo* emitido por la Tricontinental en abril de 1967, poco antes de ser asesinado en la selva boliviana. “La hora” –decía el Che Guevara- “donde no ha de verse más que luz”.

entendía más razones que las de una lógica de dominación, y que sólo podría ser detenida por una fuerza mayor, por una fuerza popular con fines liberadores y por lo tanto justos. En opinión de Fanon, la realidad podía dividirse básicamente en dos planos, la opresión y la conciencia de dicha opresión⁵⁴. La hipótesis central del autor se fundó en que el desarrollo de la conciencia revolucionaria de los hombres era proporcional a la opresión que recibía, es decir, a mayor opresión mayor conciencia de la opresión. Algunas organizaciones políticas argentinas tradujeron esta idea como el *cuanto peor, mejor*, esto es, cuanto más descarnada, explícita y directa fuera la acción represiva de los sectores dominantes, más -se suponía- que se desarrollaría la conciencia del oprimido. Una conciencia, asimismo, que desataría la violencia popular y con ella la posibilidad de encausarla hacia una hecatombe final de carácter revolucionario. Así pues, una manera de acelerar el desarrollo de la conciencia política en la población era provocar un estado de desestabilización tal que obligara a las fuerzas represivas a intensificar su acción, desnudando así su verdadera naturaleza, su verdadera razón de ser y su único fin: mantener la dominación, la explotación y contener el *ser* nacional.

Los Condenados de la Tierra no fue un libro marginal. De hecho Sartre, figura central e indiscutida de la intelectualidad occidental de aquellos años escribió el prólogo, un prólogo donde afirmaba con contundencia que:

“Es el fin, como verán ustedes: Europa hace agua por todas partes. ¿Qué ha sucedido? Simplemente, que éramos los sujetos de la historia y que ahora somos sus objetos. La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización. (...) Matar a un europeo es matar a dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un

⁵⁴ La idea de diferenciada entre opresión y conciencia de la opresión es un postulado que Fanon toma de Marx, aunque -como dijimos- él introduce variables propias en ese esquema de pensamiento.

opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre”⁵⁵.

En la Argentina el texto desató la polémica y la discusión, pues si bien muchas de las condiciones descritas por Fanon podían ser homologables a la situación de otros países, había elementos importantes del texto que no lo eran. De cualquier modo y como fuera, la violencia se convirtió en uno de los principales temas de discusión de la época, así lo señaló Horacio González en un documento para la discusión de la revista *Nueva Conciencia* cuando decía:

“el problema de la violencia se transforma en un problema político de primera magnitud. En efecto, como Fanon lo señala, la violencia pasa a ocupar un lugar de importancia capital en el plano de la táctica política y de la historia”⁵⁶.

Para buena parte de la izquierda argentina de la época, la lectura de Fanon planteaba una serie de preguntas muy concretas: ¿cuándo puede decirse que la situación está madura para desarrollar un movimiento de liberación nacional?, ¿quién es el sujeto revolucionario? y ¿cuál debe ser su vanguardia?. Las ideas de Fanon tuvieron múltiples accesos y traducciones en la Argentina. Entonces los libros, las canciones y las películas se mezclaban en un clima de ideas donde las voces de Fanon y Sartre diciendo Argelia se confundían con la de Cooke diciendo Argentina, con los discursos del Che hablando de Socialismo y con la de Perón dirigiéndose a la clase obrera o al pueblo peronista.

Hay que decir, no obstante, que el esquema de Fanon describiendo un enfrentamiento entre naciones sufrió un desplazamiento no siempre destacado por

⁵⁵ Jean Paul Sartre, “Prólogo”, en Franz Fanon, *Los condenados de la Tierra*, Txalaparta, París, 1961, p.23 y p.47. Y agrega: “el superviviente por primera vez siente un suelo nacional bajo las plantas de sus pies”.

⁵⁶ Horacio González, “Bibliográficas, Documentos del Tercer Mundo”, *Nueva Conciencia*, Año 1, Nº1, Buenos Aires (junio-julio), 1964, p. 34.

quienes analizaban el texto y lo utilizaban como esquema para sus propias argumentaciones. Recordemos que para Fanon el enemigo a vencer eran las fuerzas de ocupación francesas, pero en Argentina el enemigo identificado por las organizaciones político-militares no era un ejército de ocupación, era un ejército con funciones diferentes a las de los países colonizadores. La función del ejército argentino y, en general el de todos los países latinoamericanos, no era el avance ofensivo o la defensa contra un enemigo exterior sino que su tarea estaba enfocada principalmente al control de las fuerzas populares insubordinadas al orden de los grupos dominantes dentro del país. Esto es, la represión de las fuerzas críticas del orden establecido en el interior de las fronteras. De allí el pleno ejercicio de las doctrinas de *Seguridad Nacional* y *Fronteras Ideológicas* que guiaron el accionar de las Fuerzas Armadas en toda la América Latina de estos años; doctrinas de las cuales se sirvió la dictadura de Videla a partir de 1976 para justificar el secuestro, tortura y desaparición sistemática de 30.000 personas y el exilio interior y exterior de más de 2.000.000⁵⁷.

En este sentido, lo que no se vio o de lo que no se previno, fue que las Fuerzas Armadas argentinas estaban muy bien preparadas para eliminar, no sólo a un enemigo armado y clandestino, sino justa y especialmente dispuestas a exterminar a todo un movimiento social que confió en la resolución política de sus conflictos. Un

⁵⁷ León Rozitchner ha trabajado detalladamente la idea de que las Fuerzas Armadas de los países dependientes son Fuerzas vencidas de antemano, puesto que han sido creadas sin ninguna capacidad de avanzar sobre territorios ajenos, ni posibilidad real de defenderse de los ejércitos imperiales. Es por esto, asegura Rozitchner, que las Fuerzas Armadas de los países dependientes como la Argentina ocultan tras la idea de defensa de un improbable ataque exterior su verdadera finalidad institucional, que es la de utilizar las armas contra una población indefensa en virtud de mantener el orden establecido y dominar a sus propios conciudadanos en la cadena internacional de la explotación. “Cuando sobreviene la crisis política y se declara la guerra, se pone en ejecución todo el mecanismo preparado, y el político y el militar trabajan estrechamente unidos para conseguir mediante el aniquilamiento del enemigo la imposición de su voluntad”. Ver *Perón: entre la sangre y el tiempo*, Tomo II, Catálogos, Buenos Aires, 2000, p.57.

En este sentido sirve de ejemplo el bautismo de fuego de la Fuerza Aérea Argentina, que *debutó* lanzando bombas contra la población en la Plaza de Mayo y la Casa de Gobierno en junio de 1955.

movimiento social que siempre permaneció en la superficie, en las unidades de base, en los barrios, en las fábricas o las universidades, y que sin utilizar más armas ni resguardos que sus ideas y palabras reclamaban por un cambio en la prácticas dictatoriales y proscriptivas de los sectores dominantes.

3.3.2. *La Guerra de Guerrillas: el valor de la moral, el ejemplo y la voluntad para el Che Guevara*

Otro de los libros que sustentó las concepciones de violencia revolucionaria y lucha armada en los intelectuales argentinos de los *sesenta-setenta* fue *La Guerra de Guerrillas* (1960) de Ernesto *Che* Guevara. Este libro fue escrito poco después de haber participado en la inesperada gesta revolucionaria cubana. Este texto, que circuló rápidamente por los diversos núcleos letrados de la época, recoge en primera persona lo que el Che Guevara consideró las tres conclusiones o aportaciones fundamentales que hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América. Ellas son: 1º) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2º) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Y 3º) en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Quien lea este libro se encontrará con un relato detallado de las tácticas y estrategias que llevaron a los guerrilleros cubanos a vencer a las Fuerzas Armadas del dictador Fulgencio Batista. Hay que destacar que el autor deja bien establecido desde las primeras páginas que Cuba no es un hecho excepcional, y por lo tanto es potencialmente repetible, aún por encima de las particularidades del tránsito histórico de los demás países de América. Incluso sumando –aclara el autor- el hecho de que

el capitalismo tomaría los recaudos represivos de la lección cubana. Eso si, todo lo anterior sería válido para Guevara una vez agotados todos los medios pacíficos y las opciones democráticas.

Para el Che, el éxito de la Revolución Cubana ponía de relieve que no vence el que dispone de más hombres o más armas sino quien dispone de la mayor capacidad de movilización colectiva y afectiva de la subjetividad de los combatientes. No obstante, *La guerra de guerrillas* advierte que el foquismo no tiene de por sí oportunidades de lograr el triunfo, pues se trata de una fase primaria de la guerra que se irá desarrollando hasta que el ejército guerrillero adquiriera las características de un ejército regular, momento en el cual estaría listo para acreditarse la victoria. El autor se repite en este punto:

*“El triunfo será siempre el de un Ejército Regular, aunque sus orígenes sean el de un Ejército Guerrillero”*⁵⁸.

Si bien *La guerra de guerrillas* es un texto con fines prácticos destinado a ofrecer consejos y señalar las problemáticas de la acción en el campo de batalla, se trata también de una caracterización detallada del espíritu del combatiente. Para Guevara el guerrillero era el combatiente de la libertad por excelencia, según sus propias palabras el guerrillero es “el elegido del pueblo, la vanguardia combativa del mismo en su lucha por la liberación”⁵⁹. Guevara concebía al guerrillero como el reformador social, como un hombre que hace suyas las ansias de liberación del pueblo. El Che veía al guerrillero como un hombre motivado por destruir un orden desmesuradamente injusto y, por lo tanto, con la intención de colocar algo nuevo en

⁵⁸ Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, Editorial 21, Buenos Aires, 2003, p.13. El destacado es mío.

⁵⁹ Ernesto Che Guevara, “Qué es un guerrillero”, ob.cit., p.123.

lugar de lo viejo. Esto es: el *Socialismo* y el *Hombre Nuevo* en lugar del capitalismo y el individualismo⁶⁰.

Pero el elemento más importante que el Che Guevara introduce y destaca en el texto es la moral intachable del guerrillero, la moral que guía un comportamiento ejemplar que lo acredite como un “verdadero sacerdote de la reforma que pretende realizar”. Desde esta perspectiva, la diferencia fundamental entre un mercenario y un guerrillero estaría dada por el ideal. Mientras el soldado profesional -el mercenario- lucha por dinero, el guerrillero lo hace por la justicia. Mientras un mercenario lucha por mantener un orden de explotación y miseria, el guerrillero lucha por la liberación de los oprimidos y el *hombre nuevo*, un hombre donde no habrá vestigios de individualismo y egoísmo. Para el Che la diferencia entre un mercenario y un guerrillero era cualitativa. La supremacía espiritual del guerrillero le permitiría imponerse a la superioridad numérica del enemigo. Para el Che era de esa profunda y legítima fuente de honestidad de donde emanaba la implacable voluntad revolucionaria que daba el coraje, la entrega absoluta y necesaria para sellar el triunfo final frente al enemigo.

En términos militares la moral jugaba un papel determinante, pues el guerrillero no estaba loco, ni era un suicida. Al contrario, era perfectamente consciente de su inferioridad numérica y armamentística. El guerrillero sabe de la eminente posibilidad de su muerte en una guerra desigual y prolongada. O peor aún, sabe del infinito sufrimiento de la tortura a la que será sometido en caso de caer en

⁶⁰ En este sentido Ismael Viñas decía desde las páginas de la revista *Liberación*: “parece casi increíble que a esta altura se deba discutir sobre la violencia entre quienes dicen ser revolucionarios. Los revolucionarios no hacemos un culto de la violencia, pero tampoco somos herbívoros. Sabemos que el régimen no será derrotado pacíficamente, que los privilegiados no se dejarán despojar cortés y amablemente de sus privilegios. No es eso sólo: la reacción usa permanentemente la violencia. Para mantener la explotación de los trabajadores. Para impedir la labor de esclarecimiento. Para impedir que el pueblo participe de los derechos de la propia democracia burguesa”. Ismael Viñas, “Editorial”, *Liberación*, Año 3, N° 23, Buenos Aires, 1964, p. 4.

manos del enemigo. Sin embargo, señala el autor, lo revolucionario y sorprendente de esta forma de combate radicaría en la energía sobre-excitada de la moral del combatiente, capaz, entre otras cosas, de *quebrar* la del enemigo. Desde esta concepción, la moral es parte de la lucha. La moral sería cuantificable –como los fusiles o las bombas-, es decir, la moral podría ser usada como un recurso que debía ser calculado por la conducción militar. Quizás por eso se argumentaba entonces, como lo hacía Héctor Schmucler, que:

“la revolución se debe realizar aún cuando las fuerzas productivas bajo el capitalismo pudieran tener un desarrollo indefinido, puesto que lo revolucionario es, sobre todas las cosas, la voluntad revolucionaria”⁶¹.

Visto desde una perspectiva actual, es precisamente en el núcleo de la propuesta guerrillera donde radicó su principal problema. Ese empuje vital del militante, ese amor a la causa, esa afectividad libidinal que el sujeto deposita en el ideal revolucionario, esa energía sobre-excitada del militante: ¿cómo es que debía llegar a convertirse en un arma cuantificable, en un ingrediente técnico aplicable a la guerra?... Lo que surge aquí es el problema de la eficacia, el problema del orden, el problema de la dispersión, la heterogeneidad y la falta de cohesión en un grupo de hombres, que si bien puede haber llegado individual o grupalmente a la misma conclusión, al pleno convencimiento de que sólo podrán alcanzar sus objetivos políticos a través de la organización de un ejército regular (asumiendo que ya se han agotado todas las vías pacíficas para lograr un cambio), y sin embargo, no saben, no conocen, no se atreven, o no pueden dar ese paso hacia la acción concreta. Es decir,

⁶¹ Héctor Schmucler, “Problemas del Tercer Mundo”, *Pasado y Presente*, Año 1, Nº 4, Córdoba, 1964, p. 288.

el problema que surge aquí es el de un militante que no está adoctrinado militarmente.

Imprimir una doctrina militar se convirtió así en un requerimiento no sólo de eficacia, sino fundamentalmente de supervivencia. Un requerimiento sencillamente ineludible pero a la vez muy alejado de la espontaneidad o la improvisación, pues sin preparación militar, frialdad y exactitud se sucederán más tarde o más temprano los fallos que devendrán en la propia muerte. En este sentido, a mi juicio, la doctrina militar no tiene nada que ver con la voluntad individual. Todo lo contrario. La doctrina militar está destinada a dar cohesión moral y táctica a los mandos, y a convertir los desvíos individuales en movimientos coordinados. Asimismo, la doctrina militar, la doctrina de la guerra, no sólo esta dirigida a lograr la cohesión de criterios en la acción frente al enemigo, sino, fundamentalmente, a controlar los sentimientos y el miedo del combatiente. Desde la perspectiva de la guerra (no de la política) únicamente un *principio de autoridad* fuerte depositada en la figura del líder podría imponer la unidad moral, intelectual y afectiva que empuje al combatiente a avanzar frente al fuego enemigo en una marcha donde habrá pérdidas individuales pero que finalmente estará destinada a lograr la victoria del conjunto.

Pero el sustento último de la *autoridad* militar no es simbólica, es decir, no descansa en el respeto, la moral, la jerarquía o la valentía demostrada por el jefe. La autoridad militar radica en el temor que imprime la fuerza material. Es necesario que el soldado tema tanto o más al castigo de sus oficiales como a los peligros a los cuales se expone en el campo de batalla. Imaginemos -los neófitos- que imponer el respeto y el miedo a un grupo de hombres no debe ser tarea sencilla. Requiere de tiempo, de paciencia, de preparación, de contundencia y rigor en la aplicación práctica del castigo y la muerte. Una cosa es pensar, decir o escribir que se está

dispuesto a dar la vida o a aplicar la muerte por un ideal, y otra cosa es tener la valentía o la decisión para hacerlo. Ahora bien, ¿aplicar la muerte y el miedo no era repetir la lógica del oponente al que se enfrentaba?. ¿No era repetir la mecánica de sometimiento y las marcas del terror en los hombres?.

Si trazamos un paralelismo en el imaginario de muchos lectores que consideraban a Cuba algo así como La Meca revolucionaria latinoamericana, podríamos decir que el Che era algo así como el Jesucristo revolucionario de aquella Meca, el Jesucristo de los pobres, de los necesitados y oprimidos. El Che era el hombre que se había jugado generosamente la vida por la revolución cubana y el que *gloriosamente* dio la bienvenida a la muerte en Bolivia. Su ejemplo aguerrido fue un mensaje destinado a consagrarse en la afectividad de los militantes, sin mediaciones: Revolución o muerte. Su ejemplo funcionó como un principio de autoridad en sí mismo, un mensaje directo y sin confusiones, el del militante dispuesto a morir por sus ideales. El mensajero era el mensaje, el del héroe mítico, romántico e implacable, el ejemplo del sacrificio individual en pos del proyecto colectivo, el del sufrimiento martiriológico y la crucifixión en virtud de un proyecto que lo trascendería. Sin duda fue un ejemplo extremo para toda una generación. Un ejemplo cargado de un imperativo moral categórico, taxativo, un ejemplo que fue un *mandato* de absoluta totalidad, de absoluta plenitud, de liberación o de muerte, de todo o nada.

3.3.3. ¿Revolución en la Revolución?: Regis Debray

El tercero de los libros que analizamos aquí y que tuvo gran influencia en la conceptualización de la violencia revolucionaria y la lucha armada en la Argentina de los *sesenta-setenta* fue *¿Revolución en la Revolución?*. Dicho texto fue escrito en 1962 por Regis Debray, un intelectual francés que desde Cuba y con el

asesoramiento de Fidel Castro teorizó acerca de la experiencia revolucionaria cubana. Las ideas más influyentes y originales redactadas por Debray pueden resumirse en dos tesis fundamentales: 1º) América Latina está madura para la revolución. Y 2º) la transformación revolucionaria se logrará mediante la organización de un foco guerrillero cuya experiencia debe ser llevadas adelante en el ámbito rural.

En el primer caso, para Debray el sistema existente se sustentaba sólo por la acción de las Fuerzas Armadas al servicio de la oligarquía en el poder, apoyadas por el imperialismo de los Estados Unidos. Por ello Debray confiaba en que:

“Los problemas consisten en cómo destruir éstas fuerzas armadas y al mismo tiempo preparar a las masas para que asuman su parte en la toma del poder, y en poner en marcha la construcción de la nueva sociedad socialista. Segundo: Estos dos problemas pueden y deben resolverse como fueron resueltos en Cuba: mediante el establecimiento y el desarrollo ininterrumpido de un foco guerrillero”⁶².

Asimismo, para Debray el proceso de militarización tenía por ambición el cumplimiento simultáneo de tres objetivos políticos considerados decisivos en la consecución de la revolución:

- a) de la propia lucha emergen una dirección y una vanguardia política experimentada;
- b) las fuerzas armadas del Estado existente son empujadas a la batalla y vencidas;
- c) la lucha de guerrillas politiza a las masas.

Según la metáfora utilizada por Debray, las fuerzas guerrilleras serían un *motor pequeño* capaz de poner en funcionamiento el *gran motor* que son las masas.

⁶² Citado en Leo Huberman y Paul Sweezy, “Debray: su fuerza y su debilidad”, en *Debray y la revolución latinoamericana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970, p.10

La acción del motor pequeño asienta las bases para el acto final del drama revolucionario ejecutado por el gran motor, que puede adoptar formas diversas, una huelga general o una insurrección urbana dirigida a tomar los resortes del poder desguarnecidos por la acción de la vanguardia. Para Debray, lo esencial no era crear condiciones a través del paciente trabajo político sino provocarlas en la superficie social mediante la acción de la guerrilla. Sólo la acción militar del foco guerrillero podía cumplir esta función, y esta función se cumpliría –a su juicio- de dos maneras: primero, atrayendo a la gente joven que ya posee la comprensión política necesaria, agrupándola en una vanguardia disciplinada. Y segundo, disipando el miedo, que era, a su juicio, la principal sino la única fuerza que mantenía inmóviles a las masas⁶³.

Asimismo, Debray subrayó la importancia de que estas experiencias sean llevadas adelante en el ámbito rural, pues consideraba que:

“esas condiciones materiales llevan ineluctablemente al foco a proletarizarse moralmente y a proletarizar su ideología (...) es así como la guerra de guerrillas opera siempre una mutación profunda de los hombres y de sus ideologías”⁶⁴.

La teorización de la lucha armada realizada por Fanon, Guevara y Debray combinó variables culturales, ideológicas, políticas y psicológicas, donde se suponía que el carácter espontáneo y por tanto popular de la lucha, desataría un proceso

⁶³ Durante una entrevista León Rozitchner comentó al respecto: “No es que me pareciera mal que Debray articulara las ideas de la revolución cubana, sino que se lo leyera acá (en Argentina) sin tener en cuenta las singularidades propias del país. (...) Habría que haber tenido la precaución de detenerse en las particularidades de las condiciones de represión de nuestro país, de la historia, de la cultura general. Yo creo que de algún modo es lo que ocurrió con el Che Guevara, quien no merecía terminar tan desprolijamente en Bolivia”: León Rozitchner, entrevista del autor, 30-08-2005, Buenos Aires, Argentina.

⁶⁴ Regis Debray, “El castrismo: la gran marcha de América Latina”, *Pasado y Presente*, Año 3, N° 7-8, Córdoba, 1965, p.150. No obstante lo expuesto en su libro, el propio Debray en 1970 dirá que *¿Revolución en la Revolución?* era simplemente un panfleto político con abreviaciones voluntariamente exageradas y cortes concientemente abruptos, un trabajo que era en sí mismo un extracto ideológico impuesto por su contenido práctico. Dirá: “Sólo tenía una ambición: contribuir a romper un bloqueo mental, a la vez teórico y práctico, que cerraba el desarrollo de la lucha revolucionaria armada, aclarando bien que sólo se trataba de los lugares en los cuales, en ese momento, se llevaba a efecto”. En Regis Debray, “Una respuesta”, L.Hubermann y P.Sweezy, ob.cit., p.112.

catártico liberador y crearía una unidad de hecho que forzaría a las partes a la resolución militar final de sus conflictos. Dichas tesis se sostuvieron desde una perspectiva que plateó los conflictos en términos dicotómicos *amigo/enemigo*, y contó con los efectos psicológicos del miedo. Por otra parte, hay que resaltar que la lucha armada era considerada la *praxis* misma del *ser/estar haciendo* la revolución. La más alta expresión de compromiso militante. Era la credencial de la entrega absoluta, concreta y material, y no de ejercicios intelectuales típicamente pequeño burgueses. La lucha armada era, por último, una garantía de no retorno que imposibilitaba la negociación política reformista. Luego no había vuelta atrás.

3.3.4. El Antiintelectualismo

El antiintelectualismo es una idea que podríamos sintetizar en la frase: *hablando no se cambia nada*, o en la pregunta *¿qué cambio yo o que gano yo teniendo la razón?*. Esta idea, este sentimiento, estuvo motivado principalmente por la sensación del cambio inminente y el convencimiento de que participando, organizando la voluntad de cambio era posible una transformación profunda de la situación de subdesarrollo, dictadura y creciente violencia represiva instalada en el país. El antiintelectualismo se caracterizó por la búsqueda de una *praxis* que ofreciera resultados visibles, efectivos e inmediatos. En el imaginario de muchos militantes el privilegio e incluso el culto que cobró la acción subordinó no sólo el valor de toda expresión del pensamiento a la lógica política, sino -en el caso de las organizaciones que desarrollaron brazos armados- incluso al orden de necesidades y urgencias militares.

El antiintelectualismo fue una reacción que dividió el campo intelectual en dos, colocó por un lado a los intelectuales comprometidos o *críticos* y por otro a los

revolucionarios u *orgánicos*, es decir, señaló las diferencias entre quienes tenían como bastión de sus tareas políticas la crítica y la observación con independencia de la línea política establecida por su partido, y aquellos otros intelectuales que subordinaron su expresión a los lineamientos instrumentales requeridos por la dirigencia del partido al que pertenecían.

Frases como *La revolución lo único que necesita son revolucionarios* o *el deber de todo cristiano es ser revolucionario* y *el deber de todo revolucionario es hacer la revolución* grafican esquemáticamente cuál era el ánimo respecto al compromiso con la transformación social. Así, con la misma potencia que desde mediados de los cincuenta comenzó una poderosa politización de los ámbitos de la cultura y una culturización de las prácticas políticas, desde mediados de los sesenta podemos observar como operó una fuerza en sentido contrario, una fuerza que privilegió la acción por encima de las palabras. A partir de entonces creció la descalificación hacia las tareas intelectuales.

La urgencia política y un deseo de eficacia sumergió de tal modo los ámbitos del pensamiento y las artes que el origen de clase de muchos intelectuales se convirtió en motivo de sospecha. El intelectual de origen burgués debía dar pruebas fehacientes de su compromiso revolucionario, pues el intelectual de clase media, ese sujeto tradicionalmente preocupado por el desgarramiento y la angustia existencial, ese sujeto que siempre ocupó un espacio de privilegio, de quietud y contemplación quedaba ahora en virtual oposición al ideal militante, a lo que poco a poco se convirtió en la máxima expresión de compromiso con la causa revolucionaria: la lucha armada.

Intelectual y revolucionario llegaron a convertirse en términos opuestos, por ese motivo el intelectual que decía creer en la transformación quedó virtualmente

forzado a dar pruebas de su fidelidad, pruebas de que podía dejar de ser lo que era. El par, el colega, el aliado debía dejar de ser lo que era para que juntos pudieran cambiar el mundo. Había que extirpar del otro eso de burgués que uno podía identificar en sí mismo.

La idea de *ser* revolucionario fue adquiriendo un sentido unívoco y lineal, *ser* revolucionario era *hacer* la revolución y el único modo de hacer la revolución era a través de la acción. Esta es una idea que en la Argentina se reforzó a partir de mediados de los sesenta, aunque atraviesa la totalidad del período. José Aricó lo expresaba al decir que:

“La revolución dejó de ser en la cabeza de los pueblos un acto taumátúrgico, para convertirse en un doloroso proceso dialéctico de desarrollo histórico, donde la “sangre y el lodo” no están excluidos y la victoria cuesta a veces miles de víctimas, de sacrificios inauditos, de esfuerzos sin precedentes. Tal es el caso ayer de Cuba y hoy de la martirizada Argelia”⁶⁵.

La construcción del concepto *intelectual revolucionario* llevó a un enfrentamiento entre figuras, por un lado quedó el hombre que observa y por otro el hombre que hace, es decir, el hombre eficaz, de acción, cuya posición es eminentemente pragmática. La palabra y el acto quedaron enfrentados en sistemas antagónicos. La palabra dejó de considerarse una forma de acción política pues no se le veía efecto concreto, inmediato y eficaz; no era traducible a términos materiales, no persistía más que en el imaginario. No obstante, no se trató sólo de los intelectuales sino de toda práctica simbólica enmarcada en el universo de la crítica o la denuncia. La palabra fue perdiendo densidad, profundidad, legitimidad y, sobre todo, efectividad en un medio que pareció –a los ojos de la dirigencia política– saturado de consenso respecto a la necesidad de una transformación. En su lugar, la

⁶⁵ José María Aricó, “El Stalinismo y la responsabilidad de la Izquierda”, *Pasado y Presente*, Año 1, Nº 2-3 (jul-dic.), Córdoba, 1963, p.196.

que comenzó a imperar fue la lógica de aquel refrán popular que dice: “del dicho al hecho hay un trecho”.

Ante la urgencia con la que se planteaba la necesidad de un cambio revolucionario, ante la enorme cantidad de páginas que se llenaban analizando los elementos que conducirían a la transformación y, especialmente, ante el interrogante ¿cómo se hace la revolución? se impuso el peso de la materialidad, el peso de la empresa práctica. Y allí cobró su máxima dimensión el logro cubano. La respuesta al ¿cómo?, era pues *hacerla*, no decirlo o escribirlo. Y *hacerla* significaba tomar la iniciativa. Ser auténtico y coherente frente al ideal de transformación era tomar el ejemplo de quienes lo habían logrado, y los cubanos lo habían logrado.

En esos años Horacio González consideraba al respecto que:

“Herederas de todas las tradiciones de lucha forjadas por el pueblo argentino, las nuevas generaciones deben asumir en el presente la responsabilidad de crear una auténtica vanguardia revolucionaria. Tal es la misión que le ha reservado la dialéctica del procesos histórico. (...) Toda teoría es sólo una aproximación a la complejidad de la vida, al movimiento real que exige de nosotros el máximo de compenetración y participación ininterrumpida. Por lo demás, así lo ilustran fehacientemente la revolución cubana y la reciente revolución argelina”⁶⁶.

Esta concepción fue en desmedro de la práctica política, pues limitó sus contenidos y sus alcances. Se pasó así, en los grupos más radicalizados, de la noción general donde todo era política a la idea de que la única política posible era hacer la revolución y la única vía eficaz hacia la revolución era la lucha armada. Todo el resto era parte del campo reformista. Desde esta perspectiva adherir a la revolución en una revista, en un cuento o en una solicitada no era suficiente para ser considerado un

⁶⁶ Horacio González, “El nacimiento de una nueva conciencia”, *Nueva Conciencia*, Año 1, N°1, Buenos Aires (junio-julio), 1964, p. 3.

intelectual revolucionario. Para los impulsores de esta perspectiva había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el fusil.

La idea de vanguardia fue cooptada en forma *exclusiva* para referirse a la dirección político-militar. Es justo decir que esta clase de dictámenes fueron favorecidos por las condiciones altamente represivas de los gobiernos militares que empujaron a las formaciones políticas a la clandestinidad, a la compartimentación y la verticalidad de sus organigramas.

De este modo, *intelectual* y *revolucionario* comenzaron a vivir un proceso gradual de divorcio conceptual. La impugnación del valor político de prácticas culturales se fundamentó tras la idea de que el arte y la literatura eran ejercicios de consumo de elites burguesas, eruditas y exquisitas, alejadas del pueblo y de cualquier efectividad política. Las palabras no podían equipararse con los actos porque las palabras no podían ser contrastadas con la realidad⁶⁷. Pensar o hablar demasiado era el síntoma que delataba al pequeño burgués, al hipócrita. El intelectual pasó de ser el sujeto a ser el objeto de las críticas. La idea de revolución quedó atrapada en la convicción voluntarista de que la realidad era moldeable por hombres con el carácter y la templanza de Fidel Castro o el Che Guevara, a quienes si se les reservó el concepto de intelectuales revolucionarios⁶⁸.

⁶⁷ Javier Heraud, Haroldo Conti, Paco Urondo, Jorge Massetti, Rodolfo Walsh, son algunos casos de destacados intelectuales argentinos en los que la dicotomía entre acción y palabra se resolvió a favor del primer término, demostrando trágicamente que no se trataba de variables subordinadas o compatibles, sino mutuamente excluyentes.

⁶⁸ En los sesenta-setenta se repetía una anécdota muy gráfica en este sentido, una anécdota que tuvo como protagonista al Che Guevara... Se dice que el Che –cuando todavía era joven e inexperto- se encontraba en la selva junto a un grupo de combatientes con el que patrullaba su zona de influencia. La función específica del Che entonces era la atención sanitaria del grupo, pues él era médico... Una tarde el grupo fue emboscado en una cañada donde recibió el fuego cruzado del enemigo. La situación era crítica y de escasas opciones de escape. Confundido por la sorpresa y las quejas de los compañeros heridos el Che se vio obligado a abandonar parte del cargamento que transportaba. Se cuenta que llevaba dos mochilas, una con medicamentos y otra con el fusil y algunos explosivos... Finalmente, optó por quedarse con las armas. Por eso -dice la anécdota- que el Che antes que médico era guerrillero.

CAPITULO 4

SEGUNDO GOBIERNO CIVIL BAJO PROSCRIPCIÓN POLÍTICA. 1962-1966.

El objetivo de este capítulo es analizar la intrusión en el sistema político por parte de las Fuerzas Armadas, destacar cómo la represión, el desprecio por la política y el juego democrático fueron la condición catalizadora de pautas y formas de protesta social cada vez más violentas y directas. Para sustentar esta tesis el capítulo reflexiona acerca del segundo intento (fracasado) de un gobierno civil por dar solución a la crisis de legitimidad y hegemonía abierto en 1955, el papel desempeñado por los medios de comunicación liberales, los efectos de la anulación de las elecciones parlamentarias de 1965, y la posterior instauración de la dictadura presidida por Onganía.

Para ello este capítulo se divide en dos partes. La primera describe la llegada de Arturo Illia a la presidencia (1962-1966), una gestión que intentó poner orden en un país atribulado por la protesta de los sectores obreros peronistas excluidos de la participación política formal, y muy movilizados contra las políticas de desnacionalización de la industria y la caída de sus salarios. El apartado relata los esfuerzos del presidente Illia por estabilizar la economía, consolidar las reglas del juego democrático y ampliar las bases de sustentación electoral de su propio gobierno, con el fin de dar solución a la crisis de legitimidad y hegemonía abierto con el derrocamiento de Perón en 1955. No obstante, veremos a lo largo de estas páginas cómo los significativos, rápidos e inesperados logros en materia económica del gobierno no servirán de nada contra la sistemática campaña de desprestigio que llevó adelante, por un lado, la prensa liberal, y por el otro, el sindicalismo burocrático liderado por Augusto Vandor. Veremos también –paralelamente- cuál

fue el desarrollo de la llamada *Línea Dura* del sindicalismo peronista y las ideas de John William Cooke acerca del peronismo revolucionario y su alineación con los movimientos liberacionistas del Tercer Mundo.

La segunda parte del capítulo caracteriza el intento de Illia por legalizar la participación de todas las formaciones políticas en las elecciones parlamentarias de 1965 –donde se impusieron nuevamente los candidatos peronistas-, hecho que devino al igual que en las elecciones provinciales de 1962 (gestión Frondizi) en un Golpe de Estado por parte de las Fuerzas Armadas. Esta vez, encabezada por el general Onganía, la dictadura antiperonista autodenominada *Revolución Argentina* se declaró indefinida, sujeta a objetivos y no a plazos. Desde 1966, dicha dictadura no fue simple o cesarista sino totalitaria sin apoyo de las masas, es decir, además de servirse de los clásicos instrumentos de la coerción, el ejército y la policía, buscó mantener un control total sobre la sociedad interviniendo todos los circuitos de producción ideológica como las instituciones educativas y los medios de comunicación. Fue una dictadura que asimiló su espíritu al de una cruzada en defensa de un orden moral y cristiano, a su juicio, amenazado por el populismo peronista, la infiltración marxista internacional y el libertinaje cultural.

Por último, el apartado trata con especial atención la resistencia de múltiples sectores de clase media y obrera a aceptar el atropello de sus derechos, y la proyección sobre el Estado y la sociedad de valores propios de la institución burocrática militar. En este sentido, tomamos el caso de la intervención a las universidades y la libre presencia de capitales multinacionales en sectores estratégicos de la economía, para observar allí como la furibunda represión lanzada sobre todo espacio público fue el catalizador de la radicalización del estudiantado que, ante la clausura de los canales instituidos de reclamo, no sólo se vio enfrentada

al mismo enemigo que los sectores obreros combativos, sino que ejercitó cada vez con más frecuencia la rebeldía y las respuestas violentas ante el autoritarismo y la imposición del régimen.

Comenzaremos entonces el Capítulo 4 observando el desarrollo del gobierno de Illia, su relación con el sindicalismo burocrático y el peronismo revolucionario. En segundo lugar, analizaremos el golpe de Estado de Onganía, la reacción moral cristiana y la suspensión indefinida de la práctica política. Por último, describiremos la intervención militar a las universidades y el comienzo de la radicalización del estudiantado.

4.1. Arturo Illia y el segundo intento civil bajo proscripción política

La misma fórmula que proscribió la participación política de los candidatos peronistas en las elecciones de 1958, consagró a Arturo Illia como nuevo presidente de la Argentina el 12 de octubre de 1963. Tal como le ocurriera a Frondizi poco tiempo antes, un manto de ilegitimidad y baja representatividad cubrió todas las acciones del nuevo gobierno y dificultó los caminos de encuentro y conciliación política que contentará a unos sin enfadar a otros. Nuevamente la razón de la veda política era la certeza que bajo un régimen de elecciones libres y democráticas el peronismo sería el triunfador. Una situación inaceptable para las Fuerzas Armadas y los sectores liberales, que no sólo deseaban mantener el control del Estado, sino borrar para siempre de la vida nacional a Perón y el peronismo.

Illia ganó las elecciones como primer minoría con un 23% de los votos, mientras que el segundo puesto, aunque Perón hacía ya ocho años que vivía en el exilio, fue ocupado por los votos en blanco con un 21%. La previsión para estas elecciones daban como potencial ganador a Pedro Eugenio Aramburu, quien

finalmente sólo alcanzó un 7.7% de los votos. Presuntamente por este motivo el jefe de la UCRP, Ricardo Balbín, no habría aceptado presentarse a los comicios, buscando preservar su candidatura para un momento más propicio. Si validamos esta hipótesis Illia no sólo era un ganador inesperado, sino que nuevamente –como Frondizi- habría sido favorecido por una parte del electorado peronista que consideró más útil dirigir su voto a Illia que darlo en blanco. Es decir, nuevamente el voto oculto del peronismo hacía de arbitro del gobierno.

Illia tomó posesión del cargo en la Casa Rosada apoyado exclusivamente por el peso de la estructura tradicional del partido radical. No había peronistas, ni comunistas ni socialistas en la UCRP. Sin embargo, el nuevo gobierno no se libró de la vigilante cercanía del general Juan Carlos Onganía, quien luego de los enfrentamientos intestinos entre facciones militares (*Azules y Colorados*) en septiembre de 1962 y abril de 1963, había quedado al mando de las Fuerzas Armadas. Pese a su actitud inicial de subordinación al presidente, en un par de años veremos a Onganía sostener un discurso tensamente golpista y presidir a partir de 1966 una rancia dictadura.

Illia era gobernador electo de Córdoba, pero su experiencia en el gobierno estaba acreditada por su trayectoria en cargos como el de vicegobernador de la exitosa gestión de Amadeo Sabatini, diputado nacional y senador provincial. Era médico de profesión, tenía 63 años de edad y se identificaba sin reservas con la línea yrigoyenista de su partido. Illia tenía un carácter moderado y un espíritu conciliador, una personalidad parsimoniosa, quizás poco acorde con las turbulencias que se vivían en la época, pero era reconocido por su capacidad de gestión y sus luchas contra el conservadurismo de los años treinta y el peronismo en los cuarenta. Era el clásico líder político de extensa trayectoria y de fuerte arraigo partidario.

Illia llegó a la presidencia sin desarrollar políticas de alianzas ni asumir compromisos extrapartidarios. Contrariamente a lo que había hecho Frondizi, la prioridad en la conformación de su gabinete la tuvieron los hombres respetuosos del orden y del equilibrio interno de la UCRP, sus hombres de confianza. Sin embargo, esa confianza había quedado en minoría en la cámara de diputados, era escasa en gran parte de las gobernaciones provinciales y, lo más importante, era casi nula en la representación sindical y las Fuerzas Armadas. Así pues, como le ocurriera a Frondizi, el gobierno de Illia desde el primer día de su gobierno debió enfrentar la presión militar y la presión sindical en medidas similares. A esto debemos sumarle un contexto general de recesión económica, donde el índice de desocupación alcanzaba al 8,8% de la población activa, el producto *per capita* nacional sólo había aumentado en los últimos quince años un 4% frente al 50% del promedio mundial, y las exportaciones habían redituado en 1961 menos dólares que en 1928¹.

Aduciendo motivos ideológicos, su primer acto de gobierno fue anular los compromisos asumidos por Frondizi con empresas petroleras norteamericanas. Es decir, su primer intervención como presidente puso a toda la gestión estadounidense y sectores adeptos en su contra, quienes no demoraron en acusarlo de intervencionista y dirigista. Pero los obstáculos más difíciles de sortear para Illia no llegaron desde el exterior sino desde las Fuerzas Armadas y la dirigencia obrera peronista. No obstante, resolver este tema no parecía estar entre los objetivos urgentes del gobierno –como sostuvo Eugenio Blanco, primer ministro de economía– que se mostró más preocupado por buscar las salidas a la recesión, revitalizar la economía y terminar con el ciclo de marchas y contramarchas que habían caracterizado el lento crecimiento del país. Tal vez, pensaría Blanco, que

¹ Ver Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la Ilusión y el Desencanto*, Ariel, Buenos Aires, 1998, pp.289-299.

solucionando el aspecto económico daría cauce al apretado anudamiento político que desde 1955 inmovilizaba al país. Pero no fue así, las problemáticas no sólo permanecieron sino que se agudizaron. Lo comprobaría fehacientemente el gobierno de Illia cuando los notorios avances en materia económica extrañaron el reconocimiento mediático y ocuparon un tibio papel secundario en la escena nacional.

Hasta 1966 Illia hará lo posible por dar curso al segundo intento fallido de encontrar una solución a la crisis de gobernabilidad abierta en 1955, que seguirá girando en torno al problema central: ¿qué hacer con las masas trabajadoras movilizadas fieles al liderazgo de Perón y resistentes a rebajar los beneficios logrados hasta entonces?.

4.1.1. El sindicalismo burocrático: Augusto Vandor, centralismo y matonaje

Mucha agua había corrido bajo el puente en los últimos ocho años, la desilusión frondizista, la Revolución Cubana, la anulación de las elecciones provinciales de 1962, el enfrentamiento entre *Azules y Colorados*, y ahora, nuevamente un gobierno civil elegido a espaldas de la fuerza electoral más cuantiosa. El país se encontraba dividido, por un lado, la CGT y el propio movimiento peronista sufrían pugnas interiores, y por otro, las Fuerzas armadas y el bloque antiperonista no encontraban la manera de terminar con las disputas.

Recordemos que la reestructuración parcial alcanzada en el Congreso Normalizador de la CGT promovido por Aramburu en 1957 había marcado dos tendencias, por una parte, la encabezada por Augusto Vandor y *Las 62 Organizaciones* que agrupó a la dirigencia que consideraba dificultoso sostener una

lucha frontal contra el régimen y prefirió acomodarse y participar bajo las condiciones auspiciadas por el régimen. Y por otra, la *Línea Dura* o *Intransigente*, que mantenía el espíritu de la *Resistencia Peronista* y persistía en la actitud insurrecta frente a las condiciones de exclusión política impuestas por las Fuerzas Armadas.

Como vimos, dentro de la CGT se impuso la corriente del pragmatismo practicado por *Las 62*, que sólo respetó los principios de la conveniencia inmediata. Vandor pronto se convirtió en la figura principal de esta nueva burocracia sindical, que renovó relativamente la influencia del sindicalismo en las disputas del poder aplicando sistemáticamente la máxima estratégica *golpear para negociar*. En opinión de Daniel James, Vandor personificó la transformación del peronismo y sus sindicatos, que pasaban de una postura de franco antagonismo con respecto al *statu quo* posterior a 1955, a una actitud de aceptación de la necesidad de acomodarse a él y encontrar un espacio dentro de sus límites. No obstante, señala James, la integración fue notable, no por el poder que brindó a los líderes gremiales, sino por sus magros resultados².

Desde mediados de 1962 la continua represión y la dinámica concéntrica del poder sindical condenó al antiguo núcleo de Gremios Democráticos no alineados con el vandorismo casi a la desaparición. Los tradicionales gremios comunistas y socialistas de otros años quedaron desterrados a pequeñas e insignificantes industrias en el nuevo juego de relaciones corporativas. Para 1963, cuando asumió Illia, Vandor había recuperado no sólo la influencia en el gobierno y la esfera industrial, sino también hacia el interior del movimiento peronista. A su vez este control e influencia le permitía pensar en una futura y potencial independencia del liderazgo de Perón.

² Daniel James, "Sindicatos, burócratas y movilización", en *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p.137.

Vandor había aprendido de las artes del líder y aplicó una dualidad discursiva en la que no dejaba de servirse de la figura de Perón, por un lado, para legitimarse en el partido y negociar con los gobiernos, y por otro, para abrirse un camino propio. Él mismo lo decía: “si dejara la camiseta (de Perón) perdería el gremio en una semana”³. En medio de esta desgastante tensión Vandor apostó por la hegemonía dentro del movimiento sindical, y para ello no reparó en limitaciones legales o éticas. Desde lo más alto de la dirección se alentaron no sólo prácticas burocráticas irregularmente formalizadas en los estatutos de la CGT y las facultades otorgadas por la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales -que permitía la concentración sindical por rama industrial y la centralización de sus finanzas-, sino también la aplicación de métodos de presión y violencia entre delegados y trabajadores disconformes con la gestión de sus reclamos y reivindicaciones.

La estructura gremial centralizada proporcionaba grandes recursos económicos a la dirigencia sindical, pues las cuotas de afiliado eran obligatorias y las empresas depositaban directamente en las cuentas del sindicato el monto correspondiente a cada uno de sus empleados. *Las 62 Organizaciones* contaban para 1963 con 2.567.000 afiliados con cuotas obligatorias mensuales y en 1965 un valor total en bienes declarados por 4.201 billones de pesos de la época⁴. Sumas millonarias difícilmente despreciables. Esta organización fue permitida y alimentada desde los gobiernos militares que inducían sin miramientos al *participacionismo* sindical y su lógica negociadora. Y los máximos beneficiarios de la corruptela sindical eran los empresarios. No obstante, el gobierno se reservó la facultad de intervención y de quitar la personería jurídica a cualquier sindicato que resultara

³ Augusto Vandor, citado en Daniel James, ob.cit., p.149.

⁴ La cantidad de afiliados y recursos con los que contaban los gremios de la época dan la pauta de la importante presencia política y económica de las masas trabajadoras, un protagonismo que no tienen en la actualidad y que en los análisis e interpretaciones del período muchas veces pierden visibilidad.

demasiado incómodo. Sin personería jurídica los sindicatos no podían cobrar cuotas de afiliado y sin cuotas de afiliado no había dinero, sin dinero se recortaban los servicios sociales ofrecidos por los sindicatos, y sin servicios para distribuir se rompía la red clientelar que sostenía a la dirigencia. Por eso Vandor debía mantener bien controlada la movilización obrera, cosa que en un marco de proscripción política, de permanente desarreglo y regresión económica no era tarea sencilla. Y Vandor no ahorró recursos violentos para conseguirlo.

La centralización sindical facilitó el fraude electoral, la presión impune y la violencia sobre pequeños dirigentes fabriles con el fin de mantener purgadas de oposición a las bases⁵. Carlos Masera, ex Secretario General del gremio SITRAC, durante una entrevista personal nos relató que el año que Illia entró a la presidencia Vandor inmediatamente envió desde Buenos Aires a un grupo de matones a la fábrica de Fiat Córdoba como simples operarios, pero en realidad su finalidad era hacer otro trabajo:

“Entre estos personajes que enviaba la UOM estaban Del Valle Aguirre, Navarro, Montealegre y el famoso Humberto Umbelloni. Los hombres de Vandor venían a Córdoba a forzar a los trabajadores y a sus dirigentes a que abandonen la posición combativa contra la organización nacional. (...) Cornejo, Villarreal, Canale y Videla, por ejemplo, eran dirigentes honestos que realmente defendían los intereses de los trabajadores –y que no eran representados por la conducción nacional-, pero de a poco la gente de Vandor, si bien no hizo que se plegaran a ellos, si logró que aflojaran en sus posturas combativas contra la UOM. Su costumbre, lo vimos con el tiempo, era aparecer armados, el gremio se tenía que enfrentar con estos tipos que iban armados y generaban trifulcas donde han disparado. Muchos trabajadores nos cansamos del matonaje y empezamos a buscar soluciones”⁶.

⁵ De los trabajos aparecidos en la época, la descripción más acabada de los hechos es la relatada por el periodista Rodolfo Walsh en el libro *¿Quién mató a Rosendo?*, conformado por un compilado de artículos publicados en el semanario de la CGT. Walsh apunta allí: “el gremio se convierte en aparato. Todos sus recursos económicos y políticos, creados para enfrentar a la patronal, se vuelven contra los trabajadores. La violencia que se ejercía hacia afuera, ahora se ejerce hacia adentro”. En Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997, p.146 (Edición Original: Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1969).

⁶ Carlos Masera, entrevista del autor, 16-07-2005, Córdoba, Argentina. Carlos Masera: Obrero, ex Secretario General del Gremio SITRAC, Fiat Córdoba.

4.1.2. La *Línea Dura*: Cooke y el peronismo revolucionario

Por su parte, la corriente intransigente del peronismo seguía sin aceptar la lógica participacionista de Vandor, fundamentalmente por dos motivos: primero porque el centralismo vertical fue en desmedro de la representatividad y la democracia en las bases obreras. Segundo, porque esta dinámica abría un espacio de poder paralelo al de Perón. Desde el comienzo, la *Revolución Libertadora* y sus continuadores intentaron promover en el sindicalismo peronista un espacio de poder paralelo al del líder exiliado, puesto que les resultaba más conveniente dividir para gobernar. De diferentes maneras prefirieron alimentar la organización de un poder sindical centralizado, sujeto a prebendas y más susceptible de corromperse. En definitiva, las patronales aplicaban la misma fórmula que Vandor, alternaban presiones con beneficios limitados, es decir, imponían una lógica de intercambio donde primero golpeaban con ajustes estructurales (recortes salariales, despidos, cierres de plantas, etc.) para después negociar reacomodos coyunturales. Una lógica de intercambio la cual las patronales siempre tendrían la iniciativa de su parte, y que a largo plazo no sólo les retribuyó ahorro y beneficios, sino que además fue minando la representatividad obrera, vaciando de contenido social las estructuras gremiales y abonando las relaciones clientelas y corruptas de la dirigencia.

Para la *Línea Dura* del sindicalismo peronista hombres como José Alonso o Vandor eran los traidores del espíritu de la Resistencia, eran una mezcla de *gangsters* con siniestros conspiradores, eran los Jimmy Hoffa argentinos. El deseo de encontrar formas organizativas alternativas al participacionismo vandorista, frenar los recortes salariales y resistir la naturalización de la proscripción política impuesta por las Fuerzas Armadas, aparecía como una necesidad cada vez más poderosa en buena

parte del movimiento peronista. En este sentido Lucas Lanusse asevera que con el tiempo parte del sector más combativo del peronismo tradujo la intransigencia frente al régimen en posiciones políticas más definidas. Para estos militantes –afirma Lanusse- el insurreccionalismo y la lucha armada aparecían cada vez más como las vías adecuadas para la depuración del Movimiento de traidores y conseguir el ansiado regreso del líder⁷.

Sin embargo, sería simplificar los hechos decir que la *Resistencia Peronista* en sus orígenes estaba representada en su totalidad por posiciones de izquierda. Es necesario señalar que detrás del amplio abanico de acciones que desarrolló la Resistencia hubo una mística asociada con sectores de izquierda. Es decir, la izquierda mucho más que la derecha fue la que rescató la experiencia de la Resistencia y la convirtió en su mito de identificación. No obstante, también hubo sectores de extrema derecha que participaron de acciones de sabotaje y se identificaron tempranamente con la vía insurreccional. Si hay confusiones al respecto están provocadas porque en la primer etapa de la Resistencia (1955-1959), los campos ideológicos todavía no estaban del todo claros ni dentro ni fuera del peronismo. Dichos campos ideológicos comenzaron a definirse a partir del fracaso de Frondizi (en el ámbito nacional) y el triunfo de la Revolución Cubana (en el ámbito internacional). Por una parte, el fracaso de Frondizi pareció indicar un agotamiento de las fórmulas posibilistas de la reforma, y por otra, Cuba mostró que otra opción era posible. En este sentido, ambas experiencias –pero especialmente la cubana- actuaron como referentes y como vectores identificadores, tanto sea por simpatía como por contraste. Esto se observa sin confusiones en la línea política propuesta por Cooke, el primer animador del peronismo revolucionario.

⁷ Lucas Lanusse, *Montoneros, El mito de los doce*, Ediciones B, Argentina, 2005, p.53.

John William Cooke, conocido como el “Bebe”, nació en La Plata (1920), fue abogado y profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho y desde 1946 ocupó un escaño peronista. En 1954 dirigió el semanario *De Frente* a través del cual estableció relaciones personales y recibió una poderosa influencia de la Fuerza Organizada Radical de la Juventud Argentina (FORJA), un núcleo intelectual nacionalista donde se destacaron figuras como Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche. Mediante el mismo semanario también se conocieron Cooke y Juan José Hernández Arregui, un intelectual con quien Cooke mantendrá largas conversaciones respecto al origen, la naturaleza y el futuro del movimiento peronista.

Luego del golpe de Estado de 1955, Cooke sufrió la clandestinidad y el encierro, pero la cárcel no lo detuvo en sus tareas de coordinación de acciones de resistencia armada contra la *Revolución Libertadora* durante 1956 y 1957. Luego logró fugarse de la prisión de Río Gallegos, ubicada en medio de la Patagonia y a más de dos mil kilómetros de Buenos Aires. Cooke huyó a Chile a caballo junto a otros presos ilustres del peronismo como Guillermo Patricio Kelly, Héctor Cámpora y Jorge Antonio.

En 1957 Hernández Arregui fundó *Izquierda Nacional*, un núcleo intelectual impulsor del llamado socialismo argentino, una corriente que reconocía y aceptaba la auto-identificación peronista en la mayoría de los trabajadores. En la más absoluta clandestinidad Cooke y Hernández Arregui mantuvieron encuentros donde discutieron largas horas sobre la conformación ideológica del peronismo, acerca de los innegables rasgos fascistas que había en sus orígenes, de los pro y los contra de una caracterización de izquierda y su lejanía respecto del marxismo. No obstante las dificultades, para ambos crear o alentar el desarrollo de un ala de izquierda dentro

del peronismo parecía ser algo factible, parecía ser la solución, el resultado más adecuado a sus operaciones ideológicas.

A su juicio, la proscripción marcó un hito fundamental, un antes y un después en la redefinición de la identidad peronista. Mientras Perón estuvo en el gobierno la unidad político-identitaria del movimiento fue impresa monopolicamente desde la cúspide, pero a partir del golpe y el exilio del líder la construcción de las representaciones políticas del movimiento peronista habían quedado liberadas y comenzaron a ser objeto de disputas y de reformulaciones desde diferentes sectores del movimiento. Incluso en la reformulación identitaria del peronismo no sólo comenzaron a participar nuevos grupos sino que éstos se incorporaron al movimiento reivindicando nuevas ideas y en circunstancias históricas, políticas e ideológicas completamente diferentes en las que se había desarrollado originalmente. Desde su perspectiva, se estaba produciendo una natural, legítima y necesaria mutación dentro del movimiento.

Ya en enero de 1959 su desacuerdo en torno a la privatización del Frigorífico Lisandro de la Torre y sus ideas pro-Cuba condujeron a Perón a reemplazar a Cooke por Alberto Campos como su representante personal en el exilio, un reemplazo que endureció las diferencias entre Cooke y Perón. Unas diferencias irreconciliables que, sin embargo, ambos cuidaron de no convertir en enfrentamiento. Ni siquiera llegaron a la ruptura cuando Cooke mostró su abierta simpatía con las fugaces y trucas iniciativas foquistas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y de Uturuncos a fines de ese mismo año⁸.

⁸ Cooke habría patrocinado a Uturuncos, la primer experiencia foquista argentina ideada y organizada incluso antes del triunfo cubano. Uturuncos estaba liderada por Manuel Enrique Mena e integrada por militantes reclutados en la resistencia peronista. Uturuncos reclamaba el regreso de Perón y juraba defender la Patria ante Dios, fuente de razón y justicia. El grupo fue localizado en el río Cochuna a 120 km. de San Miguel de Tucumán. Su única acción reconocida fue el ataque a una comisaría en

En 1960 Cooke viajó a Cuba donde pudo observar sin intermediarios los detalles de la revolución castrista. Allí mantuvo un trato personal con el Che Guevara y participó de las acciones militares en defensa de la isla durante la intentona golpista norteamericana de Playa Girón en 1961. Su experiencia en Cuba y sus reflexiones respecto al destino del peronismo están documentadas en una serie de cartas que intercambió con Perón y que luego cobraron gran resonancia pública. Precisamente, en una carta dirigida a Juan José Hernández Arregui el 28 de septiembre de 1961 desde La Habana, Cooke dice ya no tener dudas y asegura que hay que “acentuar la línea revolucionaria, no sólo en los hechos, sino fundamentalmente en los planteos ideológicos”, -puesto que- “esperar la legalidad (...) es una hipótesis que no se dará”⁹.

Las hipótesis de Cooke se adelantan incluso a los resultados de las elecciones provinciales anuladas por Frondizi en 1962 y las constituyentes anuladas por los militares en 1965, y juzga que el poder no será devuelto espontáneamente al pueblo sino que habrá que tomarlo por la fuerza. En su correspondencia realizó su interpretación del peronismo y los acontecimientos nacionales bajo una lógica binaria de polarización de fuerzas que entonces se reproducía a escala internacional. Esta mirada se hace explícita en una carta del 3 de marzo de 1962, también desde La Habana, donde Cooke se dirige a Perón como “Querido General” y escribe:

“Tomando país por país, en Latinoamérica hay una línea que es la revolucionaria, de liberación nacional, que es la pro-cubana. Y otra que es reaccionaria. Las fuerzas se van polarizando y no hay partidos intermedios: la situación mundial y continental no permiten sino agrupamientos fundamentales que dejan sin sentido a los que quieren hacer equilibrios entre uno y otro conglomerado”¹⁰.

Frías, provincia de Santiago del Estero el 25 de diciembre de 1959. El Partido Justicialista condenó oficialmente esta acción. Ver Roberto Baschetti, ob.cit., p.79.

⁹ John W. Cooke, carta a Hernández Arregui, en Ernesto Goldar, *John William Cooke y el peronismo revolucionario*, Editores de América Latina, Buenos Aires, 2004, p.37.

¹⁰ John W. Cooke, carta a Perón Juan D., en Ernesto Goldar, ob.cit., p.121.

Cooke pregunta reiteradamente en sus cartas: ¿en cuál de éstas líneas se encuentra Perón?, ¿y el movimiento peronista?, pero nunca recibe una respuesta de su interlocutor.

A mediados de los sesenta Cooke regresó clandestinamente a la Argentina y estableció relaciones con grupos católicos filoperonistas muy influenciados por las recientes reflexiones teológicas del Concilio Vaticano II. Entre ellos se destaca el padre Carlos Mugica y el ex seminarista Juan García Elorrio, ambos impulsores de la revista *Cristianismo y Revolución*, una publicación a través de la cual se reúnen a partir de 1966 algunos de los futuros fundadores de la organización político-militar Montoneros. En 1967 y en plena dictadura de Onganía Cooke regresó a Cuba donde presidió la delegación argentina en la primer Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), un encuentro dirigido por Régis Debray que tuvo por objetivo conformar un instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. Algunos miembros editores de la revista *Cristianismo y Revolución* integraron la delegación argentina que viajó a Cuba para participar de la OLAS, entre ellos Juan García Elorrio, Fernando Abal Medina, Emilio Maza, Norma Arrostito y Roberto Quieto. Los últimos cuatro fueron de los más prominentes dirigentes de la mayor organización político-militar argentina de la época.

Las concepciones de Cooke dibujan una parábola que comienza con una perspectiva del peronismo como movimiento multclasista, caracterizado por la búsqueda de una integración plena de las masas trabajadoras al capitalismo y donde la burguesía nacional ocupa un rol esencial. Pero luego sus ideas van mutando hacia una propuesta revolucionaria, antiimperialista, socialista y profundamente nacional.

Desde su óptica el peronismo revolucionario nacía fundamentado en valores de intransigencia como crítica de la razón burocrática –de derecha, reformista y superficial-, a la que hay que arrebatarse el control del movimiento. En sus últimos escritos, Cooke tuvo como horizonte la idea de la patria socialista, asimismo, ese horizonte sería de liberación y solidario con los procesos de independencia que vivían varios países en el Tercer Mundo.

Cooke destacó siempre su fidelidad y su trayectoria en el seno del partido, y reivindicó repetidas veces no haberse sacado nunca la *camiseta peronista*¹¹. Como fuera, se convirtió en el promotor intelectual del peronismo revolucionario, el que define en su libro *Peronismo y Revolución* como la expresión de lucha de un pueblo producto de la conciencia colectiva. Cooke murió en 1968 a la edad de 48 años, pero sus proclamas muy pronto cobraron fuerza y protagonismo en la escena política argentina.

4.2. El Golpe a Illia: fin del gobierno civil; fracaso de la transición a la democracia

Como vimos, la base de legitimación del presidente Illia estaba restringida a una minoría que representaba el 23% del padrón electoral y que el 21% de los votos fueron en blanco. Desde su primer día de gobierno Illia contó con la antipatía del sindicalismo vandorista, con el rechazo de los polos económico-financieros liberales vinculados a los intereses petrolíferos norteamericanos que se habían fortalecido durante el gobierno de Frondizi, y, en actitud notablemente vigilante, las Fuerzas

¹¹ Desde siempre el llamado peronismo revolucionario fue acusado por la derecha del partido de estar infiltrado por trotskistas, comunistas o socialistas, que buscaban copar el peronismo desde adentro. Perón decía que el peronismo era lo que sus veinte verdades decían, que eso no había cambiado ni cambiaría, y quien dijera otra cosa lo que en realidad buscaba era aprovechar la *camiseta peronista* para sus propios fines políticos.

Armadas encabezadas por el general Onganía. Entre estas facciones beligerantes quedó atrapado Illia, y como lo hiciera Frondizi poco tiempo antes, el presidente vio una potencial salida democrática de ese atolladero ensanchando la estrecha base de su apoyo político. Para conseguirlo Illia incentivó una división entre Perón y Vandor, de donde esperaba obtener el rédito suficiente para sostener su gobierno.

Los problemas de Illia eran eminentemente políticos ya que la recuperación económica -el objetivo prioritario declarado por la administración- fue tan rápida como inesperada. Las tasas de consumo en 1964 pasaron de porcentajes negativos a un aumento del 10,2%. Las inversiones crecieron un 26%, y la educación recibió un aporte inédito e histórico del 23,2% del presupuesto nacional. En este giro tuvo vital incidencia el incremento del crédito bancario al sector privado y consumidores urbanos, un plan de disminución de deuda con los funcionarios públicos y proveedores del Estado. Asimismo, la actualización de las transferencias federales recompuso la relación entre la Nación y las provincias, y el gobierno logró disminuir el gasto público y el déficit presupuestario en relación al crecimiento del producto bruto interno, gracias a un aumento en el volumen de la producción. De hecho, no hay constancia en la historia económica argentina de los últimos cien años que registre una revitalización general tan veloz sin acudir al empréstito extranjero o a la venta compulsiva de las empresas nacionales¹². Sin embargo, la debilidad de Illia en la correlación de fuerzas no cambió, pues el impacto positivo global de su campaña económica no influyó políticamente a su favor.

Incluso en mayo y junio de 1964, a propósito de la sanción de una nueva ley de salario mínimo y móvil, el vandomismo hizo una demostración de fuerza, organización y disciplina con un plan de lucha donde 3.900.000 trabajadores

¹² Ver Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, ob.cit., pp.295-395.

coincidieron pacíficamente en la ocupación perfectamente sincronizada de once mil fábricas. Excluida de la esfera política legal la derecha del movimiento peronista operó con agudeza en la extra-institucional, donde se convirtió en un poderoso elemento de desequilibrio del sistema¹³.

Illia sabía que el peronismo era una realidad insoslayable, había ingresado a la Casa Rosada con la promesa de legalizarlo y así lo hizo en 1965. Esta maniobra, contrariamente a la caricaturización del anciano lento, provinciano y bonachón que se pretendió adjudicarle desde sectores de la prensa liberal, demostraba audacia frente al recelo antiperonista de las Fuerzas Armadas. La apuesta de Illia consistía en dar curso a una participación legalizada del peronismo sin Perón y avanzar sobre la desconcentración del poder sindical. Era vital para el gobierno intentar ganar mayores márgenes de normalidad institucional que contuvieran las crisis y le permitieran ir ampliando la gobernabilidad dentro de los márgenes democráticos-constitucionales, pues la inestabilidad era fruto de la permanente intromisión de agentes externos en el sistema político.

Pero Illia no tenía aliados en los medios de comunicación de circulación masiva, y desde *La Opinión*, *La Nación* y sobre todo desde el semanario *Primera Plana*, se alentó una campaña a favor de una nueva intervención militar. El periodista Mariano Grondona fue uno de los más visibles paladines de las propuestas desestabilizadoras del gobierno de Illia. Por ejemplo, a comienzos de 1965 escribió en su columna política:

¹³ Ver James Brennan. *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955, 1973*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, pp.113-117.

“Cuando los órganos normales de poder no funcionan con eficacia (...) surgen de fuera del gobierno los sectores reales que operan como reserva (...) y que terminan por desnivelar el sistema”¹⁴.

A juicio de Grondona, los órganos normales de poder no funcionaban con eficacia, aunque eso no era una novedad para todos los que vieron el derrocamiento de Perón en 1955 y el de Frondizi en 1962. Asimismo, ya en mayo de 1966 Grondona promocionaba las cualidades de la próxima dictadura:

“hoy las reservas del país son dos, una es el Ejército y otra Onganía. Una es institucional y otra es personal, como en la época de Aramburu”¹⁵.

Los medios de comunicación liberales promovieron el escepticismo respecto a la capacidad de los partidos políticos no sólo como agentes eficaces de un cambio que se consideraba urgente y necesario, sino también descreyeron de su función en tanto conductos adecuados de participación y representación de la sociedad. Se impulsó, en cambio, la idea de que eran la capacidad económica de los denominados *factores de poder y grupos de presión* los que tenían que decidir el rumbo del país y la política. Era esperable pensar que dichos sectores gestionaran esta imagen de la democracia puesto que su representatividad partidaria y electoral era verdaderamente escasa, recordemos que Aramburu había obtenido solamente un 7,7% de los votos en las últimas elecciones, un hecho incontestable que lo apartaba de cualquier opción al gobierno por vías democráticas. El respeto de la voluntad de las mayorías, es decir, el respeto del juego democrático significaba, en rigor, no poder imponer sus intereses. A su vez y por su parte, los sectores nacionalistas y liberales de las Fuerzas

¹⁴ Mariano Grondona, “Balance Institucional”, *Primera Plana*, Buenos Aires, 16-06-1965, p.5. También se alinearon en esta posición Jacobo Timmerman, Francisco Manrique, Bernardo Neusdtad, entre otros.

¹⁵ Mariano Grondona, “El país que espera”, *Primera Plana*, Buenos Aires, 31-05-1966, p.6.

Armadas veían en las intervenciones periódicas una redistribución de influencias y una renovación en sus aspiraciones al poder¹⁶.

Illia intuía que la proscripción política del peronismo no podía sostenerse indefinidamente, puesto que sólo una creciente violencia represiva podría sostener un gobierno ilegítimo y contener el reclamo de las mayorías. Era imprescindible competir dentro de los márgenes de la legalidad, aún con independencia de considerar al peronismo un hecho político negativo. Por eso es que en las elecciones de renovación parlamentaria de marzo de 1965 el gobierno permitió la participación del peronismo que ganó cincuenta y dos bancadas y logró convertirse nuevamente en mayoría en la cámara de diputados. Paulino Niembro, dirigente vadorista presidió el bloque peronista en el Congreso y *Las 62* comenzó a prepararse para las elecciones provinciales previstas para 1967.

Los comicios parlamentarios dejaron claro nuevamente que en una hipotética normalización de las reglas del juego democrático el vadorismo estaba en posición de disputar el timón del gobierno, y esto no sólo crispaba a buena parte de las Fuerzas Armadas sino también a los sectores intransigentes del peronismo y al propio Perón, que no permitiría un gobierno que no contara con su participación.

Vador sostenía una clara dualidad discursiva, por una parte, impugnaba al gobierno radical por haber sido elegido a espaldas del peronismo y, al mismo tiempo, por otra, hacía ejercicio de autonomía dentro de los márgenes de semi legalidad que abría Illia con una independencia cada vez más amenazante del control de Perón¹⁷.

¹⁶ Está presente en las Fuerzas Armadas la certeza de ser la institución depositaria de las reservas morales de la Nación y la virtud divina de -a golpe de mano- reconfigurar desde la cúspide la organización del Estado. Al respecto ver Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, Laserre Editores, Buenos Aires, 1977; o María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

¹⁷ Vador representaba una amenaza para el poder de Perón que no permitiría la conformación de un gobierno que no contara con él, esto desataría una lucha interior -primero larvada y luego explícita- dentro del propio movimiento peronista. El enfrentamiento comenzará su máxima escalada de

La proximidad de las elecciones adelantadas para la gobernación de Mendoza revivieron el escenario que había llevado al derrocamiento de Frondizi en 1962. No obstante, Illia permitió a Corvalán Nanclares presentarse a las elecciones utilizando el nombre de Partido Justicialista y no interfirió en el viaje con fines proselitistas que Isabel Martínez de Perón realizó al país con el objetivo de contener las aspiraciones del vandomismo. Incluso dos días antes de los comicios se retransmitió por la radio y la televisión mendocina un mensaje grabado del propio Perón.

La libertad que otorgaba el gobierno de Illia para la campaña peronista enardeció rápidamente el ánimo en los cuarteles y ese mismo mes el presidente, en una suerte de trueque obligado, promulgó el decreto 969 modificadorio de la Ley de Asociaciones Profesionales, disposición que significó un ataque frontal contra las bases de sustentación económica de la dirigencia sindical. El presidente se jugaba el cargo en el intento de formalizar un espacio político legalizado para el peronismo, pero socavando los fundamentos del poder del sindicalismo burocrático. Sin embargo, en las Fuerzas Armadas y sectores liberales no se admitieron tales riegos, sólo la supresión de las elecciones periódicas y la cancelación de todo intento por una transición a la democracia podía asegurar la continuidad del orden posperonista.

4.2.1. El *onganiato* y la suspensión indefinida de la política (1966-1969)

En la madrugada del 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas se dispusieron a intervenir el débil y casi solitario gobierno de la UCRP marcando el fin de la segunda experiencia civil que intentaba regularizar la vida institucional del país desde 1955. Illia, que no renunció sino que fue destituido y literalmente echado a

violencia el 30 de junio de 1969 (un mes después del Cordobazo), cuando Vandor cayó asesinado a manos del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) en el operativo Judas. El 27 de agosto del mismo año también fue asesinado su reemplazante José Alonso. Más tarde el ENR se unirá a la organización Montoneros.

empujones de la casa de gobierno junto a un grupo de funcionarios y amigos, dirigió sus últimas palabras como presidente a un destacamento de la Guardia de Infantería¹⁸:

“Yo sé que su conciencia les va a reprochar lo que están haciendo. A muchos de ustedes les dará vergüenza cumplir las órdenes que les imparten estos indignos. Algún día tendrán que contar a sus hijos estos momentos. Sentirán vergüenza”¹⁹.

Una improvisada junta militar asumió el mando del país y se dotó de un estatuto que les confería el derecho a designar un nuevo presidente a quien adjudicarle todos los poderes del Estado. Para ello la autodenominada *Revolución Argentina* antepuso a la Constitución Nacional un acta de prohibición de toda actividad política, los jueces de la Corte Suprema fueron cesados de sus cargos, se ilegalizaron todos los partidos políticos y se confiscaron sus bienes, los gobernadores provinciales e intendentes elegidos por vía electoral fueron relevados por autoridades militares, se clausuró el Congreso Nacional y las legislaturas provinciales. En fin, se suprimió por decreto toda práctica política. Como asevera Pilar Calveiro, en esos años no sólo dentro de las Fuerzas Armadas había un alto consenso acerca del

¹⁸ Entre los jóvenes de la Unión Cívica Radical que acompañaban al presidente Illia estaba Benito José Urteaga, hijo de Benito Florentino Urteaga, un ex dirigente radical de gran trayectoria política y democrática. Benito Urteaga (h) luego de vivir esta experiencia pudo concluir sin intermediarios el nulo valor de la democracia y el respeto a la constitución que tenían las Fuerzas Armadas golpistas. Por su parte Jorge A. Lapolla asegura que Raúl Borrás, amigo de Urteaga (h) y ex ministro de defensa del presidente Raúl Alfonsín entre 1983 y 1985, le confesó que para Urteaga este hecho demostraba que había llegado la hora de organizar la lucha armada, Urteaga opinaba que sin Fuerzas Armadas leales que den respaldo a los gobiernos democráticos no se podía hacer política, los últimos tres golpes de Estado lo certificaban. Ver *El cielo por asalto*, de la campana, Buenos Aires, 2003, pp.34-35.

Urteaga fue uno de los fundadores de Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que contaba con un activo brazo armado llamado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Urteaga fue asesinado junto a Mario Roberto Santucho (máximo líder de dicha organización) por una patrulla del ejército, el 19 de julio de 1976 en Villa Martelli. Si bien las fotografías que daban constancia de su muerte aparecieron publicadas en la prensa ninguno de los cuerpos fue entregado a las familias.

¹⁹ Liliana De Riz, *La política en suspenso 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p.14. El grupo de infantería que sacó por la fuerza a Illia de la Casa Rosada estaba encabezado por el general Julio Alsogaray (hermano de Álvaro, tío de María Julia y paradójicamente padre del líder Montonero) y los coroneles Perlinger, González, Miatello, Premolí y Corbetta.

agotamiento de la democracia como forma eficaz de gobierno, sino que en la sociedad civil también había importantes sectores donde había ganado peso esa idea²⁰. Quienes animaron dicha idea alimentaban también la expectativa de sacar algún beneficio con el nuevo orden.

El general Juan Carlos Onganía, aquel supuesto abanderado y guardián de la legalidad que había enfrentado con valentía a los oficiales golpistas de la caballería y la artillería, se disponía ahora a encabezar una verdadera autocracia que concentraba sin pudor todos los resortes legislativos, jurídicos y ejecutivos del Estado. Superando la tradición inaugurada por Uriburu en 1930, Onganía comunicó por cadena nacional a toda la población que este era un proceso indefinido cuya caducidad no estaría sometida a plazos sino al cumplimiento de objetivos económicos, sociales y políticos. Onganía era un tozudo general que procedía del nacional catolicismo, y a diferencia de los generales que lo precedieron no instauró una dictadura simple o cesarista sino una totalitaria sin apoyo de las masas, es decir, además de utilizar los clásicos instrumentos de la coerción (el ejército y la policía) buscó mantener un control total sobre la sociedad, interviniendo también todos los circuitos de producción ideológica como las instituciones educativas y los medios de comunicación.

La selección de funcionarios para el nuevo proyecto de gobierno autodenominado *Revolución Argentina*, estuvo guiado por criterios dispares que demuestran no sólo el precario equilibrio que había entre liberales y nacionalistas dentro las Fuerzas Armadas, sino que la aplicación de esa dicotomía no era siempre adecuada, o que tenía límites difusos. Sirva de ejemplo el nombramiento y pronta remoción del Dr. Néstor Salimei como ministro de economía, un hecho que recuerda

²⁰ Pilar Calveiro, *Política y/o Violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Norma, Buenos Aires, 2005, p.33.

al golpe de palacio sucedido entre Lonardi y Aramburu en 1955. En una primera instancia Onganía nombró a Salimei, un joven y exitoso empresario argentino en el comercio de oleaginosas, pero rápidamente fue sucedido por Adalbert Krieger Vasena, ex ministro de economía de Aramburu e integrante del directorio de una decena de empresas norteamericanas. Los sectores liberales que habían instigado el golpe de Estado necesitaban un hombre de sus filas en Economía, un hombre conocido, confiable, y sobretodo, un hombre apoyado por las corporaciones norteamericanas.

Durante su gestión Kriger Vasena renovó los contratos con las compañías petroleras extranjeras, eliminó los controles de cambio y firmó un nuevo acuerdo con el FMI. Su política abandonó la protección arancelaria que Illia había proporcionado a las pequeñas y medianas empresas locales, el principal fundamento sobre el cual se había apoyado la rápida recuperación económica del país. Sin acceso al crédito barato los pequeños empresarios argentinos pronto comprendieron que no eran parte del nuevo proyecto y acusaron al gobierno de querer concentrar y desnacionalizar la economía en beneficio de los integrantes más poderosos de la comunidad financiera e intermediarios. Asimismo, como señala Liliana De Riz, la política económica se sirvió del crecimiento de la oferta monetaria para ganar la confianza de la comunidad económica internacional. Esa era una meta decisiva para el nuevo gobierno. El ingreso de préstamos a largo plazo e inversiones directas del exterior se convertirían en el nuevo motor de la economía, que hasta entonces había sido el gasto público²¹.

Dos meses antes del golpe de Estado, David Rockefeller tuvo una entrevista con el presidente Illia. Durante la reunión el multimillonario norteamericano solicitó al gobierno un trato preferencial para abrir una sucursal de su banco en el país.

²¹ Ver Liliana De Riz, ob.cit., p.60.

Rockefeller pretendía la modificación de la Ley Orgánica del Banco Central y la Ley de Inversiones extranjeras con la cual se reducirían las retenciones fiscales y mejorarían sus beneficios. Pero Illia no sólo vio claramente la irregularidad del caso, sino que dicha opción especulativa tampoco redituaba en conveniencias significativas para el país y no encontró motivos por los cuales conceder esa ventaja. Poco después tuvo efecto el golpe de Onganía que si permitió dicha modificación, entre otras atractivas e irresistibles ventajas para los capitales multinacionales.

Felipe Tami ocupó la presidencia del Banco Central, Guillermo Borda el ministerio del Interior y el ingeniero Álvaro Alsogaray fue nombrado embajador en los Estados Unidos. Los funcionarios de la *Revolución Argentina* eran miembros de diversas familias ideológicas, además de liberales y nacionalistas había socialcristianos y tecnócratas desarrollistas. Todos ellos coincidían en que había que sacrificar la democracia, puesto que desde su óptica era el factor de desorden. En su opinión, la solución a las dificultades para imponer una propuesta político-económica hegemónica que rompiera con el *empate político* entre los distintos grupos en disputa era una llana y lisa dictadura totalitaria. Sólo así se podrían establecer las condiciones necesarias para el ordenamiento y las transformaciones económicas que requería el país²².

En un tristemente célebre gesto de apoyo al régimen militar, la cúpula del sindicalismo burocrático: Augusto Vandor, José Alonso y Rogelio Coria, asistieron a

²² Los grupos en disputa –los *factores de poder* a los que se refería Mariano Grondona desde *Primera Plana*- eran, en resumen, por una parte, la burguesía agraria pampeana, un pequeño grupo de familias productoras agropecuarias principales dueñas de extensos territorios con baja capacidad de contratación de mano de obra, pero máxima proveedora de divisas y por lo tanto protagonista de la situación en los momentos de crisis en la balanza de pagos. Y por otra parte, una burguesía industrial urbana volcada completamente al mercado interno, muy dependiente de la importación de insumos en dólares, con escaso volumen de exportación, pero con mayor capacidad de absorber mano de obra. En medio un sector financiero intermediario sin una ni otra cualidad más que su capacidad de negociación con proveedores de insumos y capitales extranjeros. Por último, las organizaciones sindicales y su poder de movilización.

la ceremonia de investidura de Onganía. La cúpula sindical había *creído/querido* ser llamada a consulta en las decisiones del nuevo gobierno, una esperanza que rápidamente fue desairada por partida doble. Primero por Perón, quien ese mismo día designó una nueva conducción para el movimiento, buscando el contrapeso hacia la izquierda. Horacio Lannes, Roberto García, Mabel Di Leo, Alberto Brito Lema y Héctor Sampayo fueron los dirigentes seleccionados por Perón. No obstante, la actitud del líder fue cautelosa, pidió paciencia ante el desarrollo de los acontecimientos, pues sabía que en una parte de la población había buenas expectativas en la gestión de Onganía. De allí la famosa frase *desensillar hasta que aclare*, es decir, esperar hasta ver como se desenvolvían los hechos. El segundo revés a la cúpula sindical llegó en agosto, cuando el gobierno militar promulgó la ley 16.936 que prohibió el derecho a huelga y con el que se estableció el arbitraje obligatorio del Estado en los conflictos laborales. Y por si no bastara, la acción que señaló la obcecación por el sometimiento fue el decreto que suspendió las Comisiones Paritarias y las negociaciones colectivas, otra de las herramientas con las que *las 62* sustentaba su concentración de poder e influencia en los gobiernos.

Paralelamente, Krieger Vasena realizó una devaluación del 40% en el valor de la moneda, suprimió subsidios a industrias regionales marginales y aplicó retenciones impositivas a las exportaciones agropecuarias. Con ese dinero el gobierno emprendió obras públicas faraónicas como las centrales hidroeléctricas de Chocón y el Nihuil, el túnel subfluvial para unir las ciudades de Santa Fe y Paraná, y las carreteras de accesos a Capital Federal²³. La eficiencia se convirtió en el concepto de moda y más repetido por los gestores del gobierno, unos criterios de eficiencia

²³ El Chocón es la más grande central hidroeléctrica de la Patagonia argentina. Se encuentra sobre el río Limay en el límite entre las provincias de Neuquén y Río Negro. La presa fue construida por Hidronor Hidroeléctrica Norpatagónica, sociedad del Estado. Por su parte, el Nihuil es un complejo hidroeléctrico que está sobre el río Atuel en la provincia de Mendoza.

dictados por las normas convenientes a las filiales de las grandes corporaciones extranjeras que consolidaban su presencia en el país.

A una primera etapa de espera y aparente consenso con las acciones del gobierno le siguió una lluvia de críticas que comenzaron a caer copiosamente a partir del primer trimestre de 1967, no sólo desde los sectores agropecuarios gravados, sino principalmente de los pequeños empresarios industriales nacionales que veían restringidas sus ventas, el crédito y la capacidad de competencia frente a los productos multinacionales que ingresaban alegremente al país. Asimismo, esta situación repercutía directamente en la situación del asalariado, ya que la pequeña y mediana empresa nacional era la franja del mercado que mayor cantidad de mano de obra absorbía. De este modo, cuando los obreros no eran víctimas de recortes en su capacidad adquisitiva, lo eran de la desocupación, o, en el mejor de los casos, de la permanente incertidumbre y el temor de perder las fuentes de trabajo.

Mientras tanto, Krieger Vasena continuaba con la política de endeudamiento. En octubre, noviembre y diciembre de 1966 gestionó empréstitos extranjeros por un valor de 400 millones de dólares y congeló los salarios. Ante la proyección de un paro general para marzo de 1967 como protesta a dichas medidas el gobierno quitó la personería jurídica a varios sindicatos e interrumpió el funcionamiento de la CGT. La presión sobre la clase obrera subía a niveles desconocidos. El clima se calentaba cada vez más.

Por su parte Cooke, en una comunicación titulada *El peronismo y el golpe de Estado*, señalaba que:

“No es verdad que las Fuerzas Armadas intervinieron en última instancia, ante una situación anárquica. Ellas son el factor principal de esa anarquía, pues no solamente constituían una amenaza permanente

para el gobierno, sino que toda la política esta condicionada por esta circunstancia”²⁴.

Para Cooke las intervenciones militares no eran sólo efectos de una crisis de hegemonía donde cada uno de los actores participantes no podía imponer su proyecto sin ser vetados por el contrincante, sino –fundamentalmente- era el resultado de una crisis de legitimidad en los gobiernos. Para Cooke, las condiciones de represión y clausura de los canales formales para la negociación de conflictos empujaban a un callejón con sólo dos salidas posibles: el sometimiento silencioso a los dictámenes de la dictadura o a la contestación radicalizada. Para Cooke, la minoría a golpe de garrote imponía su voluntad, no sólo en virtud de forzar la desaparición definitiva del peronismo, sino de toda organización popular que incomodara los intereses del poder.

4.2.2. La reacción cultural, la cruzada moral y cristiana

Onganía lideró una verdadera cruzada en defensa de un orden moral y cristiano que, a su juicio, estaba amenazado por el populismo peronista, la infiltración marxista internacional y el libertinaje cultural. El golpe se hacía efectivo bajo los lineamientos argumentados desde 1958 por la Doctrina de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas, una auto-asunción ilimitada de funciones de resguardo y salvataje del *verdadero ser nacional*, en una actitud integrista sin fisuras²⁵.

Para las Fuerzas todo lo que no se podía controlar tenía que *desaparecer*. La política y la democracia eran campos incontrolables para las Fuerzas Armadas, por

²⁴ John W. Cooke, en Gregorio Sesler, *El Onganiato*, Samonta Editor, Buenos Aires, 1973, p.5.

²⁵ Respecto a las Doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas ver Capítulo 2; o Eduardo Luis Duhalde, *El estado terrorista argentino*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

eso debían suprimirse los partidos políticos y las elecciones. Para el Estado militar la práctica política era la continuación de la guerra por otros medios, una guerra no convencional donde los adversarios políticos eran el enemigo y el espacio público un campo de batalla. No es extraño que en estos años comenzó a circular asiduamente en las filas del ejército un libro titulado *Guerra revolucionaria comunista*, editado por el Circulo Militar (Buenos Aires, 1962) y escrito por el general Osiris Villegas. Dicho texto era el primer gran aporte criollo a las experiencias transmitidas por el ejército francés en la guerra contrainsurgente de Argelia y por la invalorable formación norteamericana de la Escuela de Panamá²⁶.

Desde un principio el nuevo gobierno caracterizó su accionar con un paternalismo fuertemente autoritario, cursillista y tecnocrático. Onganía estaba dispuesto a terminar con lo que consideraba el vaciamiento ideológico del país con la ley 17.401, conocida como la anticomunista, a través de la cual se justificó el amordazamiento de todo órgano de prensa discrepante y la persecución de todo aspecto *extraño* en la población, sea político, religioso o estético. Si bien no eran las únicas, la política y el sexo fueron las temáticas que más irritaban a la nueva dictadura. En Buenos Aires el comisario Luis Margaride y el juez De La Riestra, dos implacables guardianes de las tradiciones y la moral católica, gozaron de la potestad y de algunos ribetes que rozaron lo paranoico para decidir la censura en materia de cine, teatro o literatura. Margaride y De La Riestra avanzaron en el control de los comportamientos sociales y espacios recreativos públicos. Sólo por mencionar una ordenanza de la Municipalidad de Buenos Aires, el 27 de julio de 1966 se reglamentó la visibilidad en bares, locales nocturnos y salas de baile, se purgaron

²⁶ En mi opinión la denominada lucha *contrainsurgente* comienza aquí no en 1976, con el fracasado intento de hacer desaparecer la opción política peronista, luego con el fin de todo ejercicio político-cultural y finalmente, diez años más tarde, desapareciendo a las personas que lo practiquen, que pretendan practicarlo o que sean sospechosas de hacerlo.

también hoteles alojamiento (albergues transitorios) y quedó prohibido que las parejas se besen en las plazas o parques.

No vamos a mencionar el cierre del Instituto Di Tella, que fue atacado con fiereza por considerarlo un foco de inmoralidad y descaro, ni el naciente rock argentino que por el simple hecho de desarrollar actividades nocturnas y prácticas culturales no habituales fue asociado directamente al libertinaje y las drogas, y por lo tanto fue víctima de permanentes razias policiales y detenciones en locales como La Cueva o La Perla en Buenos Aires. Tampoco ahondaremos en la fobia homosexual, sino simplemente en el rechazo o miedo a la ambigüedad y el destape del cuerpo. Podemos recordar, por ejemplo, que se prohibió el uso de minifaldas, pantalones y el cabello suelto a las mujeres en todos los establecimientos públicos. La moda unisex así como la exhibición de las piernas o la espalda eran consideradas obscenas. Asimismo la policía tenía la autoridad para detener a un hombre en la calle, afeitarlo y cortarle el pelo si su largo no era considerado el adecuado. El cabello largo en los hombres era tomado como un síntoma de ambigüedad sexual, o en su defecto, de disidencia política. Mario Dalton recuerda que en 1968:

“Una tarde me paró la policía en Corrientes casi esquina Medrano, eran tres agentes, yo caminaba de la mano tranquilamente con mi novia (...). El que daba las órdenes y el único rubiecito de los tres -que no era mucho mayor que yo-, no miraba a sus subordinados cuando les daba las órdenes. Le dijo a uno “usted, pídale los documentos” (...) revisó mi DNI como si ahí fuera a encontrar la prueba del pecado. Después me miró con desprecio y me preguntó: -“a dónde se dirige”-, y me dijo que con ese pelo me parecía al Che Guevara. Pero no dijo Che Guevara, dijo simplemente: Guevara... Para ser sincero, te digo que yo, si quería parecerme a alguien, más bien era a Lenon o a Spinetta, pero igual me cortaron el pelo. (...) Te juro que se me saltaron las lágrimas de la impotencia. Todo en frente de mi novia. Fue humillante”²⁷.

²⁷ Entrevista del autor, 09-10-2005, Buenos Aires, Argentina.

Alain Rouquié ha observado que la ideología de la llamada *Revolución Argentina* significó la proyección sobre el Estado y la sociedad de los valores de la institución burocrática propia del ejército profesional²⁸. Por su parte, Guillermo O'Donnell ha señalado que la experiencia de Onganía fue la más perfecta expresión del Estado burocrático autoritario, en tanto producto de una acentuada tendencia de las Fuerzas Armadas argentinas a confundir sus funciones específicas y el carácter de su particular estructura institucional con la del resto del Estado²⁹. Se impusieron así principios disciplinarios de orden marcial y la proscripción política se extendió a todas las expresiones o prácticas culturales consideradas libertinas por la autoridad, buscando instalar una moral individualista y un apoliticismo pesimista. Muchas de las revistas político culturales que habían poblado los circuitos editoriales fueron censuradas, aunque la mayoría no necesitó la visita policial para dejar de circular. La tarea de control intelectual estaba a cargo de la Comisión Honoraria Asesora para la Calificación Moral de Impresos y Expresiones Plásticas, presidida por Francisco Mario Fassano, que a su vez era secretario de la Liga de la Defensa Moral y las Buenas Costumbres.

4.2.3. Intervención a las universidades: *la noche de los bastones largos* (1966)

El 30 de junio de 1966 la Federación Universitaria Argentina emitió una declaración repudiando la dictadura militar, en ese comunicado se refirió a ella como reaccionaria e incondicional servidora de los monopolios y la oligarquía. El 29 de julio, el Decreto Ley 16.912 terminó con más de medio siglo de autonomía en las

²⁸ Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1981, p.256.

²⁹ Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario*, Belgrano, Buenos Aires, 1982, pp.157-160.

universidades públicas y el gobierno tripartito de docentes, alumnos y graduados, colocándolas bajo el área de control del Ministerio del Interior. Sin autonomía, la llamada peyorativamente *Isla Democrática* se hundió indefectiblemente en la militarización institucional. Fue el fin de la libertad cultural y de las asociaciones estudiantiles.

Las universidades fueron uno de los principales objetivos del golpe, la severa represión propinada a un grupo de docentes y estudiantes en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA que se propuso resistir la intervención ejemplificó la incompatibilidad entre democracia y disciplinamiento. El operativo de intervención fue contundente y efectivamente implementado por el general Imaz. De este operativo, María Seoane recuerda que el entonces jefe de la Policía Federal ya bajo control operacional del Ejército, general Mario Fonseca, dio la orden de represión gritando: “Sáquenlos a tiros si es necesario. Hay que limpiar esta cueva de marxistas”³⁰. Es extraño no obstante, que muchos de los investigadores que la policía sacó a cachiporrazos de dicha *cueva de marxistas*, fueran recibidos luego con los brazos bien abiertos en algunos de los más prestigiosos centros de investigación y universidades de los Estados Unidos y Europa.

En 1970, el área de Investigación Social de la Universidad Torcuato Di Tella dirigida por Enrique Oteiza realizó un estudio titulado “Emigración de científicos argentinos”, donde concluyó que solamente en la Universidad de Buenos Aires habían renunciado 1378 profesores, y de los 301 que emigraron 215 eran científicos.

³⁰ María Seoane, “El vaciamiento de cerebros en la Universidad”, *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.104. Hay que recordar también que ni el profesor Ambrose del Massachussets Institute of Technology -docente invitado por la UBA- se libró de los bastonazos. El New York Times al día siguiente publicó una nota donde Ambrose denunció los hechos que los periódicos argentinos no reprodujeron.

166 se insertaron en universidades latinoamericanas, 94 en universidades norteamericanas y 41 en universidades europeas.

La incidencia dictatorial de 1966 en el ámbito universitario es el paradigma de la acción destinada a desactivar el desarrollo de todos los circuitos científicos, intelectuales y artísticos donde cobraba centralidad la articulación de un pensamiento crítico. 1966 es un año marcado por una de las expresiones más ciegas de la reacción tradicionalista ultramontana de las clases dirigentes argentinas, que no es poco decir. Una situación que no sólo tendrá influencia decisiva en el más importante socavón para la historia académico-cultural del país, sino que marcó el año de la declinación intelectual del período y la antesala de la cúspide más borrascosa de violencia política que conocieron los argentinos en toda su historia. En opinión de Oscar Terán, para diversos componentes de la franja crítica de la cultura argentina el golpe de Onganía fue la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre, y que con ello era la identidad misma del intelectual la que tenía que modificarse³¹.

4.2.4. Intelectuales, Estudiantes y Obreros, todos unidos contra la dictadura

Es significativo resaltar los términos en que la dictadura de Onganía se impuso. La autodenominada *Revolución Argentina* venía supuestamente a cerrar un período de once años, que si bien se había caracterizado por la implementación de dos gobiernos civiles elegidos bajo fórmulas políticas que proscribían al peronismo, habían mantenido relativamente activos algunos canales formales y ciertos márgenes de legalidad dentro de los cuales se buscaba resolver la disputa por la hegemonía y la

³¹ Oscar Terán, ob.cit., p.159.

legitimidad del orden roto en 1955. La dictadura de Onganía canceló violenta e indefinidamente dichos márgenes y con ellos sentenció toda potencial salida política concertada, y a partir de aquí se planteó un nuevo mapa en la lucha por el poder. El autoritarismo y la unilateralidad condujeron a una confrontación sin mediaciones, es decir, la cancelación total de la práctica política no permitió licuar, diluir o postergar los conflictos, todo lo contrario, alimentó la búsqueda de resoluciones directas.

La represión en los ámbitos letrados y de la cultura lejos de acallar aumentaron la impotencia y precipitaron la indignación y los deseos de venganza de una porción de la burguesía urbana que compartía ahora no sólo ideológica sino también materialmente las condiciones de opresión que el peronismo y los sectores obreros venían soportando desde 1955. Es decir, a los empréstitos, el congelamiento de salarios, la desocupación, la introducción de capitales multinacionales y la cancelación de la política, había que añadir el ataque a las universidades y los circuitos culturales. Todo esto, además de exasperar la creciente contestación, convirtió a la dictadura, los militares y los grupos económicos representados por ella, en el principal basamento aglutinante de ese momento, es decir, contribuyó a que buena parte de la población identificara y compartiera claramente un mismo enemigo: la Dictadura de las Fuerzas Armadas.

La violencia del onganato fue un embudo de broncas frente a los atropellos y los múltiples descontentos que se venían fermentando en los últimos años. Por caso, el 7 de septiembre de 1966 en Córdoba, durante una protesta estudiantil contra la intervención de las universidades la policía disparó contra los manifestantes e hirió de muerte a Santiago Pampillón, un estudiante del segundo año de ingeniería y subdelegado obrero de la fábrica de automóviles IKA. La muerte de Pampillón provocó el tránsito de cientos de militantes universitarios-trabajadores progresistas

hacia la radicalización. El autoritarismo del onganiato precipitó la furia de ambos colectivos en un clima social signado por un deseo de encuentro y un optimismo solidario que permitió soslayar las diferencias políticas entre los diversos sectores. Diferencias que bajo condiciones democráticas difícilmente se habrían dado. Especialmente en el ámbito universitario las organizaciones juveniles peronistas, filoperonistas, cristianas posconciliares y las de izquierda (las dos últimas históricamente antiperonistas) vivieron una *comunidad* de facto. Para el peronismo y el filoperonismo dicha comunidad se conjuró tras la bandera del socialismo nacional, mientras que para la izquierda marxista lo hizo tras la vía argentina al socialismo. Ambas banderas no estuvieron exentas de contradicciones, equívocos, ambigüedades e incluso mixturas, por un lado, intencionalmente especulativas (o entristas) y, por otro, auténticamente confiadas en la mutación política hacia un peronismo revolucionario de izquierda³².

Como fuera, el onganiato acercó por una nueva vía al estudiantado con los sectores obreros más combativos, donde había núcleos peronistas que se veían a sí mismos como la única alternativa popular que lentamente había ido profundizando la idea y la retórica mítica de la resistencia, la autodefensa y, poco más tarde, de la lucha armada como respuesta a la violencia institucionalizada. La lucha armada y la resistencia se dirigía ya no sólo contra un régimen ilegítimo que no permitía la participación, que no reconocía los representantes naturales de los trabajadores y que respondía con prohibiciones, cárcel y bastonazos a cualquier forma asociativa de oposición, sino también contra una burocracia sindical corrupta y antidemocrática

³² En este sentido la operación ideológica ejecutada fundamentalmente por la *Izquierda Nacional* es central, los trabajos de Puiggrós, Ramos y Hernández Arregui, también articulan esta idea José María Rosa, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, entre otros, que hacían posible pensar en este tránsito. Ver Capítulo 1, Tercera Parte: Marxismo y Peronismo, la *Izquierda Nacional*.

que con su apoyo explícito al régimen y sus métodos de *matonaje* socavó buena parte del apoyo obrero. Así, tras el objetivo común de terminar con la dictadura, muchos estudiantes-obreros/obreros-estudiantes comenzaron a alternarse en las asambleas madurando una fórmula que estalló en mayo de 1969 durante las protestas del *Cordobazo*.

Respecto al vínculo entre estudiantes y obreros Mónica Gordillo ha señalado que en esos años había organizaciones estudiantiles que intentaban ingresar en las fábricas con la idea de generar un *punte* entre ambos colectivos. Por otra parte, se da la situación de hay una gran cantidad de obreros e hijos de obreros que ingresan a la universidad:

“Era un momento en el cual se podía trabajar y estudiar, esto era muy común en la universidad Tecnológica. Entonces las condiciones laborales no eran como las de la actualidad, había horarios más reducidos que permitían disponer de tiempos suficientes para ir a la universidad, había una mayor movilidad social, los salarios eran buenos y permitían al obrero estudiar; esta situación facilitó los vínculos. Aunque, creo que la inserción era mayor desde el estudiantado hacia las fábricas. La idea de muchos estudiantes era la de sumarse al obrero en el movimiento revolucionario, existía una gran admiración por el trabajador puesto que representaba el *sujeto revolucionario* por excelencia”³³.

La idea de obrero como agente revolucionario que señala Gordillo, era una figura poderosa en el imaginario de la izquierda de la época. En especial en las organizaciones marxistas se pensaba que si estos sujetos no se habían comprometido aún con los postulados revolucionarios era porque no habían madurado sus concepciones clasistas y permanecían cooptados por la ideología peronista. La tarea entonces era rebatir esa cooptación e inculcar su ideología.

³³ Mónica Gordillo, testimonio al autor, 22-06-2005, Córdoba, Argentina.

Como dijimos, el onganiato agrupó bajo una misma matriz conceptual no sólo el golpe a Perón en 1955, sino que trazó una clara línea de continuidad con la anulación de las elecciones provinciales de 1962, el posterior golpe a Frondizi y el fallido intento de Illia de regularización democrática, tras la anulación de las elecciones parlamentarias en 1965 que habían ganado los candidatos justicialistas. La inédita y creciente rudeza con la que se clausuró la práctica política y se reprimió el pensamiento disidente era para muchos la señal inequívoca de que la resolución final del conflicto estaba cada vez más cerca.

Para la nueva izquierda todo esto no sólo parecía señalar el colapso del pensamiento desarrollista sino la incapacidad del conjunto de las propuestas capitalistas y sus instituciones para superar el atraso. Entre las opciones de cambio más deseadas, mentadas y discutidas, se erguía el proyecto donde *Intelligentsia* y *Pueblo* conformaban un bloque conjunto que diera cauce a la revolución socialista argentina. *Intelligentsia* y *Pueblo*, dos entidades históricamente divorciadas por fin parecían alinearse detrás de un mismo eje: la identificación del régimen militar y, más concretamente, las Fuerzas Armadas como el brazo armado de los sectores oligárquicos, antinacionales y antidemocráticos, como factor determinante y enemigo último a derrotar. Una derrota que, para muchos, sólo sería posible por la vía armada.

CAPÍTULO 5

CATÓLICOS POSONCILIARES, MARXISMO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

El objetivo de este capítulo es destacar el peso de los aspectos morales y míticos que se observan en la base de algunas prácticas políticas de la época. Para ello se señala la dimensión religiosa que cargó las prácticas seculares de muchos militantes y organizaciones, tanto católicas como marxistas, fundamentalmente a partir de los nuevos postulados teológicos, litúrgicos y pastorales propuestos por el Concilio Vaticano II.

La idea central del capítulo está dirigida tanto a describir los componentes autocráticos y de misticismo revolucionario, como a la proyección de una noción de acción, sacrificio y trascendencia individual a través de un proyecto colectivo superior. El capítulo se propone ahondar en la concepción de la *violencia justa*, o de una violencia como respuesta a una violencia anterior. No obstante lo dicho, es oportuno señalar que la capacidad explicativa de esta variable está limitada a describir algunos rasgos morales, de identidad, carácter y sobre todo de intensidad con la que se vivió la participación o militancia política. Es decir, está limitada a analizar una parte –importante pero no única- de los motivos que condujeron a los actores de la época a tomar sus decisiones políticas.

A los efectos antes mencionados, este quinto capítulo se divide en dos partes. La primera se ocupa de las nuevas reflexiones teológicas, pastorales y litúrgicas que tuvieron lugar en el proceso abierto por el Concilio Vaticano II, una celebración convocada entre los años 1962 por el Papa Juan XXIII y clausuradas en 1965 por Paulo IV. La primera parte del capítulo presta especial atención al auge y desarrollo de la Doctrina Social, el perfil dialogante y progresista que asume la Iglesia en estos

años y algunos de los efectos que la nueva perspectiva produjo en el Episcopado y la comunidad católica argentina. Se caracteriza también aquí el denominado diálogo entre católicos y marxistas, sus pensadores más destacados y las polémicas que suscitó entre los intelectuales críticos. Asimismo, el apartado describe el cambio de perfil de la revista *Criterio* publicada por el Episcopado argentino en la etapa dirigida por Jorge Mejía.

La segunda parte del capítulo se dedica a analizar la experiencia de la revista *Cristianismo y Revolución*, fundada por un grupo de jóvenes católicos renovadores. De dicha publicación nos interesan especialmente las ideas, concepciones y justificaciones de *violencia justa* -o de violencia como respuesta a una violencia anterior- que propone el grupo editor compuesto por algunos de los jóvenes que poco más tarde fundaran la organización político-militar Montoneros.

5.1. El Concilio Vaticano II: cambio teológico, litúrgico e institucional (1962-1965)

El 28 de octubre de 1958, Angelo Giuseppe Roncalli hijo de una familia agricultora de Bergamo fue elegido Papa. Roncalli, más conocido como Juan XXIII, distinguió su gestión de las anteriores por haber sido el Papa que dio inicio formal a un proceso de renovación en las estructuras y las tradiciones doctrinarias de la institución, una renovación que no sólo tuvo consecuencias religiosas sino que afectó en el posicionamiento político de millones de personas, incluso hasta a la actualidad.

Con el fin de reafirmar la presencia e influencia de la Iglesia en un mundo moderno donde parecía perderse el euro-centrismo cultural, y donde se estaba atravesando por una profunda mutación en sus modelos conceptuales, económicos y políticos; Juan XXIII, por segunda vez en la historia, convocó en enero de 1959 a un

Concilio Ecuménico. El evento que tendría lugar en el Vaticano desde el 11 de octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965 bajo papado de Paulo VI, contaría con la participación de 2500 representantes de los cinco continentes.

El carácter del Concilio fue muy importante tanto en términos políticos como teológicos, ya que el poder centralizado y supranacional de la Iglesia había perdido eficacia en los últimos años. La necesidad de revisar el orden de las estructuras institucionales era una tarea ineludible, sobre todo luego de la desaparición de los Estados Pontificios, momento a partir del cual el gobierno eclesiástico ya no ejercía control sobre territorios sino sobre personas y se sostenía, fundamentalmente, a través del respeto a la línea simbólico-espiritual y moral ejercida por la figura del Sumo Pontífice¹.

Ante todo el Concilio Vaticano II se propuso revisar dos asuntos: por una parte, hacer una profunda revisión de las tradiciones pastorales y litúrgicas, y por otra, realizar una nueva reflexión teológica. La liturgia es la expresión de la fe, aquello denominado por los cristianos como *praxis religiosa*, es decir, el culto, la oración y todas aquellas formas en las que los católicos ponen en práctica sus dogmas. El Concilio hizo especial hincapié en el valor comunitario y humanista que debía adoptar dicha *praxis religiosa*.

Por su parte, la reflexión teológica fue animada por la encíclica *Divino Afflante Spirito*, la *Nouvelle Theologie*, que buscó recomponer la idea del compromiso cristiano como principal motor y canal de la fe. En opinión de Gustavo Morello el Concilio significó un renacimiento teológico en clave progresista, una

¹ Ya durante el reinado de Pio X (1903-1914) se había acentuado una clara orientación reformista en buena parte de la jerarquía eclesiástica, especialmente por las consecuencias económicas que había tenido la pérdida de territorios pontificios tras la unidad italiana de 1870 y la caída de absolutismo monárquico (sobre todo el austro húngaro) que generó las condiciones que devinieron en la Primera Guerra Mundial. Luego también Pio XI y Pio XII en 1942 y 1948 respectivamente, tuvieron iniciativas similares a la de Juan XXIII.

reflexión adaptada a las nuevas corrientes filosóficas de la época, especialmente el existencialismo². Asimismo, Morello ha analizado la especial relevancia que tuvo en el Concilio la *Constitución Pastoral Gaudium et Spes*, un documento que hacía una actualización general de cuales debían ser las tareas de la Iglesia en el mundo actual. Allí se destacaba la importancia de luchar contra la pobreza y sus causas, a su entender el principal motivo de sufrimiento en el mundo. Dicho documento fue aprobado *in extremis* con setenta y cinco votos en contra, y tan sólo un día antes de la clausura del Concilio. Que haya habido tal cantidad de votos en contra del documento final habla no sólo de la intensa polémica que encerraban sus conclusiones, sino sobre todo demuestra las firmes resistencias que había en los sectores conservadores de la jerarquía eclesiástica ante la idea de presentar públicamente a la Iglesia con un perfil favorable a las fuerzas progresistas y de cambio social³.

5.1.1. La Doctrina Social

El Concilio significó una ruptura con las tradiciones y la apertura de un proceso de autocrítica que liberó fuerzas heterogéneas que se asociaron de modo diverso a otros movimientos intelectuales y políticos que tenían lugar en ese momento. Por caso, el Concilio recogió los avances que ganó en el período la llamada *doctrina social*, una especie de sociología evangélica nacida en el interior de los claustros de la Iglesia, que venía trabajando a tono con los últimos enfoques y

² Gustavo Morello, *Cristianismo y Revolución*, Thesys, Córdoba, 2003, p.44.

³ No se trata aquí de analizar cuáles fueron las tesis e interpretaciones de las sagradas escrituras que se revisaron durante el Concilio, sino de explicar de qué manera el giro social promovido por el Concilio afectó a los creyentes en su modo de entender las responsabilidades sociales del cristiano. En este caso, nos ocupamos más de la influencia en aspectos ideológicos y socio-políticos causados directa e indirectamente por el Concilio. En especial de las lecturas que de este se realizaron en los episcopados latinoamericanos y, más específicamente, de los efectos que este tuvo en buena parte de la comunidad católica argentina renovadora.

desarrollos metodológicos de las Ciencias Sociales. Desde los años veinte la llamada doctrina social había reflexionado sobre los contrastes y desequilibrios entre países ricos y pobres, la increíble opulencia de unos y la miseria inhumana de otros. El interés por desarrollar estudios de esta naturaleza había comenzado a propósito de una serie de hechos muy desestructurantes para el ordenamiento tradicional de la época, estos eran los casos de la Revolución Rusa, la Primera Guerra Mundial, la Revolución Mexicana, y el auge de un nuevo y poderoso ideario alternativo al capitalismo: el marxismo.

La *doctrina social* fue una de las primeras que abordó la idea del desarrollo global buscando posicionarse desde una perspectiva tercerista frente a lo que consideraba –por una parte- los desbordes del capitalismo liberal y su definición a partir de intereses individuales, atomizantes, antisolidarios y –por otra-, la colectivización comunista que intervenía y se extralimitaba en la esfera privada. En definitiva, ambas propuestas parecían ser portadoras de un orden y una visión filosófica *total* competitiva con la propuesta de la Iglesia.

En los sesenta, la *doctrina social* no sólo estaba en condiciones de proponer la conveniencia de acentuar la sensibilización hacia los sectores desfavorecidos de la sociedad atraídos por el marxismo, sino que logró persuadir de la necesidad de buscar una apertura y una captación de apoyos en la comunidad no creyente. Tras la idea de que *todos somos el pueblo de Dios*, una de las prioridades de la doctrina fue determinada por el deseo de incorporar en los partidos políticos católicos no confesionales una línea que recogiera los reclamos de mejoras en la vida material de las personas, un espacio que estaba siendo ocupado, casi sin oposiciones ni competencias, por las formaciones comunistas.

Paralelamente, intentó reforzar el contacto interreligioso, un afán por reconducir las relaciones con las diversas confesiones cristianas, en especial las poderosas congregaciones protestantes norteamericanas que apoyaban la idea de la libertad de conciencia y el derecho de opción religiosa de los hombres. Para esto el Papa invitó a participar del Concilio a observadores internacionales no solamente católicos apostólicos romanos, precisamente con la intención de detenerse en las especificidades de las diversas problemáticas nacionales y recuperar el protagonismo de las comunidades cristianas en su perfil misionero -sobre todo en temas de educación, el mundo obrero y campesino-, en los países *periféricos* del Tercer Mundo, donde estaban en marcha una serie de procesos de descolonización, en algunos casos mediante movimientos armados⁴.

El enfático vuelco hacia las preocupaciones sociales que provocó la renovación teológica, litúrgica y pastoral promovidas por el Concilio, hay que interpretarla en una escena internacional que encuentra al bloque soviético consolidado como alternativa real a la supremacía del orden capitalista en lo económico, político, social y militar, al tiempo que extendía el ateísmo a un mundo moderno que se organizaba alrededor de intereses que prescindían cada vez más de la fe religiosa y que desconfiaban explícitamente de las bondades de la Iglesia. El comunismo disputaba un buen porcentaje de la fidelidad de las masas batiendo las banderas de la igualdad y la justicia social, banderas, por cierto, bien conocidas por los cristianos.

⁴ En estos años se estallan varios conflictos armados conocidos en la época como *movimientos de liberación nacional*, y donde la implementación de la lucha armada por parte de organizaciones político militares civiles tienen una presencia destacada. Este es el caso de Vietnam, Laos, Camboya, Indochina; Angola, Argelia, Mozambique, Congo, Guinea Bissau Cabo Verde; Cuba, Guatemala, Venezuela, Perú, Bolivia, Brasil y Uruguay, a los que podríamos agregar los *Black Power* norteamericanos entre los que tuvieron mayor trascendencia mediática e impacto en la opinión pública argentina.

En Argentina, el giro social y las precaución de la Iglesia hacia el notorio avance que había conseguido el marxismo en esos años esta expresado claramente en la revista *Criterio*, uno de los órganos más influyentes del episcopado en la comunidad católica de la época. *Criterio* apareció en 1932 dirigida por Monseñor Gustavo Franceschi hasta 1957, año en el que la revista llegó a sus mínimos de convocatoria entre el público. A partir de allí la dirección pasó a manos de Jorge Mejía quien suavizó el perfil eminentemente *oficial* de la publicación, renovando y sensibilizando parcialmente sus enfoques y recogiendo las discusiones sociales encendidas por el Concilio. De hecho Mejía produjo un recambio en el consejo de redacción de la revista que quedó conformado a partir de entonces por Juan Julio Costa, Carlos Alberto Florida, Felipe Freire, Jaime Potenze, Basilio Uribe y Manuel Francisco Artiles, entre otros.

En una de sus editoriales *Criterio* tomaba nota con preocupación y responsabilidad del fenómeno marxista cuando decía:

“El marxismo ocupa a la mitad de la humanidad y preocupa a la otra mitad. Como presencia real y como peligro eventual, inspira el movimiento social y político más importante de este ciclo. Al mismo tiempo el comunismo es el enemigo de mayor envergadura que ha enfrentado el cristianismo en toda su historia. (...) Ninguna invocó como singular necesidad para su triunfo total en este mundo, la supresión de lo que Marx denominó la alineación religiosa. Ninguna emprendió, con mayor convicción, un combate contra la iglesia Católica”⁵.

Desde sus páginas *Criterio* reconocía que era necesario atender sin maniqueísmos los motivos por los cuales un nuevo orden político, económico y social se extendía ya a más de mil millones de personas en el mundo. Por eso señalaba que:

⁵ *Criterio*, “Editorial”, Año XXXII, N° 1328, Buenos Aires, 26-03-1959, p.203.

“Ya es hora de que el hombre cristiano tenga presente que el triunfo del humanismo ateo es el triunfo de los errores que denuncia. (...) Los cristianos venimos arrastrando un retraso injustificable respecto al ritmo de desarrollo de la historia. (...) Si en lugar de permanecer ajenos al curso de nuestros problemas sociales y políticos, el hombre cristiano participa de ellos asumiendo su dirección, la iniciativa y la responsabilidad de su misión, desde todos los puntos y en todas las posiciones que ocupa en la estructura social, el desafío comunista se vería contenido, tarde o temprano, por un poder infranqueable”⁶.

La preocupación que reflejan las páginas de *Criterio* no sólo eran patrimonio del avance del marxismo –que a su juicio se terminaría con una mayor distribución de la riqueza-, sino también por la incapacidad de los partidos políticos argentinos que se mantenían sumidos en luchas interiores. Se observaba desde la revista que dichos conflictos no permitían dilucidar responsablemente el equilibrio entre la representación política y social, y establecía una democracia excluyente que proscribía a un importante sector de la población. Desde su perspectiva, *Criterio* señaló que esta problemática daba lugar a la emergencia de grupos de poder y de presión que eran consecuencia de la inestabilidad, y que desarrollaban su juego al margen de la legitimidad institucional.

Asimismo, para los redactores de *Criterio*, al problema del subdesarrollo, el estancamiento y las falencias del sistema político parecían oponérseles dos salidas posibles: la democracia social o la revolución, así lo planteaba en una de sus editoriales cuando sostenía que:

“o se realiza la democracia social en un sentido evolutivo, superándose la etapa crítica del crecimiento y de la transformación de la democracia política, o se propicia –conciente o inconscientemente- la estructuración paulatina de una situación revolucionaria, para reemplazar instituciones que resultarán a la postre incapaces de resolver los conflictos y de satisfacer las exigencias de nuestro tiempo”⁷.

⁶ *Criterio*, ob.cit., p.207.

⁷ *Criterio*, “El ejercicio de la oposición”, Año XXXII, N°1361, Buenos Aires, 11-08-1960, p.565.

5.1.2. El diálogo entre cristianos y marxistas

Si tuviéramos que sintetizar el motivo del Concilio Vaticano II desde el ideal cristiano renovador, podríamos decir que se trató de una fuerte autocrítica a la fidelidad con que la Iglesia había llevado hasta entonces el mandato de Cristo en el mundo moderno. En las razones de esta conclusión cobró gran peso el reconocimiento de las profundas injusticias sociales que predominaban con el capitalismo, y la respuesta al creciente interés de las juventudes por doctrinas y ordenes políticos alternativos al capitalismo.

Pero la decisión de llamar a un Concilio era también consecuencia de una serie de ideas que muchos intelectuales europeos cristianos no exclusivamente católicos venían desarrollando desde hacia unos cuantos años, y donde las corrientes filosóficas de la época -la fenomenología de Husserl, Heidegger, Kierkegaard, Sartre, y el redescubrimiento de Hegel y la preocupación marxista por el sentido de la historia-, habían influido considerablemente. De este modo, el Concilio terminó formalizando un proceso de reflexión amplio que excedió las fronteras ideológicas cristianas, que en rigor y por desborde, ya hacía tiempo había comenzado a señalar las diferencias entre lo sustantivo del dogma religioso, la manipulación lingüística en las traducciones de las escrituras, los condicionantes históricos que mediaban su interpretación y sus usos *por* y *para* el poder.

Desde una perspectiva actual podemos decir que la influencia de las corrientes filosóficas y psicológicas modernas jugaron un papel nada desdeñable en el cariz que fueron adoptando las reflexiones del período, pues incidieron poderosamente en el modo de considerar la conciencia individual como un espacio de encuentro con Dios, revitalizando vestigios ideológicos del cristianismo primitivo. De los autores cristianos que polemizaron sobre estas nuevas perspectivas podemos

mencionar a John Courtney Murray, Karl Ranher, Francois Mauriac, Georges Bernanos, Jacques Maritain, Jacques Dúchense-Guillemín, Henri De Lubac, Joseph Louis Lebreton o Gastón Fessard, donde se destaca la participación de varios intelectuales franceses muy versados en filosofía marxista como Emmanuel Mounier, Teilhard de Chardin y los jesuitas Jean Ives Calvez y Pierre Bigo, entre muchos de los que trabajaron intensamente en una potencial articulación doctrinaria entre marxismo y cristianismo.

Recordemos que en estos mismo años el comunismo ruso atravesaba por una crisis y el marxismo atravesaba por una profunda renovación teórica, y en los primeros sesenta recuperó a autores humanistas como Bauer, Bernstein, Bujarin, Chayanov, Galori, Gramsci -especialmente en la Argentina-, Grossman, Kautsky, Korsch, Kosik, Lefebvre, Lukács, Luxemburgo, Pannekoek o Ver Borojov, entre otros, luego del XX y XXII Congresos del PCUS en 1956 y 1961 respectivamente⁸. Por su parte los cristianos se encontraban sumergidos en las reflexiones del Concilio, unas reflexiones que permitieron especular con el llamado diálogo entre marxismo y cristianismo. En resumen, lo que queremos destacar es esta coincidencia: ambas doctrinas atravesaban un profundo proceso de crisis/renovación teórica.

No obstante, lo que se conoció en Europa, más concretamente en Francia, Italia y en menor medida Alemania, como el *diálogo entre católicos y marxistas* no fue un movimiento mayoritario sino que fue una problemática reducida a la modernización del pensamiento de algunos núcleos intelectuales cristianos que consideraban perfectamente lícita la cooperación política de grupos marxistas en virtud de lograr avances en las condiciones materiales de vida de las clases marginadas. En todo caso, este acercamiento derivó indirectamente en algunas

⁸ Ver Capítulo 3, punto 3.1. Crisis en las tradiciones partidarias: renovación teórica y surgimiento de la Nueva Izquierda.

expresiones políticas no confesionales como la Democracia Cristiana, que buscó contener en su interior los conflictos disparados entre las diversas perspectivas en cuestiones como el valor de la democracia burguesa, las tradiciones liberales y las nuevas corrientes socialistas; al tiempo que intentó expresar una interpretación superadora en términos ideológicos de las nociones de izquierda y derecha, recogiendo -a su entender- *ciertas verdades* seculares inscriptas en el marxismo. En 1955 Manuel Ordóñez fundó en la Argentina la Democracia Cristiana, contrario a la tradición liberal antiestatista y postulante de lo que llamó un cristianismo socialmente aplicado. Si bien la Democracia Cristiana fue apoyada, no recibió la sanción de partido único por parte del Episcopado⁹.

Es importante subrayar que la idea del *socialismo* como ideal de orden político, social y económico ejerció en estos años una gran seducción. El *socialismo* era pensado entonces como un horizonte y como una fórmula de solución a problemas como el hambre, la pobreza, el analfabetismo y las desigualdades. Para muchos, incluidos los cristianos, el *socialismo* era una opción política posible, es decir, era una opción entre otras. No veían motivos para descartarla o demonizarla. Al contrario, creían posible conciliar e incluso compatibilizar con ella. Dicho imaginario estuvo promovido, entre otros factores, por la incapacidad que mostraron los estados europeos para hacerse cargo de la pauperización social que vivían las poblaciones luego de los desastres provocados por la Segunda Guerra Mundial, un hecho que marcó un reacomodo internacional de fuerzas, un nuevo mapa sociopolítico que expresó una crisis y una rearticulación intelectual y moral profunda de algunos valores de convivencia. En la Iglesia, las razones más repetidas para

⁹ Respecto al desarrollo y relación de la Democracia Cristiana con el Episcopado argentino ver Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas*, Ariel Historia, Buenos Aires, 2001, pp. 48-53. Jorge A. Soneira, *Iglesia y Nación*, Guadalupe, Buenos Aires, 1986, pp.77-89.

explicar el desmembramiento de la sociedad apuntaban a la secularización provocada por la proliferación y engrosamiento de partidos como el comunista o el socialista, que resultaban atractivos a las nuevas generaciones, en especial, porque ofrecían una opción política *diferente* dirigida a superar una realidad plagada de miserias¹⁰.

Por su parte, los seminaristas argentinos estaban bien actualizados de las discusiones que orientaban la preparación del Concilio, muchos de ellos eran hijos de familias acomodadas que habían estudiado en universidades europeas como Lovaina, Innsbruck y París, tres de los centros donde mayor actividad intelectual habían tenido los grupos de estudio que alentaron el proceso de reflexión y renovación teológica, litúrgica y pastoral del Concilio. Alineados casi siempre con los grupos renovadores, los jóvenes seminaristas latinoamericanos no mostraron intenciones de ceder terreno a los sectores conservadores que pretendían matizar los efectos del *Populorum Progressio*.

Quizás por eso, ya en octubre de 1962, a pocos sorprendió la nota principal del segundo número de la revista *Correo de CEFYL* que se titulaba “Cristianismo y Marxismo”, una entrevista a Conrado Eggers Lan profesor de filosofía antigua de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Una entrevista que confirmaba la actualidad y pertinencia del tema en la comunidad católica argentina. Allí Eggers Lan, máximo promotor intelectual en la Argentina del llamado diálogo entre *cristianos y marxistas*. Eggers Lan decía no tener dudas de la compatibilidad entre ambas doctrinas. Para sustentar sus afirmaciones realizó una traducción adaptada de los principios marxistas a términos bíblicos y viceversa, donde introdujo aspectos de la retórica política de izquierda y donde indicó que las oposiciones planteadas entre

¹⁰ El notable crecimiento del bloque soviético en el este de Europa y de los partidos comunistas y socialistas en Francia e Italia durante la prolongada crisis de la posguerra preocupó tanto a la Iglesia que en 1949 mediante un decreto del Santo Oficio impuso la excomunión a los católicos que apoyaran estas organizaciones en cualquier país del mundo. Ver Gustavo Morello, ob.cit., p.75.

cristianismo y marxismo eran consecuencia del desconocimiento o de intereses exteriores a las doctrinas que preferían rechazar las coincidencias.

Eggers Lan trabajó con detenimiento el concepto de lucha de clases, aunque los argumentos con los que adujo su complementariedad omitieron la base filosófica materialista dialéctica y económica esencial al marxismo. El elemento que más separó la opción cristiana de la marxista fue su fundamento y procedencia. Mientras el cristianismo procede de un mandato divino expresado en textos bíblicos y sagrados, el marxismo se desarrolla sustentado en una base material histórica y dialéctica. Eggers Lan adujo a favor de la complementariedad de las doctrinas el hecho de que ambas combatían contra la enajenación, la alienación y el sometimiento del hombre por el hombre. Para el filósofo las diferencias entre marxismo y cristianismo estaban dadas más bien en términos de énfasis.

Durante la entrevista publicada por *Correo de CEFYL* Eggers Lan aseguraba que:

“en los evangelios está claramente evidenciado que la dialéctica y la lucha no son incompatibles con el amor. Claro está que el cristianismo –en oposición al formulismo farisaico- pone el énfasis en la actitud interior que debe haber en esta lucha, mientras que el marxismo –por estar en pugna con el intelectualismo idealista- acentúa el carácter social de esa lucha. Pero no se trata de una incompatibilidad excluyente”¹¹.

Para Eggers Lan, Cristo había señalado mucho tiempo antes que Marx la inevitabilidad de los conflictos, incluso habría predicado el enfrentamiento cuando a su llegada al mundo no trajo paz sino discordia, y la razón de dicha discordia era porque había venido a ayudar a los hombres a que se pongan de pie contra un orden que los oprimía. La razón de la discordia era porque Cristo había venido a que los

¹¹ Conrado Eggers Lan, “Cristianismo y Marxismo”, *Correo de CEFYL*, Año1, N°2, Buenos Aires, 1962, tapa.

hombres de la tierra aprendan a tener conciencia de sí mismos, y por lo tanto, también de la gracia de Dios¹².

Ya en abril de 1958 una conferencia dictada por Eggers Lan en Tucumán y reproducida por la revista *La Gaceta* en febrero de 1962 habían suscitado sonadas controversias, no sólo dentro de la Iglesia sino también en el ámbito intelectual. Por ejemplo, Oscar Masotta y Raúl Pannunzio, en el segundo y quinto número de la revista *Discusión* habían mostrado sus apoyos y diferencias con las ideas de Eggers Lan. Masotta dijo al respecto:

“no se puede negar una determinada penetración de ideas de carácter socialista en medios católicos, pero cualquiera fuera el grado de esa penetración, nunca sería suficiente como para borrar la profunda incompatibilidad teórico práctica de las dos concepciones del mundo. Pero de cualquier modo, cuando se habla de relación entre cristianismo y marxismo (...) es posible coincidir en varios puntos precisos: crítica radical del capitalismo y repudio de la política concreta de la iglesia, repudio de la política belicista de Occidente, denuncia de toda forma de macartismo, reconocimiento de que un cambio radical de las estructuras significa y exige la revolución, reconocimiento de la realidad de la lucha de clases y de su carácter dinámico, acuerdo y apoyo a los partidos comunistas nacionales cuando sus posiciones coinciden efectivamente con las necesidades reales de los proletarios nacionales, esto es, sin dejar de reservarse el derecho a la crítica.”¹³

Pero la polémica más rica en términos teóricos fue la que planteó León Rozitchner en la revista *Pasado y Presente*. En respuesta a lo expresado por Eggers Lan en *Correo de CEFYL*, Rozitchner acusó a Eggers Lan de generar un “confusionismo moralizante” pues en sus análisis:

¹² A la intensa actividad intelectual de Eggers Lan hay que agregar la tarea del cura italiano Arturo Paoli, Enrique Dussel, Carlos Floria, Lucio Gera o Ramón Gutiérrez, entre otros, en cuyos análisis en clave clasista de la situación internacional, continental y sus propias realidades nacionales legitimaron la idea de *revolución* en el discurso cristiano, entendida ésta como *transformación* de un sistema considerado injusto y homólogo a emancipación y liberación nacional y opuesto a imperialismo y dependencia.

¹³ Oscar Masotta, “Cristianismo, catolicismo, marxismo”, *Discusión*, Año1, Nº2, Buenos Aires, 1963, p.2.

“el profesor Eggers Lan sólo toma de Marx ciertos aspectos dejando de lado su problemática radical (...) –es decir- despojó al marxismo de su significación explícitamente totalizante: el descubrimiento de sus más finos lazos que unen a los hombres entre sí en lo histórico-económico”¹⁴.

Eggers Lan tuvo oportunidad de responder a las lapidarias observaciones de Rozitchner en el siguiente número de esa misma revista, allí aclaró algunos puntos de sus ideas acerca del marxismo, donde aseguró que no olvidó la importancia central de la economía en el método marxista:

“La revolución ha de ser integral, vale decir, debe modificar las estructuras desde su base hasta su cúspide. Y esta base es, desde luego, económica, ya que todo lo que llamamos vida espiritual no se da más que en los individuos que primeramente han debido satisfacer de algún modo sus necesidades orgánicas”¹⁵.

Hay que señalar que las ideas promovidas por Eggers Lan en la Argentina no eran marginales. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) fundado en 1967 se identificó plenamente con la llamada Teología de la Liberación, una perspectiva secular en clave nacional-popular. Dicho movimiento desde su nacimiento se impuso una misión clara: la liberación de los pobres a través de la revolución social, una revolución social que asentaba sus consignas en conceptos de lucha de clase inspirados en el marxismo. El padre Carlos Mugica, uno de los promotores de la revista *Cristianismo y Revolución*, la publicación argentina cristiana y revolucionaria más destacada del período, expresó su opción por los pobres diciendo que:

“creo que lo más importante que nosotros hacemos en la villa es hacerles tomar conciencia a los villeros de que son hijos de Dios, y creo que para un hombre tomar conciencia de que es hijo de Dios es

¹⁴ León Rozitchner, “Marxismo o Cristianismo”, *Pasado y Presente*, Año1, Nº2-3, Córdoba, 1963, p.114.

¹⁵ Conrado Eggers Lan, “Respuesta a la derecha marxista”, *Pasado y Presente*, Año1, Nº4, Córdoba, 1964, p.228.

tremendamente dinamizante. Porque si soy hijo de Dios no voy a dejar que el patrón me ponga el pie encima. Es una consecuencia lógica”¹⁶.

En el razonamiento que aquí expresa Mugica podemos observar que los villeros habían dejado de ser concebidos simplemente como objetos de la caridad para convertirse en sujetos susceptible de conciencia de su igualdad ante Dios, es decir, ser concientes de la injusta opresión entre iguales.

5.1.3. El Concilio en la Argentina

El posicionamiento oficial de la Iglesia Argentina y Latinoamericana respecto a las modificaciones introducidas por el Concilio Vaticano II no llegaron hasta años más tarde y fueron mediadas por una serie de sucesos extra institucionales que dieron cuenta de las fuertes tensiones políticas locales y regionales que vivía la institución. El impacto del Concilio fue un verdadero sismo para la jerarquía eclesiástica, que rápidamente mostró sus reservas y diferencias ante algunas de las modificaciones que intentaba introducir el reformismo. Este hecho motivó a que las corrientes renovadoras de la iglesia apelaran directamente a la autoridad del sumo Pontífice y la Curia Romana para intentar que las encíclicas fueran íntegramente respetadas. Reclamaban la modificación institucional que impedía el verdadero compromiso con un cambio de fondo, se pedía que renuncie a ser la organización burocrática no gubernamental más grande del mundo, que renuncie a su pasividad ante los atropellos del poder y a la falta de interés por la transformación social, para convertirse en un verdadero transmisor del mensaje de Cristo¹⁷. Desde estos sectores

¹⁶ Carlos Mugica, *Peronismo y Cristianismo*, Merlin, Buenos Aires, 1973, p.34.

¹⁷ Sólo por mencionar algunas de las respuestas desde el sacerdocio, podemos mencionar que en 1964 se experimentaron fuertes rivalidades públicas entre sacerdotes postconciliares como Dellaferra, Baudagna y Viscovich (que era decano de la Universidad Católica de Córdoba) contra el arzobispo Castellanos de Córdoba. En 1965 veintisiete sacerdotes enfrentaron al obispo Buteler de Mendoza

se pretendió que la Iglesia se convirtiese en una expresión testimonial de los valores cristianos y evangélicos de liberación, fraternidad, igualdad, justicia y dignidad, se instó a la búsqueda de caminos de diálogo e integración de los marginados y los excluidos.

La división de posiciones en la Iglesia argentina no demoraron en salir a la luz incluso antes de la finalización del Concilio, cuando con motivos del plan de lucha implementado por la CGT contra el gobierno de Illia en 1964 y 1965 los sectores nacionalistas tradicionales de la jerarquía eclesiástica (férreamente opuestos a las medidas) quedaron virtualmente enfrentados con buena parte del laicado, sacerdotes y seminaristas que se mostraron favorables a las medidas de la central obrera. Dicho enfrentamiento, a partir del golpe de Estado militar encabezado por Onganía en junio de 1966, agudizó todavía más las diferencias en el seno de la institución eclesiástica.

Todos los hechos nacionales, regionales e internacionales parecían inclinarse hacia una afiebrada polarización de las posiciones. La muerte del cura guerrillero colombiano Camilo Torres en febrero de 1966 convirtió su figura en un icono de la lucha revolucionaria cristiana. Asimismo, el fusilamiento de Luis De La Puente y Guillermo Lobatón en Perú, Fabricio Ojeda en Venezuela y Turcio Lima en Guatemala, pusieron la efervescencia guerrillera continental en su punto más alto. De hecho, el episcopado argentino adelantó para mayo de ese mismo año la reunión para discutir la aplicabilidad de las reflexiones alcanzadas en Roma.

porque este no aplicaba las disposiciones conciliares. En 1966 en San Isidro y Avellaneda se registraron sanciones contra sacerdotes que reclamaban a través del monseñor Podestá la mediación en conflictos obreros en la provincia de Buenos Aires. En 1969 el arzobispo Bolatti de Rosario fue denunciado a Roma por un grupo de Sacerdotes argentinos y españoles por no aplicar las encíclicas dispuestas en el concilio.

El 15 de agosto de 1967 con la dirección del obispo brasileño Helder Pessoa Câmara, dieciocho obispos de los cuales diez eran latinoamericanos, redactaron el *Manifiesto de Obispos del Tercer Mundo*, un documento con el que quedó conformado el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), que se convirtió en el polo de atracción de la mayor parte de las iniciativas transformadoras de la época. Allí afirmaban que el deber de los cristianos era coadyuvar al cambio revolucionario y declaraban que:

“los cristianos tienen el deber de mostrar que el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido, en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental de todos. Muy lejos de mostrarnos hostiles sepamos adherir a él con alegría, como una forma de vida social mejor adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del Evangelio”¹⁸.

En Argentina 270 sacerdotes adhirieron al MSTM en su primer encuentro realizado el 1 y 2 de mayo de 1968, donde se formalizó el *tercemundismo* en el país y se reforzaron las ideas de liberación nacional a través de la puesta en práctica de la Teología de la Liberación, una lectura teológica en franco enfrentamiento con el imperialismo y la explotación capitalista. En su segundo encuentro nacional, realizado en la localidad de cordobesa de Colonia Caroya, participaron ochenta sacerdotes de veintisiete diócesis. Allí se publicó un documento titulado *Coincidencias Básicas*, donde se dejó constancia de:

“la firme adhesión al proceso revolucionario, de cambio radical y urgente de sus estructuras y nuestro formal rechazo del sistema capitalista vigente y todo tipo de imperialismo económico, político y cultural; para marchar en búsqueda de un socialismo latinoamericano que promueve el advenimiento del Hombre Nuevo”¹⁹.

¹⁸ “Manifiesto de Obispos del Tercer Mundo”, en *Respuesta al clamor de los pobres*, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires, 1968, p. 17.

¹⁹ Documento extraído de Claudia Touris, “Neo-Integralismo, denuncia profética y Revolución”, en *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9, Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 2005, p.232.

Las declaraciones de este documento motivaron la denuncia de los sectores conservadores que acusaron al MSTM de optar por una posición declaradamente marxista, aunque el socialismo al que este grupo se refería no procedía de una lectura sistemática de esa ideología. Sin embargo, contrariamente a las denuncias recibidas, en mayo de 1970 y con motivos del tercer encuentro nacional de MSTM en Santa Fe, comenzó a percibirse dentro del movimiento claras inclinaciones de apoyo al peronismo, un peronismo entendido en clave nacional y revolucionaria. Es a partir de aquí que se impone la idea de que la mayoría del *pueblo* se identifica políticamente con el peronismo²⁰. Esta idea, este ejercicio de identificación entre *peronismo* y *pueblo*, era un esquema simplificador muy útil para la construcción simbólica de una identificación más amplia que tenía como objetivo final emparejar *pueblo-nación* y *catolicismo*²¹. De este modo lo que se buscó era integrar en un único tronco, en un único movimiento, en una única expresión: catolicismo, peronismo y socialismo.

El 8 de octubre de 1967 fue asesinado el Che Guevara en la selva boliviana, el 4 de abril de 1968 ocurrió lo mismo con el líder afroamericano Martín Luther King, paralelamente en las universidades norteamericanas de Columbia y Berkeley se protestaba contra el gobierno de los Estados Unidos que lleva lanzadas ya en Vietnam más bombas que las arrojadas durante toda la Segunda Guerra Mundial. En mayo comenzaron las revueltas obrero-estudiantiles en París, luego en Roma y Berlín. El 2 de octubre fueron masacrados más de trescientos estudiantes en la plaza

²⁰ De hecho las diferencias respecto al peronismo y las ambiguas posiciones asumidas por Perón llevaron a la abrupta ruptura del MSTM en agosto de 1973 en su 4º Encuentro Nacional realizado en San Antonio Arredondo (Córdoba). A partir de allí no sólo no hubo más documentos conjuntos sino que el movimiento perdió vitalidad y quedó virtualmente aparatado de la participación política como tal.

²¹ Nótese cómo en este ejercicio se aplican entidades conceptuales preconstituidas como pueblo, nación, peronismo, catolicismo, etc., entidades que colaboraron en la concentración bipolar de fuerzas y en la construcción de una visión binaria de la realidad.

Tlatelolco del Distrito Federal de México mientras reclamaban por una apertura democrática y prensa libre.

En este clima, en septiembre de 1968 se realizó la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín y en abril de 1969 se realizó la Declaración oficial del Episcopado Argentino en San Miguel, donde quedaron expuestas oficialmente las tensiones y disidencias que se venían gestando en el interior de la Iglesia desde el comienzo mismo de las reflexiones promovidas por el Concilio. El 29 de mayo tuvo lugar el *Cordobazo*, un hecho que acabó con la presidencia de Onganía, pero sobre todo con el mito de que la guerrilla debía ser exclusivamente aplicada en un medio rural.

5.2. *Cristianismo y Revolución* (1966-1971)

La revista *Cristianismo y Revolución* aparece justo en el momento donde convergen los tres conflictos fundamentales del período, el primero: la crisis de valores y el proceso de renovación teológica, litúrgica y pastoral producida por el Concilio Vaticano II, el segundo: la crisis de representación partidaria y renovación teórica de la izquierda tradicional y el progresismo; y tercero: la férrea proscripción del peronismo y de toda práctica política o cultural disidente por parte de la dictadura de Onganía desde 1966. Esta última, tal vez, la condición nacional más poderosa que hizo un verdadero caldo de cultivo de aquellas convicciones que no veían más alternativas que la acción armada para hacer respetar la voluntad de la mayoría.

En este contexto de particular efervescencia e impotencia contra los atropellos de la dictadura comenzó a publicarse *Cristianismo y Revolución* (de septiembre de 1966 a septiembre de 1971), sin duda una de las publicaciones emblemáticas de la época y una fuente fundamental para analizar el proceso de

radicalización en el discurso y las prácticas políticas de sectores de la juventud católica argentina²². *Cristianismo y Revolución* fue fundada y dirigida durante sus veintidós primeros números por el ex seminarista Juan García Elorrio y en sus últimos ocho por su compañera Casiana Ahumada²³. Fue una revista que había comenzado su andadura con el fin de expresar una serie de cuestionamientos específicos a la jerarquía eclesiástica a través de un importante porcentaje de sus artículos dirigidos a la difusión de temáticas religiosas y reflexiones teológicas motivadas por el Concilio Vaticano II. Sin embargo, poco después desplazó su eje de interés hacia los reclamos de transformación de las estructuras socio-económicas del país, dando un peso prioritario en sus contenidos a temas políticos y convirtiéndose, virtualmente, en la tribuna periodística y de encuentro de todas las organizaciones político-militares revolucionarias que asumían al peronismo como identidad, el socialismo como objetivo y la lucha armada como método.

Podríamos decir que *Cristianismo y Revolución* hizo un trasvase semántico sin muchas mediaciones desde la noción cristiana de redención a la idea de liberación, y desde la de pecado a la de injusticia. Estas concepciones impregnaron el perfil de la revista, que desde sus comienzos estuvo muy vinculada a las tareas del padre Carlos Mugica, asesor de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), y al grupo de reflexión y acción Centro de Estudios Teilhard de Chardin, refundado en marzo de 1969 como Centro de Estudios Camilo Torres, todos profundamente susceptibles a

²² En el staff de *Cristianismo y Revolución* aparecen (alternativamente): Juan García Elorrio, Jorge Bernetti, Miguel Mascialino, Luis Acuña, Miguel Grimberg y Casiana Ahumada, pero también participan Agustín Acuña, Gerardo Duejo, Sofía Galíndez, Luis García Guevara, Ernesto Herrera, Pedro Kotsch, Olga Hernández, Eduardo Lamarca y José Eliashev.

²³ En una entrevista realizada el 30-11-2002 por R.Pittaluga y G.Rot (en *Cristianismo y Revolución*, CEDINCI, Bs.As., 2005, p.5), Casiana Ahumada recuerda que las personas que trabajaron en un primer momento para que saliera la revista fueron García Elorrio, Carlos Mugica y John William Cooke. Allí aseguró que: “no creo que *CyR* sea el fruto de una reflexión conjunta de un grupo. Para nada. No es un grupo intelectual ni mucho menos. Yo creo que son más bien testimonios que se van recogiendo, que se van reflejando”

las preocupaciones sociales promovidas por Juan XXIII, e inclinados hacia la idea de que los pobres y desplazados debían ser la primer preocupación de la Iglesia y del cristiano²⁴.

Dicha motivación caló hondo en la conciencia de estos hombres y generó un primer y tenue acercamiento hacia el peronismo en tanto era *el* partido con el que se autoidentificaban los sectores mayoritarios y menos favorecidos de la sociedad. No obstante, hay que decir que la interpretación del grupo englobó genéricamente dentro de la categoría *peronismo* a todo un proceso popular lleno de matices. Concluyó así, linealmente, que peronismo y pueblo eran entidades homólogas, es decir, que eran más o menos la misma cosa. Como fuera, lo central para el grupo editor radicaba en que el peronismo era asumido como la identidad política de los pobres, es decir, por la mayoría de la población, y que dicha identidad política estaba proscripta. Les pareció claro entonces que lo justo sería adoptarla y apoyarla. Por ende, fue desde esa referencia, desde su interpretación de la *identidad peronista como identidad del pueblo* el lugar desde donde se propuso situar a la publicación²⁵.

²⁴ Carlos Mugica provenía de una familia fervientemente antiperonista de clase alta de Barrio Norte. Con 18 años en 1948 ingresó a Derecho en la UBA, abandonando tres años después para ingresar al Seminario Metropolitano ordenándose sacerdote en 1959. Entre sus actividades ofició de secretario privado del arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina cardenal Antonio Caggiano, con quien más tarde rompería relaciones. En 1964 conoció en la JEC a Fernando Abal Medina, Mario Firmenich y Carlos Ramus, -entre otros de los jóvenes que poco después fundaran la organización político-militar Montoneros-, que eran compañeros del Colegio secundario Nacional Buenos Aires, y tenían entonces entre 17 y 19 años de edad. Por su parte, el Centro Teilhard de Chardin estaba integrado por Nuncio Aversa, Oscar Terán, Lucía Balmaceda, Juan Garavaglia, Horacio Feinstein, Gustavo Lefleur, Francisco Rodríguez y Pablo Franco. Ver Morello, ob.cit., p144.

²⁵ La identificación ideológico-emocional en valores nacionalistas y populares de Perón con el pueblo fue reivindicado por el grupo editor de *Cristianismo y Revolución*, valores que más tarde fueron traducidos a liberacionistas y revolucionarios, categorías que fueron (y seguramente seguirán siendo) negadas o puestas en duda infinidad de veces. Al respecto ver León Rozitchner, *Perón, entre la sangre y el tiempo*, Catálogos, Buenos Aires, 2000. Eliseo Verón y Silvia Sigal, *Perón o Muerte*, Eudeba, Buenos Aires, 2003. Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, De la campana, Buenos Aires, 2003.

Durante una entrevista personal, el periodista Luis Rodeiro, amigo y colaborador del grupo editor de la revista *Cristianismo y Revolución* -y uno de los integrantes fundadores de la organización Montoneros-, señaló que:

“la procedencia original del grupo no es el peronismo, pero comienzan tempranamente a asumirlo como propio. Esta generación vivió la *Revolución Libertadora* no las anteriores etapas del peronismo. Se nucleó más bien a partir de planteos generales de escasa elaboración teórica donde se concebía al peronismo como el movimiento de los trabajadores y, fundamentalmente, como la fuerza que lucha por la liberación nacional -que posiblemente fue el fundamento más *movilizador* del momento-, pero sin cuestionarse todavía conceptos de cambio social. Hubo una ligazón con algunos teóricos del peronismo o que estaban al margen del peronismo pero lo influyeron, como Jauretche o Scalabrini que van configurando un espectro de izquierda en ese entonces todavía muy confuso; un pensamiento -digamos- de izquierda nacional, contrario a la dominación y a la idea de colonialismo”²⁶.

Cristianismo y Revolución fue una experiencia que no debería ser considerada un producto exclusivamente católico ni ser extendida a otras manifestaciones como Curas Villeros, Movimiento Familiar Cristiano o distintas organizaciones moderadas que componían Acción Católica Argentina, sino como el resultado singular de una de sus corrientes de izquierda poderosamente influenciada por el *ethos* revolucionario de los movimientos no confesionales de la época, y como emergente de un clima emocional y de ideas donde confluyen las voces del mayor Bernardo Alberte, Helder Cámara, Mao Tsé Tung, Ho Chi Ming, Fanon, Debray y Fidel Castro, pero ante todo, y fundamentalmente a partir de octubre de 1967, por la síntesis del ejemplo dado por la muerte de Ernesto *Che* Guevara, Camilo Torres y el liderato proscrito de Juan Perón.

²⁶ Luis Rodeiro, testimonio al autor, 29-06-2005. Córdoba, Argentina. Luis Rodeiro es Periodista y ex militante de la organización católicas Cristo Obrero, ex dirigente del Peronismo de Base (PB) y uno de los fundadores de la organización Montoneros.

En este sentido Claudia Touris asegura que si bien hay que incluir a *Cristianismo y Revolución* como una expresión católica tercermundista, el apoyo a la lucha armada aleja a este grupo de las posturas predominantes en el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo²⁷. Por eso confundir compactamente *Cristianismo y Revolución* con toda la experiencia católica posconciliar es como confundir a Montoneros con la totalidad de la izquierda peronista. Dicha confusión ha sido un ejercicio constante del reduccionismo y el falseamiento sistemáticamente practicado por la llamada *Teoría de los Dos Demonios*²⁸.

En opinión de Germán Gil, *Cristianismo y Revolución* sería una síntesis que se realizó en clave jacobina radical –en el más estricto sentido de la palabra dice Gil– sin precedentes en la historia de la cultura política de la Argentina²⁹. Aunque, por otra parte, el autor observa que el recorte de la realidad que propuso la revista es difícil de definir, pues esta compuesto por voces tan disímiles que conducen a la confusión y el desconcierto del lector más prevenido.

Si bien al principio la revista estuvo dirigida a sectores católicos disconformes con el funcionamiento de la Iglesia, pronto el universo de lectores desbordó hacia un público más general que seguía con grandes expectativas una serie de sucesos nacionales e internacionales que consideraban alineados y dirigidos a

²⁷ Claudia Touris, “Neo-Integralismo, denuncia profética y Revolución”, en *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9, Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 2005, p.233.

²⁸ José Pablo Feinmann ha señalado que la operación de falseamiento practicada por la Teoría de los Demonios radica en tres pasos: 1°) reducir la izquierda peronista a Montoneros; 2°) reducir Montoneros a Firmenich y Galimberti; y 3°) convertir el Terrorismo de Estado en un enfrentamiento entre Firmenich y Galimberti vs. Videla y Massera. Ver *Ignotos y famosos*, Planeta, Buenos Aires, 1994; o *La sangre derramada*, Ariel, Buenos Aires, 1998.

²⁹ Germán Gil, “Cristianismo y Revolución, una voz del jacobinismo de izquierda en los ‘60””, Estudio Preliminar en *Cristianismo y Revolución*, edición facsimilar, CEDINCI, Buenos Aires, 2005, p.1. Por otra parte, Gil observa que es precisamente la derecha católica ultramontana la que ha tenido mayor interés en demostrar que *Cristianismo y Revolución* es producto exclusivo del Concilio Vaticano II, con la intención de descalificar compactamente toda la actuación y los avances de los sectores progresistas.

fortalecer un proceso de transformación revolucionaria en donde la Argentina tendría su lugar representada por el peronismo y el general Perón³⁰.

5.2.1. De *Cristianismo y Revolución* a Montoneros: de las palabras a los actos

Cristianismo y Revolución tuvo mayor centralidad como punto de encuentro de un grupo de jóvenes cristianos motivados por las ideas posconciliares y de transformación social que circulaban en la época, que como órgano mediático de opinión. La publicación fue un elemento de conjunción de voluntades, ya que ni su tirada ni su distribución fueron muy significativas:

“treinta números en cinco años y una distribución artesanal en la que los colaboradores las repartían quiosco por quiosco, y en los viajes al interior del país llevaban los ejemplares para tener una cobertura nacional”³¹.

Lo más destacado del grupo editor fue su gran movilidad por distintas ciudades argentinas y como mediante *Cristianismo y Revolución* se organizaron diferentes actividades de gran convocatoria entre jóvenes de 18 a 30 años (en su mayoría de clase media y media alta con formación universitaria completa o en curso), a través de las cuales lograron conformar una importante red de relaciones políticas y de amistad. Desde sus inicios, el grupo nucleado alrededor de la revista, tuvo en García Elorrio la figura más destacada a la hora de concertar apoyos.

³⁰ No es tarea de este trabajo definir la identidad del peronismo ni repasar las significativas y permanentes contradicciones que mostró Perón y todas las organizaciones que poblaron su movimiento. En este caso nos limitamos a decir que *Cristianismo y Revolución* ganó numerosos lectores y apoyos gracias al enorme prestigio que tenía en la población publicar escritos de Perón, por caso: “Perón apoya a Ongaro” (Nº8), “Mensaje del General Perón” (Nº10), “Carta de Perón a García Elorrio” (Nº19), “Carta a García Elorrio” de Perón J.D. (Nº23), “Carta de Perón a las FAP” (Nº25), “Perón habla a la juventud” (Nº29), “Perón escribe a Manguid” (Nº29).

³¹ Laura Lenci, entrevista a Graciela Daleo, Ignacio Vélez y Pedro Kotsch, “Cristianismo y Revolución, una primera mirada”, en *Cristianismo y Revolución*, versión facsimilar CEDINCI, Buenos Aires, 2005, p.3.

García Elorrio había militado en Acción Revolucionaria Peronista (ARP) y tenía vínculos de amistad con ex compañeros del seminario al que había asistido años antes, y que para entonces ocupaban ya diversos espacios dentro de la organización eclesiástica. También intercambió impresiones con John William Cooke, quien colaboró en la etapa de concepción y lanzamiento de la publicación³². La participación de García Elorrio fue protagónica no sólo en la fundación de la revista y la definición de la línea editorial, sino también en la coordinación de muchas actividades sociales coordinadas con sacerdotes posconciliares del MSTM, como visitas a villas miserias y poblaciones pobres del interior del país en misiones religiosas, que incluían tareas de estudio, educación y asistencia.

Fue precisamente en actividades organizadas por el grupo *Cristianismo y Revolución* que se conocieron los integrantes de diferentes organizaciones cristianas de ciudades como Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Muchos de los cuales más tarde fundarían o darían apoyo a la organización político-militar Montoneros. Entre ellos podemos mencionar a Fernando Abal Medina³³, Carlos Gustavo Ramus y Mario Firmenich –que eran compañeros del colegio Nacional Buenos Aires e integrantes de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), de la cual era asesor Carlos Mugica-; José Savino Navarro, Jorge Gustavo Rossi, Norberto Rodolfo Crocco, Carlos Hobbert, Julio Bárbaro, Gustavo Lafleur y José Enrique Carral –que provenían de la Juventud Obrera Católica (JOC) de Buenos Aires-; Carlos Maguid, Norma Arrostito y Juan Beláustegui –que eran cuadros no alineados o

³² Se sabe también –a partir de diversos testimonios muy cercanos al núcleo editor- de las relaciones que García Elorrio mantenía con gente de la CGT de los Argentinos, algunos intelectuales de izquierda y de la Democracia Cristiana como Gonzalo Cárdenas y Gustavo Roca, y como el padre Mugica puso en contacto a estos jóvenes con Monseñor Zaspé, cercano a grupos católicos santafecinos.

³³ Fernando Abal Medina, quien había tenido un breve paso por la agrupación Tacuara fue quien dio el nombre a la organización Montoneros.

independientes de Buenos Aires-; Carlos Capuano Martínez, Emilio Ángel Maza, Mariano Pujadas, Gerardo Bustos, Miguel Ángel Bustos, Luis Rodeiro, Luis Losada, Ignacio Vélez Carreras, Jorge Juan Escribano, Fernando Vaca Narvaja, Susana Lesgart, Jorge Raúl Mendé, Cristina Liprandi, Alejandro Yofre, José Fierro y Héctor Araujo –que pertenecían a organizaciones de la ciudad de Córdoba-; Federico Ernst, Roberto Pirlés, Osvaldo Cambiasso, Raúl Clemente Yagguer, Ricardo René Haidar y Roberto Cirilo Perdía –que pertenecían a organizaciones de la provincia de Santa Fe-, entre otros.

Aparte de los mencionados había un numeroso grupo de militantes de diferentes organizaciones que no sólo conocían y apoyaban estrechamente el proyecto de *Cristianismo y Revolución*, sino que además mantenían vínculos de amistad y afinidad política con muchas de las personas que participaban de las actividades que esta desarrollaba. Agrupaciones como Lealtad y Lucha/Peronismo de Base³⁴, Agrupación de Estudios Sociales (AES)³⁵, Integralismo³⁶, Ateneo Santa Fe³⁷, Acción Sindical Argentina³⁸, Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica³⁹, Grupo Reconquista⁴⁰ o Grupo José Sabino Navarro⁴¹. A su vez, dicha red

³⁴ Lealtad y Lucha fue refundado como *Peronismo de Base*, allí participaban Elvio Alberione (sacerdote), Raúl Guzzo Conde Grand, Cecilio Salguero, Dinora Gebennini, Jorge Escribano, Hugo Baretta, José María Luján, Manuel Lorenzo, Luis Rodeiro, Guillermo Martínez Agüero, “Zapa” Piotti, Lidia Piotti (todos los nombres citados aquí y las próximas ocho notas fueron extraídos de Roberto Baschetti, ob.cit., p.39; Lucas Lanusse, ob.cit., pp.284-285; y Gustavo Morello, ob.cit., p.126).

³⁵ Allí participaban Mariano Pujadas, Alberto Molina, Carlos Soratti Martínez, Jorge Mendé, María Papaterra, Miguel Bustos, Teresa Graffigna, Ramón Maggio, Leticia Jordán, Claudio Ehrenfeld, Humberto Anone, entre otros.

³⁶ Allí participaban Osvaldo Suárez, Efraín Salatín, Mario Lepore, Juan Schiaretti, entre otros.

³⁷ Allí participaban Mario Ernst, Ricardo Haidar, Rufino Pirlés, Osvaldo Cambiasso, Raúl Yagguer, Raúl Braco, Juan Menesses, Marcelo Nívoli, Carlos Legaz, Fernando Vaca Narvaja, Oscar Aguirre, entre otros.

³⁸ Allí participaban René Oberlín, Dante Oberlín, entre otros.

³⁹ Allí participaban María Monina Doldán, Cristina Goidi, Antonio Riestra, Dora Riestra, Francisco Molina, María Merteleur, entre otros.

⁴⁰ Allí participaban Rafael Yacuzzi (sacerdote), Roberto Cirilo Perdía, Hugo Medina, entre otros.

⁴¹ Allí participaban José Navarro, Carlos Hobert, Gustavo Lafleur, José Amorín, Hilda Rosenberg, Juan Carlos Falaschi, “Pelado” Cevallos, “Tito” Vietzman, entre otros.

de organizaciones multiplicaba el soporte a partir de los vínculos y los recursos que cada uno de sus integrantes aportaba a la organización⁴².

Como dijimos antes, Montoneros fue en gran medida el resultado de los encuentros y actividades propiciados por *Cristianismo y Revolución*. Pero entre todas ellas hubo tres reuniones que tuvieron especial trascendencia en su conformación. La primera tuvo lugar en 1967 en la localidad cordobesa de Río Cevallos y estuvo organizada por el integralismo cordobés, la segunda fue en 1968 y se desarrolló en Quilmes (Buenos Aires) y estuvo organizada por *Cristianismo y Revolución*. Y la tercera y definitiva, nuevamente en Córdoba en febrero de 1970, donde –entre otras cosas- se acordó el nombre de la organización.

No obstante lo expuesto, hay que decir que no todos los asistentes a estas reuniones fueron parte de Montoneros, así como no todos los integrantes de Montoneros que se incorporaron luego de su fundación eran católicos. Muchos no lo eran y de todas modos decidieron participar, puesto que vieron en esta organización la condensación de una serie de valores construidos colectivamente. En especial hay que destacar el deseo compartido de hacer justicia, la impotencia ante los atropellos de la dictadura y la idea de que sólo a través de la fuerza se podrían hacer respetar los derechos de la mayoría proscripta. Es oportuno señalar también que no hemos querido decir aquí que Montoneros fuera una organización exclusivamente católica, sino simplemente destacar la importancia que tuvieron en la articulación fundacional de la organización las reflexiones posconciliares, y el apoyo que recibió el grupo

⁴² La red de relaciones políticas que dio el sustento original a la organización Montoneros tuvo presencia paralela en varias provincias del país, pero las más fuertes estaban asentadas fundamentalmente en Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Luego del secuestro del ex presidente Aramburu el núcleo fundador de la organización pasó a la clandestinidad y fue intensamente perseguido. Si el grupo pudo sobrevivir y a partir de allí desarrollarse a la escala y la velocidad que lo hizo, fue gracias al apoyo de la extensa red que había desarrollado con anterioridad y al apoyo logístico brindado por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) con las que anteriormente había establecido relaciones.

editor de la revista *Cristianismo y Revolución* por parte de diferentes integrantes de la Iglesia a la hora de organizar sus actividades.

Por otro lado, es indudable, aunque más difícil de determinar, el grado en que toda esta generación de jóvenes estuvo atravesada por un ideario cristiano renovador independientemente de las prácticas religiosas particulares o privadas. El discurso cristiano posconciliar, el nacionalista popular y el marxista humanista, se combinaron en un clima epocal donde pertenecer a un partido clandestino de las características descritas generaba admiración. Es decir, integrar una organización política clandestina daba prestigio social. Pertenecer a las filas de Montoneros era, para muchos, una manera de convertirse en los protagonistas de la historia, era – como hemos dicho antes- una manera de *ser/estar* haciendo la revolución.

Ahora bien, más allá de la experiencia concreta de Montoneros, uno de los eventos que más influencia tuvo en la definición de las líneas de acción de todas las organizaciones o grupos que conformaron el espectro revolucionario latinoamericano de la época, fue la primer Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Como hemos señalado más arriba, la OLAS fue un encuentro realizado del 31 de julio al 10 de agosto de 1967 en La Habana, dirigido por Régis Debray. El objetivo de este encuentro fue convertirse en el instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. La delegación argentina estaba presidida por John William Cooke y del grupo de *Cristianismo y Revolución* participaron Juan García Elorrio, Fernando Abal Medina, Emilio Maza, Norma Arrostito y Roberto Quieto⁴³. Al término de la Conferencia

⁴³ Gustavo Morello (ob.cit., p.127) asegura que al término de la OLAS “el grupo argentino se dividió en tres posturas: una la no insurreccional, con el PC y el MUCS (gremios afines al PC); otra la insurreccional basada principalmente en una organización política sobre la militar, con apoyo a la guerrilla rural, donde se encontraba el Partido Socialista Argentino de Coral, y el Movimiento de

todos ellos adhirieron plenamente al foquismo y durante su estadía en la isla recibieron entrenamiento en guerra de guerrillas. Para este grupo se habían acabado los términos medios entre opresores y oprimidos, entre colonos y colonizados, entre peronistas y los que jamás permitirían un restablecimiento de un gobierno democrático sin proscripciones.

En octubre la editorial del número diez de la revista sentenciaba:

“Todos los caminos recorridos por el peronismo vienen a terminar en la afirmación de una sola salida: la revolución popular; de una sola vía: la lucha armada; de una sola respuesta: la violencia revolucionaria. (...) Por todo esto, la afirmación de la tendencia del peronismo revolucionario, del peronismo en lucha, del peronismo en guerra, en definitiva, de todos los peronistas y de todo el peronismo, es la tarea fundamental de esta hora para integrar la vanguardia”⁴⁴.

5.2.2. Cristianismo, violencia y marxismo

Cristianismo y Revolución dedicó una abundante cantidad de artículos a tratar el tema de la violencia, a analizar la violencia que desplegaban los gobiernos autoritarios desde 1955 sobre las mayorías proscriptas, saltándose las leyes, persiguiendo y encarcelando a los dirigentes obreros o a todo aquel que protestara o intentara organizar la disidencia. Desde su óptica, este abuso justificaba el uso de la fuerza como opción defensiva de la legalidad rota y como una manea de implementar las idea de transformación hacia un orden que permitiera una distribución más equitativa de las riquezas, guiado por criterios de justicia social. *Cristianismo y Revolución* señaló repetidas veces las contradicciones y la hipocresía existente en el seno de la Iglesia respecto al uso de la violencia. Se señaló que si bien desde los estratos más altos de la jerarquía se condenaba a la violencia como anticristiana, no

Liberación Nacional de Viñas; la tercera, foquista, seguidores de las tesis de Debray, quienes afirmaban que la política es consecuencia de la guerra”.

⁴⁴ “Octubre”, *Cristianismo y Revolución*, N°10, Buenos Aires, 1968, p.1.

había empachos en nombraban capellanes militares que bendecían a los soldados que reprimían a la gente que reclamaba por sus derechos y sus necesidades.

El problema no parecía ser entonces el uso de la violencia, la violencia estaba presente en todos los ámbitos del poder establecido, la violencia se había expresado en todos los hechos fundacionales de la historia, la violencia había sido la vía a través de la cual se había implementado la Revolución Francesa, o la independencia argentina de la corona española. El problema no era ese, el problema era justificarla, es decir, con qué fines y cuándo era justo aplicarla. De las páginas de la revista se desprende que el punto central a resolver en torno a la violencia era la contradicción de cómo llevar a cabo una tarea de manos sucias, una tarea ambigua a la que no se podía canonizar, sin dejar de asumir su inevitabilidad en el proceso de transformación deseado. Todos coincidían en que los sectores dominantes no abandonarían sus privilegios por *motus proprio*.

Los militantes católicos, sobre todo los universitarios, se enfrentaron con virulencia a la dictadura de Onganía que había asesinado a los estudiantes Pampillón, Jáuregui, Cabral o Guerrero⁴⁵. La represión que ejerció la dictadura sobre el conjunto de la sociedad condujo a que los jóvenes militantes cristianos ya no tuvieran que solidarizarse con los muertos y presos ajenos, ahora los muertos y presos eran los propios compañeros de la facultad, del trabajo, de militancia. La violencia de la Dictadura estaba finalmente golpeando a su puerta. Onganía era un dictador que se decía católico, argentino y moderno, pero que en opinión de gran parte de la juventud católica contestataria era todo lo contrario: era anticristiano pues reprimía, encarcelaba y asesinaba; era antiargentino pues respondía a las doctrinas de

⁴⁵ Muchos grupos clandestinos (armados o no) que se formaron en estos años fueron bautizados con los nombre de compañeros asesinados, Mariano Jáuregui, Santiago Pampillón, Hilda Guerrero, etc., considerados mártires. Incluso en la actualidad hay organizaciones que aún utilizan estos nombres.

Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas promovidas por los Estados Unidos, y era un tecnócrata al servicio del dólar que pretendía establecer su orden y conveniencia a punta de bayoneta.

No obstante, *Cristianismo y Revolución* también concibió la naturaleza violenta del régimen autoritario como una característica sistémica del capitalismo. Desde sus páginas se atribuyó una violencia original en el proceso de acumulación del capitalismo y un uso permanente de la fuerza en las diversas formas de sustentación y reproducción del sistema, una violencia que estaba institucionalizada, instrumentada verticalmente por los sectores dominantes y aplicada horizontalmente por las instituciones del Estado. Desde la revista se argumentó que la violencia popular era la respuesta del oprimido, una violencia a la que se habían visto obligados puesto que la clase dirigente no estuvo ni estará dispuesta a sacrificar ninguno de sus privilegios o beneficios para que el resto acceda a una vida digna.

Desde esta perspectiva la raíz de la violencia, tanto en su acción como reacción, estaba motivada y justificada por la explotación capitalista, y en el uso legalizado y monopólico de la fuerza y las desigualdades extremas en las que deviene. Como ejemplo de esta lectura podemos citar un artículo donde el profesor Miguel Mascialino, director del Centro de Estudios Teilhard de Chardin, observaba que:

“En la actualidad y esto ya es conocido, vivimos el estado de violencia permanente, de modo que el régimen ya ejerce la violencia por sí y como método intrínseco a su existencia; la respuesta debe ubicarse en el camino de los que padecen la violencia, con ellos responder a la violencia (...) y con ellos encarar la liberación humana”⁴⁶.

⁴⁶ Miguel Mascialino, *Cristianismo y Revolución*, “Los hacheros”, N°8, Buenos Aires, 1968, p.13.

Asimismo, Ignacio Vélez Carreras, miembro del grupo *Cristianismo y Revolución* y uno de los fundadores de Montoneros, señaló durante una entrevista:

“la violencia empapaba la cotidianidad. La historia de nuestro país es terriblemente violenta. La violencia siempre fue utilizada para saldar toda clase de contradicciones sociales y políticas, la violencia era la dinámica que se imponía en la sociedad para resolver los conflictos. Cuando por primera vez yo me acerqué a textos marxistas, que fue a través de la facultad, y leía la frase “la violencia es la partera de la historia”, y cuando lees eso y tenés un bajo nivel de abstracción, cuando no te das cuenta que se plantea en términos estructurales y universales, y lo reducís a lo cotidiano, a lo que ves en la calle: yo veía que efectivamente la violencia era la partera de la historia, que las cosas que estaban pasando, claramente pasaban por medio de la violencia, sin ninguna duda”⁴⁷.

Cristianismo y Revolución sostuvo un esquema de justificación apoyado en un compendio de valores morales y creencias católicas. Por ejemplo, esto es explícito en la idea de que todos estamos invitados a disfrutar de los bienes de la tierra creados por la gracia de Dios, al igual que todos estamos invitados a la fiesta del amor que es el cielo. Desde esta perspectiva se afirmaba que el ejemplo de Jesucristo durante su misión evangélica en el mundo había sido nacer, morir y reencarnarse junto a los pobres y desposeídos, en un enfrentamiento con el orden opresivo.

Por su parte, también en algunas declaraciones del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, podemos ver expresado el alineamiento y apoyo a esta concepción, cuando desde diferentes documentos se hace:

“un llamado a los obispos de nuestra patria, a nuestros hermanos sacerdotes, a los cristianos en general y a todos los hombres de buena voluntad. Creemos que *la hora de la acción* supone también *la hora de las definiciones*”⁴⁸.

⁴⁷Ignacio Vélez Carreras, Abogado, ex integrante de la célula fundadora de Montoneros. Entrevista del autor, 03-09-2005, Buenos Aires, Argentina.

⁴⁸ Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, “Compromiso de navidad”, en D. Bresci, *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, Buenos Aires, 1970. Documento extraído de Beatriz Sarlo, ob.cit., p.230.

Desde allí, y puesto que había llegado la hora de las definiciones, una de las opciones políticas por la que se decantaron muchos de esos hombres de buena voluntad al que estaba dirigido el documento del MSTM, se precipitaron hacia la lucha armada como respuesta lógica del pueblo a un mal instituido por las clases dominantes. El propio Perón alimentó esta lógica cuando afirmó que *la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia*⁴⁹.

La idea ampliamente compartida por los sectores cristianos vinculados a estas posturas era que la acción transformadora debía asumirse *desde y con los humildes*. A sus ojos hacer la revolución se había convertido en una opción absolutamente legítima. Así lo expresaba, por ejemplo, Eduardo Galeano en el número 6-7 de *Cristianismo y Revolución*, en una nota titulada “La protesta en la boca de los fusiles”, donde reproducía una de las frases más comunes y repetidas del período:

“el deber de todo cristiano es ser revolucionario y el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”⁵⁰.

5.2.3. Cristianos, marxistas y peronistas: los rasgos míticos del sacrificio

Recientemente se han publicado en Argentina algunos trabajos que de manera fragmentada y desde diversas perspectivas han intentado analizar el peso de los

⁴⁹ En este sentido la conceptualización de la violencia propuesta en *Cristianismo y Revolución*, en lo práctico coincide con las tesis de Fanon y Debray, donde el origen de la lucha armada tendría un carácter espontáneo y por lo tanto popular, capaz de desatar un proceso catártico liberador y crear una unidad de hecho que fuerce a las partes implicadas a una resolución militar (no-política) final de sus conflictos. La acción armada lograría integrar en una misma unidad a las partes a consecuencia de plantear el conflicto en términos dicotómicos *amigo/enemigo* y por los efectos psicológicos que ejerce el miedo, tanto por la acción *enemiga*, como por la acción punitiva *amiga* que descubre o sospecha la traición o diletancia. Por otra parte, la lucha armada funcionaría como garantía de no retorno, de lucha por programas máximos que imposibilitan la negociación política reformista. La lucha armada sería un salto definitivo al *todo* o *nada* (que es también *todos* o *nadie*). Ver Capítulo III: Conceptualización de la violencia.

⁵⁰ Eduardo Galeano “La protesta en la boca de los fusiles” (entrevista a César Montes), *Cristianismo y Revolución*, N°6-7, Buenos Aires (abril), 1968, p.21. Por su parte, Ignacio Vélez Carreras, Abogado, ex integrante de la célula fundadora de Montoneros, en una entrevista personal (03-09-2005, Buenos Aires, Argentina) reivindicó la idea de que “*el deber de todo cristiano es ser revolucionario, el deber de todo revolucionario es hacer la revolución*”, como una de las consignas más poderosas de la época, pero que a su juicio tuvo consecuencias pavorosas.

valores morales e ideológicos en la construcción del sujeto militante revolucionario de los sesenta-setenta. Este es el caso de Gustavo Morello con *Cristianismo y Revolución*, Lucas Lanusse y *Montoneros el mito de los doce fundadores*, José Pablo Feinmann en *La sangre derramada*, León Rozitchner con los dos tomos de *Perón: entre la sangre y el tiempo*; o Beatriz Sarlo con *La pasión y la excepción*⁵¹. Dichos trabajos han aportado importantes y diversos matices, centrado parte de su análisis en la proyección de algunos rasgos míticos cristianos en la configuración de las prácticas políticas de la época. Estos estudios han significado un aporte esencial en el acercamiento y la comprensión todavía dificultosa de una influencia en la que todos los autores coinciden -y cuyo rastro podemos observar en casi todas las expresiones políticas latinoamericanas de aquellos años-, pero de la cual todavía es muy complejo dar cuenta a través de explicaciones racionales, sustentos teóricos o fuentes tradicionales.

El análisis que aquí intentamos realizar se inscribe y es parte de este proceso de comprensión y reconstrucción de los valores y creencias que hicieron a una determinada opción política. Una comprensión que requiere atender a las profundas estructuras filosóficas, psicológicas y culturales que juegan en la constitución de nuestra subjetividad, y que, sin duda son variables fundamentales, pero que escapan a las ambiciones específicas del presente trabajo. Sin embargo, queremos reseñar aquí algunas de ellas aunque sea en forma escueta.

⁵¹ MORELLO, Gustavo (2003). *Cristianismo y Revolución*. Córdoba: Thesys. LANUSSE, Lucas (2005). *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara. FEINMANN, José Pablo (1999). *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel. ROZITCHNER, León (2000). *Perón entre la sangre y el tiempo*. Buenos Aires: Catálogos. SARLO, Beatriz (2003). *La pasión y la Excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI. A estos trabajos hay que agregar el aporte de Laura Lenci y Germán Gil en el "Estudio Preliminar" de la revista *Cristianismo y Revolución*, editada en versión facsimilar por el CEDINCI, Buenos Aires, 2005.

La reflexiones teológicas propuestas por el Concilio Vaticano II impulsaron una lectura del evangelio donde la crucifixión de Jesucristo fue interpretada como un acto político. Jesús había muerto principalmente por rebelarse al poder imperial romano. Emular a Cristo era una manera de poner en práctica las sagradas escrituras, era comprometerse con la *praxis* ejemplar hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta morir. El ejemplo de Cristo fue su acción, una acción contraria a las actitudes contemplativas e indiferentes ante la injusticia⁵². Desde esta óptica, había acción o había complicidad, había voluntad, decisión y valor o había renuncia, diletancia y cobardía. Tirano es quien somete y cómplice quien no denuncia.

El hambre y el subdesarrollo no debían ser simplemente objeto de observación, análisis y crítica intelectual, la miseria y la opresión debían ser denunciadas, más aún, debían ser transformadas luchando. La violencia tenía un carácter redentor, a través de la violencia la población argentina oprimida debía sacudirse la pobreza en la que vivía sumergida, y de esta violencia renacería la justicia. La discordia -no la paz- que Jesús había traído al mundo estuvo guiada por un *fin justo*, un fin que no tenía por objeto perpetuar el sometimiento o la explotación, sino que perseguía la libertad, la trascendencia espiritual y poner coto a la deshumanización.

Desde esta lectura del Evangelio *ser revolucionario* era una opción legítima y auténtica del *ser cristiano*, una opción de trascendencia por sobre la individualidad. Jesús amó a los pobres, los humildes, los dominados, dio su vida por la justicia. Quien lo negara era preconiliar, prehistórico. Dar la vida por dicha causa –como

⁵² ¿Cuántas veces hemos visto la fotografía del cuerpo sin vida del Che Guevara en la escuela de la Higuera en Bolivia?, ¿no se parece a la imagen yaciente de Jesús?, ¿no parece haber en su rostro de muerto un gesto de alegría, de burla?. ¿Hay allí una transferencia mítica que dio paso al héroe que lograba de algún modo evadir a la muerte, al mártir que se convertía en un faro compartido por católicos y marxistas?.

Camilo Torres- cobró pleno sentido, no era en vano. Desde esta lectura, desde esta moral cristiana, los *Judas* eran los farsantes y conservadores de la jerarquía eclesiástica que se acomodaban al y para el poder de la Dictadura. Pero los peores eran los sectores obreros traidores, los burócratas y participacionistas. La idea de morir por la gloria de Dios aparecía como una bendición y mucha gente optó por el camino revolucionario y de la lucha armada en nombre de alguno de estos valores.

La identificación del enemigo, el método armado y el fuerte rasgo mítico fueron tres elementos compartidos por buena parte de la izquierda marxista o filo marxista que encontró un sentido homólogo de trascendencia individual en un proyecto político colectivo. No obstante lo dicho, hay que señalar una importante diferencia entre el componente mítico del católico y el del marxista. Las bases de sustentación de la izquierda marxista eran supuestamente de matriz material, racional y no religiosa, sin embargo, más allá de los aspectos discursivos, ¿es posible evadirse de los valores cristianos que atraviesan las sociedades occidentales?.

La visión mítica de la izquierda marxista armada radicó en la idea de un destino histórico manifiesto, la de una certeza, la de un destino deseado/revelado que costaría grandes sacrificios pero que a la postre era inevitable, lineal y garantido. El misticismo revolucionario de la izquierda coincidió, sin embargo, en la valoración moral de la violencia justa y en el sentido de realización a través del *sacrificio* y el *renunciamento* individual, una renunciación que incluyó en muchos casos la propia vida, una vida de entrega, una vida que no se consideraba perdida sino que se ofrecía generosamente en función de un proyecto colectivo superior que habría de triunfar.

En este sentido es muy ilustrativo lo que señala durante una entrevista personal Ignacio Vélez Carreras cuando dice que:

“Hay algo importante a resaltar en todo este relato, que es que todo esto va ligado en paralelo a una valoración de lo que podríamos llamar la idealización de la *autoría individual*, había como una especie de mística. A mi me impresiona esto, ver como hay figuras como Cristo, el Che, alrededor de los cuales gira el mito y la idealización, el voluntarismo y la entrega hasta lo martiriológico. La muerte de Evita es otro ejemplo claro, la imagen de esa mujer que acompaña a Perón y al pueblo sostenida con alambres en el auto. La muerte de Cristo es la imagen de la muerte con un sentido puesto en la redención de los demás. Esta imagen era muy poderosa en la época. Cuando a Luis Lozada lo detienen y lo interrogan, él contesta que no sabe si es más cristiano que peronista o peronista que cristiano y lo dice honestamente”⁵³.

El discurso político revolucionario de *Cristianismo y Revolución*, y en buena medida el que aplicó la cúpula directiva de Montoneros, se asentó desde el imperativo ético de combatir el pauperismo a favor de las masas trabajadoras peronistas, hecho que estuvo ligado indefectiblemente a un discurso crítico contra el capitalismo y que se sirvió de conceptos marxistas muy extendidos. La condena al capitalismo encontró un poderoso refuerzo en el auge de las Ciencias Sociales, que generaron nuevas transferencias y consideraciones no sólo del marxismo, sino acerca de las maneras de analizar los conflictos sociales del pasado.

Si bien la exégesis hilada de los conflictos en la revista *Cristianismo y Revolución* recogieron algunos tópicos marxistas, todos fueron parcial, vaga y confusamente desarrollados en su base filosófica, materialista y dialéctica. Por caso la idea coloquial de *lucha de clases*, que tenía una aceptación general como explicación del carácter inevitable –ontológico- del conflicto social, fue utilizada muchas veces como justificación de la violencia en tanto desencadenante de la transformación. En este sentido se enunció con insistencia la percepción de estar en

⁵³ Ignacio Vélez Carreras, Abogado, ex integrante de la célula fundadora de Montoneros. Entrevista del autor, 03-09-2005, Buenos Aires, Argentina.

presencia de un orden social caduco grávido de uno nuevo que pujaba por nacer pero que era brutalmente contenido por las fuerzas represivas.

A juicio de sus redactores, sólo la violencia como partera de la historia permitiría el nacimiento de la nueva sociedad, y sólo el grupo de hombres que aplicasen esa medida invariable e inevitable de violencia con la que siempre se llevaron a cabo los grandes acontecimientos permitiría destrabar el desarrollo revolucionario que la historia les tenía reservado.

5.2.4. Un *Hombre Nuevo* para la *Patria Socialista*

En los *sesenta-setenta* el contexto argentino y latinoamericano reproducía la lógica de polarización mundial alrededor de la opción socialista revolucionaria y la militarización de los estados continentales propuesta por la Alianza para el Progreso, con las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas. Como hemos comentado, un importante sector de la Iglesia Latinoamericana hizo opción por la solidaridad con los pobres, subordinando su ideal de paz al de justicia social. La neutralidad era una posición difícil de sostener en esos tiempos donde el posicionarse políticamente era moralmente requerido.

El mensaje emitido a la comunidad católica desde *Cristianismo y Revolución* fue claro: la pobreza era contradictoria con el mensaje evangélico, la lucha debía darse en el terreno de las injusticias y la miseria que provocaba la explotación capitalista, la exaltación de la empresa individual, de la acumulación y el egoísmo. Es decir, la lucha estaba dada en un terreno donde no se promovía la distribución equitativa y solidaria. Ese debía ser el punto central a resolver, y la propuesta era conformar una patria socialista y popular contenida de hombres que pensarán comunitariamente y no alienados en el trabajo, el consumo y la propiedad privada.

¿Pero que se entendía por socialismo?, Lucio Gera lo definió así:

“una sociedad en la que todos los hombres tengan acceso real y efectivo a los bienes materiales y culturales. Una sociedad en donde la explotación del hombre por el hombre constituya uno de los delitos más graves. Una sociedad cuyas estructuras hagan imposible esa explotación. (...) Esto significa aspirar a un tipo de hombre capaz de poner sus dones al servicio de la sociedad, a una sociedad capaz de proporcionar a cada hombre todo lo necesario para su pleno desarrollo”⁵⁴.

En opinión de Gustavo Morello, la naturaleza del vínculo que se desarrolló en los *sesenta-setenta* entre cristianos y marxistas debe ser ubicado en el rompimiento con lo clásico del catolicismo y la disidencia de la izquierda tradicional⁵⁵. Cuando el Concilio promueve que el pobre deje de ser objeto de caridad para convertirse en un sujeto conciente de su opresión y posibilidades de liberación, el cristiano se acerca a una mirada similar a la realizada por el análisis social marxista. No es que la izquierda influye o se infiltra en el cristianismo, sino que interactúan mutuamente. Se trataría de un movimiento formado por cristianos rebeldes y marxistas disidentes.

La moral del hombre nuevo fue una coincidencia importante entre las diferentes organizaciones de izquierda y la juventud católica posconciliar. La moral revolucionaria que planteó la idea de hombre nuevo cobró acepciones similares a la ascética cristiana, una expresión moral con pretensiones universalistas o totalizadoras que desbordó hacia formas partidarias y de acción política, sustentada en valores como el sacrificio, la entrega o el martirio. La idea antropológica del hombre nuevo sintetizó o recondujo la noción mítica de la redención y trascendencia cristiana en la voluntad y el compromiso revolucionario.

⁵⁴ Lucio Gera, en D. Bresci, *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, Buenos Aires, 1970. Documento extraído de Beatriz Sarlo, ob.cit., p.236.

⁵⁵ Gustavo Morello, ob.cit., p. 321.

Recordemos que la nueva izquierda de origen marxista coincidió en esta actitud dirigiendo sus críticas hacia los esquemas tradicionales, ortodoxos y dogmáticos del comunismo, su carácter sectario, su falta de diálogo y su preocupación casi exclusiva en cuestiones de índole económica que no aportaban elementos útiles a una idea de emancipación *integral* del sujeto. La crítica a la izquierda tradicional ahondó en la burocratización y en su propensión al desarrollo de una personalidad militante prototípica, que reproducía en el interior de los partidos las mismas formas de dominación y alienación del mundo capitalista. Algo homólogo ocurrió en la Iglesia y los sectores renovadores posconciliares.

La idea del cambio moral está muy presente en la nueva izquierda, podemos verlo por caso en un trabajo de Marcos Kaplan titulado *Política y vida cotidiana*, que analiza el perfil tradicional del militante de izquierda y donde detecta una personalidad incompleta con aptitudes diversificadas:

“un dualismo no resuelto que explica los rasgos neuróticos que suelen exhibir la mayoría de los militantes de la Vieja Izquierda”⁵⁶.

La distinción del antiguo horizonte delineó por contraste un *nuevo todo* moral del que se creyó posible adquirir y reproducir conciencia. La *praxis* en estos términos implicó poner en tela de juicio no sólo el lugar y el significado de lo político y su vínculo con el espacio público y privado como categorías constituyentes de la vida de los hombres, sino que cuestionó la noción misma de individuo.

Las corrientes fenomenológicas, existencialistas, así como las teorías psicoanalíticas que devienen en un marxismo freudiano fortalecieron la idea de un *deber ser* individual en tanto ejemplo anticipatorio capaz de prefigurar el orden político-cultural de una nueva sociedad. Esta idea podemos encontrarla, por ejemplo,

⁵⁶ Marcos Kaplan, *Política y vida cotidiana*, Liberación, Buenos Aires, 1960, p.9.

en las figuras de *Militante Integral* y *Hombre Nuevo* desarrolladas en trabajos de Silvio Frondizi y Ernesto Guevara respectivamente, formalizadas también por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que hizo circular entre sus militantes *La Moral Revolucionaria*, un texto donde se tipificaron modos y comportamientos ideales del militante revolucionario. Una tipificación de comportamientos que excedía los límites de la organización y que se extendía a los ámbitos de la vida privada⁵⁷.

⁵⁷ Los textos expresan la intención de realizar una praxis ideal y ejemplar del militante revolucionario que quiere transformar la sociedad y sus injusticias. “Uno tenía que ser coherente, porque uno lo que quería era ser ejemplo (...). Pero vos tenías que ser ejemplo de todo, y en tu casa también tenías que comportarte”. Testimonio de militante, en Ana Guglielmucci, “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante”, *Lucha Armada*, Año2, N°5, Buenos Aires, 2006, p.81.

CAPITULO 6

LAS REVUELTAS POPULARES Y LA LUCHA SIN MEDIACIONES POR EL PODER, 1966-1973

El objetivo de este capítulo es caracterizar una escena política polarizada, situada en un clima de contestación, insurrección y gran movilización social en contra de las medidas represivas, excluyentes y autoritarias de la Dictadura. Se destaca aquí la creciente presencia de organizaciones armadas que intentan desestabilizar al régimen militar, e interpretan que dichas protestas son los síntomas inequívocos de una situación prerrevolucionaria. Este diagnóstico condujo a las organizaciones político-militares a una paulatina radicalización de sus posiciones y a actuar en los conflictos mediante una lógica binaria y concéntrica donde el opositor político se convirtió en enemigo y el espacio de lo público en un campo de batalla. Asimismo, dicha lógica de campos opuestos llevó a considerar la competencia política como una cuestión de fuerzas materiales.

Para tales fines el capítulo se divide en dos partes. La *primera* describe las causas que motivaron un estado general de desagrado, rechazo e insurrección en la población frente a las políticas autoritarias del régimen. Se caracterizan las condiciones de emergencia del llamado sindicalismo clasista, democrático o combativo, destacando especialmente las experiencias de la *CGT de los Argentinos* (CGTA) y el Sindicato de Trabajadores de Fiat Córdoba (SITRAC), donde se agrega el testimonio de su ex Secretario general: Carlos Masera. Se analizan aquí las consecuencias políticas y las diversas interpretaciones que se dieron a las revueltas populares desarrolladas en varias provincias argentinas -entre los años 1968 y 1973-, en contra de la dictadura encabezada por el general Onganía primero, Levingston

después y finalmente Lanusse. El apartado se centra especialmente en las protestas de 1969 (*Cordobazo*) y 1971 (*Viborazo*) ambas en Córdoba, que señalan como dato más destacado la alianza obrero-estudiantil y la caída de dos presidentes de facto, propiciando una salida democrática condicionada propuesta por el general Lanusse a través del denominado *Gran Acuerdo Nacional* (GAN).

En la segunda parte del capítulo observamos la puesta en práctica de nuevos repertorios de protesta, violencia y lucha armada, así como la inclinación cada vez más decidida de las organizaciones político-militares a incrementar una disputa directa por el poder del Estado. Se describe el notorio incremento de acciones violentas desestabilizadoras contra el régimen, y el contexto de acción de organizaciones como Montoneros, Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) o Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). En el caso concreto de las organizaciones armadas peronistas, se analizan algunos aspectos de la relación que establecen con Perón y su lucha en el interior del partido por hacerse dueños del patrimonio simbólico y la aceptación del líder.

Por último, se relatan los hechos de la *Masacre de Ezeiza*, un enfrentamiento que no sólo marcó el inicio de la lucha abierta y violenta entre la derecha y la izquierda por ocupar los espacios centrales dentro del partido peronista, sino que señaló el regreso de Perón a la Argentina y el final de un ciclo de dieciocho años signados por la proscripción política. La idea central de este apartado es destacar el esfuerzo dispar y con frecuencia espontáneo de las organizaciones populares y estudiantiles por superar la clausura y la corrupción de los canales ortodoxos de representación, mediante el reclamo y la contestación directa, una contestación que a nadie hacía suponer el trágico y terrorífico desenlace que tendría a partir de 1976.

Comenzaremos entonces el Capítulo 6 analizando las revueltas populares y la

nueva experiencia sindical en Córdoba, las interpretaciones políticas del *Cordobazo* y la alianza obrero-estudiantil. En segundo lugar, observaremos la lucha directa por el control del Estado, la acción desestabilizadora del régimen que comienzan a tener las organizaciones armadas, en especial las peronistas, en las cuales nos detendremos en su relación con el líder. Por último, analizaremos la caída del régimen, la salida de democrática condicionada, el retorno de Perón al país después de dieciocho años de exilio y el comienzo de la guerra interna entre la derecha y la izquierda peronista.

6.1. La nueva experiencia sindical: el caso de Córdoba

El protagonismo que en este período tuvieron los sindicatos cordobeses en la escena nacional estuvo directamente vinculado al alto grado de desarrollo industrial que alcanzó la ciudad desde mediados de los años cincuenta, cuando la mayor parte de las industrias militares del país se establecieron en la provincia: la Fábrica militar de Aviones, la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos, la Fábrica de armas Portátiles y la Fábrica de Municiones para Artillería. A dichas fábricas se sumaron algunas de las autopartistas más grandes de Latinoamérica, tanto de origen nacional como extranjero, y entre las que se cuenta la Fábrica de Motores y Automotores Mecánica del Estado IAME, que empleaba alrededor de 10.000 obreros -donde se fabricaban aviones, camiones, automóviles, y motocicletas¹-, la italiana Fiat, la norteamericana KAISER (IKA), la francesa Renault o la inglesa Perkins.

La ciudad de Córdoba fue el polo urbano elegido por estas compañías fundamentalmente por dos motivos. Por un lado, debido a la buena disponibilidad energética que les proporcionaba la central atómica de Embalse de Río Tercero y la conveniente infraestructura aeroportuaria internacional. Y por otro, debido a la

¹ En el caso de las motocicletas podemos recordar el famoso y exitoso modelo Puma, que convirtió a esta fábrica cordobesa en la segunda mayor productora de motos del mundo.

disponibilidad en la formación técnica de recursos humanos que brindaba la Universidad Nacional de Córdoba, cuyos estudiantes universitarios matriculados representaban entonces el 10% del total de la población de la ciudad. Estamos hablando de aproximadamente 70.000 alumnos, es decir, de un nuevo colectivo social que tendrá una presencia destacada en la escena de estos años.

El explosivo desarrollo que había sufrido la ciudad en los últimos veinte años no sólo había multiplicado en más de diez veces la cantidad de asentamientos industriales sino que había duplicado también la población, recibiendo un flujo migratorio provincial, interprovincial e incluso internacional (desde países limítrofes como Uruguay, Paraguay y Bolivia). Estos contingentes también constituyeron una importante porción del nuevo proletariado urbano que sería protagonista de las propuestas sindicales más originales y de las revueltas populares más recordadas en la Argentina de todo el siglo XX.

Si tomamos como ejemplo el crecimiento del personal empleado por IKA Renault en la planta principal del barrio Santa Isabel, podemos ver un importante alza en los índices de demanda de mano de obra. En 1959 se incorporaron 5.791 trabajadores, en 1962 un total de 9.300, en 1966 llegaron a 11.362 y en 1969 ingresaron 11.484. Asimismo, los datos respecto a las edades de los trabajadores afiliados al gremio entre los años 1966 y 1969 revelan que un 67,3% tenían de 21 a 25 años, y un 26,4% tenían entre 26 y 30 años. El porcentaje restante corresponde a mayores de 30 y menores de 20².

Es decir, constatamos que el 93,7% de los trabajadores afiliados de esta empresa eran jóvenes entre 21 y 30 años, jóvenes que ingresan por primera vez al mundo laboral y la vida política en una escena caracterizada por el autoritarismo del

² Los datos de IKA Renault fueron extraídos de Mónica Gordillo, *Córdoba en los sesenta, La experiencia del sindicalismo combativo*, Talleres de Imprenta, Córdoba, 1999, pp. 63-66.

gobierno militar, la proscripción y la cancelación de las vías institucionales de representación política. En su mayoría, dichos jóvenes se habían incorporado a la vida pública bajo las condiciones impuestas por la llamada *Revolución Libertadora* de 1955. Nunca habían vivido, estudiado o trabajado en condiciones democráticas, ni conocían –de manera directa- las gestiones de Perón en la presidencia.

Estos y otros datos nos ayudan a explicar y comprender cómo pudo surgir allí con tanta fuerza la llamada alianza obrero-estudiantil y el sindicalismo *clasista, democrático* o *combativo* con tres de las figuras más destacadas de la historia sindical de la izquierda argentina: Agustín Tosco, René Salamanca y Atilio López. *Curiosamente* los tres dirigentes fueron víctimas de la violencia paraestatal: López fue asesinado con más de cuarenta disparos por la Asociación Argentina Anticomunista (AAA) el 16 de septiembre de 1974, Tosco murió el 5 de noviembre de 1975 producto de una dolencia de la que no pudo ser atendido por estar obligado a vivir en la clandestinidad, y Salamanca fue secuestrado y desaparecido el 2 de abril de 1976 tras el golpe de Videla.

En la actualidad la figura más recordada y sobresaliente de dichos sindicalistas es la de Agustín Tosco. Tosco nació en Coronel Moldes, un pequeño pueblo de la provincia de Córdoba. Era hijo de una típica familia de campesinos y a principios de los cincuenta comenzó trabajar en Agua y Energía, casi paralelamente con la carrera de artes y oficios. En 1956 por primera vez fue elegido Secretario General del Sindicato de Luz y Fuerza desempeñando el cargo hasta 1974. El “Gringo” Tosco era conocido por su carisma y oratoria, su gestión se destacó por la transparencia, incorruptibilidad y sensibilidad hacia las bases obreras. Su posición política era de izquierda, desde donde señaló permanentemente la necesidad de un cambio de estructuras en el sistema capitalista para una distribución más equitativa

de la riqueza, y consideró que para lograr este objetivo era necesario constituir un frente político amplio que incluyera a todos los sectores populares progresistas.

6.1.1. La CGT de los Argentinos, una alternativa a la burocracia

En un contexto nacional donde imperaba una férrea Dictadura que pretendía cancelar toda clase de práctica política y reprimir todo núcleo de pensamiento o expresión crítica, el 28 de marzo de 1968 durante un Congreso de la CGT, se fundó la CGT *de los Argentinos* (CGTA) encabezada por Raimundo Ongaro, un obrero gráfico católico y peronista, oriundo de los Polvorines, provincia de Buenos Aires. Con la idea de conformar una alternativa al poder burocrático, vertical y centralizado del gobierno y las *62 Organizaciones*. La CGTA intentó promover formas democráticas de representación sindical opuestas al clientelismo y el matonaje practicado por el vandomismo. La CGTA buscó una descentralización que realzara el papel de las dependencias regionales con el fin de lograr una mayor participación de las bases y una mayor transparencia en las gestiones. Esta acción tuvo en los gremios de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), el Sindicato de Trabajadores de Fiat Córdoba (SITRAC), el Sindicato de Trabajadores de Fiat Materfer (SITRAM) y Luz y Fuerza de Córdoba sus tendencias más activas. Estos sindicatos eran numéricamente muy importantes y habían sido ganados por listas de dirigentes independientes, que se resistían a alinearse tras las directivas centralizadas y burocráticas. Algunos de estos sindicatos tampoco eran peronistas, y habían conseguido el apoyo obrero gracias al prestigio y reconocimiento de un mensaje ético que no sólo estaba motivado por las cuestionadas actitudes clientelares y prepotentes de la dirigencia central, sino también por la permanente persecución de los obreros y sus delegados por parte del empresariado y la patronal. Dicha

persecución era conocida y constante en las fábricas. De hecho la revista *C.I.A.S.* denunció en repetidas oportunidades el acoso al que estaban sometidos los empleados de Fiat, donde desde 1956:

“el 80% de los obreros que han ocupado cargos sindicales, sin distinción de ideologías o posiciones políticas; (...) han tenido que soportar la adulación o la presión para obligarlos a dejar la actividad sindical. En última instancia el cambio de planta y finalmente la cesantía”³.

Días después de su creación, el 1º de mayo de 1968, la CGTA presentó en Córdoba un plan de lucha contra la política regresiva de la dictadura y lo que llamaban la actitud cómplice del sindicalismo burocrático. Ongaro y Tosco fueron los oradores del acto y Rodolfo Walsh tuvo una activa participación en la redacción del documento final de la CGTA, donde se afirmaba que bajo la actual forma organizativa de trabajo y propiedad privada era imposible alcanzar una sociedad justa. Poco después y en esta misma línea *Kairós* publicaba que:

“los instrumentos de producción –incluida la tierra, los bancos, los transportes, el comercio exterior-, no pueden continuar siendo el monopolio de una clase. Las masas reclaman en todo el mundo, particularmente, que la plusvalía que se les arrebatava por diversos artificios se convierta en un bien social y vuelva al pueblo para cubrir sus necesidades”⁴.

Desde esta revista se señaló no sólo la necesidad de revisar las políticas distributivas de la renta sino la propiedad de los propios medios de producción, una necesidad y un deseo de transformación del sistema que a su juicio no se lograría espontáneamente. Por eso afirmaba que:

³ “La política sindical de Fiat”, *C.I.A.S. Centro de Investigación y Acción Social*, Año XIII, Nº 130-131 (marzo-abril), Buenos Aires, 1964, p.15. *C.I.A.S.* aclara en la tapa que fue Fundado por la Compañía de Jesús, con el fin de promover y realizar investigaciones, encuestas, publicaciones, conferencias, semanas de estudio, etc, con el fin de proponer y urgir en la Argentina una solución integral a los problemas sociales.

⁴ Carlos Montano, “Lo nacional y el nacionalismo”, *Kairós, Revista de cultura y critica estética*, Año 2, Nº. 5, Buenos Aires, noviembre 1968, p. 32

“Las revoluciones no se hacen por encargo ni son producto de exportación, (...) no se puede citar ejemplo alguno de transformación social sin intervención revolucionaria, cuya violencia está en razón del grado de resistencia de la clase oponente”⁵.

El año 1969 será considerado un año rabioso, conflictivo, repleto de huelgas con una creciente violencia policial que intenta repelerlas, y donde el *Cordobazo* es inequívocamente el punto más alto de eclosión. Sin embargo, estas revueltas no son hechos aislados sino producto de un proceso de efervescencia que se incrementó desde 1966 y que comenzó a mostrar síntomas de su agudeza el 28 de junio de 1968, cuando la dictadura organizó una inoportuna celebración con motivo de cumplirse dos años de su estadía en el poder. Este acto de celebración fue motivo de protesta en Tucumán, Rosario y Córdoba, donde sendas manifestaciones en su contra dejaron un saldo de ciento cuarenta detenidos⁶. El 11 y 12 de enero de 1969 se reunieron en Unquillo, provincia de Córdoba, los sectores duros del sindicalismo peronista junto al ala revolucionaria del partido con el fin de establecer una línea de acción común e impulsar la coordinadora de un frente político civil en contra de la dictadura y a favor de la recomposición constitucional. Esta iniciativa tuvo muy buena recepción en la delegación regional de la CGTA, que asentó en un documento llamado la *Declaración de Córdoba* su oposición al régimen y su deseo de colaboración multisectorial en la tarea de recuperar la democracia.

Paralelamente, el ánimo de buena parte de la ciudadanía se encolerizaba, en especial el de la clase media profesional y la de los pequeños empresarios, que desde el derrocamiento de Illia vivían bajo una sensación de atropello, autoritarismo,

⁵ J.E.R., “Nadra y las vías de la revolución pacífica”, *Kairós*, ob.cit., p. 52.

⁶ 1968 es considerado el año cumbre de la contestación y la crítica en los Estados Unidos y Europa, en especial por los acontecimientos suscitados en el mayo francés y las revueltas en las universidades de Columbia, Berkeley y México. Si bien las manifestaciones en la Argentina tienen su punto más alto en 1969 podemos ver que su proceso de efervescencia es contemporáneo y su influencia indiscutible.

injusticia e ilegitimidad, donde no sólo vieron recortado su acceso al crédito, anuladas todas sus posibilidades de expresión política e intervenida la universidad (uno de sus bastiones históricos), sino que además a principios del mes de mayo de ese mismo año recibieron una subida en los impuestos a la propiedad.

A esta desagradable sorpresa se sumó un rebrote en el llamado conflicto por las quitas zonales, una diferencia económica en las retenciones salariales que eran mayores en el interior que en Buenos Aires. Un conflicto de larga data que se había mantenido irresuelto y por el cual el 6 de mayo de 1969 la UOM convocó un paro de 24 horas. Pero la huelga no sirvió para solucionar nada, al contrario, animó a que seis días más tarde el gobierno de Onganía respondiera con la derogación de la Ley 3546 anulando el sábado inglés, una reivindicación alcanzada por los trabajadores en 1932⁷. Anular el sábado inglés era algo inconcebible y los ánimos comenzaron a recalentarse.

Al mismo tiempo, el 15 de mayo durante una repulsa a propósito del cierre del Comedor Universitario en la ciudad de Corrientes, la policía asesinó a balazos al estudiante Juan José Cabral. El repudio por la muerte de Cabral, por la violencia policial y la prepotencia del onganiato en general desató manifestaciones en casi todas las provincias argentinas con presencia universitaria. Pero esto, lejos de disminuir la intensidad represiva pareció generar en el régimen una pulseada por no dar el brazo a torcer y terminó por cobrarse las vidas de dos nuevos estudiantes en Rosario: Adolfo Bello y Luis Norberto Blanco, cuando la multitud en actitud de franca insurrección enfrentó a la policía. También en Salta un grupo de protesta tomó la sede del aristocrático Club 20 de Febrero y destruyó su mobiliario e instalaciones. Con menor envergadura pero con idénticos motivos se registraron revueltas en

⁷ El sábado inglés es una jornada de 4 horas durante el fin de semana pagada como jornada completa.

Capital Federal, La Plata, Mendoza y Resistencia. En todos los casos mencionados la acción policial se vio superada y tuvo que recibir el apoyo del Ejército.

6.1.2. Obreros-estudiantes y los efectos del *Cordobazo*

A la conmoción generalizada que provocaron los crímenes de Pampillón, Cabral, Bello y Blanco, el 26 de mayo fue detenido Ongaro en Córdoba y las dos CGT decidieron convocar a un paro nacional para el día viernes 30. No obstante, la regional Córdoba debido a la gravedad de la situación provincial decidió por su cuenta extender la medida a 48 horas y comenzar el paro con movilización el día jueves 29. El acatamiento fue masivo tanto por parte de los empleados públicos como de empresas privadas. A las diez de la mañana, desde la periferia y los cuatro puntos cardinales, las columnas de trabajadores comenzaron a bajar a pie hacia el centro de la ciudad donde estaba previsto un acto. La presencia de los obreros de las autopartistas Fiat, Transax, ILASA, entre otras, fue intensamente apoyada por las organizaciones estudiantiles. En esta oportunidad se comprendió que la gente movilizada en su mayoría no estaba ni afiliada ni representada por los gremios o partidos tradicionales, sino que los trabajadores, estudiantes y manifestantes que se dieron cita buscaban -en general- expresar sin mediaciones su descontento contra el gobierno dictatorial.

La policía en su plan de dispersión violenta y con la idea de cortar el camino de los manifestantes hacia el centro de la ciudad chocó contra uno de los frentes de la huelga en el barrio de Santa Isabel. Allí, abocada a la desconcentración lanzó gases, palos y también disparos hacia la gente. El resultado fue el asesinato de Máximo Mena, obrero de IKA-Renault. La muerte de Mena actuó como esa chispa capaz de incendiar la pradera, pues no sólo enfureció a los manifestantes que inmediatamente

respondieron al ataque, sino que la noticia recorrió muy pronto toda la ciudad y desató espontáneamente una revuelta urbana generalizada que se multiplicó con una intensidad inesperada y una ira propia de la indignación contenida contra una dictadura extremadamente violenta.

La policía tuvo que replegarse ante el avance de los manifestantes y quedó recluida en su edificio central. La dirigencia sindical no tenía control de la situación pues la mayoría de los vecinos habían salido a las calles sin coordinación. Sin embargo, las expresiones de descontento estuvieron claramente dirigidas hacia los símbolos de la dictadura y los capitales transnacionales con presencia visible en las calles de la ciudad. Por caso fueron atacados el Jockey Club, el Club de Suboficiales -con cuyo mobiliario los manifestantes hicieron una fogata-, asimismo se apedreó la concesionaria Citroën y se incendiaron las oficinas de Xerox. Hubo una cuantiosa destrucción de mobiliario urbano pero no se registraron actos vandálicos, robos o pillaje. Incluso el propio General Alejandro Agustín Lanusse reconocería años más tarde que en la movilización “se apreciaban grupos totalmente ajenos a la subversión y, en especial, de los aparatos del radicalismo y de la estructura sindical”⁸.

Por la tarde la ciudad estaba tomada por los manifestantes y poco a poco la mayor parte de vecinos fueron regresando a sus casas. La dirigencia sindical también se retiró pues no quiso que se le atribuyeran acciones de las que no participaba, pues a últimas horas de la tarde la protesta continuaba circunscripta en los barrios estudiantiles de Alberdi y Clínicas. Esa noche se declaró el toque de queda e intervino el Ejército. Hubo un puñado de francotiradores, civiles espontáneos sin identificación política y con armas cortas de bajo calibre que resistieron amparados por la noche y una notable complicidad de los vecinos de la zona. El régimen

⁸ Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, Laserre Editores, Buenos Aires, 1977, p.20.

adjudicó los hechos a organizaciones conspirativas de izquierda con apoyo del comunismo internacional, una excusa que sirvió también para allanar los locales sindicales más concurridos y detener a sus principales dirigentes, Tosco, Ongaro, De Luca, Scipione, entre otros, que fueron juzgados en Consejo de Guerra con penas entre cuatro y diez años de prisión. La intervención de la provincia de Córdoba quedó –paradójicamente- a cargo de Jorge Raúl Carcagno, el mismo militar que en 1973 será designado comandante en jefe del Ejército por el presidente Héctor Cámpora⁹.

Por último, la dictadura no reparó en las causas de las revueltas, no rectificó en su decisión de suprimir todos los canales legales y extralegales a través de los cuales fluían el descontento y las estrategias sindicales, sino que siguió apostando por la más cruda represión. Las consecuencias del autoritarismo, las consecuencias de no dejar más remedio a buena parte de la población que el camino de la rebelión sería un error visto claramente por el general Lanusse dos años después, en 1971 - cuando encabezó la búsqueda de una salida alternativa que contuviera la creciente e inédita contestación social y salvaguardara el lugar de las Fuerzas Armadas en los futuros gobiernos-, y donde la competencia electoral apareció como la fórmula del mal menor.

El saldo de la protesta del 29 de mayo fue de treinta muertos y noventa y tres heridos. No obstante, en términos políticos el sacrificado fue el ministro Krieger Vasena y el herido de muerte, la Dictadura. A juicio de Mónica Gordillo la emergencia de ese movimiento social fue posible porque coincidieron tres

⁹ Es significativo recordar que frente a las acusaciones de infiltración marxista y conspiración comunista internacional, los dos líderes más importantes de la UCRI y UCRP, Frondizi y Balbín, adjudicaron públicamente la máxima responsabilidad de los hechos acaecidos en Córdoba al gobierno de Onganía, su autoritarismo y su desmedido uso de la fuerza contra lo que consideraban reclamos justos frente a una política económica de hambre.

componentes culturales básicos para la acción colectiva: la percepción general de injusticia del régimen, el convencimiento de que era posible revertir esa situación a través de la acción directa, y la construcción de una fuerte identidad, un *nosotros* capaz de promover los cambios¹⁰.

El *Cordobazo* fue una expresión política popular sin definiciones partidarias, estalló con un contenido profundo y genérico de impugnación contra la dictadura de Onganía y un largo proceso de privatización de las decisiones políticas que había comenzado en 1955. En opinión de María Matilde Ollier, lo que de verdad hizo crisis en 1969 no fue sólo la proscripción del líder peronista, ni un sistema económico productor de miseria, ni el descrédito de la democracia, sino que el pronunciamiento social estuvo dirigido contra un sistema de interacción que pretendía privatizar el ejercicio de la política en una trastienda donde sólo podía participar una elite¹¹.

6.1.3. Las lecturas políticas del *Cordobazo*

El *Cordobazo* es el hecho que marcó el auge de nuevas alternativas políticas partidarias específicas que buscaron romper el aislamiento y la debilidad frente a una práctica excluyente de la política. Es decir, a partir del *Cordobazo* muchas organizaciones se plantearon con ánimos de concreción *qué hacer y cómo*, intentando salir de la posición de espectadores en el que el régimen y el caudillismo militar los había colocado.

Luego del *Cordobazo*, es decir, luego de ver cómo la movilización social era capaz de derribar al régimen, en las organizaciones políticas más activas contra la Dictadura se dispararon dos interrogantes principales: ¿qué proyecto de país se

¹⁰ Mónica Gordillo, "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973", en *Nueva Historia Argentina*, Tomo 9, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p.357.

¹¹ María Matilde Ollier, *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*, Eduntref, Buenos Aires, 2005, pp. 29-31.

pretende construir como alternativa al poder establecido?, y ¿cuál es la estrategia a seguir para conseguirlo?. La participación y la naturaleza de la protesta no parecía dejar dudas respecto al ánimo masivo de terminar con la Dictadura elitista de los grupos de poder y su apoyo en las Fuerzas Armadas. Aunque lo que no estaba tan claro era que las masas trabajadoras tuvieran un interés mayoritario por las propuestas socialistas. Una de las opciones que comienza a vislumbrarse a partir de aquí es la de inclinar la balanza hacia la revolución socialista por la vía armada.

Los inesperados y arrasadores efectos del *Cordobazo* parecían un llamado a la insurrección. Las organizaciones políticas de la nueva izquierda marxista y del peronismo revolucionario se lamentaban de no haber podido aprovechar en su favor el clima social generado en las jornadas del 29 y 30 de mayo. Se preguntaban cómo había sido posible que la rebelión de Córdoba no hubiera contado con una vanguardia armada lista y no sólo capaz de canalizar la fuerza de la masa hacia objetivos revolucionarios, sino preparada para enfrentar con eficacia a las fuerzas represivas y dar un definitivo asalto al poder. Desde entonces la logística, el pertrecho y el entrenamiento militar de los cuadros políticos comenzó a ser una tarea primordial para muchas organizaciones. En la más absoluta clandestinidad varias decenas de militantes comenzaron a prepararse a la espera de tener una segunda oportunidad donde desplegar las concepciones *foquistas* que habían venido desarrollando a lo largo de los últimos años. Por fin las interminables polémicas que hasta entonces habían mantenido en reuniones y revistas respecto a la necesidad y conveniencia de organizar la lucha armada cobraron seriedad y forma a favor de la acción militarizada:

“Más se desarrolla la lucha política, más fuerza toma la lucha armada del pueblo, e inversamente ambas luchas se apoyan, se completan y se

combinan estrechamente en cada combate, en cada campaña y en toda la guerra revolucionaria. (...)

El pueblo siente odio y busca todas las formas para defender sus intereses. (...) Mantener y desarrollar la lucha política de las masas no significa de ninguna manera aminorar la lucha armada. Si la lucha política ayuda a la lucha armada, la lucha armada a su vez estimula y respalda poderosamente la lucha política”¹².

El *Cordobazo* se convirtió en la prueba nacional y autóctona que tornó verosímil la hipótesis de la rebelión popular y la posibilidad de conducir o esclarecer a las masas. Sin embargo, no podemos decir que el *Cordobazo* fuera el hecho fundacional de las ideas de lucha armadas en la Argentina, pues incluso esta opción ya había tenido algunas fugaces experiencias con Uturuncos (1959), el EGP (1963) y las FAP (1968). Lo que sí generó el *Cordobazo* fue un mayor grado de credibilidad a esas conjeturas, fue el argumento que precipitó a porciones importantes de la juventud no sólo a considerar que la clase obrera había adquirido conciencia y cuerpo para transformar la realidad social, sino sobre todo que era la lucha armada la forma más efectiva (legítima y militarmente posible) de acceso al poder del Estado.

El *Cordobazo* fue interpretado por la mayor parte de la nueva izquierda marxista y el ala izquierda del peronismo, como el evento que los hermanaba en el fulgor de las calles con un sector obrero altamente movilizado, abriendo un proceso de múltiples especulaciones respecto al carácter y el destino de la movilización popular y sus potencialidades frente a la Dictadura. Dichas especulaciones fueron diversas, pero combinaron fundamentalmente el anhelo de encontrar, primero, una organización capaz de concentrar los esfuerzos para acabar con la Dictadura, y segundo, desarrollar un proyecto bajo el extendido pero muy poco específico discurso de la liberación nacional. En medio de estos dos términos se abrió un

¹² “Lucha armada y lucha política” (sin firma). *La Rosa Blindada*, Año 2, N° 9, Buenos Aires (septiembre), 1966, p.1.

abanico de opciones y estrategias, donde finalmente las expresiones más creativas del sindicalismo combativo y clasista no cuajaron y perdieron fuelle en las discusiones de método y en la red de alianzas políticas que seguían compitiendo por los escasos beneficios, propuestas conciliadoras del régimen o las prebendas que podían arrancarle a las patronales. Por otra parte, no hay que desdeñar en el desarrollo de las organizaciones obreras la importancia que tuvo la aguda acción - destructiva y atomizadora- del terror que imprimió la represión del Estado, que en su afán de desmovilizar a la población aplicó alternativamente desde despidos, encarcelamientos políticos y palizas, hasta torturas, desapariciones y toda clase de presiones físicas y psicológicas.

Por su parte, el paso a la lucha armada del Partido Revolucionario del Pueblo¹³, el Peronismo de Base o las denominadas Fuerzas Armadas Peronistas, también comenzaron a ejercer presión, una presión que buscaba conducir a su máximo extremo la polarización de la escena, tanto en el gobierno como en los sectores obreros más radicalizados. En este sentido Luis Alberto Romero ha observado que las organizaciones armadas aspiraban a transformar la movilización espontánea de la sociedad en un alzamiento generalizado. A su juicio, todas coincidían en una cultura política de izquierda, pero aplicaban una lógica de exclusión que se nutría de la de sus adversarios, una lógica de campos enfrentados, de *amigo o enemigo*¹⁴.

¹³ En junio de 1970, durante la celebración de su V Congreso, el PRT y por iniciativa de Mario Roberto Santucho, Ana María Villareal, Benito Urteaga, Domingo Menna, Joe Baxter, Carlos Molina, entre otros, se creó el llamado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que funcionaría como el brazo armado de la organización política. Hacia fines de 1975 luego del descalabro de la acción de asalto a la dependencia militar de Monte Chingolo, el partido se replanteó la continuidad del ERP, pero como ocurrió con todas las organizaciones políticas que crearon brazos armados en la época, estos adquirieron un desarrollo y una vida autárquica que ya no podía ser controlada desde el organigrama político. Estas iniciativas motivaron las divisiones internas.

¹⁴ Luis Alberto Romero, *Breve historia Contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994, pp.251-252.

La dinámica impresa por el *Cordobazo*, lo que en definitiva sería un ciclo de protestas y la puesta en escena de nuevos repertorios de confrontación, para las organizaciones llamadas revolucionarias pareció abrir el último capítulo de la lucha por el poder. Aunque no era descabellado pensar en estos términos, pues las confrontaciones se repetirían el 16 y 17 de septiembre en Rosario, ciudad que desde el día 8 de ese mes estaba envuelta en un intenso conflicto ferroviario y cuya causa generó movilizaciones solidarias en Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe y Bahía Blanca. Más tarde también se contarían estallidos sociales en Cipolletti, provincia de Río Negro, y Malagüe, provincia de Mendoza. Pero esta vez la represión corrió por cuenta del ejército que desplegó más de dos mil soldados, tanques y fuerzas antisubversivas especialmente entrenadas para el choque con manifestantes, logrando tan sólo militarizar aún más la escena, agudizar el enfrentamiento y convertir a las Fuerzas Armadas ya no en un adversario político, sino en un enemigo al que había que vencer por la fuerza.

Pero más allá de las lecturas que se hicieron del *Cordobazo*, la nota distintiva de los sucesos de mayo de 1969 fue la participación masiva de universitarios junto a los obreros. Se trató de una generación de jóvenes que se incorporó activamente a la práctica política a través de sindicatos y partidos de distinta extracción ideológica en un contexto de sismo insurreccional y donde la crisis económica y la inestabilidad institucional eran, a esta altura de los acontecimientos, un dato estable de la realidad argentina. Para Liliana De Riz, la juventud de fines de los sesenta adhirió mayoritariamente a Perón como un modo de identificarse con el pasado y el pueblo, y así, los hijos de quienes habían sido furibundos antiperonistas se convirtieron en peronistas fanáticos. Bajo el influjo de las ideas del Che Guevara, Franz Fanon y la

Teología de la Liberación. Perón y el peronismo fueron convertidos en la encarnación militante del socialismo nacional¹⁵.

El 27 de junio de 1969, durante una manifestación en la plaza porteña de Once fue asesinado por la policía Emilio Mariano Jáuregui, del Sindicato de Prensa (FATPREN). Jáuregui había sido secretario general de su gremio, era hijo de un alto ex funcionario de Frondizi y sobrino del ministro de economía liberal Pinedo. Su asesinato fue adjudicado a la acción de fuerzas paramilitares vinculadas a la derecha peronista. Tres días después de su asesinato un grupo armado no identificado irrumpió en las oficinas de la UOM y asesinó a quemarropa y de seis balazos al “Lobo” Vandor. Los aparatos militares de todas las partes implicadas comenzaban a afilar sus espadas y, con estos crímenes, daban apertura a su guerra privada.

6.1.4. ¿Democracia sindical?

Para Juan Carlos Torre la idea de democracia sindical fue una exégesis aplicada al movimiento obrero y sostenida principalmente desde la izquierda. Como tal, afirma Torre, la idea de democracia sindical estaba más legitimada a partir de componentes morales que de componentes ideológicos y políticos. Lo moral aparece en el lenguaje: *los blandos*, *los duros*, y el carácter antagonista que se atribuyó a la clase trabajadora¹⁶. Pero ¿qué tipo de conflicto provocó la idea de democracia sindical como principio de la dinámica del movimiento obrero?. La democracia sindical generó un conflicto ante la posición de la burocracia sindical, un estrato impuesto por medio de la violencia y el fraude sobre el mundo de los trabajadores. Desde la perspectiva de la izquierda, la democracia sindical intentó suprimir a la

¹⁵ Liliana De Riz, *La política en suspenso 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p.95.

¹⁶ Juan Carlos Torre, Conferencia. Iº Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 03-11-2005.

burocracia porque esta era negociadora, corrupta, conciliadora, verticalista, prepotente, mafiosa, clientelar y anti democrática, pero sobre todo, porque con su dinámica de actuación perdía el carácter antagónico que esperaban asumiera el movimiento obrero.

En opinión de Torre, la idea de la democracia sindical es la que domina el pensamiento del movimiento obrero de esos años, es el paradigma a través del cual el obrero piensa su representación política¹⁷. Desde esta perspectiva podemos agregar que la idea de la democracia sindical se desprende de una visión del mundo del trabajo habitada por un esquema dual contenido por dos entes o personajes característicos y prototípicos, por un lado, la clase trabajadora dispuesta a la lucha, y por el otro, una camarilla que siempre traiciona ese espíritu. Así definida la idea de la democracia sindical sus funciones principales fueron: primero, intentar proyectarse como la mejor alternativa de los trabajadores, sobre todo a partir del comportamiento coherente y ejemplar. Mientras que la segunda función fue deslegitimar las acciones manipuladoras, clientelares e integradoras de la burocracia sindical. Las experiencias desarrolladas y algunos triunfos de los sindicatos combativos inclinó aún más a las bases obreras a participar y profundizar sus exigencias de saneamiento sindical, de mayor autonomía de las centrales y la distribución más justa de beneficios.

Luego del *Cordobazo* el estado de movilización permanente condensado a lo largo de los últimos años mutó hacia nuevas formas de protesta directa que tuvieron como particularidad la activa participación y solidaridad de diferentes organizaciones sociales como parroquias, centros vecinales, agrupaciones universitarias, y con una importante resonancia en los medios de comunicación. La ocupación de fábricas con directivos y administrativos de rehenes -una práctica que no era nueva-, para muchos

¹⁷ Juan Carlos Torre, Conferencia. Ob.cit.

pareció convertirse en un medio que cambiaba su naturaleza en virtud de fines u objetivos considerados justos y legitimados por importantes porciones de la opinión pública. Dichas acciones no sólo estuvieron apuntadas a romper con la mediación sindical que negociaba con el régimen, sino también a consolidar un perfil de intransigencia que se evidenció en la toma de los puestos de trabajo y las herramientas de producción con posturas que llegaron incluso a petitionar por la socialización de las mismas. Estos planteos implicaron un desconocimiento, una contestación y un estado de rebeldía al orden y las autoridades establecidas, tanto en términos de representación obrera como de propiedad privada. Vale la pena aclarar que esta clase de reclamos y expresiones obreras eran anteriores a las revueltas populares de 1969 y 1971 y a la presencia en la escena sindical de las organizaciones revolucionarias fueran éstas armadas o desarmadas.

Por último, es importante señalar también que los gremios más activos en este sentido pertenecían a las fábricas con mayor capacitación técnica, es decir, aquellas con plantillas de obreros que habían pasado por bachilleratos técnicos, escuelas terciarias de capacitación o por la propia universidad. Gozaban, por tanto, de los mejores salarios del país e incluso de toda Latinoamérica. En este sentido, quizás el caso paradigmático fue el de SITRAC y SITRAM, dos gremios que lograron desplazar por la vía pacífica a una dirigencia corrupta y prepotente, por una conducción sindical clasista y democrática.

6.1.5. El Sindicato de Trabajadores de Fiat Córdoba (SITRAC): el testimonio de su ex Secretario general

Mucho se ha especulado respecto al carácter de las organizaciones sindicales llamadas combativas, democráticas o no alineadas con la central obrera. Creo que es

muy valioso y esclarecedor reproducir, aunque sea extensamente, parte del testimonio de Carlos Masera -ex secretario general de SITRAC- y un actor privilegiado de los hechos que venimos comentando hasta aquí. En su testimonio no sólo queda expuesta la opinión en primera persona respecto a aquella experiencia del sindicalismo argentino, sino también cuál era el perfil humano de los dirigentes elegidos por los trabajadores para representar sus intereses, de allí que haya optado por incluirlo.

Durante una entrevista personal, Carlos Masera nos contó que:

“A partir de 1970 y como Secretario General del Gremio SITRAC, yo escuchaba a todas las tendencias políticas que venían a participar e influenciar en las acciones que tomábamos. Yo siempre trate de escuchar a todos y seleccionar ideas. El gremio se fue politizando, en las asambleas -que muchas eran abiertas-, participaban organizaciones externas a la fábrica como el Peronismo de Base o Vanguardia Comunista. Además había compañeros de la fábrica que militaban, muchísimos compañeros muy honestos eran de izquierda y puedo contarlos de a centenas. (...) Había algunos delegados que estaban ligados al PRT, otros a las FAL, o partidos no armados, como Vanguardia Comunista, PC o PCR. Pero la mayor fuerza de la izquierda la tenía el Peronismo de Base, diría que del conjunto de delegados la mayoría eran del Peronismo de Base, pero a la hora de las discusiones se debatía libremente y se llegaba a las conclusiones que fueran. Nosotros teníamos un sindicato democrático.

Cuando alquilamos un local para el sindicato en San José de Calasanz casi esquina San Juan, nosotros necesitábamos una secretaria y Susana Fiorito se ofreció para el cargo, la verdad que Susana hacía de todo, era muy eficiente, fue muy valiosa. Redactaba los documentos, los corregía, los imprimía. Ella procedía del MALENA, pero tenía algún contacto con Vanguardia Comunista. También con Andrés Rivera, que pertenecía a Vanguardia Comunista, pasamos largas horas de conversaciones compartiendo ideas.

Para mi es toda una incógnita los motivos por los cuales personas que proceden de una clase social muy diferente se acercan así hacia al sector de los trabajadores. No es fácil la llegada a los trabajadores. La introducción o la llegada de sectores de la izquierda fue dada fundamentalmente porque nosotros decidimos ventilarnos, porque nosotros nos permitimos escuchar sus ideas. Las decisiones finales las tenían los trabajadores, pero escuchábamos lo que tenían para decirnos.

Agustín Tosco en una de las tomas vino a la fábrica y se le cedió la tribuna para que hable, a pesar de que con Tosco teníamos

nuestras diferencias. La mayor diferencia con Tosco fue la estrategia de alianzas que él tenía y como utilizaba el aparato del PC para lograr éxitos. Nosotros decíamos que con los sindicatos traidores no queríamos saber nada, pero concurríamos a la CGT porque había otros que no eran traidores. Yo creo que Tosco también seleccionaba a la gente, él se aliaba con Atilio López, con Elpidio Torres en su momento, elaboraban políticas, pero en el fondo caían en la trampa del peronismo, que si bien se dividía en legalistas y ortodoxos eran mayoría cuando se ponían de acuerdo. No obstante, yo considero que Tosco fue el dirigente -dentro del sindicalismo de izquierda- más importante de todos los tiempos y no me voy a cansar de decirlo. Tosco fue el político sindical más claro y lúcido de la izquierda por lejos.

Nosotros no teníamos esa política de alianzas, nosotros denunciábamos todas las maniobras que nos parecían espurias, fueran de quien fueran, eso era un poco como la lucha del Quijote con los molinos. Eso hizo que a nosotros nos vieran muchas veces como los revoltosos, pero hay montones de documentos que se emitieron en esa época que dan fe de nuestra postura. Ellos trabajaban por dentro de las estructuras sindicales, pero nosotros muchas veces teníamos más apoyo entre los obreros, Perkins es un ejemplo claro, los trabajadores de muchas fábricas se venían antes con nosotros que con la burocracia sindical. Ocurrió con MATERFER o con Grandes Motores, que también es del complejo Fiat y que pertenecía a SMATA, los trabajadores estaban con nosotros.

Cuando se habla de Luz y Fuerza es inevitable hablar de Tosco, Tosco fue la cabeza, fue el líder indiscutido del sindicato. Mientras que si vos hablas de SITRAC no hay líderes que resalten o cabezas indiscutidas, SITRAC fue un movimiento mucho más horizontal, sin figuras, ninguno de nosotros estaba en condiciones de trezarse a discutir con Tosco que era un hombre muy carismático, de una gran honestidad, pero que tenía una estrategia que era diferente. Lo que más les sorprendía a los integrantes de las agrupaciones de izquierda, y nos lo preguntaban, era “¿cómo mierda hacen para que la gente siga sus propuestas?”.

Nosotros nos aislamos, pero de alguna manera yo prefiero aislarme antes de aliarme al enemigo. Es una cuestión de principios, a nosotros no acusaron de que nos aislábamos, pero nosotros nos aislamos por hacer bien las cosas. De todas maneras yo sé que es importante seguir los principios, pero no ser boludo. Tal vez había que buscarle la vuelta y no ser tan principistas, pero tampoco creo que el camino fuera las alianzas espurias, que es peor. Nos faltó capacidad y experiencia política, éramos unos jóvenes que estábamos recién emplumando y ya dábamos pelea por la comida. (...)

Con el correr del tiempo he llegado a la conclusión de que se va a liberar quien se cultiva y como nuestro pueblo lamentablemente no es culto por falta de recursos en cultura y educación. En la medida que -quien pueda- ayude a cultivar al otro estaremos colaborando para acercarnos al camino de la liberación, este es un camino muy largo.

La persona que más se cultiva más posibilidades tiene, el que no comprende puede confiar en el que lo conduce, ¿pero hasta dónde va a llegar?. (...)

La disputa que sostuvimos por la dirección del sindicato nos sirvió para que aprendiéramos muchísimas cosas del sindicalismo, el deambular de la fábrica a la casa de gobierno, al Ministerio de Trabajo buscando poder llevar adelante la bendita asamblea que nos permitiera ser la única comisión directiva... Ahí nos avivamos de que el capitalismo en su conjunto es un sólo bloque monopólico que trabaja en conjunto para beneficio de los más pícaros y para explotar a los más débiles. Los dirigentes, las empresas, el Estado burgués, todos se complementan. La experiencia de lucha más importante que tuvimos fue en estas instancias, cuando nos dimos cuenta de que las leyes se cumplen si favorecen a los poderosos. Sin embargo, allí también nos dimos cuenta lo importante que es cumplir con la ley frente al enemigo. El peor error que se puede cometer desde un sindicato es decir si ellos no respetan el pacto nosotros tampoco. Hay que demostrar conducta y respeto de lo pactado, porque al fin y al cabo la ley, aunque no la hicimos nosotros sino los burgueses, es un pacto y hay que cumplirlo y pelear para que el enemigo también lo cumpla. La experiencia de Fidel Castro es clara en este sentido, cuando él lleva un escribano a la casa de gobierno para dar constancia de que la ley se cumpla se le cagan de risa, no obstante, con ese acto legitima su firmeza y el ataque al Moncada porque los que gobiernan no cumplen la ley. El que cumple la ley y lucha porque se cumpla esta mostrando seriedad y conducta, eso es importantísimo.

Luego, cuando fuimos sindicato, organizaciones de izquierda nos preguntaban ¿y ahora que van a hacer que ya son sindicato?, ¿de qué sirve el sindicato, si es una herramienta burguesa?. Y yo creo que el sindicato sirve para defender los intereses de los trabajadores”¹⁸.

6.2. La *vanguardia armada*, las masas y la efectividad política

El lento desgranamiento del gobierno militar y la profunda división dentro de las Fuerzas Armadas se combinaron con la cancelación de todos los canales legales de mediación política, instalando y generalizando una sensación de acefalía que alimentó la lucha directa por el control del Estado. Como apuntamos más arriba, la intención de establecer una lucha directa por el poder se expresó un mes después del *Cordobazo* con el asesinato de Vandor (30 junio de 1969), pero muy especialmente con el secuestro del ex presidente de facto Aramburu, el 29 mayo de 1970 -día del

¹⁸ Carlos Masera, obrero, ex Secretario General del Gremio SITRAC, Fiat. Entrevista del autor, 16-07-2005 Córdoba, Argentina.

Ejército Argentino y justo cuando se cumplía el primer aniversario de las revueltas de Córdoba-, a manos de la organización político-militar Montoneros¹⁹.

El secuestro de Aramburu truncó las gestiones que el ex presidente de facto había iniciado en esos días con la burocracia peronista y Balbín, el dirigente más importante de la UCRP, partido que concentraba al electorado más numeroso no proscripto. Los planes de Aramburu eran apartar a Onganía a través de una salida constitucional concertada sin la participación de Perón, entre un sector de las Fuerzas Armadas y los dos partidos políticos mayoritarios en un plazo de dos años. En sus planes él mismo se postulaba nuevamente al cargo de presidente interino. Aramburu había declarado ya en diciembre de 1969 (cinco meses antes de ser asesinado) que los acontecimientos de Córdoba y Rosario habían sido reacciones propias de una sociedad a la que se le negaban los canales de diálogo y participación. En las palabras de Aramburu se observaba un inesperado y sospechoso cambio de posición respecto a la que había tenido como uno de los principales instigadores del golpe a Perón y como presidente de facto entre 1955 y 1958, donde se fusiló al General Valle y veintisiete militantes peronistas en basurales de Lanús y José León Suárez. Incluso propuso mediante declaraciones al diario *Los Principios* de Córdoba:

“futuras elecciones limpias y democráticas y, en consecuencia, sin limitaciones ni proscripciones para nadie. Si el peronismo las gana porque es mayoría –aseguró Aramburu-, habrá que entregarles el poder, lo contrario no sería democracia”²⁰.

¹⁹ Aramburu fue secuestrado en su domicilio por Fernando Abal Medina y Emilio Maza. Fue ejecutado tras un *juicio revolucionario* –para unos-, que hizo efectiva la venganza –para otros-. Aramburu era el máximo responsable del gobierno cuando tuvieron lugar los asesinatos del general Valle, el fusilamiento clandestino de 27 militantes peronistas y la desaparición del cadáver de Eva Perón. Si bien el de Aramburu fue uno de los casos más resonantes de la época, el primer secuestro con fines políticos que se registró en la Argentina fue el del cónsul paraguayo Waldemar Sánchez realizado por las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) a fines de marzo de 1970, en la ciudad de Corrientes.

²⁰ Pedro Eugenio Aramburu, *Los Principios*, N°14, 23/12/1969, Córdoba, p.9.

El repentino cambio de actitud de Aramburu respecto a unas potenciales elecciones y ciertos detalles logísticos en la organización de su secuestro agregaron al hecho la intriga y la duda de una conspiración dentro del propio poder militar. De cualquier modo e independientemente de dichas dudas, gran parte de la opinión pública encontró sobradas razones para simpatizar con la acción de Montoneros. Por eso ambos acontecimientos, el asesinato de Vandor y especialmente el secuestro de Aramburu, tuvieron gran resonancia pública y gozaron de la simpatía de amplias capas de la sociedad.

Estos hechos marcaron el paso de una parte importante de la izquierda peronista a un campo donde comenzaba a primar la lógica de la acción, una lógica que vino a sustituir la centralidad de las ideas y las mediaciones políticas. Montoneros optó así por el enfrentamiento con las mismas armas de un enemigo sideralmente más poderoso. El asesinato de Aramburu en tanto modelo de acción o forma de resistencia a la dictadura no era ni política ni militarmente diferente a la del enemigo que pretendía enfrentar. Al contrario, tomaba como propia una lógica de violencia vengativa que mostraba un desprecio similar por la vida de los semejantes, una especie de *ojo por ojo, diente por diente*. En sus comunicados la organización político-militar Montoneros señaló repetidas veces el deseo de ver llegar la hora de que fuera el enemigo el que llorase los muertos, por eso puso en acción su fuerza material, es decir, quiso medirla con la de su enemigo y desde sus mismas categorías conceptuales. Y por eso fue derrotado²¹.

²¹ No obstante lo dicho, no es posible igualar ni la dimensión ni la mentalidad de unas Fuerzas Armadas genocidas, que una vez derrotada la guerrilla -hacia finales de 1975- arrasó con toda forma de signo político distinto, eliminó todas aquellas fuerzas humanas y simbólicas más sutiles y complejas que se venían desarrollando lentamente en el tejido social, demostrando de manera irrefutable que el objetivo principal de su violencia asesina era el proceso creador de una creciente subjetividad crítica con el orden dominante. En este sentido León Rozitchner ha señalado que lo que resulta más loco y arcaico de los métodos políticos del terror utilizados por ETA o Sendero Luminoso, no es que pretendan con explosivos imponerse en el campo político de la democracia. No se trata sólo

Hay que decir que la muerte de Aramburu tuvo un poderoso peso propagandístico que sirvió no sólo para engrosar notablemente las filas de Montoneros y convertir a la organización en un nuevo actor de relevancia, sino para dar a los repertorios de lucha armada una mayor legitimidad. La simpatía de ese sector de la población fue interpretado por Montoneros como el aval que lo consagraba en tanto garante de una transición a la democracia con la participación sin condicionamientos de Perón. La máxima expansión de Montoneros, y en general de todas las organizaciones político-militares argentinas, fue entre 1972 y 1974. Montoneros nutrió sus cuadros, en especial aunque no únicamente, de jóvenes entre 20 y 30 años de clase media con formación universitaria completa o incompleta.

Pero la simpatía que provocaba Montoneros no se limitó a la izquierda peronista. Por ejemplo, Oscar Terán recuerda que:

“aun para quien como yo no provenía del peronismo, sería hipócrita desconocer la impresión que me generaba esa posibilidad de articular por primera vez realmente una vanguardia política con un movimiento de masas que el montonerismo parecía encarnar. Visto desde la izquierda producía mucha envidia su capacidad de reclutar adhesiones populares, contrastándola con una izquierda cuyas banderas penetraban mucho más dificultosamente en ese mismo terreno. De modo que ahí había una polémica muy grande respecto de ese poderoso foco de atracción que era el movimiento montonero”²².

En este sentido, también son muy significativas las consideraciones que realizó José Aricó durante una entrevista, donde se refirió a la vinculación que la nueva izquierda marxista tuvo con Montoneros. Aricó aseguró allí que:

“Nunca nos convertimos en un órgano oficioso de Montoneros, aunque si vimos y seguimos con profunda simpatía lo que estaba ocurriendo en el interior del movimiento peronista, particularmente

de que no lo consigan. Lo terrible de este sistema es que vuelve a aterrorizar y a imponer la marca de la muerte en cada uno de quienes pretenden liberarse de la violencia contraria. Ver *El Terror y la Gracia*, Norma, Buenos Aires, 2003, p.97.

²² Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2006, p.19.

entre los jóvenes y los intelectuales. La impronta terrorista o guerrillera de la experiencia montonera, en nuestra opinión, era fruto de las circunstancias en las que debió actuar y no consustancial con su dinámica y propósitos. (...) En la medida que el terrorismo de izquierda actuaba en una situación caracterizada por el desconocimiento de la voluntad popular, la ausencia de un régimen democrático y el constante abuso de poder de las fuerzas armadas, era visto por nosotros como una respuesta acorde con la violencia del estado²³.

Si Montoneros fue la organización argentina más importante de toda la época es porque supo recoger aquello de combatividad que se venía gestando en los últimos quince años y que emergió con la crisis de 1969. Montoneros recogió la voluntad de un sector de la sociedad que se inclinó hacia la confrontación directa porque confiaba en una victoria y porque creyó posible obtener resultados políticos efectivos con su estrategia. Quienes se comprometieron con la opción armada no vieron lugar para soluciones políticas intermedias, ni salidas que evitaran una potencial espiral de violencia. No porque no existieran propuestas políticas en el interior del movimiento sino porque se consideraba que dichas propuestas no eran capaces de eludir la

²³ José Aricó, *Entrevistas 1974-1991*, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1999, p. 56. Asimismo, Aricó agrega que: “todo lo que ocurriría luego, la represión y la violencia desatada, la magnitud del genocidio, sorprendió a todos. Es claro que los signos premonitorios ya habían aparecido, desde años antes se había instalado en la vida política argentina el terrorismo como forma de lucha para aniquilar al adversario. (...) He tratado de dar cuenta de una actitud que hoy no puede ser justificada, pero a la que hay que encontrar explicaciones. La confianza que abrigábamos sobre el resultado final del proceso social y político que tiñe la vida nacional en los años posteriores a la revolución cubana y la caída del gobierno de Frondizi, confianza ingenua y exagerada, tiene su razón de ser en la caracterización que hicimos de la situación nacional e internacional, en la creencia en la capacidad expansiva del fenómeno castrista, en la emergencia del sindicalismo clasista en los talleres cordobeses, en las experiencias de autogestión que brotaban en las movilizaciones, en la fascinación que ejerció sobre nosotros la revolución cultural china. Hay una línea de continuidad en dicha caracterización, pero ésta respondía a un clima de época de la que no podíamos ni queríamos quedar al margen. Nos sentíamos intérpretes de algo que estaba ocurriendo en la sociedad y no profetas de un nuevo mundo. Hoy es fácil decir que la nuestra era una confianza absolutamente gratuita, un soñar con los ojos abiertos. Es una convicción compartida por todos que el movimiento montonero era un movimiento en esencia terrorista y no podía de ningún modo modificarse, convertirse en otra cosa. Pero muchos no pensaban de ese modo en los '70 y para la corriente *Pasado y Presente* no era correcto pensar de ese modo, como si ya estuviera todo jugado, como si la voluntad y la inteligencia de los militantes no contara, como si la propia realidad no pudiera empujar a cambiar las cosas. Desde la derecha si se podía afirmar esto, pero el discurso de la derecha era el discurso que sufragaba la necesidad de la represión, del aniquilamiento no sólo de las organizaciones terroristas, sino también, y yo diría fundamentalmente, de la izquierda social e intelectual. Ob.cit., p.58.

confrontación directa, y porque en ese momento, simplemente, las propuestas políticas de conciliación no eran mayoritarias. La violencia aplicada por organizaciones como Montoneros era vista por sus militantes como una respuesta acorde a las agresiones de la desnacionalización de la economía, los salarios cada vez más insuficientes, una presión impositiva creciente, la agresión a las universidades y la represión de las Fuerzas Armadas -y hasta 1973 y el fracaso de Cámpora-, como un accionar excepcional y momentáneo dictado por la necesidad de forzar una alternativa a la Dictadura, y no como una política permanente.

La respuesta del gobierno ante el secuestro de Aramburu fue instaurar por decreto el 2 de junio de 1970 la pena de muerte. En efecto, el evidente deterioro de Onganía y el destino de la presidencia en un limbo imprevisible, la eliminación de Vandor y Aramburu colocaban a Perón como la figura central, más aún, como la única persona capaz de contener la violenta polarización entre izquierda y derecha, una polarización que se había dado tanto dentro como fuera del movimiento peronista.

A partir de aquí comienza un curioso proceso de concentración simbólica en torno a la figura de Perón, que no sólo fue reclamado como el líder indiscutido tanto por la derecha como por la izquierda de su movimiento, sino que comenzó a ser visto como el único bombero de este gran incendio. En estos años habrá expresiones que llegan a extremos inverosímiles de incondicionalidad y enfrentamiento en la disputa por hacerse con el patrimonio simbólico del jefe, un patrimonio simbólico que comenzó a difuminarse y a perder las formas del representante político ortodoxo para convertirse en una figura de culto. Dentro del peronismo la figura simbólica de Perón parecía cambiar a la medida de los deseos o intereses del interlocutor de turno, un hecho que fue en desmedro del lugar ocupado por el hombre real, por el dirigente

político que había mostrado sus inclinaciones en una gestión presidencial de nueve años que alternó aciertos y errores, y que hacía dieciocho años esperaba asilado en la España franquista su oportunidad para regresar a la Argentina.

En opinión de José Luis Romero, alrededor de Perón se agruparon todos los que acariciaban cierto nacionalismo, un nacionalismo sin duda exacerbado por la creciente influencia de los capitales multinacionales incorporados por la dictadura de los últimos años y sostenido por las nuevas generaciones en ascenso²⁴. Por otra parte, no fue menos irracional el odio que despertó Perón en sus adversarios, que no cesaron de dirigirle sus críticas, unas críticas que perdieron significación y credibilidad para una generación de jóvenes que se había iniciado o introducido en la práctica política con posterioridad a 1955, es decir, en el contexto represivo y proscriptivo de la llamada *Revolución Libertadora*, la deslumbrante experiencia cubana y la rudeza de la Dictadura de Onganía. Esos eran los elementos que destacaban en los análisis de la realidad que realizaban muchos jóvenes de la época: la democracia burlada, el atropello dictatorial y la proscripción de los representantes populares. Todos parecían ser los medios de una entrega mansa del patrimonio nacional a los capitales multinacionales.

6.2.1. La hora del pueblo

El 8 de junio de 1970 la Junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas dispuso el relevo del general Onganía de la presidencia y en agosto colocó en su sitio al general Roberto Marcelo Levingston, un hombre poco conocido cuyo mérito más destacado era haberse mantenido alejado de la escena pero cercano a los intereses norteamericanos, puesto que en los últimos años se encontraba desarrollando

²⁴ José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, p.296.

diversas tareas diplomáticas en Washington. Pero entre junio y agosto los hechos comenzaron a tomar una velocidad y un vértigo difícilmente descriptibles. La acción de las organizaciones político militares comenzó a ser más asidua y a ejercer una fuerte presión sobre el gobierno interino. El 1º de julio los comandos Montoneros *Eva Perón, Comandante Uturunco, San Martín y 29 de mayo* -integrados por un total de veinticinco personas-, copó la localidad cordobesa de La Calera. En el hecho fue herido un policía y los militantes montoneros Luis Lozada y José Fierro. A propósito del hecho, más tarde en una casa del barrio Los Naranjos de la capital de Córdoba fueron detenidos Carlos Soratti, Cristina Liprandi, Raúl Guzzo Conde Grand; abatido Emilio Maza y gravemente herido Ignacio Vélez Carreras²⁵. Las detenciones y la incautación de algunos documentos que fueron rápidamente descifrados condujeron a la policía a una estancia propiedad de la familia Ramus, a trescientos cuarenta kilómetros al sudoeste de la capital de Buenos Aires; estancia donde el 16 de julio de 1970 fue hallado el cadáver del ex presidente de facto Aramburu.

Los últimos días del mes se cerraron con una acción comando de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAR), que tomó con éxito durante unas horas la localidad bonaerense de Garín y se llevó consigo las armas de la comisaría local. Poco más tarde Levingston nombró a Aldo Ferrer como nuevo ministro de Economía y si bien hubo algunas modificaciones y un notable cambio de tono en el discurso oficial, la violencia y la inflación no cesaron, al contrario, comenzaron un espectacular ascenso que terminaría con su mandato en marzo de 1971, otra vez a causa de una revuelta popular en Córdoba bautizada con el nombre de *Viborazo*.

²⁵ El 26 de diciembre de 1969 Montoneros realizó su primer acción armada en La Calera (Córdoba), en aquella oportunidad asaltó el Banco Provincia de Córdoba. Durante un intenso tiroteo fueron heridos 3 policías aunque el grupo logró escapar con el botín. De aquella primera acción participaron Fernando Abal Medina, Norma Arrostito, Ignacio Vélez Carreras, Carlos Capuano Martínez, Susana Lesgart, Alejandro Yofre y Cristina Liprandi. En julio de 1970 intentarán repetir la acción pero no tendrá el mismo éxito.

Pero el año todavía no terminaba, el 27 de agosto de 1970 el comando Emilio Maza del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) asesinó a José Alonso, un hombre clave –como Vandor- en la articulación de las relaciones entre el sindicalismo burocrático, el gobierno y los sectores del peronismo más predispuestos a la negociación. Con la muerte de Alonso la situación para el régimen y sus delfines en el sindicalismo burocrático se complicaba en idénticas proporciones al agigantamiento de la figura de Perón, que, cada vez más, era visto como el único dique capaz de contener la violencia de la izquierda peronista. El 7 de septiembre en la pizzería El Ruedo de la localidad bonaerense de William Morris, cuando se disponían a realizar una reunión, fueron abatidos por la policía Carlos Gustavo Ramus, Fernando Abal Medina, y detenido Luis Rodeiro. Otro duro golpe contra la dirigencia de la recién iniciada organización montonera²⁶.

A todo esto y por su cuenta, los partidos políticos tradicionales encabezados por el líder radical Ricardo Balbín y el justicialista Jorge Daniel Paladino, pero acompañados por la democracia progresista, el conservadorismo popular y el socialismo argentino, mantenían intensas conversaciones con el objetivo de encontrar una salida concertada a la dictadura y la difícil situación que atravesaba el país. Finalmente, el 11 de noviembre de 1970, suscribieron un documento conocido como *La Hora del Pueblo* que se convirtió en la base de la futura salida política conjunta a la dictadura. Este documento expresaba en su corpus central que los partidos

²⁶ La dirigencia de Montoneros sufrió en los primeros meses de su existencia las bajas de Emilio Maza, Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus, las detenciones de Luis Lozada, José Fierro, Carlos Soratti, Cristina Liprandi, Raúl Guzzo Conde Grand, Ignacio Vélez Carreras y Luis Rodeiro (entre sus miembros más destacados). Si el resto de la organización resistió en la clandestinidad los primeros embates de la policía y el ejército fue gracias a la extensa red de relaciones políticas y de amistad que los militantes habían desarrollado a lo largo de los últimos años a partir de los grupos universitarios cristianos y de estudio vinculados a partir de *Cristianismo y Revolución*. Asimismo, respecto al caso de las muertes de Abal Medina y Ramus, permitieron a Mario Firmenich ocupar la cabeza de la conducción montonera en Buenos Aires.

políticos eran los órganos naturales de expresión y de decisión política y que se debía reconocer la vigencia que jamás perdieron. En uno de sus pasajes solicitaba:

“una fecha cierta de elecciones generales en todo el país, para que el pueblo elija a sus gobernantes, en un plazo no mayor de 18 meses. (...) Nuestro país necesita urgentemente, sin nuevas demoras que agravarían las cosas, una nueva selección de dirigentes. Y esto corresponde al pueblo en conjunto, con comicios libres, sin que nadie pretenda erigirse en juez y parte. (...) Todos coincidimos en la inmediata e impostergable Liberación Nacional que necesita el país. Nuestra Argentina es, hoy, un territorio ocupado por intereses extranjeros, con sus piezas claves en poder del imperialismo. La primera tarea es liberarnos”²⁷.

Por su parte, Perón se servía sin empacho de todas estas iniciativas, tanto de la búsqueda de soluciones políticas como de la popularidad que ganaban las organizaciones armadas para desestabilizar al gobierno. Mientras estuvo en Madrid mantuvo una actitud ambigua frente a las acciones de la guerrilla. Envío flores al velatorio de Fernando Abal Medina; y Jorge Daniel Paladino, su delegado personal en la Argentina, si bien condenó públicamente la violencia, luego asistió a la misa por la muerte de Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus en la Iglesia Cristo Rey.

6.2.2. El *Viborazo*: Lanusse y la salida condicionada hacia la democracia

En marzo de 1971 otro levantamiento popular nuevamente en Córdoba y conocido como el *Viborazo* terminó con el gobierno de Levingston tan sólo ocho meses después de su investidura. Esta revuelta tuvo características muy similares a las del *Cordobazo*, pero fue incluso más violenta y destructiva que la anterior. El *Viborazo* se destacó por ser la primera manifestación donde se pudo observar públicamente la presencia y la acción de organizaciones político-militares

²⁷ Documento extraído de José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, p.293.

identificadas con banderas y pintadas. Entre ellas el ERP, FAL, FAR, FAP y Montoneros.

Uno de los detonantes de esta protesta fue la designación presidencial de José Camilo Uriburu como nuevo gobernador interventor para la provincia, el octavo gobernador en quince años. Uriburu, descendiente directo del famoso general golpista que dio apertura a la década infame (1930-1943), no fue bienvenido por nadie. Uriburu era un hombre completamente desconocido en Córdoba, no representaba a nadie en la provincia y por lo tanto no contaba con ningún tipo de apoyo político o económico que sustentase su cargo, y la campaña de desprestigio en su contra fue tan efectiva como inmediata.

Marcelo Cavarozzi ha señalado que en ese momento se superponían dos cuestionamientos de diferente tinte: uno económico y otro político. El económico estaba enfocado hacia las políticas liberales e impulsado especialmente por empleados públicos y privados de baja calificación, los pequeños y medianos empresarios, los trabajadores de industrias y servicios tradicionales perjudicados por el programa modernizante del gobierno militar, y la población de aquellas regiones que resultaron afectadas por los programas de racionalización económica de la dictadura²⁸. Por otro lado, gran parte de la movilización exigió democracia sin proscripciones ni condicionamientos, y se mezcló con aquellos sectores que desde el ámbito de la incipiente guerrilla peronista planteaban el objetivo de promover la insurrección popular armada, para instaurar un orden social y político alternativo de carácter no parlamentario y socialista nacional.

El evidente fracaso de la dictadura puso fin al tercer intento por superar la crisis de hegemonía y legitimidad abierta con el golpe de Estado de 1955. A los

²⁸ Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y Democracia*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2003, pp.38-39.

fallidos gobiernos civiles de Frondizi e Illia ahora había que sumar los militares de Onganía y Levingston, que se retiraban para dejar paso a la figura central de la Junta de Comandantes, una figura que hasta entonces se habían mantenido en las sobras: el general Alejandro Agustín Lanusse. Lanusse asumió la titularidad de la Junta y el Ejecutivo Nacional el 2 de marzo de 1971, y se abocó inmediatamente a diseñar las maniobras de un escape decoroso para las Fuerzas Armadas. Pero pronto caería en la cuenta de que resultaba imposible encontrar un candidato dentro del cuerpo de oficiales que estuviera a salvo de sospechas o libre de parte en facciones enfrentadas o comprometidas en su credibilidad. No obstante, antes de acabar el mes de marzo anunció el restablecimiento de las actividades políticas y llamó a convocatoria de elecciones generales para el 25 marzo de 1973, con asunción de funciones para el 25 de mayo de ese mismo año. Quedaban todavía dos largos años por delante.

El accionar de la guerrilla, el clima de desorden general y el poderoso sentimiento antimilitar que se fue instalando en importantes porciones de la población hizo mella en el interior de las Fuerzas Armadas, donde se agudizaron las diferencias entre facciones poniendo en peligro la cohesión interna y fertilizando las condiciones para un golpe de Estado o un enfrentamiento similar al que protagonizaron en septiembre de 1962 y abril 1963 *Azules y Colorados* en las calles de Buenos Aires, pero esta vez en un contexto de opinión y legitimidad infinitamente más desfavorable.

El gran acierto político de Lanusse fue observar con claridad que la mejor manera (sino la única) de descomprimir la situación social, desactivar la guerrilla y la amenaza de divisiones irrecuperables en el seno de la corporación militar era propiciando una salida democrática. Lanusse sabía que decidirse por una salida democrática no era una idea que se aceptaría sin reparos en el interior de las Fuerzas

Armadas, ya que hablar de elecciones era sinónimo de triunfo peronista. Si Lanusse realizó un prematuro llamado a elecciones generales para marzo de 1973, fue también como una manera de blindar su gobierno frente a potenciales intentonas golpistas. Con el llamado a elecciones Lanusse abrió un paréntesis de expectativas, y quien complotara para hacerle un Golpe de Estado se pondría a la mayoría de la ciudadanía en contra.

De este modo, todo el proceso de transición a la democracia quedó sujeto al cumplimiento del Gran Acuerdo Nacional (GAN), un acuerdo sustentado en las líneas trazadas por *La hora del Pueblo* e impulsado desde el gobierno por el entonces ministro del interior, el radical Arturo Mor Roig. El GAN era una propuesta condicionada que consistía en que los militares permitirían la celebración de elecciones sin proscripciones siempre y cuando Perón resignara su participación en los comicios. El núcleo del acuerdo suponía un consenso entre los dos principales actores políticos del momento para que ambos declinaran sus candidaturas. Es decir, tanto Lanusse como Perón no debían participar. La finalidad del GAN era excluir a Perón a cambio del auto-apartamiento de Lanusse, los dos principales contendientes políticos, los dos máximos representantes de la antinomia peronismo-antiperonismo, una antinomia que para muchos ya era antigua. Una antinomia que para los sectores de la izquierda marxista y peronista revolucionaria –por ejemplo- estaba dada más bien entre nación-antinación o nación vs. imperialismo.

Para hacer efectivo el acuerdo Lanusse inició conversaciones con los sectores políticos que no mantenían una oposición frontal contra la dictadura, entre ellos el radicalismo balbinista y el sindicalismo burocrático encabezado por José Rucci, quien había ocupado el espacio dejado por Vandor y Alonso luego de ser

asesinados²⁹. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con los representantes obreros independientes, a los que Lanusse no sólo excluyó de las negociaciones sino que el 28 de abril de 1971, a través del ministro Mor Roig, extendió una orden de captura contra su principal líder: Agustín Tosco, secretario general de Luz y Fuerza de Córdoba y el líder obrero de izquierda más destacado de ese momento. Lanusse desconoció así la representatividad de dichos sectores y demostró que no aceptaría en este proceso ninguna influencia ni condición de la izquierda³⁰.

Las negociaciones no fueron sencillas puesto que el gobierno no sólo pretendía que Perón no participara con su candidatura y que el peronismo diera garantías sobre sus futuras políticas económicas, sino que además hiciera una condena pública al accionar de las organizaciones armadas y que asegurara a las Fuerzas Armadas un lugar institucional de tutela en el gobierno entrante. Pero ya nadie podía obligar a Perón a sentarse a negociar, a decir o hacer nada que él no quisiese. La iniciativa política estaba de parte del viejo líder y Lanusse fue lentamente disminuyendo su retórica taxativa, sus exigencias y sus expectativas, hasta llegar a la condición mínima: elecciones sin la participación de Perón.

²⁹ José Rucci: dirigente metalúrgico, fue secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) y un conspicuo exponente del sindicalismo ortodoxo y burocrático. Fue asesinado por la organización Montoneros dos días después de que Perón ganara su tercer elección presidencial. Quizás la frase de su autoría más recordada por los militantes de la época sea: “Se acabó la joda” (para la izquierda) luego de salir de una reunión mantenida con Perón y donde quedaba claro que *su* Líder optaba por dar la derecha en el gobierno -valga la redundancia- a la derecha del partido.

³⁰ Tosco había sido legalmente elegido por los obreros de Luz y Fuerza, sin embargo fue detenido y trasladado a una cárcel de máxima seguridad en Rawson, a 2000 kilómetros de la ciudad de Córdoba completamente aislado de todos los sucesos. Allí también se encontraban encarcelados varios líderes guerrilleros de organizaciones político-militares, quienes organizaron una fuga que fue un total fracaso, pero en la cual lograron escapar Santucho, Menna, Gorriarán Merlo (ERP), Quieto y Osatinsky (FAR) y Vaca Narvaja (Montoneros); mientras que 19 detenidos más que participaron de la intentona fueron apresados y acribillados a mansalva. 16 murieron y los 3 supervivientes más tarde serían secuestrados y desaparecidos. Por su parte, Tosco se negó a participar de la fuga puesto que se consideraba un líder de masas que no había violado la ley y que estaba injustamente detenido por la dictadura. Su proyecto de conformar un frente político para derrotar la dictadura no contempló el uso de acciones armadas, aunque encontraba comprensible su emergencia y desarrollo en un clima antipopular, represivo y dictatorial.

Como parte de su estrategia y tendiente a conformar el pedido de un impetuoso sector liberal de las Fuerzas Armadas, el 15 de junio de 1971 Lanusse promulgó la ley 19.081 de Represión del Terrorismo y creó una Cámara Federal en lo Penal para juzgar ampliamente los delitos de las organizaciones clandestinas (como parte de la Ley Orgánica de Defensa Nacional). Avanzar en una legislación que permitiera el *enjuiciamiento* de las personas detenidas en actos violentos –a las que el régimen denominaba *subversivos*–, más que para una lucha efectiva sirvió para frenar los ánimos de las Fuerzas Armadas que no creían en una resolución pacífica de los conflictos políticos y muchísimo menos en una lucha legal contra las organizaciones civiles armadas. En efecto, dicha ley ofrecía un marco jurídico para procesar a integrantes de Montoneros, ERP o FAR, pero también de algún modo para protegerlos, por una parte, del cada vez más frecuente uso de torturas y desapariciones, y por otro, del desenfrenado deseo de exterminar a cualquier costo a las organizaciones armadas y sus bases de apoyo social. Como sabemos, aquella precariedad legal se rompió selectivamente con el accionar de la Triple A desde 1973, y con total plenitud a partir de 1976, cuando accedió al poder el sector militar encabezado por el general Videla que implantó sistemáticamente el terrorismo de Estado.

Hay que decir que si la propuesta político-institucional de Lanusse subsistió fue gracias a la firmeza con la que este general la defendió, puesto que sus planes no eran comprendidos ni bien vistos por la mayoría de su corporación, que mantenía una actitud infinitamente más beligerante con el peronismo y sobre todo con la guerrilla. No es que Lanusse no la tuviera, sino que sabía que desde Madrid Perón podía bendecir a varios sectores al mismo tiempo con el fin de utilizar –a su hora- al más conveniente en virtud de sus intereses. Lanusse sabía que la burocracia sindical y la

izquierda montonera eran elementos incompatibles que tenían sus propias estrategias y que Perón, una vez en el país, no podría servirse alternativamente de uno u otro sector, sino que se vería obligado a optar por uno de los brazos de su movimiento, que si aún no se habían batido en una lucha frontal era porque tenían en la Dictadura un enemigo en compartido. Lanusse pretendió con el GAN sacar a las Fuerzas Armadas del foco de los conflictos para resguardar sus intereses corporativos y pasarle a Perón la difícil tarea de conciliar los intereses antiperonistas y, en especial, los agudos conflictos del propio movimiento peronista.

Años más tarde la derecha tendría mucho que agradecer a la actuación de Lanusse, pues con el llamado a elecciones no sólo logró descomprimir una coyuntura política que se inclinaba velozmente hacia los intereses revolucionarios, sino fundamentalmente desplazar el centro de las disputas hacia el peronismo, donde izquierda y derecha tendrían que dirimir la supremacía en el interior del partido. No obstante, en esos momentos, desde la propia corporación militar se acusó a Lanusse de traidor, de blando con la guerrilla, de ser responsable de una cobarde capitulación ante Perón³¹. Tal era la beligerancia dentro del ejército, que el 8 de octubre estalló una rebelión frustrada en el Regimiento de Caballería Blindada de Azul y Olavarría en la provincia de Buenos Aires. En el intento de alzamiento convergieron oficiales antiperonistas, nacionalistas y desarrollistas que habían acompañado a Onganía. Una convergencia que en 1976 tendría una segunda oportunidad para dar un golpe letal a la democracia, la política y a toda posibilidad de recomponer un Estado de Derecho, Civil o Humano.

³¹ Años más tarde Lanusse confesará que una de sus mayores preocupaciones era que Perón muriera en Madrid glorificando a la guerrilla peronista (las *formaciones especiales*) y la imprevisible influencia que ese hecho podía tener en una inmensa porción de la población argentina. Ver Lanusse Alejandro A., *Mi testimonio*, Laserre, Buenos Aires, 1977, pp.230-231.

6.2.3. Cámpora al gobierno, Perón al poder

La situación era muy tensa y confusa, y en noviembre Perón decidió reemplazar a Paladino como su representante personal y poner en su lugar a Héctor Cámpora como candidato a la presidencia. Cámpora era odontólogo de profesión y su virtud más destacada era ser un absoluto subordinado a la voluntad del líder y encontrarse vinculado a grupos de la izquierda del movimiento. El gesto de Perón fue interpretado por Lanusse y los rebeldes de la Caballería como una provocación. El mensaje era claro, frente a las exigencias de un acuerdo electoral poco conveniente a sus expectativas Perón giraba hacia la izquierda y golpeaba al régimen con un espaldarazo a las organizaciones clandestinas de la juventud peronista. El viejo líder sólo aceptaría quedarse con la última palabra.

Que el representante personal de Perón en la Argentina fuera Cámpora significaba que, en su juego táctico pendular, Perón necesitaba de las audacias de la izquierda. Pero para eso debía de algún modo colocarse al frente de la ola de protestas. En efecto, el nombramiento de Cámpora fue seguido de numerosas cartas y comentarios complacientes hacia la guerrilla peronista, a la que llamó *Formaciones Especiales*. Asimismo, a principios de 1972, Perón dio su aval para la creación de la Juventud Peronista (JP), a la que se dirigió como *juventud maravillosa*, y cuya cabeza más visible: Rodolfo Galimberti, fue incluido en su Comando Estratégico. Allí Galimberti recibió las instrucciones precisas para la coordinación de la campaña presidencial de Cámpora.

Perón utilizó a la izquierda peronista para hostigar y desestabilizar a la Dictadura, al tiempo que se mostraba frente a sus contrincantes como el único hombre capaz de controlarla. Se convertía así en el guardaespaldas del poder, pues

con sus gestos indicaba que sin su control la izquierda peronista podía actuar libremente. Perón y los Montoneros jugaban con fuego mientras toda la juventud peronista -aquella *juventud maravillosa*-, sus unidades de base en barrios y universidades permanecían al descubierto y en la superficie a merced de la salvaje acción represiva y de exterminio que poco más tarde les caería encima³².

Queda claro que a esta altura de los acontecimientos la cuestión del desarrollo ya no era la preocupación primordial de los grupos dirigentes. Ya no era esa causa que desde 1955 se había convertido en urgencia, que había servido de motivación, de estímulo, de guía e incluso de excusa para el curso adoptado por los sucesivos gobiernos. Desde el *Cordobazo* en adelante esa meta perdió vigencia, comenzó a desdibujarse y pasó a un segundo plano ante la acuciante necesidad de construir un poder legítimo y estable en las instituciones del Estado. Pero a la preocupación del poder, ahora también había que sumar otro elemento, la seguridad personal. Poder y seguridad se convirtieron literalmente en temas vitales y objetos casi únicos de la atención de todas las fuerzas legales o clandestinas que tenían aspiraciones –reales o no- de acceder al gobierno en los próximos meses.

Por su parte, las organizaciones armadas, y no sólo las peronistas, a lo largo de 1971 y 1972 se desarrollaron ampliamente, tanto en número como en su actividad contra un gobierno cada vez más desgastado que hacía explícitas sus discrepancias internas, sobre todo respecto a los métodos adecuados para combatir la insurgencia. Los actos de violencia seguían en ascenso, para verlo comparativamente podemos

³² Fueron estas unidades de base, esta militancia política de superficie la que sufrió con más dureza la represión terrorista de los grupos paramilitares luego de que en 1973 Cámpora renunció al cargo de presidente y se desató la guerra en el interior del peronismo. Cuando Montoneros decidió pasar nuevamente a la clandestinidad y reanudar sus acciones armadas, dicha militancia de superficie, que había desarrollado una estructura política dentro de los marcos de la legalidad, quedó a merced de la acción terrorista sin posibilidades reales ni ayudas organizadas para esconderse y fue sistemáticamente perseguida y exterminada.

señalar que en el año 1968 sobre un total de 239 actos de protesta 84 fueron con violencia armada (bombas y armas de fuego), mientras que en 1972 de los 1109 actos de protesta registrados en 745 fue utilizada la violencia armada³³. Hacia fines de 1971 la publicación de una encuesta de IPSA recogió algunos datos acerca de la opinión general en torno al papel de las organizaciones armadas. A la pregunta “¿Justifica usted la violencia guerrillera?”, el 45, 5% respondía afirmativamente en el Gran Buenos Aires; cifra que se elevaba al 51% en Rosario y al 53% en Córdoba³⁴.

El clima de rechazo generalizado hacia la Dictadura se combinó con la simpatía hacia muchas de las acciones guerrilleras, que en sus comienzos lograron alcanzar con relativo éxito objetivos propagandísticos que provocaron admiración por su audacia, pero que poco a poco aumentaron considerablemente sus errores y fracasos frente a unas fuerzas de seguridad que ya no eran fácilmente sorprendidas. La fuerzas no sólo se adiestraban y ganaban experiencia, sino que *flexibilizaban* y extremaban sus métodos de combate. Fundamentalmente a través de la presión, la amenaza y la tortura, la policía y el ejército logró infiltrar con mucha eficacia las filas de las organizaciones clandestinas.

El 4 de abril de 1972 Lanusse recibió el primer sacudón popular desde la provincia de Mendoza, después de que la policía reprimiera con dureza una concentración de maestras primarias que pretendían entregar un documento en la mesa de entrada de la gobernación provincial. El abuso policial sobre las docentes desató una furiosa repulsa en la capital mendocina. Seis días más tarde las FAR asesinaron al general Juan Carlos Sánchez, un funcionario comprometido en la lucha contra la guerrilla y acusado de aplicar sistemáticamente la tortura a todos los

³³ Los datos fueron extraídos de Guillermo O’Donnell, *El Estado burocrático autoritario, 1966-1973*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, pp.435-450.

³⁴ Ver Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad 1966-1973*, Tomo I, Norma, Buenos Aires, 1997, p.504

detenidos. El 19 de junio estalló el llamado Tucumanazo, donde hubo una activa presencia del ERP. Los primeros días de julio también quedaron marcados por la movilización y la protesta popular en Malagüe –provincia de Mendoza- y General Roca –provincia de Río Negro-. Si bien Lanusse consiguió que los partidos políticos condenaran el asesinato del general Sánchez, no ocurrió lo mismo con las protestas en Mendoza y Tucumán, las que quedaron legitimadas por el silencio y con las cuales el gobierno quedó debilitado y nuevamente expuesto a una intentona golpista promovida desde el interior de las Fuerzas Armadas. Lanusse estaba cercado y tambaleante, mientras tanto Perón permanecía en silencio, agazapado, esperando su oportunidad.

6.2.4. Las Formaciones Especiales y su relación con el estratega

Perón reconoció la importancia desestabilizadora que tenía la izquierda peronista y su accionar armado en el proceso de negociación con la Dictadura, y se sirvió de ella. Las *Formaciones Especiales*, la *Vanguardia Estratégica*, o ese grupo de avanzada, ya había sido definido por el propio Perón en 1934 en sus *Apuntes de historia Militar* como un “dispositivo cuyo objetivo es sondear al enemigo atrayéndolo hasta asirlo, entretenerlo, y entonces recién asestarle un golpe mortal con la masa principal”³⁵. Para Perón las *Formaciones Especiales* eran un dispositivo imprescindible para alcanzar su retorno al país en condiciones favorables. Pero la idea de funcionalidad atribuida a la *Vanguardia Estratégica* guardaba una confusión y un engaño que sólo quedó revelado cuando -una vez conseguido el poder- permitió que la derecha del partido que pobló su gobierno, defecione, persiga y asesine a los integrantes de la izquierda.

³⁵ Mayor Juan Domingo Perón, *Apuntes de Historia Militar*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1934.

En este sentido, León Rozitchner ha señalado que quienes entraron en el peronismo por la izquierda cayeron en una trampa mortal al creer expresar lo mismo que Perón, puesto que bajo la apariencia de un lenguaje homólogo se debatían objetivos y significados diferentes. A juicio de Rozitchner, la *Vanguardia Estratégica* tenía para el General Perón un sólo significado, el de un dispositivo que el estratega militar puede disponer como medio en el despliegue de las astucias de la guerra, un recurso susceptible de ser sacrificado por el estratega cuando este decida conveniente ponerlo al servicio de un interés mayor que mantiene oculto.

Por su parte, y a diferencia de la izquierda peronista, los grupos revolucionarios marxistas que ingresaron al peronismo por la izquierda definían como *Vanguardia Estratégica* a su grupo más consciente, orgánico y decidido que se pone a la cabeza de las luchas obreras y no como un dispositivo o astucia de guerra³⁶. Desde esta perspectiva, Perón habría utilizado a la vanguardia como amenaza y como advertencia a sus enemigos políticos, mostrándoles que sólo en su persona se encontraban los resortes que podían contener la llamada violencia revolucionaria. Pero una vez conseguido su objetivo dicho dispositivo perdió utilidad y pasó a convertirse en una amenaza. Así, la vanguardia de izquierda habría sido tan sólo un elemento táctico dentro de una estrategia general pensada para beneficio de la derecha³⁷.

³⁶ León Rozitchner, *Perón: entre la sangre y el tiempo*, Tomo II, Catálogos, Buenos Aires, 2000, pp-104-108.

³⁷ Esta hipótesis sostiene que la llamada avanzada estratégica no era la manifestación de lo que Perón quería expandir, el mensaje de Perón era otro, el mensaje era que sólo él podía contener la desgracia de la derecha, de toda la derecha argentina, es decir, tanto de la derecha peronista como antiperonista. Los Montoneros explicaron el comportamiento y la actitud de Perón hacia ellos a través de la *Teoría del Cerco*, que suponía un Líder imposibilitado de conocer la realidad por la acción del comité de asesores encabezados por José López Rega (El Brujo) que lo confundía y lo engañaba. Habría que preguntarse por qué Perón se rodeo de asesores que eran de la más acérrima derecha del partido. ¿Quiénes eran los cercados?, ¿quizás los Montoneros?.

Si bien la dictadura creó tribunales especiales *antisubversivos* la lucha ilegal ya había comenzado. Hacia finales de 1971 se contaban ya una docena de desapariciones mediante la mecánica del secuestro, la tortura, asesinato y desaparición, una práctica que comenzó a ser frecuente por parte de grupos paramilitares (aunque no tuvieron carácter sistemático hasta 1976). A partir de estos años comenzó a ensayarse la idea de hacer pasar como efectos de una guerra lo que eran simples asesinatos. El 22 de agosto de 1972 tuvo lugar una de las acciones homicidas de represalia más resonantes perpetradas por el gobierno militar, la llamada *Masacre de Trelew*, donde diecinueve presos luego de ser atrapados tras un fallido intento de fuga fueron acibillados a mansalva en la base aeronaval Almirante Zar de la provincia de Chubut. Dieciséis de los diecinueve murieron, hombres y mujeres –una de ellas embarazada-, todos ellos integrantes de diversas organizaciones clandestinas³⁸. El hecho no tenía antecedentes en la historia argentina moderna, pero el encubrimiento de los militares responsables del hecho fue absoluto y nunca se juzgó a nadie. La *Masacre de Trelew* se convirtió en un nuevo icono de la militancia revolucionaria, se ascendió a los muertos al grado de héroes y mártires, y lejos de paralizar incentivó a miles de jóvenes a simpatizar cuando no directamente a sumarse a las filas de las organizaciones clandestinas.

En noviembre de 1972 Perón visitó el país pero no mantuvo reuniones con miembros del gobierno ni de las cúpulas sindicales. En cambio sí conversó con diferentes dirigentes partidarios, especialmente con Ricardo Balbín quien de antemano aceptó tácitamente una derrota electoral y el hipotético lugar de primer minoría de su partido. Había un reconocimiento implícito y generalizado de que el peronismo era el partido mayoritario y que la proscripción que había sufrido durante

³⁸ Ana María Villareal, esposa de Mario Roberto Santucho, estaba embarazada de cinco meses.

tantos años le daba el derecho de ocupar la Casa Rosada. Asimismo, hay que destacar que la actividad de los partidos políticos en los últimos años había sido paupérrima. La permanente persecución dictatorial había convertido a la dirigencia en pequeños y herméticos comités con escasa iniciativa y representación de intereses, en un contexto donde los mecanismos de representación partidaria y las fórmulas democráticas cayeron lentamente en el descrédito, la ineficacia o en el desuso frente al atropello de las leyes y las expresiones ilimitadas de poder directo de las corporaciones y los grupos de poder.

Por fin, antes de regresar a España, Perón selló el lanzamiento del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), una alianza que incluyó a todas las expresiones del peronismo (desde el lopezreguismo, pasando por la burocracia sindical y el montonerismo), hasta el desarrollismo frondizista y algunos partidos menores. La fórmula presidencial estuvo conformada por Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima. El FREJULI descartaba en lo político, social y económico el regreso al viejo modelo liberal de país agropecuario y señaló el camino hacia una reestructuración general donde el Estado tendría un papel decisivo de control y de promoción de la industria nacional. Como dijimos, Cámpora era el candidato de la juventud peronista, situación que virtualmente la convirtió en el grupo de apoyo de la campaña electoral cuyo slogan era *Cámpora al gobierno, Perón al poder*³⁹. Y así fue.

³⁹ Formalmente Perón quedó excluido de las elecciones por un tecnicismo, no cumplía con un requisito de residencia que se impuso a todos los candidato. En el campo de las especulaciones se cree que Perón pudo seleccionar a Cámpora para la fórmula presidencial porque esperaba que los militares finalmente no permitieran celebrar los comicios, puesto que Cámpora al igual que Perón violaba los requisitos de residencia.

6.2.5. El retorno del Líder: Ezeiza y la lucha abierta dentro del peronismo

El 11 de marzo de 1973 el electorado argentino se volcó masivamente a las urnas para votar, ante todo, contra el autoritarismo militar. Luego de dieciocho años de proscripción el peronismo, o más bien Perón, se convirtió en la figura simbólica más vitoreada e identificada con un profundo, diverso y extendido sentimiento nacionalista y popular. No obstante, dentro del electorado que apoyó al candidato de Perón y el amplio arco ideológico que conformaba el movimiento peronista, el viejo líder era un emblema que adoptaba diferentes rostros. Para la derecha del movimiento tenía el espíritu de aquel coronel ancestralmente anticomunista oriundo de las entrañas del GOU, que daría fin al copamiento realizado por la izquierda y recuperaría las tradiciones peronistas inscriptas en los veinte dogmas del partido. Mientras tanto, la izquierda del partido decía que Perón era el líder revolucionario tercermundista que haría efectiva la liberación político-social y consumaría los sueños de la patria socialista. Entre estas dos banderas, entre estos dos imaginarios autocomplacientes, el resto del apoyo eran votantes que veían en el retorno de Perón la difusa posibilidad de satisfacer una enorme cantidad de anhelos acumulados en la última década, la esperanza de ver una Argentina sin privilegios, una Argentina en paz, con orden y progreso. La vuelta de Perón al país se vivió como una promesa del retorno a los años de bonanza, con la expectativa de convertir en realidad aquella idea mítica del país feliz, del país potencia y el Estado providencia, protector y paternalista. Desde una perspectiva actual y conociendo el desarrollo posterior de los hechos, hay que decir que en la maniquea policromía política alimentada por el anciano líder y los apropiadores de sus diversos simbolismos había mucho de carisma, de omisiones y de dobles discursos.

El 25 de mayo de 1973 Cámpora asumió como presidente con casi el 50% de los votos. Al acto asistieron Salvador Allende y Osvaldo Dórticos, presidentes socialistas de Chile y Cuba respectivamente. Los militares tuvieron que suspender un colorido desfile de soldados y el redoble de la banda militar prevista para el acto, a causa del desborde provocado por una multitud enardecida que los insultaba y escupía. La decorosa retirada deseada por Lanusse se convirtió en una acotada, rápida y silenciosa huída.

La llegada de Cámpora a la presidencia dio a los simpatizantes de la izquierda peronista, principal soporte de la campaña presidencial, la posibilidad de ocupar cargos de importancia en el gobierno, como la gobernación de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza, y los rectorados de sus correspondientes universidades. Un paso intenso aunque fugaz por las dependencias ministeriales oficiales, pues luego del regreso de Perón y su posterior fallecimiento terminaría en una guerra de aparatos entre derecha e izquierda del partido, en un combate directo por el poder.

Las últimas imágenes del período corresponden al 20 de junio de 1973, Perón finalmente regresa a la Argentina después de dieciocho años de proscripción. Ese día *Clarín* publica una solicitada titulada: “20 de junio de 1973. Día del Reencuentro nacional”, acompañada de la clásica imagen peronista de la mano en forma de “v” de victoria⁴⁰. Al día siguiente, el mismo matutino -edición número 9.835- aseguraba que tres millones y medio de personas se desplazaron al aeropuerto internacional de Ezeiza para recibir al general. Pablo Calvo recuerda que para la fiesta 18.000 palomas habían sido amaestradas para dibujar en el cielo un símbolo de paz mientras

⁴⁰ Solicitada “20 de junio de 1973. Día del reencuentro nacional”, *Clarín*, Buenos Aires, 20/06/1973, p.5.

los músicos del teatro Colón tocaban el himno nacional, pero todos terminaron tirados en el suelo buscando resguardo de las balas⁴¹.

El reencuentro nacional, la celebración y la fiesta se convirtieron en un baño de sangre. Grupos civiles pertenecientes a la derecha peronista abrieron fuego contra cientos de manifestantes desarmados que intentaban ocupar las posiciones más cercanas al palco donde estaba previsto que Perón diera un discurso. Las cifras son diversas, aunque las oficiales hablan de 13 muertos y 365 heridos⁴². Ezeiza era un pistoletazo de arranque a la medida de la contienda que comenzaba dentro de un partido corroído por las divisiones.

Finalmente el avión que transportaba a Perón, el sujeto-objeto del deseo de todos los presentes, se desvió hacia el aeropuerto de Morón. A cuarenta y nueve días de haber asumido la presidencia y veinte tres días después de la masacre de Ezeiza, el presidente Cámpora y el vice Solano Lima renunciaron a sus cargos. El 13 de julio de 1973 y por orden de Perón asumió interinamente el cargo Raúl Lastiri, yerno de José López Rega, secretario personal de Perón y uno de los más conspicuos representantes de la derecha del partido. La izquierda peronista todavía confundida comenzaba a vislumbrar cual era el camino preferido por el líder. A su vez, con poco estruendo pero con un alto contenido simbólico, Perón apartó a Galimberti de la conducción estratégica del partido.

Con los acontecimientos de Ezeiza todavía hirviendo y con un interinato tan sugerentemente de derecha como el de Lastiri, los medios de prensa se interesaron en

⁴¹ Pablo Calvo, "Ezeiza, una masacre que causó el estallido del peronismo", *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.12.

⁴² Julio Santucho asegura que el plan de operaciones fue coordinado por el coronel Osinde, con la participación activa del futuro jefe de policía, general Iñiguez. Naturalmente, dice Santucho, todo se realizó con el consentimiento de Perón quien, al final de la jornada habría de atribuir cínicamente la responsabilidad de lo sucedido "a los que tratan de infiltrarse en los estamentos estatales o populares", es decir, a las víctimas de la masacre. Julio Santucho, *Los últimos guevaristas*, Ediciones B, Argentina, 2004, p.139.

los motivos de la renuncia de Cámpora, pero el ex mandatario de la izquierda no quiso pronunciarse y se limitó a declarar: si Perón está en el país nadie más puede ser presidente. En septiembre de 1973 y en tiempo record, se realizaron nuevas elecciones. Con un 62% de los votos, una ventaja que ningún candidato en la historia de los comicios presidenciales argentinos logró jams, y dieciocho años después de su exilio Perón era nuevamente presidente de la Argentina.

El flamante presidente de setenta y ocho años de edad, lanzó de inmediato el Programa de Reconstrucción y Liberación Nacional que, no obstante lo sugerente del título, dicho programa no estaba dirigido a transformar la estructura económica del país sino a colocar a los empresarios nacionales en el centro de la escena a través de la Confederación General de Economía (CGE). Perón confi  la fluctuante economía a José Ver Gelbard, un exitoso empresario ajeno al peronismo presidente de la CGE. No hubo en sus movimientos rastro alguno del socialismo nacional ni de nada que se le asemejara, sólo el voluntarioso impulso de un pacto social sustentado en un acuerdo democrático entre fuerzas políticas y los representantes de las fuerzas corporativas, entre las que se contaba una CGT peronista, única y centralizada.

Para asegurar el rumbo de su gobierno Perón autorizó una modificación en la Ley de Asociaciones Profesionales que reforzó la verticalidad de los sindicatos burocráticos que sufrían el acoso de las propuestas democráticas y combativas de la izquierda. Lorenzo Miguel se convirtió en el nuevo Secretario General de la UOM, que más rápido aún que Vandor, Alonso o Rucci, comenzó su carrera de acumulación de poder en una temprana búsqueda de autarquía e independencia de un Perón notablemente envejecido.

El Estado volvió a ser el centro de control y arbitro de la economía, fundamentalmente a través de subvenciones dirigidas a sectores industriales

considerados estratégicos, absorción de mano de obra cesante mediante el desarrollo de obras públicas o la administración. Pero la balanza de pagos pronto desequilibró los planes económicos de un gobierno que comenzaba a ser jaqueado políticamente por todos y cada uno de los integrantes del pacto.

El 1º de mayo de 1974, en el histórico acto del día de los trabajadores en la Plaza de Mayo, la llamada *Tendencia Revolucionaria* encabezada por los Montoneros interrumpió el discurso de Perón mediante cánticos que señalaban la presencia en el balcón presidencial de los personajes más oscuros de la derecha del partido: “¿qué pasa, que pasa, que pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular?” entonaba la juventud... Perón reaccionó, los llamó “imberbes, estúpidos”, y los echó de la plaza⁴³.

El 12 de junio, con motivos de una crisis de gobierno inminente, Perón convocó a un acto multitudinario nuevamente en la Plaza de Mayo. Allí, secundado por los mismos hombres que la izquierda abucheó pocos días antes, el viejo líder amenazó con renunciar a la presidencia si no se respetaba el pacto y no se confiaba en su gestión. Fue su última aparición pública, murió ocho días después.

⁴³ La llamada *Tendencia Revolucionaria* estaba compuesta por la Juventud Peronista (JP), la Juventud de Trabajadores Peronistas (JTP), Agrupación Evita (AE), Movimiento Villero Peronista (MVP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). Estas agrupaciones habían sido gran parte de la base de apoyo para desestabilizar al régimen y candidatear a Cámpora, y se habían mantenido enfrentadas a la derecha del partido peronista.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de esta investigación hemos analizado el devenir de los acontecimientos que tuvieron lugar en Argentina entre los años 1955 y 1973, un período histórico caracterizado por un proceso de modernización cultural, signado por la proscripción política del partido peronista, la paulatina cancelación de los canales institucionales para la resolución de conflictos y la represión de un amplio y diverso movimiento social crítico del orden establecido. Para llevar a cabo este análisis nos hemos centrado principalmente en el papel jugado por los intelectuales y las condiciones de posibilidad y emergencia de sus discursos públicos en el debate abierto por la llamada *Revolución Libertadora*, a propósito de la construcción de un nuevo orden político, social y económico postperonista.

En el transcurso de los seis capítulos que componen este trabajo hemos destacado la convergencia del *nacionalismo popular*, el *marxismo humanista* y el *cristianismo posconciliar*, como tres de los lenguajes políticos con mayor impacto en el aparato conceptual y argumentativo de los intelectuales de la época (sean estos historiadores, ensayistas, periodistas, escritores, etc.). Dichos discursos -dicho aparato conceptual y argumentativo-, no sólo nos han servido para reconocer el particular contexto de enunciación y significaciones políticas del período, sino también para identificar cuáles fueron las ideas y corrientes de pensamiento que actuaron como guía de conciencia, actitud y conducta de los actores involucrados. A partir de esa identificación, hemos observado la mutación sufrida en las representaciones que los letrados atribuyeron a su propia función social en tanto intelectuales, el desarrollo de figuras como la del *experto*, la de intelectual *crítico* y la de intelectual *orgánico*. Así como la poderosa presencia que tuvieron en estos años algunos repertorios de violencia revolucionaria y de lucha armada como uno de los

métodos puestos en marcha para alcanzar objetivos políticos.

Luego de haber planteado y desarrollado a lo largo del texto las cinco tesis explicativas para la comprensión de nuestro objeto de estudio, quisiéramos destacar por último tres elementos o factores que consideramos merecen la pena ser reseñados aquí a modo de conclusión:

1º) Mencionar la dificultad para identificar en aquellos años las fronteras precisas entre política y cultura, y entre curso y discurso.

2º) Destacar sintéticamente las tres principales *condiciones* implicadas en la emergencia de las conceptualizaciones de la violencia y la lucha armada: las *nacionales*, las *internacionales*, y las *ideológico-intelectuales*.

3º) Algunos comentarios sobre los efectos y consecuencias políticas de la puesta en práctica de acciones armadas.

1º) Los llamados *sesenta-setenta* parecen marcar un punto de inflexión entre dos paradigmas, entre dos tiempos, parecen señalar un espacio donde tuvieron lugar una crisis y un cuestionamiento profundo de las hasta entonces formas tradicionales de participación y representación política por parte de los sectores medios y letrados de la sociedad. La profunda modernización técnica y cultural, la paulatina fragmentación y especialización del conocimiento, las nuevas teorías de abordaje de los fenómenos sociales, la reconfiguración de las relaciones laborales, la redistribución internacional del trabajo, la alta complejidad que adquiere el ordenamiento económico y la tecnificación de las sociedades modernas, terminan en estos años, entre otras cosas, modificando el lugar y la función que las llamadas vanguardias o elites culturales habían ocupado tradicionalmente en las esferas más cercanas del poder. En el devenir histórico argentino –especialmente antes de que se

universalizara el voto y se incorporaran las masas trabajadoras a las decisiones políticas del país-, dichos grupos nunca habían sido actores pasivos en la articulación simbólica del orden, tanto en lo que refiere a la construcción del Estado como a las diversas problemáticas nacionales. Al contrario, con frecuencia el conocimiento universalista, su formación política, en ciencias, arte, e incluso militar, fueron fuentes alternativas de legitimación utilizadas para ocupar espacios de dirección y participar activamente de los debates y discusiones sobre las justificaciones, procedencias y orígenes del poder. De este modo, muchas veces los campos quedaron indiferenciados, es decir, la dimensión política y la cultural parecieron mixturarse en un mismo campo de preocupaciones.

En los *sesenta-setenta* dichos campos encontraron nuevos y contundentes límites específicos, desarticulándose hacia un dominio donde los actores tendieron a poner en cuestión no sólo la eficacia de las estrategias aplicadas hasta entonces para hacer realidad sus aspiraciones u objetivos de transformación política, sino también las concepciones de su propia función social en tanto intelectuales en una época caracterizada por una sensación y un deseo de cambio urgente e inminente con el orden dado.

2º) Respecto a las condiciones implicadas en la emergencia de las conceptualizaciones de la violencia y repertorios de lucha armada de la época, hemos identificado la incidencia de tres factores principales que podríamos resumir en: primero, las *condiciones nacionales*, segundo, las *internacionales* y por último, las *ideológico-intelectuales*:

En cuanto a las *condiciones nacionales* podemos decir que entre 1955 y 1973 se sucedieron ocho presidentes, seis militares de facto y dos civiles elegidos por comicios pero donde quedaron excluidos los candidatos peronistas. La fórmula de

proscripción política peronista de facto desde 1955, puso en entredicho desde el primer día tanto la legitimidad de los gobiernos como la hegemonía del poder, motivando una disputa que dio lugar a un creciente estado de rebeldía e insurrección en gran parte de los sectores asalariados que reclamaban no sólo el regreso de Perón y su inclusión en el juego democrático, sino que combinaron sus protestas con la asimilación de un discurso nacionalista popular que rechazó de plano las políticas regresivas y la incorporación de capitales multinacionales que condujeran a la concentración de la renta, una menor competitividad del empresariado argentino y una caída en la participación del PBI de los sectores obreros. Dichas protestas fueron respondidas, sin excepción, con un creciente nivel represivo por parte de las fuerzas de seguridad del Estado.

Desde esta perspectiva, podemos señalar siete acontecimientos violentos de esos años que quedaron profundamente grabados en el imaginario de los sectores sociales peronistas y filoperonistas. Siete acontecimientos clave que condicionaron el devenir de los hechos posteriores y se sumaron al recrudecimiento de la crisis de legitimidad y hegemonía del gobierno. Estos siete momentos fueron: primero, el bombardeo a Plaza de Mayo (en junio de 1955), y los fusilamientos de los oficiales dirigidos por el general Valle y 27 militantes peronistas en Lanús y José León Suárez en junio de 1956. El segundo momento es la aplicación del Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES) en 1960, a través del cual se hizo efectiva la persecución y encarcelamiento de más de tres mil activistas –en su mayoría peronistas- que resistían mediante huelgas la proscripción política y las medidas de cierre o privatización de frigoríficos en la provincia de Buenos Aires.

El tercer y cuarto momento fueron la anulación de las elecciones provinciales de 1962 y las parlamentarias de 1965, y los posteriores golpes de Estado a los

gobiernos civiles de Frondizi e Illia respectivamente. Dichas anulaciones cobraron efecto luego de conocerse el triunfo de los candidatos peronistas, y tuvieron como consecuencias inmediata no sólo que buena parte del electorado descreyera de futuras y potenciales salidas electorales, sino que se desacreditaran o desvalorizaran las cualidades de la democracia representativa como fórmula eficaz para la resolución de los conflictos. Desde la óptica de los perjudicados, ambas experiencias funcionaron como pruebas fehacientes de que las elecciones eran un engaño, una trampa aplicada por los sectores dominantes que intentaban perpetuarse en el gobierno, y que utilizaban este mecanismo como una forma de dilatar el proceso de inclusión política y quitar visibilidad al verdadero sustento del poder, al verdadero factor determinante: las Fuerzas Armadas.

El quinto momento de importancia se encadena con el cuarto, y fue la implantación de la Dictadura militar encabezada por Onganía en junio de 1966, una dictadura autodenominada *Revolución Argentina*. Dicho gobierno militar tuvo características desconocidas hasta entonces, pues tuvo un carácter totalitario y se autoproclamó indefinido, es decir, se declaró sujeto a objetivos y no a plazos. Fue totalitario porque además de aplicar una inusual intensidad represiva, la combinó con la intervención de la prensa y las universidades, aplicando una reacción cultural moralizante con políticas económicas antipopulares -basadas en la incorporación de capitales multinacionales-, que no sólo supusieron la activa resistencia de diversas organizaciones obreras, sino también la radicalización de gran parte del estudiantado.

Por último, el sexto y séptimo momento fueron las revueltas populares de 1969 y 1971 en la ciudad de Córdoba, conocidas como el *Cordobazo* y el *Viborazo*, y que concluyeron, por una parte, con la desestabilización y posterior caída de las gestiones de Onganía y Levingston respectivamente. Y por otro, con un clima social signado

por la represión, el autoritarismo, el atropello de los derechos civiles y políticos de la ciudadanía, reforzando así las hipótesis de aquellos grupos armados que creían posible conducir a las masas insatisfechas con el orden dictatorial hacia un estado de insurrección revolucionaria.

Tanto la proscripción, la represión, la cancelación de las vías políticas e institucionales, como la permanente insubordinación militar a las normativas constitucionales, constituyeron para buena parte de la intelectualidad crítica de los *sesenta-setenta*, los fundamentos que suponían la continuidad de un ciclo de fraudes de larga duración que habían tenido su punto de partida en 1930 con el golpe de Estado al presidente Yrigoyen por parte del general Uriburu. Un proceso que se prolongó a lo largo de toda la década del treinta, una década conocida como la *Década Infame*.

Para los sectores disconformes y afectados dicha línea de continuidad histórica de fraude y autoritarismo debía ser desbaratada a través de un método efectivo y contundente, ya que los sectores dominantes tenían de su parte a las Fuerzas Armadas. Esa suerte de *parlamentarismo negro* combinado con un acérrimo militarismo tuvo sus puntos más álgido en los siete momentos que hemos descripto más arriba, y supusieron la aplicación sistemática de pautas autoritarias instauradas desde la cúspide del Estado. En definitiva, dichas pautas fueron permeables, en mayor o menor medida, a las diversas formas de acción y resolución de conflictos de todas las organizaciones políticas del país y, por supuesto también, a aquellas organizaciones que aplicaron la lucha armada.

Por otra parte, a lo expuesto debemos sumar la influencia de las *condiciones internacionales*, unas condiciones que tuvieron mucho que ver en la emergencia de las conceptualizaciones de la violencia y repertorios de lucha armada de la época:

Desde los primeros años de la década del cincuenta la concepción tercermundista, liberacionista y de espíritu revolucionario fue alimentado por las llamadas guerras de Liberación Nacional, un proceso de independencia que afectó luego de la Segunda Guerra Mundial a gran parte de las entonces colonias (especialmente) británicas y francesas de Asia y África. En este movimiento debemos alinear también a la Revolución Cubana, una experiencia que marcó profundamente el imaginario de todo el progresismo y la izquierda latinoamericana, no sólo porque había conseguido librarse de sus relaciones coloniales, sino especialmente porque lo había hecho a través de la organización civil y la lucha armada.

Las fuentes presentadas y analizadas a lo largo del trabajo nos permiten decir que en la Argentina, no obstante la insubordinación militar a la Constitución y la clausura de los canales institucionales que hemos mencionado antes, ya había un repertorio de estrategias de lucha armada instalado por diversos accesos. Dichos repertorios influenciaron en el devenir de las organizaciones políticas que intervenían en la escena, y lo hicieron con cierta independencia de poderosos catalizadores como la proscripción peronista, la permanente violación de derechos civiles y la democracia. Es decir, la idea de establecer una lucha directa por el poder del Estado a través de métodos armados respondió a una lógica de acción política que en ese período se observa a escala planetaria, y que se instaló y desarrolló en Argentina gracias a ciertas condiciones locales favorables.

En este sentido, hay que recordar que estos años están marcados por la Guerra Fría y el reparto de aliados, donde el caso de Cuba y las figuras del Che Guevara, Fidel Castro, Camilo Torres y el grito de guerra que significó la OLAS, pasando por China, Argelia o Vietnam, sólo por mencionar algunos ejemplos. Estos hechos parecieron inclinar el precario equilibrio internacional hacia el aclamado socialismo.

Estas experiencias influyeron en Argentina de manera determinante, por ejemplo, con las ideas de John William Cooke de desarrollar un peronismo revolucionario alineado y solidario con los movimientos liberacionistas del Tercer Mundo.

El tercer y último factor que queremos mencionar aquí son las *condiciones ideológico-intelectuales* imperantes en la época: Los primeros sesenta se abrieron al mundo con la crisis de dos de los sistemas doctrinarios más importantes de esos años, la crisis y renovación teórica del marxismo a partir del XX y XXII Congreso del Partido Comunista (1956 y 1959) y las novedosas reflexiones teológicas, pastorales y litúrgicas promovidas por el Concilio Vaticano II (1962-1965).

Cabe recordar que en los *sesenta-setenta* la principal fuente de información y formación de la población eran los libros y las revistas, que todo bagaje conceptual y formación intelectual estaba mediado por la lectura, pues los medios audiovisuales y cibernéticos no existían o no tenían la presencia que tienen en la actualidad. Asimismo, buena parte de los partidos políticos de entonces tenían libros en su génesis, y en esos años se hacía mucho hincapié en la formación teórica de los militantes, que no por esto se convertían necesariamente en eruditos, pero estaban marcados por ese ideal de saber y con ese ideal se formaban los cuadros de dirección.

Hay que señalar también el auge que en estos años tuvieron las nuevas Ciencias Sociales, que incorporaron e hicieron extensivo el pensamiento existencialista de Sartre, el marxista humanista de Gramsci y el psicoanalítico de Freud, por sintetizar en tres nombres representativos del amplio abanico de autores que transitaron la época y que tuvieron gran incidencia en los intelectuales argentinos. Así por caso, el marxismo era omnipresente en los ámbitos académicos por ser considerado una de las teorías más avanzadas y sofisticadas para pensar los conflictos sociales de la época. Una teoría que tenía entre sus particularidades una

concepción de las luchas en términos de clase, consideraba a la violencia la partera de los acontecimientos históricos, y señalaba un desarrollo lineal y compacto de la historia. Lo dicho alude a un proceso que hemos denominado politización de los ámbitos culturales, un proceso donde no sólo se politizaron los ámbitos letrados y estudiantiles sino que tuvo lugar una poderosa transferencia del acervo letrado hacia el campo de lo político, es decir, un intercambio que produjo una intensa *culturización* de algunos espacios y prácticas políticas.

Hay que destacar entre las condiciones ideológico-intelectuales la importancia que tuvo el discurso nacionalista y popular, encarnado fundamentalmente por el peronismo, al combinarse de manera diversa con el marxismo y tornarse explosivo con la incorporación del discurso cristiano postconciliar. Precisamente allí, en la combinación del nacionalismo con las reflexiones postconciliares impulsadas por el Concilio Vaticano II, es donde cobró mayor intensidad el paso a la acción por parte de la comunidad católica argentina – sobre todo en las juventudes renovadoras-, en un abierto compromiso de luchar contra la pobreza y la tiranía.

Hemos visto en el capítulo cinco de este trabajo la repercusión que tuvo la *Doctrina Social* y su preocupación por la pobreza y el hambre, así como el desarrollo y características del llamado diálogo entre católicos y marxistas en los episcopados latinoamericanos en general y en la comunidad católica argentina en particular. El repaso de estas cuestiones nos ha servido para comprender el peso de los aspectos morales, la intensidad con la que se vivió la participación política y, fundamentalmente, la proyección que se produjo de un ideal mítico de sacrificio y trascendencia individual en el proyecto político colectivo.

Por último, hemos querido dejar constancia en éstas páginas de un clima de

época marcado por el optimismo, la convicción, y porque no decir también de un poderoso impulso generacional de contestación y rebeldía. La idea de *nueva generación* a la que hemos referido en el texto remite a una identificación con la negación de los referentes tradicionales, a una sensación de disconformidad, a un sentido crítico con el orden establecido y las opciones clásicas de representación política. Muchos de los actores de entonces estaban convencidos de ser protagonistas del tránsito hacia un tiempo de ruptura con los dogmas y las relaciones de dominación que no habían permitido la completa independencia del país, sortear el subdesarrollo y emprender la marcha hacia un destino mítico de grandeza. Ese ideario, ese convencimiento de estar asistiendo al paso de nuevos proyectos transformadores, y por lo tanto a nuevas concepciones del ser intelectual, estuvo marcado por discursos políticos cuya nota central fue la noción de liberación nacional, y una intensa modernización en los códigos estéticos, sexuales, psicológicos, morales, de consumo, de acceso a la información, de toda clase de prácticas culturales y desarrollo técnico, y de la cual buena parte de las elites ilustradas eminentemente urbanas -y hasta entonces escasamente instituidas-, no quisieron quedar al margen. Una modernización, en fin, que estuvo cargada de proyectos que se oponían tanto a mantener la exclusividad de las decisiones políticas y la continuidad de los sectores dominantes que ostentaban el control del Estado, como a la dominación, la ideología y los intereses de dichos sectores, que sólo encontraban una manera eficaz de persistir en el poder: a través de la acción represiva.

3º) Algunos comentarios sobre los efectos políticos de la puesta en práctica de acciones armadas:

Llegados a este punto del trabajo, pasados ya cuarenta años de los sucesos y conociendo el desarrollo posterior de los hechos, quiero tomarme la licencia de plantear una breve reflexión crítica respecto a algunos aspectos de las experiencias armadas o guerrilleras argentinas; que fueron diversas, desde Uturuncos (1959), el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP-1963), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL-1967), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAR-1969), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP-1970) y Montoneros (1970), entre las más destacadas. Todas estas organizaciones combinaron la influencia guevarista con diversos objetivos: plantear la insurrección, la guerra prolongada, organizar las células de lo que debía ser un ejército popular, un movimiento de liberación, etcétera. Sin embargo, su línea de acción y su experiencia fue limitada y a lo largo de su corta existencia pusieron en juego una variedad de iniciativas con las cuales –según los casos- consiguieron efímeros éxitos y rotundos fracasos.

Es justo decir que desde la izquierda argentina no hubo un proyecto político e ideológico que se impusiera a las iniciativas armadas. No significa esto que no existieran, pues hubo tendencias de carácter pacífico en el seno mismo de la izquierda más radicalizada como fue el caso del Partido Peronista Auténtico¹ y el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) impulsados por Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) respectivamente. No obstante, dichas alternativas finalmente fueron derrotadas en el interior de las propias organizaciones. Es decir, si bien hubo enfrentamiento ideológico con las posturas armadas, a la postre, desde el interior ninguna voz disconforme logró desmontar la

¹ El Partido Peronista Auténtico fue fundado por iniciativa montonera a fines de 1974, como una suerte de brazo político legal de la organización guerrillera. El gobierno de María Estela Martínez de Perón dispuso su proscripción en noviembre del año siguiente luego del ataque de ERP a la dependencia militar Monte Chingolo. Las autoridades, sin embargo, insistieron en considerarla una acción armada conjunta con Montoneros, fundamento que fue utilizado para ilegalizar al Partido Auténtico.

concepción foquista. ¿Y por qué?. ¿Compartían acaso con ella algunos de sus rasgos ideológicos básicos?... Quizás por eso el impacto de la derrota militar de las vanguardias armadas significó también la derrota de una concepción política general a toda la izquierda y a un determinado modelo o manera de resolver los conflictos. Podemos decir entonces que el parentesco ideológico entre quienes de manera más o menos difusa se identificaron con el discurso de la liberación nacional, optaran o no por métodos armados, siempre fue cercano.

La radicalización de las fuerzas enfrentadas a la Dictadura en el último tercio de la década del sesenta y los primeros tres años de la década del setenta, condujo a una paulatina anulación y desconfianza del plano político en tanto dimensión específica donde licuar con eficacia los conflictos sociales. Esto respondió, por una parte, a que con frecuencia los dirigentes de las organizaciones político-militares despreciaron o subestimaron no sólo la dimensión terrorista que podía adoptar la violencia represiva de las Fuerzas Armadas, sino que tampoco supieron o no se preocuparon -como tarea central- de la construcción de un apoyo político hegemónico entre los sectores populares. Y por otra parte, las consecuencias más nefastas de esta situación no se limitaron a llevar las organizaciones armadas al aislamiento, a convertirse en aparatos clandestinos obligados a confiar casi exclusivamente en el valor revelado de sus propias decisiones, sino que se sumergieron en la misma lógica de enfrentamiento y muerte que utilizaban sus enemigos, quienes munidos de la excusa de la *subversión* aprovecharon para desplegar el exterminio y el terror en todos los espacios sociales donde se desarrollaban toda clase de relaciones políticas y culturales disidentes que nada tenían que ver con la lucha armada.

Montoneros, por ejemplo, se definió revolucionario frente a la burguesía metropolitana, pero estaba enajenado en ella, atrapado en las mismas categorías conceptuales con las que pensar los conflictos y su resolución. En general la izquierda argentina careció de un pensamiento político propio y alternativo, por eso sufrió especialmente la falta de respuestas políticas frente al cuello de botella propuesto por el aparato represivo del sistema. Sólo creyó en la posibilidad de enfrentar y vencer dicho aparato con efectividad, éxito y de manera definitiva a través de las armas.

Pero en nuestra opinión, la peor de las trampas para quienes se inclinaron por la opción armada no fue confiar en potenciales éxitos militares, sino creer que potenciales éxitos militares se convertirían en réditos políticos. Es decir, el error fue creer que a través de un hipotético triunfo a través de la fuerza se lograría también una apropiación compulsiva e inmediata de la representación política de las mayorías. Esta es –en buena parte– la explicación y el motivo por el cual la conducción política de las luchas, los cuadros político-intelectuales mejor formados se convirtieron al mismo tiempo en la conducción militar. Este recorte, este ejercicio de apropiación apostó menos por la construcción política y apeló más a una identificación afectiva directa de intereses materiales, simbólicos y míticos. De allí que cobrara tan inmenso valor la figura del héroe.

Sin embargo, con esta crítica no queremos (ni podemos) restarle méritos destructivos y perversos al terrorismo asesino aplicado por las Fuerzas Armadas. Un terrorismo asesino del cual ya conocemos bastantes detalles.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CONSULTADAS

Las fuentes seleccionadas y consultadas para la construcción de esta investigación fueron básicamente tres:

- 1- Publicaciones periódicas de la época.
- 2- Fuentes Orales (Entrevistas y Conferencias).
- 3- Bibliografía y prensa de actualidad.

A continuación se presenta una descripción detallada de cada una de ellas y los motivos por los cuales fueron seleccionadas:

1) PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE LA ÉPOCA

Capricornio (Buenos Aires, 1965). El N° 1 y el 2.

Casa de las Américas (La Habana 1960) Del N° 1 al 30.

Centro (Buenos Aires 1958-1960). Del N° 1 al N° 13.

Che (Buenos Aires, 1960-1961). Del N° 1 al N° 9.

C.I.A.S. Centro de Investigación y Acción Social (Buenos Aires, 1962-1964). Del N° 118 al 131.

Comunicación y Cultura. comunicación masiva en el proceso político latinoamericano. (Buenos Aires-Santiago de Chile 1973-1974). Del N° 1 al N° 3.

Contorno (Buenos Aires, 1953-1959). Del N° 1 al N° 10.

Controversia (México, 1979-1980). Del N° 1 al N° 5.

Correo de CEFYL (Buenos Aires, 1962). Del N° 1 al N° 3.

Cristianismo y Revolución (Buenos Aires, 1966-1971). Del N° 1 al N° 30.

Criterio (Buenos Aires, 1959-1963). N° 1318 al N° 1430

Cuadernos de Contorno (Buenos Aires, 1957-1958). N° 1 y N° 2.

Cuadernos de Crítica (Buenos Aires 1965). N° 1.

- Cuadernos de Cultura* (Buenos Aires 1958-1970). Del N° 37 al N° 107.
- Cuadernos de Investigación Social* (Buenos Aires, 1975). N° de 1975.
- Cuadernos de Pasado y Presente* (Córdoba, 1964). N° 4.
- Cuadernos de Polémica* (Buenos Aires 1969). N° 1.
- Cuestiones de Filosofía* (Buenos Aires, 1962-1963). Del N° 1 al N° 3.
- Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, del Instituto de Desarrollo Económico y Social* (Buenos Aires 1968-1972). Del N° 29 al N° 44.
- Debate* (Roma, 1977). N° 1.
- Democracia Popular. Órgano del Partido Socialista de Vanguardia, Tendencia Principista* (Buenos Aires, 1963). Del N° 1 al N° 5.
- Diógenes* (Buenos Aires 1964-1968). Del N° 36 al N° 64.
- Discusión* (Buenos Aires, 1963). Del N° 1 al N° 9.
- Envido, Revista de política y ciencias sociales* (Buenos Aires, 1970). N° 1 y N° 2.
- Escarabajo de Oro* (Buenos Aires, 1961). Del N° 1 al N° 7.
- Espartaco, Cuadernos de la Federación Universitaria de Córdoba* (Córdoba, 1964).
El N° 1.
- Fichas de Investigación económica y social* (Buenos Aires, 1964-1965). Del N° 1 al
N° 5.
- Gaceta Literaria* (Buenos Aires, 1958-1960). Del N° 1 al 21.
- Icaria, Revista de crítica y cultura* (1981-1983). Del N° 1 al N° 7.
- Izquierda Nacional* (Buenos Aires, 1963-1974). Del N° 4 al N° 28.
- Kairós, Revista de cultura y crítica estética* (Buenos Aires, 1968). Del N° 1 al N° 5.
- Liberación. Órgano del Movimiento de Liberación Nacional* (Buenos Aires, 1962-
1969). Del N° 1 al N° 61.

Los Libros. Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo (Buenos Aires, 1969-1970). Del N° 1 al N° 13.

Los Principios, (Córdoba 1969) del N° 1 al N° 22.

Marcha, (Uruguay, 1966). Números de marzo a diciembre.

No Transar. Órgano del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (Buenos Aires, 1962-1964). Del N° 1 al N° 22.

Nueva Política. Publicación del Instituto de Estudios Argentinos (Buenos Aires, 1965). El N° 1.

Nueva Conciencia (Buenos Aires, 1964). El N° 1.

El Obrero (Buenos Aires, 1963-1964, Segunda época). del N° 1 al N° 5.

El Obrero. Documento Interno (Buenos Aires, 1970).

Pasado y Presente. Revista de Ideología y Cultura (Córdoba, 1963-1965 y Buenos Aires, 1973). Del N° 1, al N° 9 y del N° 1 al N° 3 respectivamente.

Primera Plana (Buenos Aires, 1964-1966). Ediciones correspondientes del 21-04-1964 al 31-05-1966.

Qué Hacer. Periódico Político (Buenos Aires, 1958). El N° 1 y 2.

Qué Hacer. Por la Nación y el Socialismo (Buenos Aires, 1964). Del N° 1 al N° 4.

Revista Latinoamericana de Sociología, del Centro de Investigaciones del Instituto Torcuato Di Tella (Buenos Aires, 1968). El N° 1.

Revista de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires). Del N° 1 del Año 4 (1959) hasta el N° 4 del Año 8 (1963).

Revista de la Liberación (Buenos Aires, 1963). Los N° 1 y 2.

Revista de Problemas del Tercer Mundo (Buenos Aires, 1968). Del N° 1 al N° 4.

La Rosa Blindada (Buenos Aires, 1964-1966). Del N° 1 al N° 9.

Socialismo de Vanguardia. Revista de tesis del partido socialista argentino de vanguardia, (Buenos Aires 1963-1965). Del N° 1 al N° 35.

Socialismo de Vanguardia. Órgano del Partido de la Vanguardia Popular, (Buenos Aires, 1964-1965). Del N° 22 al N° 43.

Táctica (Buenos Aires, 1964). El N° 1.

Vanguardia Revolucionaria (Buenos Aires, 1963).

Trinchera de la Juventud Peronista (Buenos Aires, 1960). Del N° 1 al N° 3.

Todas las publicaciones fueron consultadas en:

- Biblioteca José María Aricó
- Biblioteca de la Universidad Católica de Córdoba
- Centro de Documentación e Investigaciones de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI)
- Biblioteca Nacional

Las publicaciones mencionadas han sido seleccionadas teniendo en cuenta dos criterios principales: por un lado el temporal, pues en su inmensa mayoría se publicaron entre 1955 y 1973. Y por otro, el temático-ideológico: todas ellas están dentro de las denominadas revistas político-culturales de la llamada *Nueva Izquierda* y los núcleos intelectuales críticos o contestatarios de la época. Dichas publicaciones tienen diversas procedencias, con frecuencia se trata de revistas vinculadas al ámbito universitario: publicaciones de institutos o grupos de investigación en ciencias sociales, revistas de centros u organizaciones estudiantiles. La mayor parte fue creada como medio de difusión, para presentar trabajos de investigación, traducciones de autores extranjeros, para comentar o difundir actividades y notas de opinión de la actualidad política y cultural. Asimismo, encontramos una buena

cantidad identificadas explícitamente como órganos político-partidarios, aunque con frecuencia resulta difícil distinguir unas de otras. Como he mencionado, los tópicos de interés de estas publicaciones pueden dividirse en dos grandes temas: política y cultura. Entre los temas políticos preferidos destacan segmentos de actualidad internacional y nacional. En el primero de los casos se tratan temas muy diversos, pero se repiten los conflictos de Vietnam, Argelia, Cuba, China y la Unión Soviética, así como los conflictos en universidades europeas y norteamericanas. En las cuestiones nacionales el protagonismo lo tuvo casi siempre la movilización obrera, la problemática peronista y sus derivados. En el caso de los temas culturales encontramos gran cantidad de traducciones de artículos, referencias bibliográficas, comentarios de libros de Sartre, Gramsci, Lefebvre, Marx, Fanon, Guevara, Debray, Althusser, entre otros, así como columnas de pintura, teatro, cine, etcétera.

En el análisis de las publicaciones se puede dar cuenta también, no sólo de la forma en que habitan las polémicas, los juicios y las opiniones, sino sobre todo de la manera en que se afianza y perfecciona una terminología y una serie de categorías conceptuales centrales en la construcción de una identidad colectiva y un imaginario político de época. Es mediante categorías conceptuales como imperialismo, clasismo, masa, nación, patria, pueblo, trabajadores, proletariado, reacción, revolución, socialismo, entre muchas otras, que se intentó explicar buena parte de los sucesos de la realidad nacional e internacional. Y es justamente a través de la construcción de esos discursos -de ese aparato argumentativo- donde he encontrado algunas de las claves del presente estudio.

Otra de las características comunes de estas publicaciones periódicas es que se desarrollaron con independencia de los medios masivos de comunicación y las instituciones oficiales del Estado. Incluso con frecuencia sirvieron como un espacio

de consagración alternativo a los tradicionales. Por otro lado, su presencia en la escena sindical fue escasa y no tuvieron un papel protagónico en el sistema de partidos legalizados, aunque su actuación fue destacada en términos de irradiación ideológica en los principales medios culturales, especialmente en aquellos a los que accedía la clase media ilustrada que constituía la franja más amplia de su público receptor.

Asimismo, en muchas ocasiones la vida de las publicaciones fue efímera y actualmente es casi imposible determinar con exactitud los motivos por los cuales una u otra revista dejaba de publicarse. No obstante, en este sentido Susana Fiorito y León Rozitchner, quienes fueron importantes colaboradores en muchas de ellas, han mencionado en las entrevistas personales realizadas que algunos de los elementos que influyeron en la desaparición de muchas revistas fue la imposibilidad económica de sustentarlas, las divisiones políticas de los grupos y la persecución de la que fueron víctima, sobre todo a partir de 1966 por parte de la dictadura de Onganía.

De lo anterior se desprende también que hubo articulistas o colaboradores que participaban en más de una revista. He podido comprobar incluso que los miembros de los comités editoriales de muchas de ellas se mezclan y repiten en diferentes períodos y revistas. Todo lo cual nos induce a pensar que ser editor, periodista, investigador y militante no eran necesariamente actividades diferenciadas, y que además entre ellos no sólo había vínculos políticos o profesionales sino también de amistad.

A través del análisis realizado sobre las publicaciones periódicas enumeradas más arriba, podemos destacar tres revistas que tuvieron entonces una particular importancia. Se trata de tres revistas que no sólo se convirtieron en experiencias novedosas y que marcaron de diversas maneras el devenir del resto de las

publicaciones de la época, sino que tuvieron una poderosa irradiación ideológica. Estas son: a)- *Contorno*; b)- *Pasado y Presente*; y c)- *Cristianismo y Revolución*.

a)- *Contorno* publicó 10 números entre 1953 y 1959, y el núcleo de sus comité editorial estuvo compuesto por un grupo de intelectuales que procedían de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ellos eran David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Rodolfo Kush y Ramón Alcalde, y en sus últimas entregas se agregaron artículos de Eliseo Verón y Tulio Halperin Donghi. Si bien todos ellos ya habían participado de otras publicaciones como *Verbum*, *Centro* o *Ciento y Una*; *Contorno* no sólo fue la primera revista que se identificó como una generación sin maestros y que reivindicó una retórica juvenil como marca identitaria, sino que su recorrido fue paradigma de la tendencia evolutiva que adoptarán buena parte de las publicaciones que le siguen. A lo largo de sus seis años de existencia conformaron un original proyecto que tendrá como eje algunos de los debates centrales desarrollados a lo largo de los sesenta-setenta, como la puja antiimperialista, la originalidad y la dependencia cultural, la transformación social y el compromiso intelectual, la cuestión peronista y su proscripción política.

El tránsito de *Contorno* va de la crítica literaria hasta la mixtura con el análisis político, un desplazamiento que también se constituyó en la principal característica de *Nueva Expresión*, *Gaceta Literaria*, *El Grillo de Papel*, entre otras, y de las publicaciones que irrumpen en un período histórico signado por los efectos político-culturales de la ascensión y caída del peronismo (anteriores a la Revolución Cubana) y bajo una reconocida influencia del compromiso intelectual sartreano-

existencialista¹. *Contorno* comienza su andadura planteando problemáticas entre literatura y sociedad, para terminar luego en duros análisis políticos. La experiencia y el perfil que asume *Contorno* marcó un antes y un después no sólo en sus propias producciones, sino en el del resto de toda la generación de intelectuales de la época². En el recorrido realizado por *Contorno* se observa un intento por resignificar hechos y figuras históricas a través de una renovada mirada sociológica y política. También fue novedoso su uso desacralizado, desenfadado y atrevido del lenguaje, tanto en temas culturales como políticos, donde se evidenció un combate contra la elite cultural reinante: los liberales de *Sur* y el suplemento literario de *La Nación*. Asimismo, su óptica modernizadora se distinguió por la independencia y la relativa marginalidad institucional y de las estructuras partidarias tradicionales. Si bien *Contorno* en un primer momento puede ser ubicada dentro del antiperonismo, su postura crítica se dirigió al desempeño de Perón más que al movimiento de trabajadores que se identificaban con el peronismo.

b)- *Pasado y Presente* fue otra de las publicaciones icono del período, quizás se trate de la revista que expresó con mayor sofisticación y riqueza teórica las posturas marxistas de la nueva izquierda que nació ligada al cuestionamiento de la izquierda tradicional. Su aparición es posterior a la Revolución Cubana y a la llamada *traición* frondizista, y al igual que *Contorno*, en su recorrido también podemos identificar una tendencia generacional que va desde la teoría del compromiso hacia la idea de intelectualidad orgánica. Del proyecto inaugural que

¹ De la influencia existencialista en los integrantes del grupo *Contorno* ver Capítulo 1.

² El grupo *Contorno* tuvo cierta cercanía con el gobierno de Frondizi, de hecho Ismael Viñas y Ramón Alcalde tuvieron cargos en su gobierno (Subdirector nacional de cultura y Ministro de educación de la provincia de Santa Fe, respectivamente). No obstante, luego de que Frondizi promulgara las leyes de petróleo y universidades en 1959, ambos renunciaron a los cargos y adoptaron una postura crítica ante el gobierno, sobre todo ante la exclusión del peronismo del juego electoral.

tuvo lugar en Córdoba participaron Oscar del Barco, Aníbal Arcondo, José Aricó, Héctor Schmucler, Samuel Kieczkovsky y Juan Carlos Portantiero; grupo al que se integraron luego Juan Carlos Torre, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis Prieto y Carlos Giordano.

La vida de *Pasado y Presente* se puede dividir en dos etapas, la primera fue de abril de 1963 a septiembre de 1965, donde la publicación se auto-define como una revista de *Ideología y Cultura*, que se propone realizar una crítica cultural y política de la realidad. Su estrategia de intervención dio un papel fundamental al desarrollo de la cultura y las ideas en la gestación de transformaciones políticas y sociales, por lo que fue explícita aunque no únicamente gramsciana. Sus editores ubicaron la tarea de la revista en la intersección de una circunstancia histórica marcada por la ruptura y el cambio, pero donde la nueva generación no sólo no reconocía maestros sino que se consideraba dispuesta a construir nuevos referentes, a ser un actor activo de la transformación social.

En los artículos de la publicación se alternan relecturas de trabajos como *Historia y conciencia de clase* de Luckács con la obra temprana de Marx, donde se rescató especialmente la perspectiva filosófica de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Si bien la matriz ideológica de la revista se mantuvo a lo largo de su existencia, con el correr de las entregas podemos observar un desplazamiento hacia interpretaciones influenciadas por el estructuralismo de Althusser en *La filosofía como arma de la revolución*, un trabajo que impugnó algunos de los deslices humanistas del joven Marx, y apreció más el valor de las estructuras.

En una breve segunda etapa de junio a diciembre de 1973 con sede en Buenos Aires y con Cámpora en el gobierno, *Pasado y Presente* “ocupó un lugar visible, en una relación complicada, pero próxima, al lado de la organización armada

Montoneros”³, buscando establecer un vínculo entre izquierda marxista y peronismo. No obstante, al respecto hay que decir que su influencia político-organizativa fue menor que su peso ideológico, puesto que para entonces *Pasado y Presente* se había convertido en una conocida editorial llamada *Cuadernos de Pasado y Presente*, que publicó noventa y ocho títulos y participó de la fundación de Siglo XXI Argentina Editores, editorial que luego se extendió a México durante los años de exilio del grupo tras el Golpe de Estado de 1976⁴.

c)- *Cristianismo y Revolución* es la tercera de las publicaciones que queremos destacar aquí. Esta revista aparece justo en el momento donde convergen los tres conflictos fundamentales del período, (1) la crisis de valores y el proceso de renovación teológica, litúrgica y pastoral producida por el Concilio Vaticano II, (2) la crisis de representación partidaria y renovación teórica de la izquierda tradicional y el progresismo; y (3) la férrea proscripción del peronismo y de toda práctica política o cultural disidente por parte de la dictadura de Onganía desde 1966. En este contexto de particular efervescencia e impotencia contra los atropellos de la dictadura comienza a publicarse *Cristianismo y Revolución*, que editó 30 números, de septiembre de 1966 a septiembre de 1971. Sin duda fue una de las publicaciones emblemáticas de la época y una fuente fundamental para analizar el proceso de radicalización en el discurso y las prácticas políticas de los sectores de la juventud católica renovadora. En el staff de *Cristianismo y Revolución* aparecen alternativamente: Juan García Elorrio, Jorge Bernetti, Miguel Mascialino, Luis

³ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p.21.

⁴ *Cuadernos de Pasado y Presente* se convirtió en la editorial clave del proceso de renovación crítica del clásico pensamiento marxista posterior al XX Congreso del PCUS en todo Latinoamérica. En marzo de 1968 nacieron los legendarios cuadernos, más tarde nace la editorial Signos y luego Siglo XXI Argentina.

Acuña, Miguel Grimberg y Casiana Ahumada, pero también participan Agustín Acuña, Gerardo Duejo, Sofía Galíndez, Luis García Guevara, Ernesto Herrera, Pedro Kotsch, Olga Hernández, Eduardo Lamarca y José Eliashev.

Cristianismo y Revolución fue fundada y dirigida durante sus veintidós primeros números por el ex seminarista Juan García Elorrio y en sus últimos ocho por su compañera Casiana Ahumada⁵. Fue una revista que comenzó su andadura con el fin de expresar una serie de cuestionamientos específicos a la jerarquía eclesiástica a través de un importante porcentaje de sus artículos dirigidos a la difusión de temáticas religiosas y reflexiones teológicas motivadas por el Concilio Vaticano II. Sin embargo, poco después desplazó su eje de interés hacia los reclamos de transformación de las estructuras socio-económicas del país, dando un peso prioritario en sus contenidos a temas políticos y convirtiéndose, virtualmente, en la tribuna periodística y de encuentro de todas las organizaciones político-militares revolucionarias que asumían al peronismo como identidad, el socialismo como objetivo y la lucha armada como método.

Podríamos decir que *Cristianismo y Revolución* hizo un trasvase semántico sin muchas mediaciones desde la noción cristiana de redención a la idea de liberación, y desde la de pecado a la de injusticia. Estas concepciones impregnaron el perfil de la revista, que desde sus comienzos estuvo muy vinculada a las tareas del padre Carlos Mugica, asesor de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), y al grupo de reflexión y acción Centro de Estudios Teilhard de Chardin, refundado en marzo de 1969 como Centro de Estudios Camilo Torres, todos profundamente susceptibles a

⁵ En una entrevista realizada el 30-11-2002 por R.Pittaluga y G.Rot (en *Cristianismo y Revolución*, CEDINCI, Bs.As., 2005, p.5), Casiana Ahumada recuerda que las personas que trabajaron en un primer momento para que saliera la revista fueron García Elorrio, Carlos Mugica y John William Cooke. Allí aseguró que: “no creo que *CyR* sea el fruto de una reflexión conjunta de un grupo. Para nada. No es un grupo intelectual ni mucho menos. Yo creo que son más bien testimonios que se van recogiendo, que se van reflejando”

las preocupaciones sociales promovidas por Juan XXIII, e inclinados hacia la idea de que los pobres y desplazados debían ser la primer preocupación de la Iglesia y del cristiano⁶.

Cristianismo y Revolución fue una experiencia que no debería ser considerada un producto exclusivamente católico ni ser extendida a otras manifestaciones cristianas, sino analizada como el resultado singular de una de sus corrientes de izquierda poderosamente influenciada por el *ethos* revolucionario de los movimientos no confesionales de la época, y como emergente de un clima emocional y de ideas donde confluyen las voces del mayor Bernardo Alberte, Helder Cámara, Mao Tsé Tung, Ho Chi Ming, Fanon, Debray y Fidel Castro, pero ante todo, y fundamentalmente a partir de octubre de 1967, por la muerte de Ernesto Che Guevara, Camilo Torres y el liderato proscripto de Juan Perón.

Si bien al principio la revista estuvo dirigida a sectores católicos disconformes con el funcionamiento de la Iglesia, pronto el universo de lectores desbordó hacia un público más general que seguía con grandes expectativas una serie de sucesos nacionales e internacionales que consideraba alineados y dirigidos a fortalecer un proceso de transformación revolucionaria en donde la Argentina tendría su lugar representada por el peronismo y el general Perón⁷.

⁶ Carlos Mugica provenía de una familia fervientemente antiperonista de clase alta de Barrio Norte. Con 18 años en 1948 ingresó a Derecho en la UBA, abandonando tres años después para ingresar al Seminario Metropolitano ordenándose sacerdote en 1959. Entre sus actividades ofició de secretario privado del arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina cardenal Antonio Caggiano, con quien más tarde rompería relaciones. En 1964 conoció en la JEC a Fernando Abal Medina, Mario Firmenich y Carlos Ramus, -entre otros de los jóvenes que poco después fundaran la organización político-militar Montoneros-, que eran compañeros del Colegio secundario Nacional Buenos Aires, y tenían entonces entre 17 y 19 años de edad. Por su parte, el Centro Teilhard de Chardin estaba integrado por Nuncio Aversa, Oscar Terán, Lucía Balmaceda, Juan Garavaglia, Horacio Feinstein, Gustavo Lefleur, Francisco Rodríguez y Pablo Franco. Ver Morello, ob.cit., p144.

⁷ Como hemos señalado antes, no es tarea de este trabajo definir la identidad del peronismo ni repasar las significativas y permanentes contradicciones que mostró Perón y todas las organizaciones que poblaron su movimiento. En este caso nos limitamos a decir que *Cristianismo y Revolución* ganó numerosos lectores y apoyos gracias al enorme prestigio que tenía en la población publicar escritos de Perón, por caso: “Perón apoya a Ongaro” (Nº8), “Mensaje del General Perón” (Nº10), “Carta de Perón

2) FUENTES ORALES

2.1. Relación de entrevistados

ANSALDI, WALDO. Buenos Aires, 2 de septiembre de 2005. Dr. En Historia, Investigador de CONICET y profesor de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

FIORITO, SUSANA. Córdoba, 12 de agosto. Periodista, Directora de la Biblioteca Popular de Bella Vista, Grupo *Contorno*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Nueva Política*, *No Transar*, *Liberación*.

GORDILLO, MÓNICA. Córdoba, 22 de junio de 2005. Dra. En Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora de CONICET, y Profesora titular de Historia Argentina Contemporánea.

JOUBE, HÉCTOR. Córdoba, 23 de junio de 2005. Médico Psiquiatra. Fue uno de los integrantes del *Ejército Guerrillero del Pueblo* (EGP) a las ordenes de Jorge R. Masetti. Estuvo detenido y encarcelado un total de 9 años en prisiones de Salta, Resistencia y Rawson, entre abril de 1964 y mayo de 1972. Vivió 9 años de exilio en Francia entre los años 1975 y 1984.

MASERA, CARLOS. Córdoba, 16 de julio de 2005. Obrero, ex Secretario General del Gremio SITRAC.

PARISÍ, ALBERTO. Córdoba, 25 de julio de 2005. Director de la Maestría en Ciencias Sociales y Profesor de la Escuela de Trabajo Social en la Universidad Nacional de Córdoba. Vivió diez años de exilio en México.

a García Elorrio” (Nº19), “Carta a García Elorrio” de Perón J.D. (Nº23), “Carta de Perón a las FAP” (Nº25), “Perón habla a la juventud” (Nº29), “Perón escribe a Manguid” (Nº29).

RIVERA, ANDRÉS. Córdoba, 27 de septiembre de 2005. Escritor, *El Precio*, *En esta dulce tierra*, *La revolución es un sueño eterno*, *El amigo de Budelair*, *El Farmer*, *Ese Manco Paz*, etc..

RODEIRO, LUIS. Córdoba, 29 de junio de 2005. Periodista, *La Voz del Interior*, Revista *La Intemperie*, Director del Diario *Córdoba*. Fue uno de los fundadores de la organización *Montoneros*. Publicó *Vení, volá, sentí...* y *Fantasías de Bandoneón. Una disidencia Montonera*. Exiliado en México entre 1976 y 1984.

ROZITCHNER, LEÓN. Buenos Aires, 30 de agosto de 2005. Doctor en Filosofía en la Universidad de París. Investigador Principal de CONICET, Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de varias universidades fuera del país. Vivió diez años de exilio en Venezuela. Entre sus libros más conocidos: *Perón: entre la sangre y el tiempo*; *El terror y la gracia*; *La Cosa y la cruz*, etc..

VÉLEZ CARRERAS, IGNACIO. Buenos Aires, 3 de septiembre de 2005. Abogado. Fue uno de los fundadores de la organización *Montoneros*.

2.2. Conferencias asistidas sobre el tema

ANNINO, ANTONIO. “*La historiografía en el último cuarto de siglo XX*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba –Argentina-, 29 y 30 de septiembre de 2005.

BORÓN, ATILIO. Feria del Libro 2005, Teatro Real, Córdoba, septiembre de 2005.

CASULLO, NICOLÁS. “*Política y Cultura en la Argentina de los años 60 y 70*”. Ciclo de Charlas: Violencias. En el Centro Cultural Rojas, Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 30 de septiembre de 2005.

GIARDINELLI, MEMPO. Feria del Libro 2005. Biblioteca Córdoba, Córdoba, septiembre de 2005.

HALPERIN DONGHI, TULIO. “*La historiografía en el último cuarto de siglo XX*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba –Argentina-, 29 y 30 de septiembre de 2005.

PALTI, ELÍAS. “*La nueva historia político-intelectual y sus bifurcaciones*”. I Jornadas Internacionales de Historiografía, Vaquerías, Córdoba, Argentina, 29 y 30 de septiembre de 2005.

PARISÍ, ALBERTO. “*Los Avatares de la Historia Latinoamericana, desde los planteos Liberacionistas*”. Jornadas Día del Trabajador Social, Ciencias Sociales y Pensamiento Latinoamericano, en la Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba. Argentina, julio 2005.

PILATOWSKY, MAURICIO. “*La Filosofía después de Auschwitz*”. Cátedra de Estudios Judíos, Decanato de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, agosto de 2005.

SÁBATO, HILDA. I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

SARLO, BEATRIZ. Conferencia para el *Taller de Estudios e Investigaciones Andino Amazónicas*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona, España, 6 de abril de 2006.

SEBRELI, JUAN JOSÉ. Conferencia: “La crisis argentina según J.J. Sebrelí”, Universidad Siglo XXI, CPCEC, Córdoba, Argentina. 19 junio de 2005.

TCACH, CÉSAR. I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

TORRE JUAN, CARLOS, I Encuentro Internacional de Política y Violencia, Programa de Estudios Sobre la Memoria, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005.

3) BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM, Tomas (1995). *Historias de la Argentina deseada*. Buenos Aires: Sudamericana.

ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.

ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Bajo el signo de las Masas*. Buenos Aires: Ariel Historia.

ALTAMIRANO, Carlos (2005). “De la historia política a la historia intelectual”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.

ALTHUSSER, Louis (1999). *La filosofía como arma de la revolución*. Madrid: Siglo XXI.

AMARAL, Samuel y PLOTKIN, Mariano (comp.1993). *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro.

ANSALDI, Waldo (1992). “De historia y de sociología”. *Después de Germani*. Buenos Aires: Paidós.

ANSALDI, Waldo y FUNES, Patricia (1998). "Viviendo una hora latinoamericana". *Cuadernos del CISH*, N° 4. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Socio Históricas, Universidad Nacional de La Plata, pp.13-35.

ARICÓ, José María (1988). *La cola del diablo, Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur.

ARICÓ, José María (1999). *Entrevistas 1974-1991*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.

ANGUITA, Eduardo (2001). *Sano Juicio*. Buenos Aires: Sudamericana.

ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín (1997). *La voluntad 1966-1973*. Tomo I. Buenos Aires: Norma.

BAYER, Osvaldo (1994). *Rebeldía y esperanza*. Buenos Aires: Ediciones B.

BAYER, Osvaldo (1998). *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Buenos Aires: Planeta.

BASCETTI, Roberto (2004). *Documentos 1970-1973*, Volumen 1. Buenos Aires: Editorial De la Campana.

BASCETTI, Roberto (1988). *Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970)*. Buenos Aires: Puntosur.

BENJAMIN, Walter (1998). *Para una crítica de la violencia*. Barcelona: Taurus.

BENZ, Wolfgang y GRAML, Hermann (1982). *El siglo XX*. México: Siglo XXI.

BURGOS, Raúl (2004). *Los Gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BOBBIO, Norberto (1995). *Derecha e Izquierda, razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.

BONASSO, Miguel (1994). *Recuerdos de la muerte*. Buenos Aires: Planeta.

BONASSO, Miguel (1997). *El presidente que no fue*. Buenos Aires: Planeta.

- BRENNAN, James (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955, 1973*. Buenos Aires: Sudamericana.
- CALVEIRO, Pilar (2005). *Política y/o Violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- CAMP RODERIC, A. (1988). *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CAMUS, Albert (2003). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada.
- CARDOSO, Fernando Enrique y FALETTO, Enzo (2003). *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CASULLO, Nicolás (2004). *Pensar entre épocas*. Buenos Aires: Norma.
- CASULLO, Nicolás; FOSTER, Ricardo y KAUFMAN, Alejandro (1999). *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- CAVAROZZI, Marcelo (2002). *Autoritarismo y democracia (1955-1966)*. Buenos Aires: Eudeba.
- CAVILLIOTTI, Martha (1972). *Helder Cámara, La crisis en la Iglesia en América Latina*, Historia de América en siglo XX, N° 32. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- COOKE, John William (1971). *Peronismo y revolución*. Buenos Aires: Granica.
- CIOLLARO, Noemí (2000). *Pájaros sin luz*. Buenos Aires: Planeta.
- DE MIGUEL, Amando y RODRÍGUEZ, José M. (1985). *La crisis de 1968*, Cuadernos historia 16, N° 100. Madrid.
- DA SILVA CATELA, Ludmila y JELIN, Elizabeth (2002). *Los archivos de la represión*. Barcelona: Siglo XXI.
- DEBRAY, Régis (1967). *¿Revolución en la Revolución?*. Cuaderno N°1, Revista Casa de las Américas. La Habana.

- DE RIZ, Liliana (2000). *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.
- DE SANTIS, Daniel (2004). *A vencer o morir*. Tomo 1, Volumen 1. Buenos Aires: Ediciones Nuestra América.
- DEVOTO, Fernando (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DI TELLA, Torcuato (2003). "Gino Germani", *Gino Germani, Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional*. Buenos Aires: Temas.
- DIANA, Marta (1996). *Mujeres guerrilleras*. Buenos Aires: Planeta.
- DUHALDE, Eduardo Luis (1983). *El estado terrorista argentino*. Barcelona: Argos Vergara.
- DUHALDE, Eduardo Luis (1999). *Teoría jurídico política de la comunicación*. Buenos Aires: Eudeba.
- ESTUDIOS, Revista del Centro de Estudios Avanzados (2005). *Memorias Colectivas*, Nº 16. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- FANON, Frantz (1961). *Los condenados de la Tierra*. París: Txalaparta.
- FEINMANN, José Pablo (1994). *Ignotos y famosos*. Buenos Aires: Planeta.
- FEINMANN, José Pablo (1996). *Filosofía y Nación*. Buenos Aires: Ariel.
- FEINMANN, José Pablo (1999). *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel.
- FEINMANN, José Pablo (1999). *Dos destinos sudamericanos*. Buenos Aires: Norma.
- FEINMANN, José Pablo (2002). *Escritos Imprudentes*. Buenos Aires: Norma.
- FEINMANN, José Pablo (2003). *La crítica de las armas*. Buenos Aires: Norma.
- FELDMAN, Simón (1990). *La generación del sesenta*. Buenos Aires: Legasa.
- FERREIRA, Fernando (2000). *Una historia de la censura*. Buenos Aires: Norma.
- FICHE, Johann (1908). *Werke*. Leippzig.

FORTE, Ricardo (2003). *Fuerzas armadas, cultura, política y seguridad interna*. México: Biblioteca de Signos, Università Degli Studi Di Torino.

FRASER, Ronald (1997). *Recuérdalo tú, recuérdaselo a otros*. Barcelona: Crítica.

FRONDIZI, Arturo (1957). *Industria argentina y desarrollo nacional*. Buenos Aires: Que.

FRONDIZI, Arturo (1956). “Discurso de 12 de noviembre”. DEL MAZO, Gabriel. *El radicalismo. El movimiento de intransigencia y renovación*. Buenos Aires: Ediciones Gure.

FRONDIZI, Silvio (1955). *La Realidad Argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Praxis.

FRIGOLÉ, Reixach Joan (2003). *Cultura y Genocidio*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Bacelona.

GARCÍA HERAS, Raúl (2000). “La Argentina y los organismos financieros internacionales”, *El Trimestre Económico*, LXVII, N° 268. Buenos Aires.

GERMANI, Gino (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas.

GERCHUNOFF, Pablo y LLACH Lucas (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires: Ariel Sociedad Económica.

GIARDINELLI, Mempo (1997). *Santo oficio de la memoria*. Buenos Aires: Seix Barral.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI.

GILLESPIE, Richard (1987). *Soldados de Perón, Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.

GIUSSANI, Pablo (2003). *Montoneros, La Soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana.

- GICÉS, Rodrigo (1972). *Che Guevara, El Hombre Nuevo*. Historia de América en siglo XX, N° 40. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GUEVARA, Ernesto (2003). *La Guerra de Guerrillas*. Buenos Aires: Editorial 21.
- GUEVARA, Ernesto (1993). *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- GOLDAR, Ernesto (2004). *John William Cooke y el peronismo revolucionario*. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- GORDILLO, Mónica (2001). *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- GORDILLO, Mónica (1999). *Córdoba en los sesenta, La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: Talleres de Imprenta.
- GELLNER, Ernest (1983). *Naciones y Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- GRAMSCI, Antonio (1984). *Notas sobre Maquiavelo. Sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- GRAMSCI, Antonio (1974). *La formación de los intelectuales*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- GRÜNER, Eduardo (2005). *La cosa política o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós.
- HABERMAS, Jurgüen (1998). *La constelación Posnacional*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- HALBWACHS, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1990). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

HALPERIN DONGHI, Tulio (1995). *La larga agonía de la Argentina peronista*.

Buenos Aires: Ariel.

HILB, Claudia y LUTZKY, Daniel (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-*

1980. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

HOBBSAWM, E. J. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

HOLLOWAY, John; WALLERSTEIN, Immanuel y DE SOUZA Santos Boaventura

(2005). *Debates en Foro Social Mundial*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y

Formación CTA.

HOUSSEY, Bernardo (1947). *Cursos y Conferencias*. Año XVI, N° 183. Córdoba.

HEBERMAN, Leo y SWEEZY, Paul (1970). *Debray: su fuerza y su debilidad, en la*

revolución latinoamericana. México: Editorial Nuestro Tiempo.

INVERNIZZI, Hernán y GOCIOL, Judith (2003). *Un golpe a los libros*. Buenos

Aires: Eudeba.

JAMES, Daniel (2003). *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

JAMES, Daniel (1990). *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase*

trabajadora argentina, 1946-1976. Buenos Aires: Sudamericana.

JAMESON, Fredric (1997). *Periodizar los 60'*. Córdoba: Alción Editora.

JAURETCHE, Arturo (1984). *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*. Buenos Aires:

Peña Lillo.

JAURETCHE, Ernesto (1997). *Violencia y Política en los 70'. No dejes que te la*

cuenten., Buenos Aires: Ediciones del pensamiento Nacional.

JELIN, Elizabeth (2001). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

KAPLAN, Marcos (1960). *Política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Liberación.

KAUTSKY, Karl (1895). *Die Intelligenz und die Sozialdemokratie*. vol II. Berlín:

Die new Zeit.

- KORDON, Diana; EDELMAN, Lucila y KERSNER, Darío (1995). *La impunidad, una perspectiva psicosocial y clínica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- LANDI, Oscar (1983). *Estado y Política en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LAPOLLA, Jorge Alberto (2004). *El cielo por asalto*. La Plata: Ediciones de la Campana4.
- LANUSSE, Lucas (2005). *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- LANUSSE, Alejandro A. (1977). *Mi testimonio*. Buenos Aires: Laserre Editores.
- LUNA, Félix (2000). *La Argentina de Perón a Lanusse*. Buenos Aires: Planeta.
- LUXEMBURGO, Rosa (1976). *Obras escogidas. Tomo 1 y 2*. Buenos Aires: Ediciones Pluma.
- MARÍN, Juan Carlos (1996). *Los hechos armados*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- MARTÍNEZ, Tomás Eloy (1998). *Lugar común la muerte*. Buenos Aires: Planeta.
- MARTÍNEZ, Tomás Eloy (1996). *La novela de Perón*. Buenos Aires: Planeta.
- MATTINI, Luis (2004). *Hombres y Mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Ediciones De la Campana.
- MARTÍN, José Pablo (1992). *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
- MERO, Roberto (1987). *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota, Montoneros y la Revolución perdida*. Buenos Aires: Contrapunto.
- MICHERLS, Roberto (1953). *Intellectuals*. vol III. New York: Encyclopedia of social sciences.

- MINÀ, Gianni (2001). *Historias de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MORELLO, Gustavo (2003). *Cristianismo y Revolución*. Córdoba: Thesys.
- MUGICA, Carlos (1973). *Peronismo y Cristianismo*. Buenos Aires: Merlín.
- NEIBURG, Federico y PLOTKIN, Mariano (2004). *Intelectuales y expertos*. Buenos Aires: Paidós.
- O'DONNELL, Guillermo (2002). "La Irrenunciabilidad del Estado de Derecho", *Instituciones y Desarrollo*, N° 14. Barcelona: Ed.IIG.
- O'DONNELL, Guillermo (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires, Barcelona: Paidós.
- O'DONNELL, Guillermo (1982). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Ediciones de Belgrano.
- O'DONNELL, Guillermo (1977). "Estado y Alianzas en la Argentina, 1955-1966", *Desarrollo Económico*, 64. Buenos Aires.
- O'DONNELL, Guillermo (1972). "Un juego imposible. Competencia y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955-1966". *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- OLLIER, María Matilde (2005). *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Eduntref.
- OLLIER, María Matilde (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- PALTI, Elías José (2002). *La nación como problema*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PALTI, Elías José (2005). *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- PAZ, Octavio (1961). *El laberinto de la soledad*. Life and Thought in México. Nueva York.
- PERDÍA, Roberto C. (1997). *La otra historia*. Buenos Aires: Grupo Ágora.
- PERI ROSI, Cristina (2001). *Estado de Exilio*. Barcelona: Visor Libros.
- PERÓN, Juan Domingo (1934). *Apuntes de Historia Militar*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- PETRAS, James (2000). *Globaloney*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- PITTALUGA, Roberto (2000). “La historiografía sobre el PRT-ERP”. *El Rodaballo*, N°10, Buenos Aires.
- POZZI, Pablo (1996). “Los perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, N°2. Buenos Aires.
- PLIS-STEREMBERG, Gustavo (2004). *Monte Chingolo*. Buenos Aires: Planeta.
- PLOTKIN, Mariano (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- POCOCK, Pocock John. G. A. (1989). *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*. Chicago: The University of Chicago Press.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1988). *La producción de un orden*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- POTASH, Robert A. (1981). *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Sudamericana.
- POTASH, Robert A. (1994). *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*. Buenos Aires: Sudamericana.
- PRADAYROL, Osvaldo (1985). *Frondizi y crisis en Argentina*, Historia de América en siglo XX, N° 37. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- RAQUEL, Ángel (1992). *Rebeldes y domesticados: Los intelectuales frente al poder*. Buenos Aires: El Cielo por asalto.

REDONDO, Nilda Susana (2002). *El compromiso político y la literatura*, Rodolfo Walsh. Buenos Aires: Ediciones Amerindia.

RIBEIRO, Darcy (1985). *Las América y la civilización*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

RIVERA, Andrés (1993). *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Alfaguara.

RIVERA, Andrés (1982). *Nada que perder*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

ROCK, David (1988). *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*. Madrid: Alianza Editorial.

RODEIRO, Luis Enrique (1996). *Fantasías de Bandoneón, una disidencia montonera*. Córdoba: Ediciones de la cortada.

ROMERO, José Luis (2005). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica.

ROMERO, José Luis (1996). *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica.

ROMERO, José Luis (1958). "Presentación y programa". *Jornadas de Extensión Universitaria*. Buenos Aires: Imprenta Universidad de Buenos Aires.

ROMERO, Luis Alberto (1994). *Breve historia contemporánea Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ROT, Gabriel (2000). *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: El cielo por Asalto.

ROUQUIÉ, Alain (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.

ROUQUIÉ, Alain (1990). *Extremo Occidente*. Buenos Aires: Emecé.

- ROZITCHNER, León (1996). *La Cosa y la Cruz*. Buenos Aires: Losada.
- ROZITCHNER, León (2003). *Freud y el problema del poder*. Buenos Aires: Losada.
- ROZITCHNER, León (1996). *Las desventuras del sujeto político*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- ROZITCHNER, León (2000). *Perón entre la sangre y el tiempo*. Buenos Aires: Catálogos.
- ROZITCHNER, León (2003). *El terror y la gracia*. Buenos Aires: Norma.
- SACCHI, Hugo M. (1985). *Allende, La unidad popular en Chile*, Historia de América en siglo XX, N° 43. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SANTUCHO, Julio (2001). *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Ediciones B.
- SARLO, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel.
- SARLO, Beatriz (2003). *La pasión y la Excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARLO, Beatriz (2005). *Tiempo Pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARTRE, Jean-Paul (1964). *Las Palabras*. Buenos Aires: Losada.
- SARTRE, Jean-Paul (1965). *Colonialismo y Neocolonialismo*. Buenos Aires: Losada.
- SARTRE, Jean-Paul (1995). *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.
- SEBRELI, Juan José (1965). *Buenos Aires, vida cotidiana y alineación*. Buenos Aires: Siglo XX.
- SIGAL, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del Sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo (2002). *Perón o Muerte*. Buenos Aires: Eudeba.
- SKINNER, Quentin (2003). *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla.
- SEOANE, María y RUIZ NÚÑEZ, Héctor (1992). *La noche de los Lápices*. Buenos Aires: Planeta.

- SEOANE, María (1995). *Todo o Nada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SEOANE, María (1998). *El Burgués maldito*. Buenos Aires: Planeta.
- SEOANE, María (2001). *El dictador*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SEOANE, María (2005). *Nosotros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SONEIRA, Jorge A. (1986). *Iglesia y Nación*. Buenos Aires: Guadalupe.
- SOREL, Georges (1976). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- SUASNÁBAR, Claudio (2004). *Universidad e Intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- SESLER, Gregorio (1973). *El Onganiato.*, Buenos Aires: Samonta Editor.
- TCACH, César y QUIROGA, Hugo (comp. 2006). *Argentina 1976-2006*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- TARCUS Horacio (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- TERÁN, Oscar (2006). *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- TERÁN, Oscar (1993). *Nuestros Años Sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- TORRE, Juan Carlos (1983). *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*. Buenos Aires: CEAL.
- TOURIS, Claudia (2005). “Neo-Integralismo, denuncia profética y Revolución”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Año 9, N°9. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- TRAVERSO, Enzo (2001). *La historia desgarrada, Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder.
- VACCA, Giuseppe (1984). *El marxismo y los intelectuales*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa.

- VERBITSKY, Horacio (1985). *Ezeiza*. Buenos Aires: Contrapunto.
- VERBITSKY, Horacio (1985). *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*. Buenos Aires: Legasa.
- VERBITSKY, Horacio (1987). *Civiles y Militares*. Buenos Aires: Contrapunto.
- VERBITSKY, Horacio (1987). *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- VERBITSKY, Horacio (1987). *Un siglo de proclamas militares*. Buenos Aires: Editorial /12,
- VEZZETTI, Hugo (2002). *Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- VEZZETTI, Hugo (2004). “Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional”, en NEIBURG, Federico y PLOTKIN Mariano (compiladores). *Intelectuales y expertos*. Buenos Aires: Paidós.
- VIÑAS, David (1962). *Dar la cara*. Buenos Aires: Ediciones Jamcana.
- VILLEGAS, Osiris, (1962). *Guerra revolucionaria comunista*. Buenos Aires: Circulo Militar.
- WALSH, Rodolfo (1984). *¿Quién mató a Rosendo?*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- WALSH, Rodolfo (2001). *Operación Masacre*. Barcelona: Sol 90.
- WEBWE, Max (1992). *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- WILLIAMS, Raymond (1983). *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*. Nueva York: Oxford University Press.
- WRIGTH, Mills C. (1959). *The Power Elite*. New York: Oxford University.
- ZIZEK, Slavoj (2005). *La suspensión política de la ética*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ZIZEK, Slavoj (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

ZORRILLA, Rubén (1981). *Intelectuales y sindicatos*. Buenos Aires: Editorial Belgrano.

3.1. PRENSA DE ACTUALIDAD

“Políticas de la Memoria” (2005). *Anuario del CEDINCI*, N° 5. (Buenos Aires).

Los siguientes artículos corresponden a *Clarín* (28/08/2005) Edición Especial 60 años, Buenos Aires:

ALGAÑARAZ, Juan Carlos. “La caída de Saigón, esa batalla entre David y Goliat”. p. 64.

AMATO, Alberto. “Los disparos que terminaron con una gran esperanza”. p.56.

BOSOER, Fabián. “La gran bisagra de la historia”. p. 3.

CALVO, Pablo. “Ezeiza, una masacre que causó el estallido del peronismo”. p.12.

EICHELBAUM, Carlos. “Una muerte que anticipó más muerte”. p.10.

LEIVA, Daniel. “La muerte del Che Guevara”. p. 59.

LUZZANI, Telma. “Tiempos en que la utopía ardía en París”. p.62.

PEPE, Osvaldo. “El presidente que miró al futuro”. p.8.

POMERANIEC, Hinde. “El dramático final de Salvador Allende”. p.63.

SÁNCHEZ, Matilde. “Un linaje de brillantes novelistas”, p. 106.

SEOANE, María. “El golpe de 1955: Perón comienza su largo exilio”. p.7.

SEOANE, María. “El Cordobazo, la insurrección contra Onganía”. p.9.

SEOANE, María. “La noche de la dictadura”. p.15.

SEOANE, María. “El regreso indispensable y decisivo de la democracia”. p. 60.

SEOANE, María. “El vaciamiento de cerebros en la Universidad”. p.104.

“Ideogramas de la Nación” (2004). *El Ojo Mochó*, N° 18/19 (Buenos Aires).

PITTALUGA, Roberto y ROT, Gabriel (2005). “Entrevista a Casiana Ahumada” (30-11-2002). *Estudio Preliminar de Cristianismo y Revolución*. Versión facsimilar. Buenos Aires: CEDINCI, p.5.

LENCI, Laura (2005). “Cristianismo y Revolución una primera mirada”. *Estudio Preliminar de Cristianismo y Revolución*. Versión facsimilar. Buenos Aires: CEDINCI, p.3.

GIL, Germán (2005). “Cristianismo y Revolución, una voz del jacobinismo de izquierda en los '60”. *Estudio Preliminar de Cristianismo y Revolución*. Versión facsimilar. Buenos Aires: CEDINCI, p.1.

La Intemperie. Córdoba Política Cultura. “No mataras”. Córdoba: Ediciones La Intemperie. Del N° 15 al N° 17 (2004), y del 18 al 20 (2005).

Lucha Armada en la Argentina. Buenos Aires: del N° 1 al N° 3 (2005), y el N° 4 y 5 (2006).

RIVERA, Andrés (07/11/04). “Narrativa, Narradores”. *La Voz del Interior*. Córdoba: p. 3f.

RODEIRO, Luis (12/06/05). “Dos Junios”. *La Voz del Interior*. Córdoba: p. 4f.

SHMUCLER, Héctor (23/06/05). “Un pensamiento entre dos tiempos. Los Gramscianos argentinos de Raúl Burgos”. *La Voz del Interior*. Córdoba: p. 7c.

VERBITSKY, Horacio (18/06/06). “La cruz y la espada”. *Página 12*, Buenos Aires: p. 11.

“El asesinato de Pampillón, Días de dolor y rabia”. *Política, Cultura y Sociedad en los 70'*. Año 1, N° 2. Buenos Aires (1997): Editorial Cinco Continentes.

“El Cordobazo”. *Política, Cultura y Sociedad en los 70'*. Año 1, N° 3. Buenos Aires (1997): Editorial Cinco Continentes.

“El Rosariazo”. *Política, Cultura y Sociedad en los 70'*. Año 1, Nº 4. Buenos Aires (1997): Editorial Cinco Continentes.

“La Iglesia de los oprimidos”. *Política, Cultura y Sociedad en los 70'*. Año 1, Nº 6. Buenos Aires (1997): Editorial Cinco Continentes.

Los siguientes artículos corresponden a *Revista Ñ* (05/02/05), Año III. Buenos Aires:

KOHAN, Néstor. “Gramsci y los gramscianos argentinos”. p. 10.

TERÁN, Oscar. “Un Intelectual que fotografió los 60”. p. 8.

GONZÁLEZ, Horacio. “Polemista curioso, figura desdeñada” (entrevista). p. 9.

FEINMANN, José Pablo Feinmann. “Los intelectuales están para molestar” (entrevista). p. 2.

Revista Ñ (16/07/05), Año III. Buenos Aires:

RIVERA, Andrés. “Un raro y compacto milagro literario” (entrevista). p.22.

Revista Ñ (20/08/05), Año III. Buenos Aires:

SARLO, Beatriz. “Entre varios peronismos”. p. 8.

MONSIVAIS, Carlos. “El triunfo de la Guerra Fría”. p.12.

SEBRELI, Juan José. “Un ideario con acento francés”. p.14.

LACLAU, Ernesto. “Yo estuve ahí”. p.16.

Revista Ñ (03/09/05), Año III. Buenos Aires:

LUNA, Félix. “Renuncié a la política para estudiar la historia” (entrevista). p.2.

SARLO, Beatriz. “Imaginación y violencia. La vanguardia o la pedagogía de masas” (entrevista). p.6.

SEOANE, María. “El Shock de Rodrigo”. p.24.

VIÑAS, David. “Los años despiadados”. p.3.

Revista Ñ (15/11/05), Año III. Buenos Aires:

RODRÍGUEZ, Emanuel. “Entrevista a Oscar del Barco”. p. 28.

Revista Ñ, 29/11/05, Año III. Buenos Aires:

RODRÍGUEZ, Emanuel. “Entrevista a Héctor Schmucler”. pp.12-13.

Revista Ñ (28/08/2005), Año III. Buenos Aires:

PAVLOVSKY, Eduardo. “Memoria y balance de la patria psi”. p.20.

CALVEIRO, Pilar. “Hay que romper con el disimulo de la militancia” (entrevista).

Radar (02/10/05). Buenos Aires, pp. 20-21.

Los siguientes artículos corresponden a *Tramas*. N° IV, Volumen II. “Los años 70”.

Córdoba (1996): Narvaja Editor.

PIÑERO, Fernando. “Entrevista a Abelardo Castillo”. p. 15.

AGUILERA, N. y MANDOLESSI, S.. “Entrevista a Noé Jitrick”. p. 19.